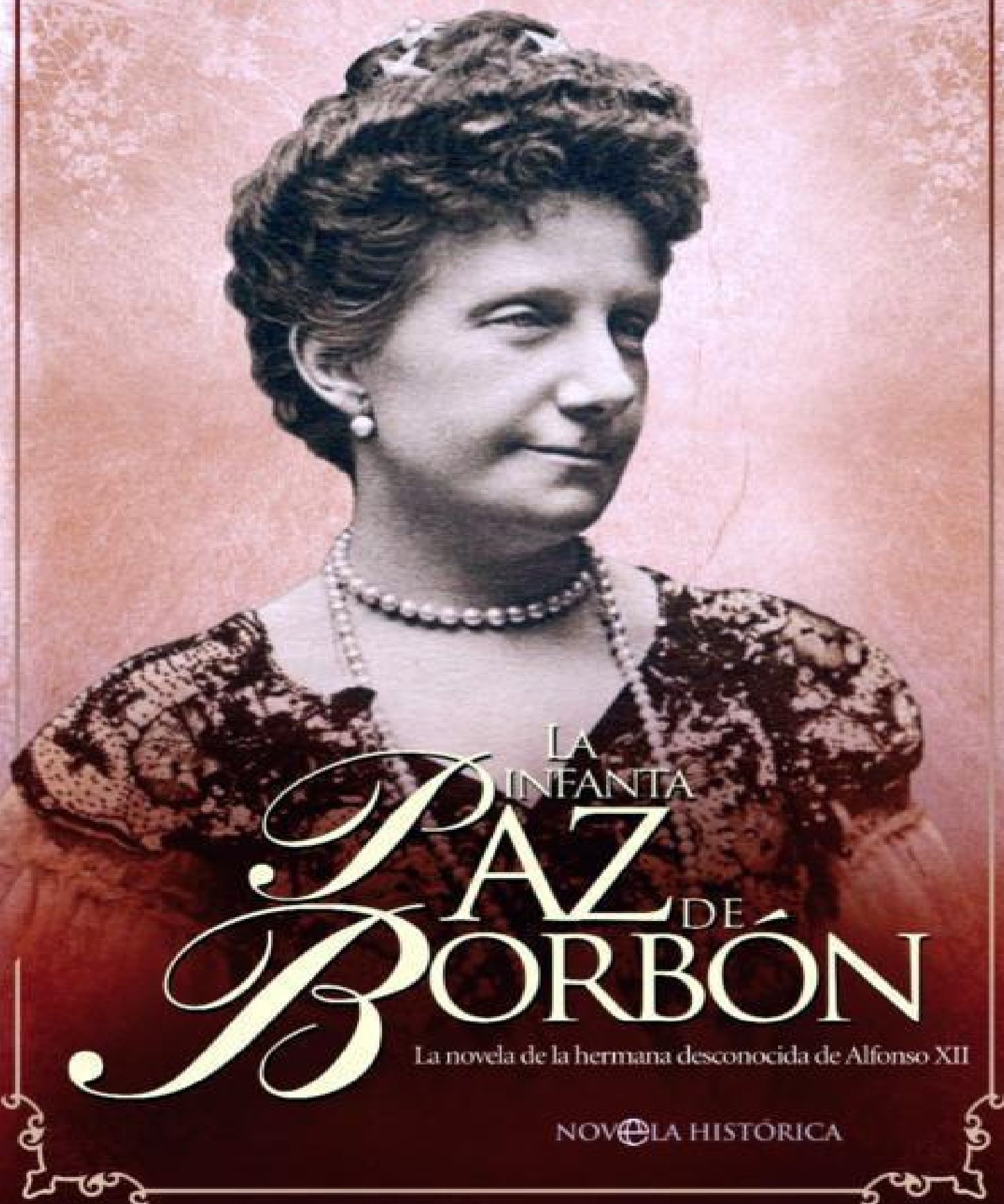


MARÍA TERESA ÁLVAREZ

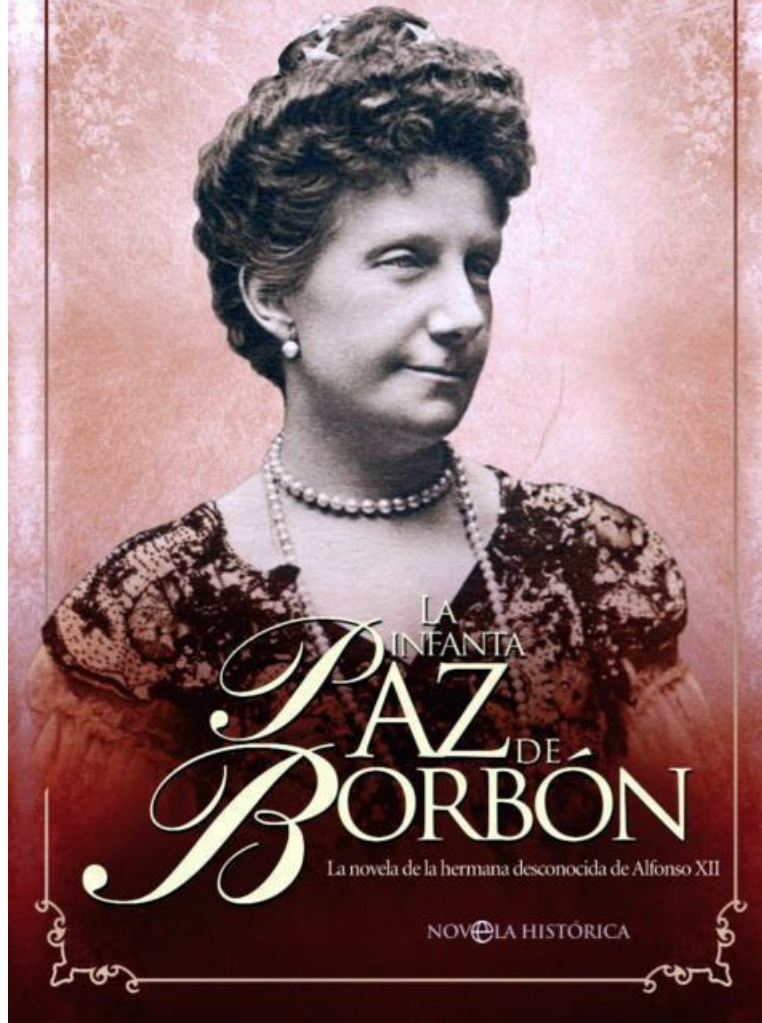


LA INFANTA
PAZ DE
BORBÓN

La novela de la hermana desconocida de Alfonso XII

NOVELA HISTÓRICA

MARÍA TERESA ÁLVAREZ



LA INFANTA
PAZ DE
BORBÓN

La novela de la hermana desconocida de Alfonso XII

NOVELA HISTÓRICA

La infanta
Paz de Borbón

MARÍA TERESA ÁLVAREZ

La infanta
Paz de Borbón

La novela de la hermana
desconocida de Alfonso XII

la esfera  de los libros

Primera edición: mayo de 2011

Tercera edición: julio de 2011

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Marinate 14 S. L., 2011

© La Esfera de los Libros, S. L., 2011

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

Fotografías de interior: Archivo de Ricardo Mateos Sáinz de Medrano

ISBN: 978-84-9970-013-7

Depósito legal: M. 29.801-2011

Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Fotomecánica: Unidad Editorial

Impresión: Cofás

Encuadernación: Méndez

Impreso en España-Printed in Spain

A mi madre, a Sabino.

Múnich, 4 de diciembre de 1946



evaba intensamente y los pocos transeúntes que se encontraban en las inmediaciones de la hermosa iglesia renacentista de San Miguel observaron con curiosidad el cortejo fúnebre que se acercaba.

En la fisonomía de la ciudad de Múnich aún permanecían las huellas y el dolor por la reciente contienda. En aquella iglesia creada por los jesuitas se evidenciaba el deterioro provocado por la locura de la sinrazón.

Toda Alemania, toda Europa, la opinión pública mundial, pendientes de lo que sucedía en Núremberg, acababan de conocer las sentencias de un juicio que se convertiría en histórico. Penas de muerte, cadenas perpetuas, absoluciones y suicidios, porque alguno de los condenados prefirió seguir decidiendo sobre la vida y la muerte.

Eran momentos tristes para la humanidad.

El intenso frío hacía que los transeúntes intentaran moverse con toda la celeridad que les permitía la siempre peligrosa nieve. Las personas que portaban el féretro caminaban muy despacio con la tristeza pintada en sus caras.

Los copos de nieve, grandes y esponjosos, se precipitaban desde hacía unos segundos con cierta lentitud, como si la pereza los hubiera poseído e impidiera que llegaran a la meta. Las nubes parecían inquietas y su movimiento favorecía la aparición de claros en el cielo. La luz iba ganando intensidad y la aparente y hermosa tersura de la nieve resplandecía bajo sus efectos.

Los espíritus soñadores bien podrían pensar que los tímidos rayos de sol pugnaban por salir para dar su último adiós a la persona fallecida que, con toda probabilidad, iba a ser enterrada en aquella iglesia, porque allí parecía dirigirse la comitiva.

En San Miguel se encontraba la conocida Cripta de los Príncipes, en la que habían sido sepultados desde Guillermo V, duque de Baviera, a Maximiliano 1, duque elector de Baviera, o el rey Luis II de Baviera.

Era muy posible que el finado perteneciera a una familia importante. Incluso podría ser miembro de la dinastía de los Wittelsbach que durante siglos habían dirigido los destinos del país. Unas cuantas estatuas en la fachada del templo recordaban a alguno de los personajes más destacados de esta histórica stirpe. Aunque eran imposibles de identificar, porque muchas de

ellas aparecían mutiladas por efecto de las bombas.

Pero algo no encajaba. El féretro era portado por unos hombres de aspecto humilde que parecían extranjeros... Aunque nada sorprendía en aquel país desgajado que debía sobrevivir al horror de una cruel realidad.

Lo cierto era que tanto el anciano que caminaba apoyado en el brazo de una mujer que bien podría ser su hija, como algunas de las personas que componían el cortejo poseían clase y distinción... El grupo no era muy numeroso...

Madrid, 7 de diciembre de 1946



odos los que leyeron el ABC de este día conocieron la noticia. En portada y a una columna titulaban: «La infanta doña Paz de Borbón falleció en Múnich, a los ochenta y cuatro años de edad».

A muchos la noticia les dejó indiferentes. En aquel tiempo, la situación en España, después de una cruenta guerra civil, era muy triste y además los Borbones no gozaban del beneplácito del Gobierno. Los intentos de don Juan de Borbón -sobrino nieto de la infanta fallecida- de volver a España habían resultado inútiles. El conocido Manifiesto de Lausana, en el que se presentaba como alternativa moderada al régimen de Franco una monarquía constitucional, había sido rechazado, aunque años después sí se contemplaría esa posibilidad.

Al día siguiente de aparecer la noticia del fallecimiento de la infanta, el mismo periódico, también en portada, se hacía eco del telegrama de pésame enviado por su excelencia el jefe del Estado, general Franco, al príncipe don Luis Fernando de Baviera, esposo de la finada.

El ABC, fiel a su trayectoria, volvió a ocuparse del fallecimiento de doña Paz de Borbón en artículo firmado por Melchor de Almagro San Martín. El escritor, diplomático y político español escribía:

Yo conocí a su alteza real, la infanta doña Paz, princesa de Baviera, en el castillo de Nymphenburg, inmenso palacio barroco, rodeado de un enorme parque, que pertenecía a la Corona de Baviera, situado a cinco kilómetros de Múnich, un lugar de mucha amenidad y belleza, con esmeraldinas praderas, viejas y frondosas arboledas, un extenso estanque, en el cual bogaban múltiples cisnes unánimes, como en los versos de Rubén, y un reservado para ciervos en domesticidad (...). La princesa, que faltaba de España hacía más de medio siglo, continuaba, a pesar de ello, hablando un castellano perfecto, que también escribía con igual corrección.

Almagro San Martín finaliza su escrito haciéndose eco de algo que solía decir el rey don Alfonso XII al referirse a sus hermanas: «Isabel representaba el sentido monárquico; Eulalia, la alegría, y Paz, la bondad».

Los cuatro eran hijos de la reina Isabel II.

Madrid, 23 de junio 1862



ecién estrenado el verano, la tarde se presentaba luminosa. La lluvia de la mañana había limpiado la atmósfera y el cielo ofrecía un límpido e intenso azul. La temperatura no era muy elevada.

-No sabéis cómo me molesta tener que encerrarme en el despacho con un tiempo tal espléndido -comentó uno de los caballeros que salían del restaurante Lhardy.

-No te quejes -le respondió otro-, tú a las siete das por terminada la jornada, pero yo, en el hospital, no tengo horario.

Eran cuatro hombres cuya edad rondaría los cincuenta. Antes de despedirse comentaron:

-Es una pena que no hayamos contado con la presencia de O'Donnell. Teníamos tantas cosas que preguntarle. Me imagino que, vuelta la tranquilidad a palacio, podrá acompañarnos el próximo lunes.

-Nunca se sabe -respondieron al unísono.

Antes de ser presidente de Gobierno, Leopoldo O'Donnell ya formaba parte de esta reducida tertulia, que se celebraba en torno a un succulento cocido madrileño todos los lunes, en uno de los restaurantes más famosos de la ciudad. Sus íntimos amigos y contertulios le habían animado y apoyado en la creación de un nuevo partido político, la Unión Liberal, con el que consiguió acceder al poder en julio de 1856, aunque al poco tiempo tuvo que abandonar la presidencia del Gobierno por discrepancias con la soberana. Doña Isabel se había empeñado en derogar la ley de desamortización de Pascual Madoz, aprobada año y medio antes, y como Narváez le daba más facilidades, decidió el cambio de presidente.

Ahora, en junio de 1862, O'Donnell llevaba cuatro años al frente del ejecutivo y en este tiempo se había convertido en el protagonista de la guerra con Marruecos. El general, al mando de las tropas, las llevó a la victoria. Este éxito le hizo acreedor del título de duque de Tetuán con grandeza de España.

No solo era eficaz su labor en la contienda. Desde que en 1858 fuera nombrado presidente del Gobierno, el sosiego se había establecido en el reino.

Se podía constatar la expansión económica favorecida por la creación del ferrocarril, que, poco a poco, se iba convirtiendo en camino fructífero para la industrialización de muchas

ciudades.

El ferrocarril permitía viajar al progreso y también facilitaba su llegada.

Leopoldo O'Donnell no había podido asistir al almuerzo porque debía permanecer en el Palacio Real hasta que su majestad la reina doña Isabel II diese a luz. A primera hora de la mañana les habían comunicado la inmediatez del alumbramiento.

Desde tiempo inmemorial, las reinas de España traían sus hijos al mundo en presencia de los altos cargos del Estado. Era una forma de autenticar la identidad del neófito. Afortunadamente, las cosas habían cambiado y ahora se permitía que la reina no viese vulnerada su intimidad en momentos tan difíciles.

Por ello, los doctores que asistían a la soberana, cuando consideraron que se acercaba el momento, pidieron que las autoridades presentes en la cámara la abandonasen para esperar en una contigua el feliz acontecimiento.

Leopoldo O'Donnell pensaba, mientras miraba por el balcón, que tendrían que esperar bastante; los partos de la reina siempre eran complicados. Él había tenido la oportunidad de comprobarlo hacía un año, en 1861, cuando, también en el mes de junio, nació la infanta doña Pilar. A Leopoldo O'Donnell le gustaría que el bebé que estaba a punto de nacer fuese varón, porque, aunque el príncipe don Alfonso ya garantizaba la sucesión, siempre era conveniente contar con refuerzo.



Aquella tarde, el número de lavanderas en el Manzanares era más numeroso que otras veces. El pintor Francisco de Goya, siempre atento a lo que ocurría en su entorno, ya había sido sensible a aquel espectáculo multicolor inmortalizándolo en sus lienzos. Lo cierto era que la abundante arena agolpada en las orillas del río facilitaba el tra bajo a modo de lavaderos a ambos lados del cauce y allí acudían cientos de mujeres.

Cuando sonó el primer cañonazo, se hizo el silencio entre las lavanderas, que fueron siguiendo uno a uno los sucesivos disparos. Algunas los iban contando en voz alta, trece... catorce... quince...

-Ha sido niña -gritaron dos o tres al unísono-. Solo han sonado quince.

-Qué listas sois -dijo una lavandera de mediana edad-. De no ser por vosotras no nos habríamos enterado porque no sabemos contar.

La mayoría de las mujeres que acudían día tras día a lavar la ropa de las familias pudientes por unas míseras monedas no habían hecho en su vida más que trabajar. El índice de

analfabetismo en aquellos momentos en la sociedad española era muy significativo y en el caso de la población femenina superaba el 80 por ciento.

-Qué suerte tienen algunos ya desde el momento que llegan a este mundo -comentó una de ellas-. Esa niña, rodeada de lujo, de cosas bonitas, y los nuestros, míralos, con cuatro harapos. Desnutridos, sucios, enfermos. Expuestos a la humedad del río y a cualquier accidente porque no tenemos donde dejarlos.

Lo cierto era que infinidad de niños pululaban por las cercanías. Eran muchísimas las mujeres que se pasaban el día en el río y se veían obligadas a llevar con ellas a sus hijos, algunos tan pequeños que, envueltos en raídas mantas, dormitaban al calor del sol. Otros gateaban al lado de sus madres, mientras que los de cuatro o cinco años jugaban, olvidándose del cuidado de los más pequeños. Aquella tarde la benignidad del tiempo y el sol hacían más llevadero el trabajo, pero la preocupación por la chiquillería no era menor, sino todo lo contrario. Con el buen tiempo las caídas en el río eran más frecuentes entre los pequeños, que no dejaban de jugar.

Habrían de pasar unos cuantos años -diez exactamente- para que se intentara paliar un poco la dura situación de estas mujeres ayudándolas en la atención de sus hijos. Será en 1872 cuando, por iniciativa de la reina María Victoria, esposa de Amadeo 1 de Saboya, se cree el asilo de lavanderas para cuidar a los hijos de estas. Fue la primera guardería de Madrid. Se instaló en la glorieta de San Vicente y tenía una capacidad para unos trescientos niños. Un grupo de monjas se ocupaba de ellos. En el asilo también disponían de algunas camas, por si alguna lavandera sufría un accidente y necesitaba ser atendida.

-¡Juanito! ¡Sinvergüenza! -gritó una de las mujeres arrodillada en la orilla-. Agarra a tu hermana, ¿no ves que está a punto de meterse en el río?

-Infelices -musitó la lavandera que se encontraba al lado de la que había gritado-, pensar en la desgraciada vida que les espera...

-Anda tú, como a nosotras, que somos unas esclavas. Tú llevas poco tiempo en el río. Mira -dijo, mostrándole las manos-, nunca dejarán de estar arrugadas; pasan tanto tiempo en el agua que se han quedado así para siempre. Pero, después de todo, tenemos suerte de que la salud nos responda para poder seguir viniendo. ¿No tienes hijos?

-Estoy soltera.

-Eso no tiene nada que ver -apuntó otra-. Yo también estoy soltera y tengo dos hijos.

-¿No quiso casarse contigo? -preguntó inocentemente la soltera.

-El muy cabrón se largó y no he vuelto a saber de él -respondió, restregando con fuerza la camisa que estaba lavando.

-Pero ¿ese julay era el padre de uno o de los dos? -quiso saber la casada.

-De los dos, ¿os creéis que soy como la reina? Pobre y muerta de hambre, pero de un solo

hombre. Más me valdría no haberlo conocido nunca, el muy desgraciao...

-¿Será verdad que cada hijo de la reina es de distinto padre?

-Eso es lo que dicen.

-¿Quién será el padre de la infanta recién nacida? -preguntó, con miedo, la más joven.

-Menos el rey, cualquiera.

-¿Es tan maricón como se rumorea? -dijo una, que volvía de tender unas sábanas en los matorrales que funcionaban como auténticos tendales y que las había escuchado.

-Mucho más -afirmó la casada, luego añadió- Pobre doña Isabel.

-De pobre nada. Hace lo que le da la gana. ¿Os imagináis qué dirían de nosotras si nos comportáramos así? -opinó la que acababa de llegar.



Aquel fue el parto menos complicado de los nueve que había tenido doña Isabel hasta entonces. A las cinco de la tarde, el ministro de Gracia y justicia dio cuenta del nacimiento de una niña que fue presentada por su padre, el rey consorte don Francisco de Asís, en bandeja de plata, como era costumbre.

Todos los reunidos miraban al bebé y no podían evitar el hacer conjeturas sobre el presunto padre, aunque la mayoría daban por seguro que el secretario de la reina, don Miguel Tenorio, era el hombre que ocupaba su corazón en aquel tiempo.

Don Francisco de Asís mostraba sonriente a la infanta. Ya casi nadie se planteaba lo desairado que tenía que resultar para él aquella escena. No lo hacían, porque ya se había repetido lo mismo unas cuantas veces.

Paz hacía el número cuatro de los hijos de la reina que habían logrado sobrevivir.

La primera vez que Asís hubo de cumplir con el requisito de presentar a su hijo fue con la infanta Isabel, que tenía once años más que Paz. En aquella ocasión, todos atribuían la paternidad a José María Ruiz de Arana, capitán de coraceros, que desempeñaba el cargo de gentilhombre de cámara, aunque la verdad solo la reina la conocía. Después, sería el ansiado varón, Alfonso, que tiene cinco años más que Paz y cuya paternidad se le adjudica a Enrique Puigmoltó y Mayáns, capitán de zapadores.

La siguiente infanta que el rey portó en bandeja de plata fue Pilar, nacida en 1861, tenía un año más que Paz y también se sospechaba que ella era hija de Miguel Tenorio.

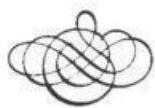
Podría pensarse que el rey cumplía con su misión por amor a su mujer, la reina. Nada más lejos de la realidad, como se demostraría años más tarde. Tal vez su comportamiento estaba motivado por respeto a la institución o por evitar escándalos, aunque los malpensados se mostraban convencidos de que don Francisco lo que no deseaba era perder su estatus y que sus auténticas aspiraciones eran las de convertirse en regente. Conviene recordar que don Francisco de Asís fue el único rey consorte de toda la historia de España que no asumió ese cargo, porque el otro, Felipe el Hermoso, aunque falleció a los pocos meses, sí ejerció como regente de Castilla al inhabilitar a su mujer, Juana, que era la auténtica reina propietaria.

Francisco de Asís, como consorte, no tenía ningún tipo de atribución y parece ser que su impaciencia resultaba evidente. La prensa, al comienzo de la convivencia del matrimonio de la reina con su primo -que fue un fracaso desde el primer momento-, ya escribía sobre los verdaderos intereses del consorte. En El Correo Nacional se podía leer:

La cuestión de palacio no ha sido nunca esencialmente, ni es en el día, otra cosa que una cuestión de poder. Si el rey está separado de la reina, si vive a dos leguas de la corte, si se niega a cuanto le han suplicado mil personas de carácter, que, viendo en el estado actual un peligro para la monarquía, le han pedido repetidas veces que volviera a vivir en compañía de su majestad; todo ello no consiente ni tiene otra causa que la de que el rey pretende ser el jefe de palacio, mandar y gobernar él, y administrar el real patrimonio.

Indudablemente, don Francisco de Asís deseaba, como todos los hombres, mandar, ser el amo, dueño y señor de su casa, pero Isabel jamás lo consentirá. Ella es la reina.

Cuando Francisco de Asís se dio cuenta de que todo resultaba inútil, decidió que su existencia discurriera apaciblemente y se plegó al comportamiento de la reina, porque no podía hacer nada para evitarlo y él lo sabía mejor que nadie.



Desde que Miguel Tenorio llegó a la corte en abril de 1859 para ocupar el cargo de secretario de su majestad, todos los ojos se empezaron a fijar en él, pues doña Isabel aparecía mucho más tranquila y serena que de costumbre.

Miguel Tenorio era un declarado y convencido monárquico. Había desempeñado diversos cargos políticos -gobernador de Cádiz, Málaga, Huelva, Zaragoza..., diputado en distintas legislaturas- y fue premiado con la Llave de Gentilhombre de Cámara de su majestad la reina por su actuación al sofocar la sublevación en Zaragoza.

Tenía Tenorio doce años más que la reina. Era viudo, con un hijo. Un hombre culto, equilibrado, romántico..., que sirvió a la Corona con lealtad y eficacia.

Se aseguraba que se había enamorado de doña Isabel al poco de llegar a palacio. Puede

que así haya sido, aunque la verdad era que el secretario no encajaba en el prototipo de los supuestos favoritos de la reina, pero su presencia en palacio fue bálsamo eficaz.

Aquella niña que acaba de nacer siempre mantendría una relación especial con su madre y llegará un momento en el que su comportamiento aclarará muchas de las incógnitas planteadas con su llegada al mundo.

La llamaron María de la Paz y fue bautizada en la capilla de palacio. Los padrinos, el príncipe Adalberto de Baviera y su mujer la infanta Amalia -que eran tíos de la neófita-, verían ampliado -pasados los años- su parentesco con ella.

Doña Isabel no asistió a la ceremonia, que fue oficiada por el arzobispo de Toledo ante la presencia de los grandes de España y de los máximos representantes de las instituciones del país. La infanta fue llevada por la marquesa de Malpica. La reina permaneció en sus aposentos reales y no aparecería en público hasta su visita a la Virgen de Atocha, siguiendo la vinculación de la dinastía de los Borbones con esta iglesia.

Fue Felipe V quien proclamó a la Virgen de Atocha protectora de la familia real española, e Isabel II quien estableció la costumbre de presentar ante ella los nuevos miembros de la familia. En noviembre, pocos meses después de haberse postrado ante la Virgen, doña Isabel consiguió que el papa Pío IX convirtiera la iglesia de Atocha en basílica. La reina siempre se identificó con los madrileños y le gustaba mezclarse con ellos al acudir los sábados al rezo de la salve.

La infanta Paz creció sana y tranquila, rodeada de los cuidados de su ama de cría y de las ocho camareras que se ocupaban de ella. Otras ocho atendían a su hermana mayor, la infanta Isabel, que ya había cumplido los once años, y lo mismo sucedía con el cuidado de la infanta Pilar, que solo tenía un año más que ella. Muy pronto, otra infanta, a quien llamarán Eulalia, llegaría a alegrar la vida de la familia real.

Las tres infantas tenían una edad muy similar, lo que las ayudó a soportar el protocolo y a suplir la ausencia de niños de su misma edad con los que poder relacionarse.

Será doña Paz la que recuerde lo mal que lo pasaba cuando, siendo todavía muy pequeñas, las vestían con trajes de seda escotados. Les ponían alhajas y las sentaban en unos recargados butacones para que los miembros de la corte pasaran a besarles la mano. También cómo las atiborraban a pastillas, porque los médicos se turnaban cada semana y siempre cambiaban los medicamentos que habían recetado los anteriores.

Existía en aquel tiempo una mortalidad infantil tan elevada que los cuidados para que la salud de las infantas fuera excelente eran intensivos. Varios médicos se ocupaban de ellas diariamente.

A pesar de todo el personal que atendía a las niñas, la reina estaba muy pendiente de ellas demostrándoles el cariño que solo una madre sabe transmitir, algo que probablemente ella había añorado en su niñez.

En la historia ha quedado constancia de que la reina regente María Cristina de Borbón-Dos Sicilias no fue especialmente cariñosa con su hija mayor, Isabel. Además, el ejemplo de su comportamiento no era el mejor para aquella niña que veía cómo su madre tenía un hijo tras otro, hasta ocho, fruto de una unión que debía permanecer en secreto. La regente se había enamorado de un guardia de corps, Fernando Muñoz, y se había casado a los tres meses de morir su marido, Fernando VII. Lo había hecho en secreto, ya que el matrimonio, al ser morganático, debía permanecer oculto para no verse obligada a abandonar las funciones de regencia del reino, algo que ella no deseaba ni debía hacer.

Al final, terminaría yéndose de España mientras Espartero se hacía cargo de la regencia. Será en ese momento cuando las personas cercanas a la reina comenten la precaria situación en la que se encuentran tanto Isabel como su hermana Luisa Fernanda. La condesa de Espoz y Mina, al ser nombrada aya y camarera mayor, cuenta en sus memorias que hubo de renovar todo su vestuario; solo tenían media docena de vestidos y no en muy buenas condiciones.

Igualmente es censurable la actitud de la regente en otra cuestión: no se ocupó de que su hija recibiese una educación adecuada para los altos destinos a los que estaba llamada.

Doña Isabel -sensible a esta carencia- siempre estuvo atenta a las necesidades de sus hijos y quiso que recibiesen una esmerada educación. La infanta Paz, andando el tiempo, se lo agradecería en un sentido soneto:

*¡Madre del corazón!... tan dulce nombre
ilumina la historia de mi vida,
cual luz de amor, del cielo descendida
que Dios en su bondad concede al hombre.
Otros se afanan por hallar renombre
y ver en todo su ambición cumplida,
yo anhelo para ti, madre querida,
mayor ventura que esplendor que asombre.
Mostraste cual ninguna, cariñosa,
los tesoros de amor que tu alma abriga,
y fue tu eterno afán verme dichosa.
Por el cariño inmenso que nos liga,
en mis plegarias pido fervorosa
que el Rey de cielo y tierra te bendiga.*

Desde muy niña, la infanta Paz dio muestras de una gran sensibilidad. A buen seguro que cuando contaba tres años notó la ausencia de aquel señor que tan amable era con ella. El secretario de la reina, Miguel Tenorio, fue cesado de su cargo cuando corría el mes de agosto de 1865. Hacía tiempo que tanto O'Donnell como Narváez deseaban prescindir de la influencia que

-según ellos- ejercía el diplomático sobre la soberana. Con tal fin, no dudaron en relegarlo para así poder influir ellos en el ánimo de la reina con total libertad.

El cese se hizo efectivo en agosto, pocos días después de que Leopoldo O'Donnell tomara posesión de nuevo como presidente del Gobierno, sustituyendo a Narváez. Era un momento difícil, la trágica Noche de San Daniel permanecía en la mente de todos.

Nadie podría imaginar, unos meses antes, que la polémica decisión del Gobierno y de la soberana, acertada para unos, intolerable para otros, con la única finalidad de intentar solucionar la complicada situación económica por la que atravesaba España, alcanzaría consecuencias tan graves.



Aquella tarde solo dos personas se encontraban en la redacción del periódico La Democracia: un muchacho y un hombre mayor que, con cara muy seria, leía unas cuartillas.

-Estoy casi seguro de que sé sobre qué trata el escrito -comentó el joven, que, mirando fijamente a su compañero, añadió-: Y por la expresión, está usted temiendo lo peor.

-Sí, es posible que nos cierren el periódico -respondió el otro, frotando las gafas con verdadera parsimonia.

-¿Tan duro es? ¿A quién le arrea más fuerte, a la reina o al Gobierno? -preguntó el muchacho.

-A los dos, pero da lo mismo. Tenemos que publicarlo, porque es verdad lo que dice y porque lo firma el fundador del periódico. Así que no hay más que hablar.

-¿Me deja que lo lea?

-Toma -dijo el mayor, acercándole las cuartillas.

Esto sucedía en febrero de 1865. Hacía poco más de un año que el catedrático de la Universidad Central de Madrid, Emilio Castelar, había fundado el periódico La Democracia. Era bastante normal que los artículos de este diario fueran multados y censurados. Pero esa era la misión de la mayoría de los periódicos de entonces: llamar la atención sobre lo que se consideraba contrario a la opinión de los promotores de la publicación. Piénsese que muchos diarios nacían solo para intentar derribar un gobierno.

La prensa, elemento decisivo en la difusión de noticias, era asimismo la tribuna pública desde la que se ridiculizaban y exageraban las actuaciones protagonizadas por los enemigos políticos de los dueños de los periódicos, que se dedicaban ya o aspiraban a ocupar un puesto en política.

Castelar, que no había logrado el número de votos suficientes para ser diputado, sí era cada día más popular por sus colaboraciones en prensa. Después de haber participado en varias publicaciones, se decidió a fundar un nuevo diario: La Democracia.

-¿Es verdad todo lo que cuenta? -preguntó el muchacho, haciendo un alto en la lectura del artículo.

-Sin duda. Date cuenta de que ya han empezado a venderse parte de unos terrenos al lado del Retiro que pertenecen al patrimonio nacional y no -como bien puntualiza el señor Castelar- al patrimonio real para que la reina cobre por esa venta.

-¿Cuánto le pagan a doña Isabel?

-El 25 por ciento.

-¿Le pagan un 25 por ciento por algo que no le pertenece? ¿Por qué el Gobierno lo consiente? -preguntó el chaval, que no salía de su asombro.

Lo cierto era que el Gobierno, para aliviar la crisis por la que estaba atravesando España, decidió aceptar la propuesta de doña Isabel, que se muestra dispuesta a vender parte de los bienes del patrimonio nacional y propone que el 25 por ciento debe ser para la Corona por considerar que le corresponde una indemnización, ya que la privan de las rentas que obtenía de esas propiedades, porque, aunque la reina no era la dueña del patrimonio, que pertenecía al Estado, sí era la usufructuaria.

-El Gobierno lo que quiere es conseguir dinero de donde sea -dijo con resignación el mayor-. Y algunos políticos que se mostraron contrarios a la medida al final terminaron claudicando.

-Pero es ilegal. Fíjese en lo que dice aquí el señor Castelar. -Y leyó en voz alta-: «Desde el punto de vista político, es un engaño; desde el punto de vista jurídico, una usurpación; desde el punto de vista legal, un desacato a la ley; desde el punto de vista popular, una amenaza a los intereses del pueblo». -Levantando la mirada del escrito, el muchacho preguntó-: ¿ Rectificará el Gobierno?

-Lo que harán será multarnos y tomar otro tipo de represalias. Sabe Dios lo que se les ocurrirá.

-Pero la prensa tiene poder -dijo ilusionado el joven.

-Lo que hacemos es incordiar, buscar las cosquillas a muchos, y a veces somos capaces de cambiar algunas cosas -manifestó orgulloso el avezado redactor, que añadió con pena-: Pero en la mayoría de las ocasiones nos clausuran la publicación.

Lo cierto era que la prensa siempre había dejado constancia de su influencia. Y a veces esta sería decisiva. Por ejemplo, unos cuantos años más tarde, Práxedes Mateo Sagasta lanzará un globo sonda filtrando a un grupo de periodistas una noticia falsa referida a una decisión del

Consejo de Ministros en la que se indultaba al militar golpista Manuel Villacampa. Los periódicos se hacen eco inmediatamente de ello. La reacción del público es tan favorable y la popularidad de la regente María Cristina de Habsburgo aumenta de forma tan inmediata - Villacampa era republicano-, que Sagasta le plantea al Consejo de Ministros la rectificación de lo acordado y es liberado.

Pero en esta ocasión, y aunque «El rasgo», magnífico artículo de Emilio Castelar, despertó todo tipo de adhesiones o tal vez por eso, el presidente del Gobierno, Ramón María Narváez, decidió que Castelar fuera destituido de su cátedra de historia crítica y filosofía de España en la Universidad Central de Madrid. Cuando el rector de la universidad -apoyado por gran número de profesores- se negó a obedecer al Gobierno, fue cesado de su cargo e inmediatamente sustituido. La mayoría de los catedráticos presentaron su dimisión para no verse obligados a sustituir a Castelar.

El ambiente en los círculos universitarios estaba a punto de reventar. El descontento se había extendido a otros sectores. El día de San Daniel -un mes y pico después de haberse publicado «El rasgo»- un numeroso grupo de estudiantes decide reunirse en la Puerta del Sol con el pretexto de homenajear al rector destituido

Doce muertos y más de doscientos heridos fue el balance de la acción policial frente a los manifestantes.

Era entonces ministro de la Gobernación Luis Fernando González Bravo, que no dudó en aplicar la fuerza para disolver a los concentrados y ordenó a la Guardia Civil cargar contra ellos.

En su comparecencia ante el Senado para dar cuenta de las medidas adoptadas, González Bravo pidió a los representantes de la prensa que se retirasen y ordenó que todos los periódicos fueran sometidos a censura. Varios salieron al día siguiente con las portadas en blanco.

Narváez, presidente de Gobierno, convocó inmediatamente Consejo de Ministros extraordinario. González Bravo y Alcalá Galiano se enfrentaron por lo sucedido, a raíz de lo cual falleció Alcalá, en el mismo hemiciclo, de una angina de pecho.

Se endurecieron de tal forma las posturas gubernamentales que la prensa, casi de forma unánime, pedía calma para no hacer el juego a la que consideraban una provocación gubernamental. En aquel ambiente de crispación, Ríos Rosas y González Bravo llegaron a retarse en un duelo que nunca se llevó a efecto.

Se vivían momentos difíciles. Desde todos los sectores se exigía el cese de Narváez, y la reina pensó como única salvación en recurrir a su otro apoyo, el general Leopoldo O'Donnell, que se hizo cargo, de nuevo, del Gobierno.

Una de las primeras medidas del nuevo ejecutivo fue devolver a Castelar la cátedra de la que había sido expulsado. Don Emilio regresó fortalecido y no perderá oportunidad de seguir demostrando su desacuerdo con el Gobierno de Isabel II.



Miguel Tenorio nunca entendió muy bien por qué decidieron prescindir de él en aquellos momentos tan difíciles para la monarquía. Por supuesto que era conocedor de la animadversión que O'Donnell sentía por él y que Narváez, contagiado, no le miraba con buenos ojos. Presentía que el cese no tardaría en llegar, aunque jamás pudo pensar que esa iba a ser una de las primeras decisiones de Leopoldo O'Donnell nada más hacerse cargo del ejecutivo. Algunos le acusaban de servir de «correo» entre la reina y ciertos personajes. Él no había hecho nada más que cumplir con su cargo de secretario, y si mantenía contactos con determinados políticos era porque la soberana así se lo pedía.

Tenorio asumía con resignación, no exenta de pena, la medida del Gobierno de alejarlo del círculo más cercano a doña Isabel. Algunos le habían comentado que debería sentirse orgulloso porque nadie le sustituiría como secretario. Después de él, el cargo se extinguiría, algo que le dejaba indiferente. Lo que sí le preocupaba era doña Isabel. Los casi siete años en los que desempeñó su trabajo al lado de la soberana fueron importantes para él, que en todo momento había intentado servirla con lealtad y devoción. La verdad era que le gustaría seguir haciéndolo. Daría años de su vida para poder conocer la fórmula que permitiera a doña Isabel encauzar los destinos de España, sobre todo en aquellos momentos en los que la situación era cada vez más complicada.

Después de su cese, Tenorio deberá visitar de vez en cuando palacio. Lo hace porque esa es su misión -doña Isabel le había nombrado consejero de la Corona-, pero sabe que en cualquier momento O'Donnell lo alejará definitivamente de la corte. ¿Serían ciertos los rumores que siempre apuntaron a un Leopoldo O'Donnell enamorado platónicamente de la reina? Él nunca ha prestado la menor atención a ese tipo de comentarios y no lo va a hacer ahora. Aprovechará las visitas que aún pueda hacer a palacio, porque lo que de verdad desea es seguir viendo, aunque solo sea de forma esporádica, a la infanta Paz. Aquella niña, que aún no tenía cuatro años y que tan receptiva era a su afecto, le atraía como un imán y lamentaba alejarse de ella.

Lo que no puede imaginar Miguel Tenorio es que andando los años sí tendría oportunidad de seguir mostrándole un profundo afecto a su infanta preferida.



-No quiero ni pensar el disgusto que me llevaría si se me rompiese una copa de estas, ¡ay, Dios mío!

-Pues ya sabes qué hacer, mucho cuidado.

En una de las dependencias del Palacio Real, dos mujeres, que bien podrían ser madre e

hija por la diferencia de edad y también por cierto parecido físico, preparaban una mesa para unas dieciséis personas. Aunque el salón en el que se encontraban se utilizaba como comedor de diario, la vajilla y los cubiertos que colocaban eran los empleados en celebraciones especiales.

-Son preciosas, qué finas... Estoy segura de que el vino tiene que saber mejor en ellas. ¿Sabes qué te digo? No me resisto...

-Ni se te ocurra, está a punto de llegar la teniente de aya y como te vea...

La muchacha, sin hacer caso a su compañera, se disponía a servirse un poco de vino, pero el ruido de una puerta al cerrarse le hizo volver a colocar inmediatamente la copa en la mesa que estaban preparando...

-¿Todavía no habéis terminado? -preguntó malhumorada la teniente de aya-. Ya sabéis que os esperan en la cocina.

-No se preocupe, en cinco minutos lo dejamos todo perfecto -contestó la que parecía más prudente y con mayor experiencia de las dos camareras.

-Si no es así, ateneos a las consecuencias; hoy es un día muy especial para su majestad y tiene que estar todo perfecto. Me voy, y dentro de diez minutos me aseguraré de que cumplís vuestra palabra.

En cuanto desapareció la teniente de aya, las dos mujeres siguieron en animada conversación.

-Tú que llevas mucho tiempo en palacio, dime la verdad, ¿esta mujer ha sonreído alguna vez?

-No, y a veces la entiendo, porque es complicado dirigir a personas tan distintas. Por cierto, esta mañana te he visto hablando con don Miguel Tenorio.

-Sí. No sabes cómo siento que se vaya. Yo era la encargada de limpiar su habitación y despacho... Fue siempre tan amable, todo un señor.

-¿Le has preguntado si vendrá a la cena privada de la reina?

-No, ¿cómo me iba a atrever? Pero me lo ha dicho.

-¿ Y?

-No. Nadie lo ha invitado.

Las dos se quedaron un rato pensativas. Se notaba que se llevaban bien y que existía cierta complicidad entre ellas. La mayor, bajando el tono de voz, le preguntó:

-Sé que tienes muchos amigos y te relacionas más que yo con el exterior, ¿que se dice del

señor Tenorio en Madrid? ¿Lo consideran el padre de las infantas?

-Eso es lo que se comenta. Pero tú mejor que nadie para conocer la verdad. Llevas más diez años trabajando aquí.

-Es verdad que las tres infantas nacieron dentro del tiempo que Miguel Tenorio ha sido secretario, aunque nadie puede afirmarlo -aseguró pensativa la camarera de más edad.

-¿Pero tú qué piensas? -insistió la más joven.

-Solo te lo digo a ti, y te pido que no lo comentes; yo creo que sí son sus hijas, porque Tenorio, cuando piensa que nadie puede observarle, mira a las niñas de una forma especial.

-¿No crees que la reina tendría que haber impedido su cese?

-Lo ha compensado con un cargo. Vámonos, que nos la estamos jugando -apremió la mayor.

-Espera un segundo. Antes me preguntabas porque consideras que estoy más al tanto de lo que sucede en Madrid. Déjame que sea yo quien te pida ahora información, porque sé que estás enterada de todo lo que ocurre en palacio. ¿Es verdad que una hija del general Prim es ahijada de la reina?

-Sí, y se llama Isabel, como ella. ¿Por qué me lo preguntas?

-Esta mañana, cuando limpiaba en el despacho del presidente, escuché que hablaban de Prim -dijo la muchacha, y aclaró-: Eran dos señores que esperaban en la antesala.

-¿Qué decían?

-Hablaban de él, y no muy bien. Lo acusaban de desagradecido con doña Isabel, que le hizo marqués de Castillejos con grandeza de España, y aseguraban que ahora se dedicaba a intrigar contra ella. No le haría ningún caso al comentario, pero es que hace unos días estuve con unos amigos de mi hermano y hablaban de estar preparados para los próximos acontecimientos. Estoy segura de que se referían a actos violentos.

-Olvídate de lo que has escuchado. No te metas en líos -le pidió la mayor, agarrándola de un brazo y arrastrándola hacia la puerta-. Nosotras a trabajar y a vivir tranquilas.



Que el general Prim -destacado por su heroísmo en la guerra de Marruecos, que había luchado contra el carlismo, que había sido senador en las filas progresistas- estaba inmerso en una serie de acciones para intentar cambiar el rumbo de los destinos de España era un secreto a

voces. En enero de 1866 organiza un golpe de Estado, pero no consigue el respaldo suficiente y tiene que huir desde Villarejo de Salvanés a Portugal.

El fracaso no hará desistir a Prim de su empeño, y Leopoldo O'Donnell, al frente del ejecutivo, deberá afrontar un nuevo problema en el mes de junio.

Todo estaba preparado para dar un golpe, ideado, como el anterior, por Prim, en esta ocasión desde el exilio. El general llegaría a España para encabezar la sublevación el día 26 de junio.

La precipitación de los responsables del acuartelamiento de San Gil en Madrid, temerosos de que pudieran ser descubiertos, hizo que se pronunciaran antes de lo previsto. Los miembros del cuartel de artillería de San Gil deberían hacerse con el Palacio Real y secuestrar a la reina, pero hasta ellos habían llegado noticias de que en el Gobierno podían saber algo de sus planes y esta fundada sospecha les lleva a sublevarse cuatro días antes de la fecha fijada.

Todo el día 22 de junio, Madrid vivió los enfrentamientos en el interior de la ciudad entre las fuerzas militares sublevadas y las que permanecían fieles a la reina y al Gobierno. En uno de los escenarios de los enfrentamientos, la Puerta del Sol, estaba previsto que se unieran a los rebeldes los milicianos que habían sido movilizados por ellos. Pero los leales a la reina impidieron este encuentro, manteniéndose fuertes en sus posiciones defensivas.

Durante toda la noche se prolongaron los duros combates, que también estuvieron presentes en el Palacio Real, al que pretendieron acceder los milicianos, sin conseguirlo, por la férrea defensa que los fieles a la soberana llevaron a efecto.

La contienda, que pasaría a la historia como «la sublevación de los sargentos de San Gil», duró algo más de veinticuatro horas. El día 23, al eliminar las últimas barricadas callejeras, se dio por finalizado el intento de golpe de Estado.

Más de cincuenta personas fueron ajusticiadas; otras consiguieron huir, como Emilio Castelar, que había participado de forma activa en los enfrentamientos armados.

Leopoldo O'Donnell, en su última etapa al frente de los destinos de España, trató inútilmente de volver a involucrar al progresismo en el juego político, pero fracasó en su intento.

La situación económica cada día se complicaba más, debido, entre otras razones, a la crisis europea. El capital extranjero se iba de España y los bancos y la Bolsa lo acusaron de forma estrepitosa. Todo parecía favorecer algo que ya bullía en la sociedad española. Era el comienzo del fin de la monarquía representada por Isabel II.

Ese mismo año, Narváez acude una vez más a la llamada de la reina y forma Gobierno sustituyendo a O'Donnell que, enfermo y desilusionado, abandona España y se instala en Biarritz.

Narváez va a gobernar en este periodo, también su último paso por el Gobierno, de forma

autoritaria sin tener en cuenta a las Cortes.



Miguel Tenorio vivió toda esta situación de conflicto con la angustia e impotencia de no poder hacer nada. Cada día se convencía de que era mejor olvidarse de Isabel II y su familia, pero no le resultaba fácil. Se encontraba confinado en Segovia. Tenorio había acertado: antes de terminar el año de 1865, O'Donnell lo alejó de Madrid. Doña Isabel intentó paralizar la decisión de su primer ministro, aunque no con el suficiente empeño.

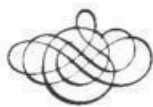
En Segovia tuvo tiempo para reflexionar sobre su vida, para pensar en su hijo, que ya era un hombre, y sobre todo para escribir, especialmente poesías. Tenorio era persona austera. Había renunciado libremente a su acta de diputado al ser nombrado secretario de la reina y, a pesar de su posición, no se le podía acusar de utilizar su influencia, ni de participar en ningún círculo de presión.

Cuando Tenorio conoció que Narváez volvía a la presidencia, no pudo evitar una cierta esperanza, que al principio se vio justificada al permitirle el Gobierno acompañar a la familia real en sus vacaciones estivales.

La presencia del ex secretario de la reina en septiembre de 1866 en Zarauz ha quedado reflejada para la historia a través de unas cartas que Tenorio escribe a su madrastra interesándose por la salud de su padre.

Fue aquel el último verano que acompañaría a doña Isabel en sus vacaciones. A los pocos meses, en enero de 1867, el ejecutivo presidido por Narváez lo nombraba ministro plenipotenciario de España en Berlín. Era un buen empleo, pero no el mejor momento para alejarse de Madrid.

Aunque la infanta Paz es todavía una niña de cinco años y permanece al margen de los vaivenes políticos de estos momentos, puede que en su mente hayan quedado grabadas escenas y comentarios que sin duda habrán influido en su personalidad. Paz es una niña estudiosa, buena, observadora y muy reflexiva. Así lo prueba el hecho de que desde los trece años escriba un diario que hoy constituye un material muy valioso para quienes deseen acercarse al alma de aquella jovencita, que, al poco de cumplir los seis años, ve cómo su vida experimenta un cambio radical.



En el verano de 1868, y como venía siendo habitual, la familia real, después de pasar unos días en el palacio de La Granja, inicia sus vacaciones en el norte. Doña Isabel era amante de los

baños de mar, a los que se había acostumbrado por prescripción facultativa, ya que padecía una afección dermatológica que experimentaba una notable mejoría en contacto con el agua del mar.

-¿Quiere usted que coloque todas las flores en el altar de la Virgen?

-Sí. Esta tarde nos traerán más. Dile a la Conchi que venga a ayudarte.

-De acuerdo, no se preocupe, señor cura, la iglesia quedará perfecta.

-Eso, ya sabes que mañana llega la familia real.

-Todo Lequeitio les espera. ¿Es verdad que este verano no viene la infanta doña Isabel? - preguntó el sacristán.

-No lo sé. Tal vez llegue al final de las vacaciones, porque se ha casado hace unos meses.

-Es verdad, no me acordaba. Menuda soflama nos soltó el médico. A su entender, la infanta tenía que haberse casado con el pretendiente carlista, el futuro, según él, Carlos VII.

-Y para nosotros también es Carlos VII. No disimules conmigo. En cuanto a lo de la boda, me parece una tontería que se hable de ello. ¿Te conformarías, pudiendo ser el rey, en convertirte en su cuñado? La oportunidad se perdió cuando casaron a la reina. ¡Ay! -suspiró el cura-. Mejor hubiera sido que eligieran como marido a su primo, el conde de Montemolín, candidato carlista entonces, que a su otro primo, don Francisco de Asís...

El sacerdote de Lequeitio reflejaba el sentir de muchos, que preferían a Montemolín como candidato a marido de Isabel II. Incluso el propio Francisco de Asís, que en una carta dirigida a su primo, el conde de Montemolín, decía:

Mientras tú, mi querido primo, en quien reconozco derechos superiores a los míos, estés delante de mí, me mantendré tranquilo como hasta ahora. Pero si tu matrimonio viniera a hacerse imposible... creo que mi conciencia me manda, me obliga a no exponer a España a un nuevo conflicto... No me acuses nunca de haberte quitado un puesto que tú habrías abandonado.

-Pero, ahora -siguió diciendo el sacerdote-, pensar en una unión de ese tipo habría sido una locura solo apoyada por cuatro irresponsables.

-Señor cura, todo sería sido distinto si la infanta hubiera sido la heredera, ¿verdad?

-Veo que te funciona la cabeza. Venga, sigue trabajando y recemos para que la infanta sea feliz en su matrimonio -pidió el sacerdote, dando por terminada la conversación.

El sacristán miraba al sacerdote que se alejaba y no pudo reprimirse:

-¿Sabe qué le digo, señor cura?, que si no es feliz siempre puede comportarse como su

madre.

-Un respeto, que estás en la casa de Dios y además no debes hablar así de la reina -le conminó el sacerdote.

Como la mayoría de los matrimonios de miembros de las familias reales, el de la infanta Isabel con el conde Girgenti también era de conveniencia. Ninguno de los dos quería aquel casamiento, pero ambos habían sido educados para obedecer los intereses de sus respectivas familias.

La boda de la infanta Isabel fue utilizada por sus padres, los reyes de España, para agradar a los Borbones napolitanos, que habían sido destituidos al consolidarse la unificación de Italia bajo el cetro de Víctor Manuel de Saboya.

Hasta la mitad del siglo xix, Italia estaba formada por reinos independientes, al frente de los cuales se encontraban distintas casas reales. Uno de estos reinos, el del Piamonte, donde reinaban los Saboya -que eran los únicos de origen italiano-, inicia una revolución uniendo todo el norte del país bajo su dirección. Al poco tiempo, en el sur, Giuseppe Garibaldi lidera la revolución para anexionar la parte meridional, arrebatando el poder al rey de las Dos Sicilias, Francisco II, perteneciente a la dinastía Borbón, con la consiguiente preocupación de sus parientes españoles.

Era comprensible que a Isabel II le resultara muy duro reconocer la nueva realidad italiana. Debía apoyar la dinastía de los Saboya, que en Italia condenaban al ostracismo a los Borbones. No se debe olvidar que su madre y la madre del rey consorte eran hermanas y princesas napolitanas. También le producía gran pesar, en el aspecto religioso, plantearle cualquier tipo de preocupación al papa. Como buena católica que era, sentía causarle problemas a Pío IX, a quien estaba muy agradecida, porque él había reconocido su reinado frente a las pretensiones carlistas que, en un principio, parecían gozar del beneplácito de Roma.

De ahí que, cuando O'Donnell le presentó el documento de reconocimiento del nuevo reino de Italia para que lo firmara, doña Isabel quiso negarse. Pero, con gran dolor de su corazón, no le quedó más remedio que aprobarlo, a pesar todo lo que significaba para el poder temporal del papado y de su propia familia.

Por ello, al comentarle Francisco de Asís la posibilidad del matrimonio de la infanta Isabel con el príncipe Cayetano María, conde Girgenti -hermanastro del rey destronado Francisco II-, Isabel II se mostró encantada: era un Borbón-Dos Sicilias.

La boda se había celebrado en el mes de mayo de 1868 con la aprobación y el consentimiento de todos, pero con la tristeza de la infanta, que, resignada, aceptó la decisión de sus padres. Isabel tenía entonces dieciséis años y, como a toda jovencita, le habría gustado casarse por amor. Pero jamás pasó por su mente protestar ante la unión que se le proponía. La infanta Isabel era muy consciente de su deber y para ella los intereses de la institución y de la familia eran lo más importante.

Parece que nunca existió entre ellos ningún tipo de afinidad. Lo cierto es que no iban a disponer del tiempo suficiente para tratar de armonizar su convivencia.

Algunas personas en la corte afines a la infanta Isabel, que, andando los años, tan popular sería entre los madrileños, sufrieron con aquel matrimonio al observar la profunda pena de la muchacha y lamentaron que la reina, que había experimentado en propias carnes la cruda realidad de un matrimonio inadecuado, no intentara buscar otro candidato para su hija, porque doña Isabel tenía que estar enterada de la enfermedad que padecía el conde Girgenti.

Los de más edad pensaban que si el presidente Narváez hubiera permanecido en el Gobierno habría influido en la reina para que el enlace no se llevara a efecto. Pero Narváez ya nada podía hacer...

Narváez era el hombre que, sable en mano, había dado él solo un golpe de Estado. Quien decía que a los malos periodistas había que matarlos y que no tenía enemigos, porque hacía tiempo que se había deshecho de todos. El mismo que conocía el descontento de la sociedad con su gestión viendo si aplaudían o silbaban las actuaciones de su amante, una conocida actriz. El hombre que frecuentemente sufría crisis de melancolía y que había abandonado el Gobierno y España para no participar en las negociaciones del matrimonio de la reina doña Isabel con su primo don Francisco de Asís. Por todo esto, algunos creían que el viejo romántico habría puesto pegas al matrimonio de la infanta Isabel. Pero Ramón María Narváez había muerto.

Los dos pilares inquebrantables en los que se había apoyado la soberana en todo su reinado se fueron con unos meses de diferencia. Leopoldo O'Donnell murió en Biarritz en noviembre de 1867, y en abril de 1868, siendo presidente del Gobierno, falleció Narváez.

Sin ellos iba a resultar mucho más fácil prescindir de la monarquía. Isabel había dado muestras de su afecto por O'Donnell al preocuparse personalmente de que su cadáver fuera trasladado a Madrid.

El fin se acercaba, pero solo los revolucionarios conocían las fechas. Nadie pensaba que fuera a suceder tan pronto. Es probable que si el Gobierno y las personas cercanas a la reina hubieran sospechado el peligro que se avecinaba, le habrían aconsejado que no saliera de Madrid.



-No sé qué haces para estar cada día más guapa. Hay que ver cómo te sientan los aires de la realeza.

-Deja, Juan, yo atiendo a Luisa. Ocúpate del resto de dieras -pidió una señora que parecía ser la dueña de la tienda y, mirando a la muchacha, le dijo:- Ven, que quiero enseñarte unas cosas.

Las dos mujeres pasaron a una especie de trastienda con muchas cajas de cartón amontonadas. Había una mesa cubierta con un mantel de flores en la que también se apilaban unas cuantas cajas y dos sillas.

-Me ha llegado mercancía ayer y todavía no he tenido tiempo de colocarla -dijo, a modo de disculpa-. Pero siéntate, tomaremos un café, que tienes muchas cosas que contarme. ¿Cómo está la reina? ¿Y las infantas? ¿Tienes ahí el pedido? Trae, que Juan lo vaya preparando mientras charlamos. Tengo un regalo para doña Isabel. Sé que ella las tiene muchísimo mejores, pero he visto una mantilla antigua que es muy bonita, y como sé que le gustan, he pensado que podría hacerle ilusión.

-¡Es preciosa! -exclamó Luisa, tomándola en sus manos.

-La encontré el mes pasado en San Sebastián en un anticuario. Estaba buscando unos candelabros que me habían encargado cuando la vi y no dudé en hacerme con ella.

La tienda de doña Otilia era de comestibles aunque se vendía de todo. Lo mismo conseguías garbanzos que velas o una mantelería. La tendera gozaba de gran popularidad y conocía a Luisa desde niña.

-Luisa, ¿no te gustaría que te propusieran irte a Madrid para trabajar en palacio?

-No, no quiero irme. Aquí está mi vida. Creo que me moriría si tuviera que abandonar Lequeitio -dijo muy seria-. Ni en Zarauz estuve bien.

Luisa llevaba tres veranos trabajando para la familia real. Era una de las seis personas de la localidad que durante las vacaciones estivales prestaban sus servicios para que la estancia de los reyes resultase perfecta. Estaban tan contentos con sus servicios que el verano anterior le pidieron que les acompañara a Zarauz.

-Pero dime, Luisa, ¿es verdad que vendrán los emperadores de Francia a la casa que el infante don Sebastián posee cerca de San Sebastián, para reunirse allí con los reyes?

El infante don Sebastián de Borbón y Braganza era hijo del infante luso-español Pedro Carlos de Borbón y de la princesa portuguesa María Teresa de Braganza. Sobrino en segundo grado del rey Fernando VII, iba a estrechar su parentesco con la reina Isabel II. Primero, al casarse con la hermana pequeña de la madre de esta, María Amalia de Borbón-Dos Sicilias, se convertirá en su tío. Influenciado por su madre y también por su esposa, el infante, que deseaba permanecer fiel a la causa de su sobrina, abrazará los intereses carlistas participando en la primera guerra.

Pasados los años, al quedarse viudo, escribió a la reina Isabel para pedirle autorización porque deseaba regresar a España. Isabel se lo concedió, y al poco tiempo el infante don Sebastián se casó con la hermana pequeña del rey consorte, Cristina de Borbón y Borbón, conocida como la infanta Boba, convirtiéndose en cuñado de Isabel II.

El infante era muy popular en la corte y muy aficionado a la fotografía. Con su cámara había conseguido inmortalizar a la soberana en algunas instantáneas muy buenas.

-Los primeros días de la llegada de la familia real aquí a Lequeitio -contestó Luisa- se hablaba de ello. Incluso se decía que habían pedido a Madrid objetos valiosos para la recepción, pero no he vuelto a oír nada. Aunque este verano están teniendo muchas visitas.

-¿Cómo es don Carlos Marfori?

-Alto y muy fuerte, pero no muy amable -dijo Luisa pensativa.

Carlos Marfori, sobrino de Narváez, había sido gobernador de Madrid. Más tarde, su tío lo nombró ministro de Ultramar. En la actualidad ocupaba el cargo de intendente de palacio y era, en opinión de la mayoría, el supuesto amante de doña Isabel.

-¿Qué sabes de la boda de la infanta Isabel? ¿Vendrá con su marido al final del verano? -preguntó curiosa la tendera.

-Siento no poder darte información, pero no tengo ni idea.

-Pero sí me podrás decir algo del padre Claret; me encontré con él en la iglesia y me pareció preocupado.

-Estoy de acuerdo. Este año casi no les acompaña en los paseos por el campo; suele quedarse leyendo. Una mañana -dijo Luisa- me llamó y me pidió que me sentara un rato a su lado. Después de interesarse por mi vida, me preguntó si había oído algo en el pueblo sobre lo que sucedía en Madrid.

-¿Y qué le contestaste?

-La verdad; que a veces se decía que la gente estaba descontenta con el Gobierno, aunque él debería saber lo que estaba sucediendo, ya que el Gobierno estaba en Madrid y les mantendría informados.

-Lo cierto -aseguró la tendera- es que rumores sí que se oyen. Y te digo una cosa: no entiendo cómo la reina tiene de presidente a González Bravo, que era ministro de la Gobernación y fue el responsable de la Noche de San Daniel.

-No sé nada de política. Pero la reina parece tranquila -dijo Luisa.

-Y me imagino que muy feliz teniendo a Marfori a su lado -apostilló la tendera.

-Sí, puede que tengas razón. Pienso que se la ve más contenta que otros años.

-Me han asegurado que Marfori la acompaña a todas partes, y eso sí que tienes que haberlo visto.

-La verdad es que no me fijo. Hoy sí te puedo asegurar que salió con ella para visitar la fragata Zaragoza.

Corrían los últimos días del mes de agosto y la reina quiso visitar la fragata Zaragoza, fondeada en un puerto cercano. Qué lejos estaba doña Isabel de sospechar que sería precisamente aquella embarcación la que Prim utilizaría, unos días después, para recorrer la costa mediterránea sublevando guarniciones en contra de la monarquía de los Borbones. Pero en aquellos momentos nadie sospechaba de la inmediatez de la revolución.

Así fueron pasando los días del verano de 1868 en la costa. Las tres infantas, que entonces tenían siete, seis y cuatro años, gozan de mayor permisividad que otros veranos. La ausencia de su hermana mayor las hace sentir más libres. Isabel siempre estaba pendiente de todo y las vigilaba muy de cerca para que su comportamiento fuera perfecto. Su hermano Alfonso, con diez años, hacía una vida distinta, aunque a veces jugaban juntos. Aquella tarde, como otras muchas, las infantas Pilar y Paz salieron a pasear con dos camareras y Pepa -persona muy cercana a la reina, a la que servía desde hacía años en la corte y que en aquellos momentos era la encargada del guardarropa de las infantas-. También las acompañaba Luisa, la muchacha del pueblo que trabajaba en la casa y que les iba a enseñar un sendero sobre el mar por el que nunca habían pasado. Era un lugar delicioso, un caminito estrecho cobijado bajo las copas de esbeltos árboles que no les impedía ver el mar. Cuando estaban finalizando el recorrido, se encontraron con la dueña de uno de los caseríos cercanos que las invitó a acompañarla para que las infantas disfrutaran con los animales domésticos que tenía en casa y también para que vieran los establos.

Resultaba gratificante para los habitantes de Lequeitio el contacto con la reina y con sus hijos, que solían aceptar sus invitaciones, porque sin duda ellos disfrutaban igualmente con la cercanía de las gentes del pueblo.



Mediado el mes de septiembre, empezaron a llegar noticias preocupantes.

-Te digo que es seguro, Topete acaba de protagonizar el pronunciamiento militar y creo que casi todo el sur se ha sumado a la sublevación.

En la taberna se daba cita a aquella hora mucho personal. La excitación flotaba en el ambiente. Se había hecho el silencio para escuchar al médico, que era quien les estaba dando la noticia.

-Se supone que la reina lo sabe. ¿Qué va a hacer? ¿Se va a Madrid? -preguntó el maestro del pueblo.

-De momento creo que no se va. Me han dicho que ha aceptado la dimisión del presidente González Bravo y ha nombrado a un militar como sustituto -siguió informando el médico.

-¿Y a quién ha elegido para periodo tan breve? Porque estoy seguro de que la revolución triunfa -afirmó el más joven de todos los que se encontraban en aquellos momentos en la taberna.

-Le ha encomendado el Gobierno a Gutiérrez de la Concha, marqués de La Habana.

-No puede hacer nada -dijo otro de los parroquianos-, me han dicho que los acontecimientos lo han sobrepasado y que, además del sur, se han unido a la revolución algunas ciudades del norte.

Al día siguiente de esta conversación, el 28 de septiembre, la derrota del general Novaliches al frente del ejército realista en el puente de Alcolea permitió el acceso de los sublevados a Madrid. Era el triunfo de la revolución.

Cuando le comunican a la reina que la revolución es un hecho consumado, que sus seguidores han sido derrotados por el general Serrano -convertido en uno de los líderes de los sublevados-, doña Isabel no sabe qué pensar. Está segura de que el pueblo la quiere, pero sabe que este es manipulable, ¿cómo explicarse si no el protagonismo revolucionario de Serrano y Olózaga?

La reina quiere volver a Madrid, pero entre su familia, consejeros y parte de la corte que la acompaña no existe unanimidad. Después de varias conversaciones, sigue dispuesta a regresar. Solo la noticia de que la vía férrea se encuentra cortada y la línea telegráfica averiada le hacen volver a replantear su decisión.

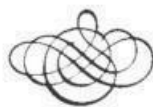
La infanta Paz y sus hermanas no saben qué pasa, observan la entrada y salida de muchas personas. Ellas, las tres infantas, fueron las únicas que consiguieron dormir la noche del 29 de septiembre de 1868.

Al día siguiente, la decisión estaba tomada. Todos se mostraron partidarios de que la familia real, acompañada de sus fieles, cruzara la frontera con Francia. Los emperadores de Francia, Napoleón III y Eugenia de Montijo, les aseguraban protección.

Tiempo después, la infanta Paz comentaría que solo recordaba de aquellos momentos las lágrimas de su madre y el abrazo emocionado de Pepa cuando le preguntó qué pasaba.

Abandonaron España en tren. En la estación de Biarritz, la Negresse, esperaban a la familia real española los mandatarios franceses que trataron de hacerles más llevadero el exilio, poniendo a su disposición varios lugares en los que residir.

Mientras trataban de organizar su futuro inmediato, doña Isabel se inclinó por el castillo de Pau, importante escenario histórico de la dinastía Borbón.



Algo más de un mes vivieron en aquel lugar, que por su cercanía a la frontera hacía el desgarró menos profundo.

Es probable que doña Isabel desconociera los aspectos de la azarosa vida de su antepasado, Enrique IV, el rey de Aragón que se convirtió en soberano de Francia, aunque para ello tuviera que cambiar de creencias religiosas, inmortalizando la famosa frase de «París bien vale una misa». Pero la infanta Paz sí se preocuparía tiempo después de conocer la personalidad del hombre que había iniciado la dinastía Borbón en Francia, nacido en aquel castillo de Pan, donde ella soñó con aventuras de caballería al recorrer las dependencias de la edificación medieval en la que tuvieron que vivir durante un tiempo y que se le asemejaba como un lugar medio encantado, a pesar de la remodelación efectuada para que la emperatriz Eugenia de Montijo pudiera pasar algunos días de descanso cuando se dirigía a Biarritz.

La infanta Paz siempre recordaría cómo ella y sus hermanas se vieron obligadas a dormir en los colchones colocados en el suelo debido a que la elevada altura de las camas les impedía acceder a ellas. Pepa, que había querido acompañarlas al exilio, fue la encargada de instalarlas en aquella inmensa habitación.

Acompañaron a la familia real al exilio un reducido número de sirvientes. Para atender a las infantas se quedaron la marquesa de Peñaflorida, la marquesa de los Remedios, doña Enriqueta Zea Bermúdez y Pepa.

Ajenas a todo lo que estaba sucediendo, las infantas vivieron los primeros tiempos de exilio como una auténtica aventura y siempre pensando que en cualquier momento regresarían al palacio de Madrid.



Cuando las infantas acudieron al colegio del Sagrado Corazón (Sacre Coeur) en la rue de Varennes de París, empezaron a percibir que su vida ya no era la misma. Hasta entonces un elevado número de profesores acudía a palacio y ahora, acompañadas solo de Pepa y una asistente, se dirigían al colegio como las demás niñas.

Doña Isabel II había decidido comprar en París el palacio Basilewski en la avenue du Roi de Rome, cerca del Arco del Triunfo, que desde entonces pasó a llamarse palacio de Castilla. Con el tiempo también la calle cambiaría de nombre, convirtiéndose en la avenida Kléber.

Las infantas, que aprendieron el francés por auténtica necesidad, muy pronto se dieron cuenta de que aquella vida les gustaba más. Tenían mucho más contacto con su madre, que se pasaba con ellas la mayoría de las veladas, y recibían numerosas visitas.

Una de las personas que acudió al palacio de Castilla para ponerse a disposición de la reina de España en el exilio fue Miguel Tenorio, quien, al triunfar la revolución, había sido

cesado en su cargo.

Tenorio no solo acudía a París por el afecto personal hacia la familia real, sino por ser un monárquico convencido. Allí se dio cuenta de que la vida de doña Isabel y sus hijos no sería la misma, pero se alegró al comprobar cómo las arropaban muchos de los convencidos monárquicos que trataban de hacerles más llevadero el exilio. No se sorprendió de que el rey consorte, don Francisco de Asís, hubiera decidido independizarse y se fuera a vivir a una especie de palacete en Épinay, una elitista zona en las afueras de París, con la única compañía de su secretario Meneses, después de haberle exigido a la reina el divorcio y la consiguiente pensión.

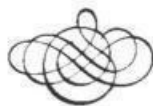
Para nadie era un secreto que Antonio Ramos Meneses, además de su secretario, era amigo íntimo del rey consorte. Compartían las mismas aficiones y los mismos gustos. Juntos, en el exilio, podrían dedicarse a viajar y a contemplar arte, que les apasionaba.

Miguel Tenorio, acompañado de su hijo Miguel, permaneció varios meses en París antes de regresar a España, a sus tierras de Almonaster. Así aparece reflejado en una carta que envía a su madrastra desde la capital francesa, el 30 de octubre de 1868:

La salud de Miguelito y la mía, gracias a Dios, es buena, y, por nuestra parte, sabemos también resignarnos al gran cambio de fortuna que sufrimos. A fines de invierno pensamos dirigirnos a esa provincia...

La infanta Paz no dejó constancia escrita de esta visita del secretario de su madre a París, pero, al observar su comportamiento posterior, es seguro que se alegró muchísimo de encontrarse con él.

En París las infantas vivían rodeadas de personas muy amables que les hacían regalos y no se veían limitadas por el estricto protocolo al que las sometían en Madrid. Su hermano Alfonso estudiaba en el colegio Stanislas. Alfonso, a punto de cumplir los doce años, se había convertido en el centro de atención para los monárquicos, que fundaban en él todas sus esperanzas de futuro, sobre todo después de que la reina decidiera renunciar a los derechos al trono de España en favor de su hijo.



A finales de junio de 1870, en el palacio de Castilla en París, residencia de la reina de España en el exilio, se ultiman los preparativos para celebrar un acto de marcado carácter institucional.

En el salón principal se había reunido, a excepción del rey consorte, don Francisco de Asís, toda la familia real. La madre de la reina, María Cristina, había llegado acompañada de su esposo, Fernando Muñoz. Aquel matrimonio morganático mantenido en secreto durante años

había recibido la aprobación tanto del papa como de las Cortes españolas. Hacía años que María Cristina y Muñoz vivían en Francia, donde fijaron su residencia oficial después de la revolución de 1854 en la que hubieron de dejar España. Los revolucionarios habían saqueado y prendido fuego a su residencia. Los madrileños culpaban a la madre de la reina y a su marido de haberse enriquecido utilizando su influencia tanto en la construcción del ferrocarril como en el comercio de la sal.

Lo que resulta evidente, al comprobar muchas de las reacciones de la reina Isabel II y su Gobierno, es que María Cristina, desde la sombra, influía en su hija, que no sabía negarle nada y que incluso les había dado el título de duques de Riánsares.

Aquella mañana, María Cristina quería estar presente en un acto tan trascendental para la familia como el de la abdicación de la titular a la Corona.

Doña Isabel, vestida con traje rosa bordado con encajes blancos y algunas incrustaciones de perlas y que complementaba su atuendo con un maravilloso tocado de perlas, hizo su entrada en medio de la expectación de sus hijos; del gesto verdaderamente complacido de su madre, de la preocupación, mal disimulada, de algún grande de España asistente a la reunión; y de la aprobación del duque de Sexto, verdadero director de aquella puesta en escena, que sonreía satisfecho.

La clara voz de la reina afirmaba sin titubeos:

... He venido en abdicar libre y espontáneamente, sin ningún género de coacción y violencia, y llevada únicamente de mi amor a España y a su ventura e independencia, de la real autoridad que ejercía, por la gracia de Dios y la Constitución de la monarquía española, promulgada en el año 1845; y en abdicar también de todos mis derechos meramente políticos, transmitiéndolos con todos los que correspondan a la sucesión de la Corona de España, a mi muy amado hijo don Alfonso, príncipe de Asturias...

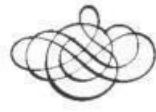
Doña Isabel abdicaba el trono de España en favor de su hijo. No había cumplido los cuarenta años.

Las tres infantas no saben muy bien lo que aquello significa. Doña Paz contará que su sorpresa y desconcierto fue enorme al ver que su madre besaba la mano de su hermano Alfonso. Ellas hubieron de hacer lo mismo.

Ni un solo día fuera de España dejó la reina de pensar en regresar a su país. Doña Isabel se debatía entre sus deseos de volver a reinar, avivados por el apoyo de miembros de su entorno que añoraban tiempos pasados, y los consejos de quienes supuestamente la querían bien, aunque valoraran más a la institución que a su real persona y se mostraban igualmente dispuestos a luchar por conseguir mejores tiempos para la monarquía en España.

A doña Isabel no le resultó fácil convencerse de la conveniencia de abdicar. Pero era consciente de la necesidad de esa medida si quería que su familia, los Borbones, siguiesen

reinando en España y por ello renunció a sus derechos a la Corona.



-La verdad es que vivir para ver, jamás pensé que nadie pudiera sentirse tan feliz de ir a la guerra.

-Y sobre todo lo que sorprende es la actitud de los familiares, que aparecen igual de gozosos. Es como si en vez de a un enfrentamiento bélico fuesen a una gran fiesta.

Los dos hombres se encontraban sentados en uno de los cafés de Montmartre y mientras charlaban no dejaban de mirar por la ventana. No había mucha gente en el local y por la puerta entreabierta se colaban los cánticos que desde la calle lo inundaban todo.

El ambiente era de auténtica fiesta. Los franceses no querían disimular la euforia que la decisión de Napoleón III de declarar la guerra a Prusia despertaba en ellos, que se consideraban superiores a los prusianos y que estaban deseando demostrarlo.

Los dos hombres eran de mediana edad y por su atuendo bien podrían ser funcionarios del Gobierno francés, aunque no era así.

-Tú que trabajas en la embajada española, ¿es verdad que uno de los motivos que llevan al emperador a declarar la guerra es la decisión del Gobierno español de proponer como candidato al trono de España a Leopoldo Hohenzollern?

-Eso es lo que se dice, pero tengo entendido que ya han retirado su candidatura.

-¿Entonces no es verdad que ese sea el motivo?

-Sin duda fue el detonante, pero en el fondo lo que de verdad molesta al emperador es el creciente poder de Guillermo 1 de Prusia y ha decidido no dar marcha atrás. Además, como los considera inferiores, quiere darles un escarmiento.

-¿De verdad crees que son inferiores?

-Tú sabes más que yo de esas cosas -respondió el empleado de la embajada a su amigo, también español, que se encontraba pasando unos meses con él en París.

-El hecho de que haya leído y escrito mucho sobre los ejércitos, las estrategias militares y los conflictos bélicos no me capacita para conocer la verdadera fuerza de los prusianos, aunque sí albergo cierta desconfianza.

-¿Sobre?

-Creo que Bismarck, el primer ministro prusiano, guarda un as en la manga. Es un

personaje listísimo -concluyó el escritor.

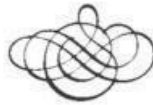
-De acuerdo, pero Napoleón III no es tonto -matizó el empleado de la embajada.

-No, pero su ambición es ilimitada. Seguramente ha heredado los sueños de grandeza de su tío.

Hacia dieciocho años que el entonces presidente de la Segunda República francesa, Carlos Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón, había dado un golpe de Estado, creando así el Segundo Imperio y proclamándose emperador con el nombre de Napoleón III.

-Entonces, ¿crees que es una trampa?

-Lo sabremos en su día, pero hablemos de otros asuntos, aunque ninguno de mayor actualidad que este. Lo cierto es que si alguno de los que cantan en la calle escuchara nuestra conversación, nos tildaría de locos o de españoles envidiosos -comentó riéndose el escritor.



Al principio, los preparativos de la guerra contra Prusia no preocupan a la reina de España en el exilio, que lleva casi dos años viviendo en Francia. Seguro -se dice- que el emperador sabe lo que hace.

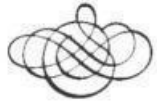
Pero al llegar el mes de agosto, doña Isabel II ya no tiene tanta certeza. Muchas de las personas que viven con ella la animan a salir de Francia asegurándole que se avecinan tiempos muy difíciles, pero ella sigue creyendo que las aguas volverán a su cauce. Por otra parte, la emperatriz Eugenia sigue en París. La reina considera que lo mejor es hacer una vida normal y decide alejarse de la capital; pasarán las vacaciones en Houlgate, un pequeño pueblo de pescadores en la costa normanda.

Para sorpresa de todos, el ambiente de paz y tranquilidad propio de estos lugares de veraneo había desaparecido dando paso a una excitación que bullía por las calles del pueblo en la voz de una especie de pregoneros que, con tambores incorporados, dan cuenta de lo que sucede en el campo de batalla.

El mes de agosto discurre con relativa calma, pero al llegar septiembre la situación se agrava. Las noticias son cada día peores. Cuando doña Isabel se entera de que el emperador ha sido hecho prisionero en Sedán no termina de creérselo. A los pocos días, en París se proclama la Tercera República. El Segundo Imperio ha dejado de existir. Su amiga la emperatriz Eugenia, después de permanecer varios días escondida en casa de su dentista, ha logrado salir para Inglaterra.

La familia real española debe enfrentarse a un nuevo exilio.

El 29 de septiembre, otra vez este fatídico día para ella, doña Isabel, tras conseguir la documentación para poder abandonar Francia, sale camino de Suiza. La infanta Paz, que solo tiene ocho años, verá cómo su vida vuelve a cambiar y se dará cuenta entonces de las tristes consecuencias de las guerras. En el camino hacia Suiza no dejarán de encontrarse con hospitales de campaña repletos de heridos que luchan por sobrevivir.



Quienes creían en la astucia del primer ministro prusiano acertaron. Bismarck supo engañar a los franceses haciéndoles creer que su ejército era inferior. La derrota infligida al emperador fue contundente.

En París, una insurrección popular había hecho abandonar al ejecutivo presidido por Thiers, estableciéndose la Comuna, el primer Gobierno obrero de la historia.

-Me parece terrible lo que está sucediendo en Francia; es peor que lo ocurrido en España.

-Aún no sabemos qué pasará allí. ¿Crees que Amadeo de Saboya será capaz de hacerse con los españoles?

Amadeo de Saboya era el nuevo rey de España. Las Cortes así lo habían querido. El voto de ciento noventa y un diputados avalaba la presencia del italiano, que, nada más llegar a Madrid, se encontró con la trágica noticia: su mentor, el general Prim, había sido asesinado.

-Debo reconocer que a mí don Amadeo no me agrada, pero antes que la república cualquier cosa.

Quienes así se expresaban eran dos aristócratas españolas que formaban parte del séquito que acompañaba a doña Isabel y a sus hijos. En total se habían desplazado a Suiza unas setenta personas. No es que todas prestaran sus servicios a la reina, pero esta había querido que las familias de quienes la servían les acompañaran a lugar seguro. Vivían todos en el Hotel de la Paix, en Ginebra, que fue alquilado en su totalidad. Las dos señoras se encontraban en una de las terrazas disfrutando de la tranquilidad del lugar. Tendrían una edad similar, una era inglesa, muy rubia, casada con un español, y la otra española y perteneciente a la nobleza.

-Pues por mucho que nos duela a los monárquicos, la república fue apoyada por sesenta diputados. Después de don Amadeo, fueron ellos quienes consiguieron mayor apoyo.

-Ya lo sé -dijo la española con pena-. Y pensar que don Alfonsito solo obtuvo dos votos...

-Pues no considero tan malo el resultado. Piensa que hace nada que se produjo la revolución y es el hijo de la reina destronada. Ya veremos dentro de un tiempo.

-Es posible que tengas razón, pero no soy tan optimista como tú. ¿Sabes de lo que me he

alegrado? -Sin darle tiempo a que contestara afirmó-: De la derrota del duque.

El cuñado de doña Isabel, el duque de Montpensier, que soñaba con alcanzar el trono y que casi se había arruinado al colaborar de forma eficacísima en la financiación de la revolución que expulsó de España a su cuñada, había comprobado con desesperación cómo sus sueños se desvanecían. Solo veintisiete diputados del hemiciclo respaldaron su candidatura.

-A mí también me alegra, para qué mentir -sonrió la inglesa con un gesto de complicidad-. Según me han dicho es lo que merecía. -Y bajando un poco el tono de voz, preguntó a su amiga-: ¿Tú crees que Montpensier tuvo algo que ver con el asesinato de Prim?

La española miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía escucharlas y muy bajito respondió:

-Es lo que aseguran muchos y yo personalmente pienso que es posible. Pero resulta demasiado duro creer que de esa forma se vengó el duque por no haber conseguido el trono.

-Sí, resulta muy duro, pero en realidad fue Prim quien lo impidió. He escuchado más de una vez a mi marido -apuntó la inglesa- que Prim era el responsable de que no votaran a Montpensier en el Congreso. Que había utilizado toda su influencia, que era mucha en la Cámara de diputados, para que apoyaran a su candidato.

-Con toda probabilidad fue decisiva la postura de Prim, pero, según comentaron unos amigos llegados de Madrid, pesó más en el ánimo de los diputados el duelo de Montpensier con don Enrique, el hermano de don Francisco de Asís. Supongo que conoces que, como consecuencia de ese duelo, perdió la vida don Enrique.

-Sí, y me produjo una gran tristeza, porque sentía un gran afecto por él.

-Es verdad -exclamó la española-. No me daba cuenta de que el infante Enrique pasó temporadas en vuestra casa del Puerto.

-Era encantador, muy distinto a su hermano don Francisco, el rey consorte.

Don Enrique de Borbón, duque de Sevilla, cuñado de la reina doña Isabel, como Borbón que era, defendía la dinastía y sus derechos al trono de España. Después de la revolución del 68 se había convertido en el defensor de los derechos familiares, oponiéndose con todas sus fuerzas a que un Orleáns ciñera la Corona española. Además, don Enrique, conocedor de los manejos de Montpensier en su carrera hacia el poder, al enterarse de que este había presentado su candidatura, arremetió contra él difundiendo un escrito en el que daba buena cuenta de sus sentimientos. Montpensier, pletórico de indignación, comprobó la autoría del documento en el que le descalificaban e inmediatamente envió sus padrinos a don Enrique.

Las dos mujeres se habían quedado muy pensativas. Fue la inglesa la que planteó a su amiga el siguiente interrogante:

-¿No es una exageración, una animalada, exponerse a morir de una forma tan absurda?

-Tú y yo somos mujeres, pero piensa que para los hombres el honor tiene otro significado y están obligados a defenderlo.

-¿No existen otras formas de hacerlo? Yo, aunque fuese hombre, jamás me enfrentaría a un duelo.

-Dejarías de ser un caballero y te convertirías en el hazmerreír de todos -aseguró la española muy segura.

-Prefiero eso antes de perder la vida.

-No siempre en los duelos el final es la muerte.

-Pero en este del que hablamos sí.

-Estoy de acuerdo. Primero, ninguno de los dos acertó. En un tercer intento Montpensier sí alcanzó a don Enrique en la frente. El disparo fue mortal. Pero el duelo era a herida.

-Además -añadió la inglesa-, deberían prohibirse, porque tengo entendido que están considerados como delitos en el Código Penal.

-Lo están, pero no se respeta la ley. Piensa que el duque de Montpensier fue sometido como militar a un consejo de guerra y condenado a un mes de destierro.

-Perdona, me parece vergonzoso, y resulta muy sospechoso que en casi todos los veredictos de los duelos aparezca «muerte accidental».

-Es una forma de no complicarse la vida -dijo la española con cierta resignación-. Por cierto, ¿te ha comentado tu marido cómo conseguirá doña Isabel hacer frente a los gastos de nuestra estancia en Ginebra? Nosotros hemos puesto todo lo que tenemos a su disposición. Me imagino que igual que vosotros.

-Sí, por supuesto, pero por desgracia es muy poquito. Nada más lejos de mí que la intención de criticar, pero ano te parece que doña Isabel debería procurar gastar menos?

-Es posible, aunque le tiene que resultar muy difícil, siempre acostumbrada a tenerlo todo. Lo cierto es que no sabe cómo controlar los gastos. Vaya, mira quién viene -continuó diciendo la española a la vez que exclamaba-: Buenos días, señorita Agnes, ha madrugado usted mucho.

-Buenos días, señoras -contestó sin apenas mirarlas, y siguió el camino hacia el hotel.

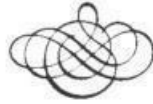
-Qué carácter tienen los suizos -comentó la española-. Me ponen de los nervios.

-No exageres. Además, miss Agnes está realizando un buen trabajo con las infantas. Si soy sincera -añadió la inglesa-, debo decir que la preocupación de la reina por la formación de sus hijas me parece admirable.

-No lo dudo, aunque tal vez hubiera sido mejor que fueran al colegio como su hermano.

-La infanta doña Eulalia es pequeña y creo que doña Isabel estaba convencida de que nuestra estancia aquí sería breve... y ya ves, llevamos en Ginebra más de siete meses. Y las cosas en París no solo no han mejorado, sino que están bastante peor.

-Yo creo -afirmó la española con rotundidad- que ese Gobierno, ¿cómo lo llaman...? la Comuna, ¿verdad?, pues no va a ser duradero...



Antes de cumplirse los dos meses de la creación de la Comuna, aquel proyecto, fruto de la declaración del pueblo francés, por el que se constituía un Estado laico formado por las comunas de cada ciudad y en el que participaban socialistas y anarquistas, fue aniquilado después de duros combates por las tropas mandadas por el general MacMahon.

Las bajas de un lado y otro habían sido notables y la represión con los miembros de la Comuna, extrema. Se hablaba de más de cincuenta mil ejecuciones y otros muchos desterrados a las colonias. Importante número de plazas y edificios parisinos se habían convertido en escombros.

En agosto, un mes después de que fuera disuelta la Comuna, doña Isabel cree que ha llegado el momento de regresar a París. No saben en qué forma habrá afectado el caos vivido a su residencia. Le aseguran que ahora en la ciudad la calma es total y que no debe temer por su seguridad, pues se ha implantado la ley marcial.

Casi un año han vivido en Ginebra y no han sido precisamente unas vacaciones. La reina se encontró agobiada por problemas económicos a pesar de que unos cuantos nobles españoles la ayudaban a sobrellevar el exilio. Entre ellos destacaba el marqués de Alcañices, que había puesto a disposición de doña Isabel el patrimonio del que disponía.

Se podría asegurar que fueron las infantas las únicas que disfrutaron de su estancia en Suiza, donde gozaron de una mayor libertad y más tiempo para jugar y pasear. Paz celebró su noveno cumpleaños en el hotel rodeada del cariño de los suyos. Pepa le había preparado, como en todos sus cumpleaños, la tarta que le gustaba.

Paz escribiría años después que nunca se olvidaría del invierno pasado en Ginebra, pues allí vio la nieve por primera vez. También en Suiza aprendió a patinar.

Paz, desde niña, supo quedarse con lo mejor de la existencia, siempre había algo que merecía la pena que a otros les podía pasar desapercibido, pero a ella no. En su estancia en Ginebra conoció lo que significaba tener poco dinero y observó cómo los mayores lo pasaban mal. Sin embargo, en vez de recordar la impresión que las penurias producían en su alma, optó

por guardar la alegría y emoción de su espíritu al comprobar la belleza de la nieve. Por ello, cuando llegan al palacio de Castilla, su preciosa casa en París, es ella quien infunde alegría a su madre para que acepte de la mejor manera posible la situación.

Durante el periodo revolucionario la casa había sido utilizada como hospital. Seguía en pie, no la habían destruido, pero nada en su interior recordaba el pasado esplendor. Se necesitaría dinero y tiempo para convertir aquella ruina en la casa de antaño.

Paz tiene nueve años, pero no importa, es como una personita mayor; responsable, buena... siempre piensa en los demás. Doña Isabel, muchas veces, cuando mira a Paz, no puede evitar felicitarle al haberle puesto el nombre perfecto, porque su hija significa eso: paz. Casi sin que nadie se diera cuenta, la niña se ha convertido en bálsamo maravilloso para toda la familia, y así será a lo largo de los años en el exilio.



Ya ha terminado de arreglarse. A Paz le gusta vestirse sola, prefiere que no la ayuden, solo Pepa goza de toda su confianza. No sabe dónde estará esta noche en la que le hubiese gustado conocer su opinión. De todas formas cree que ha elegido la ropa correcta. Lo cierto es que no está acostumbrada a ir al teatro. Alfonso ha prometido llevarlas a ver *La poule aux oeufs d'or*.

Pepa levanta la mirada hacia el reloj situado en la pared, por encima del mostrador. No le dará tiempo. Cuando llegue ya se habrán ido para el teatro. Tenía que haber previsto que en aquellas fechas todo el mundo sale de compras, pero ahora no debe irse, porque aquellos dulces son los preferidos de don Alfonso. Hay que ver lo guapísimo que está y cómo le sientan de bien los uniformes. El hijo de Isabel II ya ha cumplido diecisiete años y está recibiendo una educación muy esmerada. Después de estudiar casi tres años el Theresianum, en Viena, había ingresado hacía dos meses en la escuela de cadetes de Sandhurst en Inglaterra.

Pepa conoce muy bien a los hijos de doña Isabel y presiente que Alfonso les oculta algo. Ha detectado en su mirada un brillo especial, no es el del enamorado, es distinto... Además, a primera hora de la tarde alguien había ido al palacio de Castilla a entregar una carta para él. Ella había visto cómo la guardaba después de haberla leído. Le sorprendió que no le comentara nada y mucho más que guardara absoluto silencio sobre la misteriosa carta. Pepa, por supuesto, no había dicho nada a nadie.

Josefa Angulo y Amótegui, Pepa, para todos, está al servicio de doña Isabel desde hace más de doce años. Al quedarse huérfana con dieciocho años, solicitó a su majestad la reina doña Isabel un empleo en la corte, ya que su padre, Santiago Angulo, fallecido en el Real Sitio de San Ildefonso, había trabajado toda su vida al lado de la familia real. Instruida, culta y elegante, poseedora de una voz maravillosa, podría haber intentado dedicarse al teatro mientras sobrevivía con la pensión que le correspondía a su padre. Pero su aspiración siempre había sido servir a

doña Isabel, quien la aceptó, dándole al principio el empleo de moza de retrete. Después pasaría por otros cargos. Se sabe que en 1868 estaba destinada a la Camarería Mayor, porque consta su cese al desaparecer este departamento con motivo de la revolución.

Pepa vuelve a consultar el reloj. Piensa que resulta inútil ponerse nerviosa. Lo cierto es que cuando más prisa se tiene más parsimoniosa es la gente.

Ha ido a buscar los dulces porque teme que este año no les envíen desde Madrid los turrónes de casa Mira que apasionan a la reina, a las infantas y al príncipe. Siempre les hacían llegar unas barras de turrón de nieve, hecho con mazapán, y otros de yema. Pero le daba la sensación de que este año no las recibirían. Estaba todo tan revuelto en España...

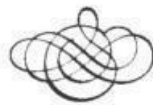
En París viven al tanto de lo que sucede en la patria. En los últimos meses se han intensificado las visitas de distintas personalidades al palacio de Castilla. Después de la renuncia al trono de Amadeo de Saboya, que no consiguió consolidarse, la república tomó el testigo pero tampoco parecía funcionar. Los carlistas intensificaban su acción y conquistaron nuevas ciudades en el norte de España creyendo que había llegado su momento.

Paz se vuelve a mirar en el espejo. El abrigo de terciopelo es el que más le gusta... Podría preguntarle a su hermana Isabel, pero no quiere molestarla. Pobre, con todo lo que había pasado. Esta iba a ser la primera salida de su hermana mayor después de la muerte de su marido.

En las Navidades de 1874 se cumplían tres años de la muerte del conde Girgenti, que después de intentar suicidarse tirándose por un balcón, se quitó la vida pegándose un tiro en Lucerna.

Había sido un matrimonio desgraciado desde el primer momento. A la infanta se le había ocultado la epilepsia de su marido, que padecía asimismo profundas depresiones. Isabel consiguió con esta triste experiencia la fuerza suficiente para negarse a cualquier propuesta de matrimonio.

Paz no conoce las fábulas de La Fontaine, pero Alfonso les ha dicho que son estupendas. Tendrán que irse dentro de unos momentos, y Pepa no llega. Le preguntará a su hermana Pilar si va bien con la ropa que ha elegido.



La representación ha resultado espléndida. El teatro de la Gaitée presentaba un lleno absoluto. Paz había observado orgullosa cómo las muchachas miraban coquetas a su hermano, que con auténtica complacencia les seguía el juego.

De regreso a casa comprobaron que, a pesar de que estaban en plenas fiestas navideñas, las calles aparecían solitarias. La razón era muy sencilla: la ley marcial seguía en vigor. El coche

discurría casi en solitario en medio de las risas de sus ocupantes, que disfrutaban con los comentarios de Alfonso sobre la obra que acababan de ver. Había sido una noche estupenda. Una noche que ninguno olvidaría, pero no por su asistencia al teatro, sino por algo que conocerían al llegar a casa.



Cuando avisaron a Pepa de que el marqués de Elduayen quería ver a doña Isabel, tuvo la certeza de que algo pasaba. Era la noche del 30 de diciembre, y de no ser urgente, el marqués no habría acudido al palacio de Castilla.

-Señor marqués, buenas noches. La reina y las infantas han ido con don Alfonso al teatro, pero volverán a cenar a casa. ¿Desea que le sirva una copa?

-No, muchas gracias. Les esperaré.

Don José Elduayen pasó al salón y, como siempre hacía, observó las innumerables fotografías que doña Isabel tenía sobre una mesilla...

-¿No os sorprende que estén todas las luces del salón encendidas? -comentó la infanta Isabel, que fue la primera en bajarse del coche.

-Sí que es raro -comentó doña Isabel-. Pepa está en casa y a ella no se le escapa nada.

-Puede que tengamos visita -apuntó la infanta Pilar.

-¿A estas horas? -exclamó doña Isabel-. Alfonso, ¿tú esperas a alguien?

-No -contestó Alfonso, sin mucha convicción.

Al escuchar el sonido del coche, Pepa no esperó a que uno de los criados abriera la puerta, acudió ella misma.

-Señora, el marqués de Elduayen...

Doña Isabel entró inmediatamente en casa.

-Pepe, ¿qué es lo que pasa? -preguntó-. No me des malas noticias, por favor.

-No son malas. Es más, creo que pueden ser excelentes.

-Dinos qué es, no nos hagas esperar -pidió la reina.

-Señora -dijo Elduayen con tono solemne-, Martínez Campos ha proclamado a vuestro

hijo, don Alfonso, rey de España en una localidad cercana a Sagunto.

-¿Por qué lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? -quiso conocer la reina.

-Me lo comunicó el embajador Vega de Armijo -respondió el marqués.

-¿Y Cánovas? -preguntó la reina.

-Se ha hecho sin su aprobación. Ya conoce vuestra majestad que Cánovas no quiere precipitarse, porque teme que los españoles rechacen a don Alfonso.

-¿Qué ha pasado hasta ahora? ¿Cómo han reaccionado los españoles? -preguntó la infanta Isabel.

-Con seguridad aún no se sabe, pero parece que saldrá bien.

Todos se habían dado cuenta de que Alfonso no había dicho ni una sola palabra. Su madre se acercó a él.

-¿No dices nada?

-Ya lo sabía -dijo sin inmutarse.

-¿Lo sabías? -le gritó su te lo has guardado para ti?

-No estaba seguro y no quise crear falsas expectativas. Lo cierto -siguió diciendo mientras buscaba en el bolsillo de la chaqueta- es que esta mañana he recibido una carta anónima. Mira. - Le dio un folio cuidadosamente doblado.

Doña Isabel la tomó en sus manos y leyó:

-«Sire. Vótre majesté a eté proclamé roi hier soir par l'Armée espagnole. Vive le roi!».

-Alfonso -dijo Paz, que seguía la conversación con verdadera atención-, dices que esa carta te ha llegado esta mañana, entonces tu proclamación fue ayer.

En la mañana del 29 de diciembre y en contra de la opinión de muchos, el general Martínez Campos, en Las Alquerietas, a un kilómetro de Sagunto, había protagonizado un pronunciamiento militar proclamando rey de España a don Alfonso de Borbón.

-Con lo cual -siguió diciendo Paz-, si después de veinticuatro horas los españoles lo siguen aceptando, es que ha triunfado.

-No, doña Paz, es aventurado llegar a esa conclusión.

-Da lo mismo, afirmó Alfonso, pase lo que pase me voy para España, madre.

Aquella noche nadie pudo dormir, ni siquiera las infantas. La alegría se había adueñado de

sus corazones y una especie de ansiedad les hacía desear que un nuevo día amaneciera.

Sucedió como deseaban. A la mañana siguiente, doña Isabel recibió un telegrama de Cánovas y Fernando Primo de Rivera notificándole oficialmente el gran suceso. El Gobierno, que en aquellos momentos estaba en manos de Sagasta, no se opuso al pronunciamiento, aceptando al nuevo rey.

Alfonso salió para España.



Hacía seis años que doña Isabel II había afrontado el exilio y parecía que ahora llegaba el momento de retornar. Es lo que más desea en la vida. Espera que Alfonso sepa hacerse con la difícil situación. Ella intentó por todos los medios llegar a un acuerdo con sus familiares, los aspirantes carlistas, pero todo había resultado inútil. Su hijo se pondrá al mando de las tropas para luchar contra los carlistas en Cataluña y Navarra.

Paz está contenta, no podría ser de otra forma. Ella también quiere volver a la patria. Pero el destierro no le ha parecido ninguna tragedia. Así lo refleja en su diario:

Todos creían que este destierro era para nosotros una gran desgracia; no fue así. La educación en el extranjero ha sido buena para nosotros. En vez de vivir en la corte con pompa y etiqueta, crecimos como particulares, lo que nos será útil más tarde.

Las infantas siguen estudiando en el Sagrado Corazón, y Paz comenta divertida cómo ahora las tratan con mayor deferencia. Continúan con su vida normal sin intervenir en los preparativos que su madre hace para regresar a España en cualquier momento, ya que las noticias que llegan son muy positivas. Alfonso, al mando del ejército, va sumando nuevas victorias frente a los carlistas.

Sin embargo, no todo serán buenas noticias. El regreso a la patria se va retrasando, y cuando doña Isabel conoce la decisión de su hijo de que sea la infanta Isabel quien acuda a Madrid para acompañarlo, siente algo parecido a la desesperación.

En abril, doña Isabel recibe una carta de Cánovas que la deja sumida en la más profunda de las tristezas:

La venida de vuestra majestad a Madrid causaría la irremisible ruina del rey y de la patria, que sería la verdadera ruina de vuestra majestad y de sus augustos hijos. Tal es mi opinión, que comparte aquí todo el mundo, créalo vuestra majestad, menos una docena de ilusos, sin duda respetables en sus ilusiones, y algunas cuantas personas de menos cuenta, movidas por intereses o esperanzas particulares.

Doña Isabel contesta a Cánovas a los pocos días:

Cánovas:

Me dirás que hay razones políticas para que yo no vaya a España. No voy a negártelo: quiero concedértelas: más de una hay, y entre otras, y grave, y que algunos, no yo, llamarían única... tu actitud en ella.

Si tú te glorias, y con razón, de lo que has hecho en bien de mi hijo, bien podré yo gloriarme, tanto como quien más, con un acto tan fundamental como la abdicación. Sin él, ¿tendría hoy España el rey en quien fundamenta tantas esperanzas? Alfonso no es hoy rey por su solo derecho: por su mero derecho, lo habría sido, tal vez, a fines del siglo, tal vez el siglo que viene; y lo es hoy, en 1875, con la mejor voluntad y con el mayor gusto mío.

Todo resulta inútil, Cánovas está convencido de que la reina no debe volver a España. Después de unos meses le ofrecen la posibilidad de que vaya a vivir a Palma de Mallorca, al castillo de Bellver. La reina lo rechaza.

Pilar y Paz, que están a punto de cumplir los catorce y trece años, tratan de animar a su madre, intentan que se olvide un poco y disfrute con ellas como siempre lo ha hecho. Paz comentará que don Carlos, el candidato carlista, les ofrecerá Zarauz, Lequeitio o Tolosa, territorios que dominaban los carlistas, para que puedan residir, si es que quieren vivir en España. Don Carlos no está dispuesto a renunciar a sus derechos al trono español, pero sí a acoger a la reina y a su familia, cosa que no hace su hijo.

La reina, muy agradecida, rechaza su ofrecimiento.

Perdida toda esperanza de volver, doña Isabel intenta seguir con su vida, sin la ilusión del retorno. Y así van pasando los días, las semanas y los meses de 1875.

El palacio de Castilla se ha convertido en centro de atención y las visitas se suceden. Doña Isabel recibe a todos. A muchos conocidos que no se habían ocupado de ella hasta entonces y ahora acuden a saludarla, les dice sonriendo con sentido del humor: «Parece que el sol calienta otra vez».

El 28 de noviembre, cumpleaños de Alfonso, doña Isabel organiza en su casa de París una pequeña fiesta. Así lo cuenta Paz en su diario:

Nos fuimos a acostar a las doce de la noche. Comimos con papá. Estaba allí el embajador de España, marqués de Molins, con sus hijas. Durante la comida se habló casi únicamente de mi hermano Alfonso, pues la comida era en honor de su cumpleaños. Después se bailó.

La infanta Paz alude a su padre, el rey Francisco, que acudió a celebrar los dieciocho años de Alfonso, pero ¿qué había pasado con él todo este tiempo?

Hemos comentado que al poco de enfrentarse al exilio, el rey consorte reclamó su independencia. De nada sirvieron los ruegos de doña Isabel para que siguiera a su lado. Don Francisco exigió el divorcio y la indemnización que le correspondía. Después, se fue a vivir a Épinay, en las afueras de París, con la única compañía de su secretario Meneses.

La reina aceptó la nueva situación y, aunque distante, siempre mantuvieron una relación excelente. Significativo es el párrafo que, andando los años, dedicaría la infanta Eulalia a su padre:

Errabundo, perdido unas veces en los caminos italianos, en Bélgica otras, siempre distante, mi padre casi no había existido para mí. Ya viejo, cuando comenzó a sentirse solo y había mucho frío en torno suyo, solía acudir a París, visitando a mi madre y a nosotras. Pero nos era dolorosamente extraño, ajeno, aquel hombre menudo y fino, que tenía unas manos bellísimas y un hablar que no encontraba eco en nuestro corazón. Ni un recuerdo, ni un simple detalle que se tiñera de emoción, nada lo unía a mí.

Resulta explicable que en aquellos momentos don Francisco de Asís estuviera más cerca de su familia, no tanto porque se sintiera solo como por la nueva situación: Alfonso se había convertido en rey de España. Y como decía la reina: «El sol calentaba otra vez». Pero a diferencia de doña Isabel, el rey consorte nunca manifestó su deseo de regresar a España.

Aquel invierno, las visitas del rey Francisco a sus hijas fueron más frecuentes y todos se contagiaron de sarampión. Primero fueron las infantas, que lo superaron sin problemas. También don Francisco le hizo frente sin graves complicaciones, no así doña Isabel, por cuya vida se llegó a temer. En el diario de Paz leemos:

Mamá se ha levantado. Ahora nos han confesado que ha estado grave. La erupción se le metió por dentro, en el pulmón. Durante tres días se temió no poderla salvar. Aunque nos lo ocultaban, notábamos que pasaba algo, porque una noche salieron todos muy tristes de su cuarto, y nosotras nos dijimos que nos engañaban y que mamá debía de estar muy mal...

La enfermedad de la reina y el sometimiento de los carlistas fueron factores decisivos para que Cánovas reconsiderase su postura sobre el regreso de doña Isabel.



La llegada de la fragata Numancia a Santander en el verano de 1876 fue seguida de gran expectación. El rey don Alfonso XII, acompañado de su hermana, la infanta doña Isabel, se encontraba en la ciudad desde la noche anterior. Querían estar en el puerto para recibir a su madre.

Alfonso había vencido a los carlistas. El 28 de febrero hizo su entrada en Pamplona, lo que

llevó al candidato carlista a cruzar la frontera. En marzo, eran los madrileños quienes le vitoreaban enloquecidos. Alfonso había conquistado a los españoles y en Madrid así se lo demostraban. En España entera era querido y se le conocía como el Pacificador.

Santander había amanecido con las calles engalanadas, sus casas con colgaduras y toda la población se preparaba para dar la bienvenida a la reina, que recibió incesantes muestras de cariño de los santanderinos en el recorrido hasta la catedral, donde se celebró una misa solemne.

Cantabria siempre se había sentido querida por la soberana, que en más de una ocasión eligió sus tierras para descansar.

Cánovas autorizaba a doña Isabel a volver a España, pero le prohibía residir en Madrid. Le había dado a elegir entre El Escorial y Sevilla. La reina se decantó por Sevilla. El Escorial estaba destinado a ser su última morada y no quería adelantar acontecimientos.

La infanta Paz disfrutó del viaje de retorno a la patria, que en nada recordaba a los realizados con anterioridad, rodeados de dificultades y viajando casi de forma anónima. Nada más llegar a la estación de París para tomar el tren se percató de la diferencia. La gente había acudido de forma masiva a despedirles. Los gritos de ¡viva la rei na! se escuchaban de forma ininterrumpida y les acompañaron hasta la salida del tren.

Viajaron hasta Burdeos, donde se realizó una parada. En la estación, adornada de flores y alfombras, les esperaban las autoridades, que les ofrecieron un almuerzo.

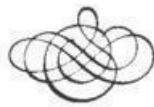
Siguieron en tren hasta San Juan de Luz. Allí, una barca les llevó al vapor Ferrolano y este a la fragata Numancia.

Seguramente fueron momentos de emoción, que la infanta Paz dejó reflejados en su diario:

Durante el trasbordo hicieron salvas los diferentes barcos. No me hacían mucha gracia los cañonazos, pero el aspecto de la Marina era imponente. ¡Viva el rey!, gritaban los marineros, formados en las vergas, y al entrar nosotros en la Numancia y resonar la «Marcha Real», añadieron los marineros al saludo de ordenanza un ¡viva la reina! que les salió del fondo del corazón. Mamá pudo dominar su emoción hasta entrar en su camarote, y allí se echó a llorar. Al ponerse el sol, tocaron el ángelus y la música tocó el «Avemaría» de Gounod. Reinaba gran silencio. Cuando mis hermanas se fueron a acostar, yo me quedé todavía largo rato sobre cubierta, contemplando el mar. El buque se balanceaba dulcemente. Al poco tiempo salió la luna y se vieron los otros barcos que nos acompañaban: la Oriflamme, la Consuelo y el Ferrolano. No olvidaré nunca el espectáculo. Me quedé hasta las once en cubierta. Recé allí mis oraciones de la noche. ¡Qué bien se reza mirando al mar!

Paz acaba de cumplir catorce años y -como se puede comprobar en este texto- es una muchacha sensible, romántica y piadosa. Toda su vida será consecuente con sus creencias religiosas.

Solo hace año y medio que no ha visto a Alfonso, pero a Paz le parece que su hermano ha envejecido. Le agrada y agradece que él -ahora rey de España- y su hermana Isabel -princesa de Asturias- hayan ido a esperarles. Se emociona al observar la reacción de su madre, que apenas puede contener las lágrimas. Ella no conoce o no se acuerda de muchas de las autoridades que les dan la bienvenida, pero la actitud de su madre con muchos de ellos, de auténtica afabilidad, le hace pensar que son antiguos conocidos, como es el caso del marqués de Casa-Pombo, en cuya residencia se quedarán aquella noche, porque Alfonso e Isabel regresan a Madrid. No deben desatender su trabajo institucional. Ellas se quedarán unos días en Cantabria. Doña Isabel quiere volver a disfrutar de las aguas del balneario de Alceda, que tanto bien le hacen. En el palacio de Ontaneda la reina y sus tres hijas disfrutarán del hermoso paisaje del valle de Toranzo.



-Creo que doña Isabel no podrá vivir aquí.

-¿Te refieres a las condiciones en las que se encuentra el palacio?

-No. Eso tiene arreglo. De hecho, nosotros nos encargaremos de mejorarlo en estos días.

-¿Entonces?

-La presencia de su cuñado, el duque de Montpensier, le acarreará problemas, estoy segura -afirmó Pepa Angulo, que charlaba con el mayordomo en uno de los salones del Real Alcázar de Sevilla.

-Qué generosa ha sido siempre doña Isabel, ¿verdad? -apuntó el mayordomo.

-Lo dices por el palacio de San Telmo.

-Sí, claro.

Doña Isabel había regalado a su hermana y a su cuñado, a los pocos meses de su boda, el palacio de San Telmo de Sevilla. Aparte de esta casa, los duques adquirieron otra en Sanlúcar de Barrameda, en la misma desembocadura del Guadalquivir. Los Montpensier y sus hijos siempre habían estado muy identificados con Andalucía. No quiere ello decir que el duque fuera un personaje muy querido, pero sí su mujer, la infanta Luisa Fernanda, la hermana de la reina.

Lo cierto era que a poco que se conociera la ciudad andaluza, la convivencia en ella de la reina y sus cuñados no iba a resultar fácil. La presencia de José Ramiro de la Puente, capitán de artillería sevillano, que desempeñaba desde hacía un tiempo las funciones de jefe y secretario de la casa de la reina, complicaría aún más la situación.

-Pepa, tú que conoces bien a la reina, ¿no crees que debería haber prescindido de los servicios de Ramiro de la Puente? ¿Te imaginas qué comentarios suscitará aquí, en su tierra?

-Es un tema del que prefiero no hablar. Pobre doña Isabel, no se da cuenta de las trampas que le tienden -dijo con pena.

-No comprendo qué quieres decir.

-Es muy sencillo. José Ramiro de la Puente fue enviado a la embajada española en París para «distraer» a la reina y que no siguiera incordiando con sus exigencias. Desconozco de quién fue tan brillante idea, pero acertó de pleno.

-¿Estás segura de lo que dices? -preguntó sorprendido el mayordomo.

-Por supuesto. Solo tienes que examinar al personaje: es fuerte, guapo, simpático y encima posee una bonita voz de tenor. Se me olvidaba: también es amante de la caza. Jamás una persona con esas características podría pasar desapercibida a la reina.

-Tienes razón -dijo el mayordomo muy convencido-. Además, todo fueron facilidades cuando quiso emplearlo en su casa.

-Porque es lo que tenían previsto. Igual que ahora. ¿Tú crees que si Cánovas quisiera de verdad que doña Isabel despidiera a De la Puente no lo iba a conseguir?

-¿Me estás diciendo que el Gobierno desea que doña Isabel se desacredite una vez más?

-Tú lo has dicho. Prefiero no hacer conjeturas.

Pepa Angulo no iba muy desencaminada en sus sospechas. El Gobierno español decidiría tomar la decisión de cesar a Ramiro de la Puente y alejarlo de la reina cuando ya no podía hacerle más daño. La pregunta resulta obvia: ¿por qué no lo cesaron antes?

El escándalo estaba asegurado con la presencia en Sevilla del capitán de artillería De la Puente, convertido en jefe de la casa de la reina.

-Pepa, no creo que el Gobierno se desentienda de la reina. Me han asegurado que será el marqués de Cabra quien se ocupe de coordinar las actividades de la madre y de las hermanas del rey en Sevilla.

-Y lo hará bien. Por otra parte, quiere y respeta a doña Isabel, aunque a quien sirve es a Cánovas. Piensa, amigo mío, que doña Isabel -dijo pensativa Pepa- jamás contó con la ayuda desinteresada de nadie. Aunque, si quiero ser justa, debo hacer una excepción: creo que don Miguel Tenorio siempre deseó lo mejor para la reina y la institución.

-¿ Sabes algo de él?

-No, pero me imagino que acudirá a ponerse al servicio del rey.

Pese a todos los rumores que se escuchaban en torno a la llegada de doña Isabel a Sevilla, la ciudad se preparó para recibir a tan ilustres visitantes con tres días de fiesta. Lluvia de flores y

palomas. Música, fuegos de artificio, recepciones, discursos y mucha alegría...

La infanta Paz nos dejará constancia de su vida en Sevilla. Es posible que ella desconociera los rumores sobre las relaciones de Ramiro de la Puente con su madre. Lógicamente nunca hará comentario de ningún tipo sobre este personaje. Se limitará a hablarnos de los atractivos de la ciudad que va descubriendo poco a poco: la catedral; la tumba de Fernando III el Santo; la Semana Santa; la Feria de Abril, la Giralda; la Biblioteca Colombina, donde le impresionan los mapas dibujados por Colón: la Caridad, el hospital para desheredados de la fortuna, y los famosos cuadros de Valdés Leal. No se le escapa a doña Paz la leyenda del fundador del hospital, Miguel de Mañara... El 1 de enero de 1877 escribe en su diario:

Sevilla tiene un carácter especial; no es comparable con nada: las calles, estrechas y tortuosas; las casas, que se blanquean casi cada semana; los patios, que se ven a través de la reja; las azoteas, cubiertas de flores, y flores en todos los patios, hasta en las ventanas más pequeñas, que contribuyen a la alegría de la ciudad. Los arcos morunos le dan un carácter oriental.

Las descripciones hechas por la infanta Paz, aparte de constituir un auténtico reclamo turístico de la ciudad, se convierten a veces en crónicas de la vida diaria. El invierno de 1876 fue duro y lluvioso. El 30 de diciembre dice la infanta:

Ha llovido casi todo un mes y el Guadalquivir se ha desbordado, inundando parte de la ciudad. En algunas casas llegaba el agua al primer piso. Había que ir en barca por algunas calles. Del ayuntamiento salen carros cargados de pan para los pobres que han perdido cuanto poseían.

También nos habla de la visita a Sevilla de la ex emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo, que desde la muerte de su esposo viste de negro porque ha decidido -cuenta Paz- no quitarse el luto. Desgraciadamente, Eugenia de Montijo habría de sufrir una pena aún más desgarradora.

Al principio, doña Isabel intentó que las relaciones con su hermana y la familia fueran buenas, sabiendo que su cuñado había empleado una fortuna para echarla de España. Nunca podría olvidarlo, pero la vida seguía y sus hijas se llevaban muy bien con sus primos. Qué culpa te nían los jóvenes. Intercambiaron visitas protocolarias al palacio de San Telmo y al Real Alcázar. Doña Isabel podía llevar a cabo relativamente la vida que a ella le gustaba. Había entonces en Sevilla cuatro teatros a los que la reina acudía con asiduidad. También frecuentaba las carreras de caballos en el hipódromo de Tablada. En más de una ocasión organizaba fiestas para que sus hijas se relacionaran con los jóvenes sevillanos. Paz alude a una de estas celebraciones:

Mamá nos arregló el sábado un bailecito en los jardines del Alcázar. Los caminos y fuentes se hallaban iluminados con farolillos de colores, y, de cuando en cuando, aparecían las palmeras y naranjos a la luz de fuegos de bengala. Era fantástico. Había mucha gente y

mucha alegría. Me divertí mucho. Mis hermanas bailaron también todo el tiempo. De repente, cayó un chaparrón. Nos refugiamos en el pabellón de Carlos poco, y seguimos bailando hasta medianoche.

Parecía que todo marchaba bien. Desde los primeros días de su llegada a Sevilla, doña Isabel prohibió que se hablara en francés; deseaba que sus hijas se expresaran en un castellano perfecto y para ello contrató a un profesor que acudía diariamente al Real Alcázar. Incluso había alquilado una dehesa -la Rinconada-, que visitaba frecuentemente y donde podía dedicarse a la caza, que constituía una de sus aficiones. Nada hacía presagiar que doña Isabel decidiría en aquel mismo año, en el mes de agosto, dejar Sevilla para siempre. Muchos son los que apuntan que el motivo que la llevó a tomar esta decisión fueron los proyectos de boda de su hijo con la infanta Mercedes, hija de su enemigo Montpensier. Una cosa era olvidar los agravios y otra muy distinta ver a quien no había tenido otro interés en la vida más que arrebatarse el trono convertido en padre de la reina de España. Doña Isabel se dio cuenta de que aquella situación la superaba. Por otra parte, Montpensier presumía en público de la posición que dentro de poco tendría al convertirse en suegro del rey.

La infanta Paz escribe el 27 de agosto en su diario:

Hace algún tiempo que notaba a mamá preocupada. Ahora nos ha dicho que a mediados de septiembre iremos a El Escorial. De allí nos llevará a Madrid, donde nos dejará y partirá de viaje. Es la primera vez que nos separamos de ella. Es muy duro para ambas. Cree más conveniente para nuestro porvenir que estemos al lado de Alfonso. Nos ha prometido visitarnos a menudo.

Al final sucedía lo inevitable: doña Isabel se disponía a regresar a París. Fue entonces cuando el Gobierno decidió cesar a Ramiro de la Puente como jefe de la casa de la reina y sustituirlo por el marqués de Monsalud.

El 8 de septiembre de 1878 doña Isabel II abandonaba Sevilla. De su paso por la ciudad no se olvidarían los indigentes de los que se ocupó de forma generosa, como era habitual en ella. Ni su hermana ni su cuñado Montpensier acudieron a despedirla, ya que se encontraban en Sanlúcar.

Paz sabe que su deber, como el de sus hermanas, es obedecer y no hacer preguntas, pero sufre ante la nueva situación: «La idea de que se marche mamá es espantosa. Veo que le cuesta esta resolución. Cuando salimos de Sevilla, tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque lo quería ocultar».



De todas sus hijas, es Paz la que más se parece a su madre. No solo en el aspecto físico -no posee el porte regio, ni sus grandes medidas, pero sí idéntica expresión de ojos y rasgos faciales-,

sino en su profunda religiosidad, en su amor incondicional a España, de la que siempre se sintió orgullosa, en su bondad y generosidad.

En el otoño de 1877 comenzaba una nueva vida para la infanta Paz. Volvía al palacio en el que había nacido, pero lo hacía sin su madre. Sus hermanas se quedaban con ella y también la dama Pepa Angulo, a la que quería de forma entrañable. Pepa ya estaba jubilada, pero el rey, don Alfonso, la había nombrado encargada del guardarropa de sus hermanas -cargo que ya había desempeñado antes de la revolución de 1868.

Pronto las infantas seguirán con su formación. Su hermana mayor, Isabel, ha organizado las clases a las que asistirán, y también tendrán que participar -como hermanas del rey- en determinados actos sociales, algo que a Paz le preocupaba debido a su timidez. El 1 de noviembre describe el primer acto al que asiste:

Hoy hemos estado por vez primera en una capilla pública. Los grandes y jefes de palacio esperaban al rey en la cámara. El cortejo se puso en marcha. Primero los mayordomos de semana y los gentileshombres. A la derecha del rey, el patriarca de las Indias; a la izquierda, la princesa de Asturias; detrás de ellos las demás hermanas, seguidas de las damas y oficiales de la guardia. Los alabarderos estaban formados a los dos lados de la galería. En la capilla nos colocamos también según nuestro rango. Después de la misa mayor volvimos del mismo modo que habíamos ido. En la cámara pasé muchos apuros, teniendo que hablar a todos los señores y señoras.

Seguro que Paz, de haber podido elegir, hubiera regresado a París con su madre, pero debía cumplir la voluntad de su progenitora, que encomendó a Alfonso velar por sus hermanas. Las tres se sentían cómodas cerca de su hermano, al que siempre habían estado muy unidas, pero al que ahora casi no veían. Lo cierto era que desde que habían llegado a Madrid solo estaban con él en algunos almuerzos. Las obligaciones de gobierno le tenían ocupado y sobre todo conseguir la autorización para casarse con su prima María de las Mercedes, que no le estaba resultando fácil. No solo su madre se oponía con todas sus fuerzas, sino también el Gobierno mostraba sus reticencias. El padre de la novia, el duque de Montpensier, despertaba todo tipo de temores. A nadie se le escapaba el comportamiento de Montpensier en la revolución de 1868 que le había costado el trono a su cuñada.

Las tres infantas vivían en una de las alas del palacio separadas de su hermana mayor, Isabel, lo que les permitía una cierta independencia. La marquesa de Santa Cruz llevaba la dirección de su cuidado.

Madrid, 21 de enero de 1878



altaban dos días para la boda real y todos se afanaban en ultimar los detalles. Lo hacían porque era su obligación, pero también porque querían a su rey. Además, aquella era una boda por amor y eso siempre hace soñar.

-Doña Pepa, me ha dicho la señora marquesa de Santa Cruz que me dé usted los vestidos de doña Paz y doña Pilar, que debo arreglarlos.

-Sí. Ahora mismo te los traigo. No necesitas vérselos puestos. Yo misma he marcado lo que debes meterles de largo a los dos y al de doña Pilar embeberle un poco el escote.

Los trajes de las infantas, los tocados y las flores para asistir a la boda los había enviado doña Isabel desde París. De ahí que tuvieran que recurrir a la costurera de palacio para que les hiciera unos pequeños retoques.

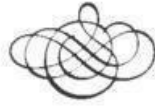
De camino a las habitaciones de las infantas, Pepa se detuvo en las cocinas; como buena vasca que era, le encantaba comer bien y había colaborado en la selección del menú para el enlace regio.

Fueron días de felicidad, aunque muchos se acordaban de la reina doña Isabel, que deseaba lo mejor para el futuro matrimonio, pero que no reunió fuerzas suficientes para asistir al enlace, cuyos padrinos fueron el padre del novio, el rey consorte Francisco de Asís, y la abuela, doña María Cristina.

«Con el corazón estaré con ellos y con toda mi alma los bendigo, deseando que tengan por muchísimos años todo género de venturas». Así se expresaba la reina en una carta enviada a su hija Pilar. Doña Isabel se alegraba de que su hijo hubiera encontrado la felicidad, aunque lamentaba que la novia -contra la que nada tenía- fuera hija de quien era. Los madrileños celebraron la felicidad de su rey como nunca lo habían hecho.

Paz, romántica como era, soñaba con su propia felicidad al ver la de su hermano y Mercedes. Pide a Dios que no permita que ella se case si no está tan enamorada como ellos. Entiende muy bien la postura de su hermana mayor, Isabel, que después del matrimonio poco afortunado que ha tenido no quiera volver a casarse. Ella haría lo mismo.

La alegría del joven matrimonio es contagiosa. La reina Mercedes se comporta con las infantas como si fuera una hermana. La vida les sonríe.



El 24 de junio recibió los últimos sacramentos, mientras hacían salvas los cañones, porque ella cumplía ese día dieciocho años. Dos días después, por la mañana, nos mandó llamar Alfonso. Había un silencio sepulcral en palacio; solo se percibían los pasos de los centinelas en las galerías. No olvidaré nunca mi entrada en la alcoba. Ministros, damas, ayudantes, todos arrodillados en el suelo. Alrededor de la cama estaba arrodillada la familia. Alfonso tenía en su mano la de la moribunda, sin separar la vista de su cara pálida. A las doce murió. Yo no había visto nunca la muerte tan de cerca, no comprendía lo que era morir. No puedo describir lo que me impresionó. No podía creer que no fuese una horrible pesadilla. Parecía un ángel dormido. La besamos por última vez y salimos del cuarto. Alfonso nos dijo entonces: «Perdonad que os haya llamado; esperaba que Dios oiría mejor vuestras oraciones».

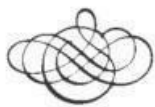
Con estas palabras, Paz deja constancia en su diario de la muerte de su cuñada, la reina María de las Mercedes. Los reyes solo pudieron disponer de cinco meses de felicidad. El profundo dolor de Alfonso XII encontró eco en el de su pueblo, que durante mucho tiempo lloró la desaparición de la reina más amada.

María de las Mercedes solo tenía dieciocho años cuando una tuberculosis terminó con su corta existencia. Nada pudieron hacer los médicos. El rey comprueba impotente, en medio de su desconsuelo, cómo la mujer a la que adora se va apagando.

No sería este el único contacto con la muerte de la infanta en este año de 1878. Dos meses después, en agosto, fallecía en El Havre su abuela la reina María Cristina, que quería ser enterrada en Tarancón junto a su segundo marido, Fernando Muñoz, muerto en 1873. Pero, al igual que María de las Mercedes no pudo ser sepultada en el Panteón de Reyes de El Escorial, por no ser madre de rey, María Cristina, por serlo, fue llevada allí al lado de Fernando VII, su primer marido.

Ante esta situación puramente sentimental, Paz comenta: «Las Cortes no guardan consideración a los corazones de los príncipes».

La infanta Paz ha cumplido los dieciséis años y su corazón ya conoce el dolor por la pérdida de seres queridos. Su personalidad se está afianzando. Desde muy niña es consciente de los contratiempos y vaivenes de la vida. Y como dice un refrán, el dolor que no mata hace más fuerte. Muy pronto sufrirá uno mucho más difícil de superar.



Pepa Angulo le ha dicho al intendente que ella misma recogería los turrone. Quiere asegurarse de que a doña Isabel le envíen los que le gustan. Le da tanta pena que pase estas fiestas sola... En realidad, son las segundas Navidades separada de sus hijas.

Desde que entró al servicio de la soberna, Pepa decidió entregarse en cuerpo y alma a doña Isabel y a su familia. Quería a las infantas como si fueran sus hijas, pero manteniendo las distancias. Sabía muy bien cómo debía ser su comportamiento; no más cariño, no más confianzas que las permitidas por la persona real. Al principio le costaba saber cómo reaccionar, cada miembro de la familia era distinto; ahora es una experta y solo con mirarlos se per cata de lo que quieren. A veces piensa que ella debería seguir al lado de la reina en París, pero doña Isabel le pidió que se quedara con doña Paz, algo que Pepa le agradeció, pues la infanta siempre había sido su preferida.

-Cuánto bueno por aquí, doña Pepa, qué alegría que haya venido usted.

-Hola, Rafael. ¿Tienes todo preparado?

-Sí. He puesto los de doña Isabel aparte.

-Alguna barra del de nieve, ¿verdad?

-Sí, por supuesto. Pero, doña Pepa, pasemos dentro, que aviso a mi hermana y tomamos un chocolate. ¿Cómo se encuentra don Alfonso?

-El rey sigue muy triste.

-¿Es verdad que han pensado en casarlo con la hermana de doña María de las Mercedes?

-¿Con doña Cristina? -preguntó Pepa.

-Sí.

-La verdad es que no lo sé, pero desgraciadamente también está enferma.

Parece ser que sí se habló de esa posibilidad, sobre todo en los círculos cercanos a la familia Montpensier. Pero nunca se llevaría a efecto, porque Cristina, hermana mayor de Mercedes, murió en abril de 1879. También aquejada de tuberculosis.

-Pues tendrán que buscarle novia. Debe darle pronto un heredero al trono -dijo la hermana de Rafael, que saludó a Pepa muy cariñosa-. ¿Y las infantas? ¿Se nos casan?

Pepa correspondió a su saludo muy sonriente, aunque prefirió no hacer ningún comentario a las preguntas, pero sabía que insistiría.

-¿Es verdad que en los primeros meses del próximo año se espera la visita de un joven príncipe austriaco? ¿No cree usted que podría ser un candidato interesante para la infanta doña Pilar?

-Sí -contestó Pepa-, tengo entendido que viene el príncipe Rodolfo, pero su interés no se centra en las infantas, sino en la caza, a la que es aficionadísimo.

Pepa no les iba a contar que algunos miembros de la familia, incluida la propia infanta Pilar, soñaban con otro príncipe, el hijo de la ex emperatriz Eugenia de Montijo, el príncipe Napoleón. Aunque el príncipe Rodolfo podría ser un pretendiente para Paz.

El príncipe Rodolfo era sin duda un partido excelente. Heredero a la Corona austriaca, hijo del emperador de Austria, Francisco José, y de la emperatriz Elisabeth, más conocida como Sissi, pero jamás se pensó en una posible unión de este con ninguna de las infantas españolas, hermanas del rey Alfonso. Tal vez si se hubiera fijado en ellas, su vida no habría sido tan desgraciada.

El, para algunos, supuesto suicidio del heredero austriaco en Mayerling, junto con su amante, María Vetsera, fue el último tramo de una existencia complicada.

-Me imagino, doña Pepa, que estas Navidades serán un poco tristes. ¿Las pasarán en Madrid?

-Yo me voy con las infantas. Dentro de unos días salimos para Sevilla. Mañana llega el rey don Francisco de Asís y quiere que sus hijas le acompañen a ver a los Montpensier. No sé qué hará el rey -dijo pensativa Pepa.

La infanta Paz iba a pedir a su hermano que le permitiera a ella y a sus hermanas viajar a París para estar cerca de su madre, pero la noticia de que su padre llegaba al día siguiente echó por tierra todos sus planes. No le hace mucha ilusión ir a Sevilla, pero será bueno que puedan visitar a su prima Cristina, que empieza a tener problemas de salud. Vivirán en San Telmo con sus tíos, y Paz nos dejará constancia en su diario de la pena que le produce visitar el Alcázar, tan lleno de recuerdos compartidos con su madre.

Los primeros días de 1879 regresan a Madrid. El rey y el Gobierno han decidido reanudar -suspendida desde la muerte de la reina Mercedes- la actividad normal de palacio: recepciones, actos oficiales...



Aquella tarde, Paz intentaba animar a su hermana Pilar, quien, llorosa, pedía a Dios por el alma del que soñaba que algún día fuera su marido. Hacía solo unas horas que conocían la noticia: el hijo de la emperatriz Eugenia y Napoleón, el príncipe Napoleón Eugenio Luis Juan José Bonaparte, había muerto luchando con los zulúes.

Las infantas Pilar y Paz, además de hermanas, eran amigas. Estaban muy unidas por edad - solo se llevaban un año- y también por su forma de ser. Las dos compartían aficiones: les gustaba

leer, escuchar música y ambas tocaban el arpa, afición esta heredada de su madre. Doña Isabel era una muy buena intérprete. Madre e hijas tuvieron a la misma profesora, mademoiselle Roaldés, que seguía enseñándoles a ellas. A la reina le entusiasmaba interpretar «Les plaintes de Corinne», de Godefroid.

Pilar no quiso aceptar la sugerencia de su hermana para sentarse un rato con el arpa y le pidió que la acompañara a dar un paseo por los jardines. La verdad era que la tarde invitaba a ello. Corría el mes de junio. La temperatura, el esplendor de la naturaleza y el perfume de las flores al atardecer seguro que les templaban el espíritu.

Antes de salir recibieron la visita de la marquesa de Santa Cruz, que les comunicaba que dentro de unos días se irían al norte a tomar aguas sulfurosas. Todavía no podía decirles a qué balneario; el conde de Sepúlveda había salido para visitar los de Escoriaza, Santa Águeda y Arechavaleta, y después decidirían.

Al final, el elegido fue el de Escoriaza, en la provincia de Guipúzcoa. Se fueron ellas dos, Pilar y Paz, con un reducido grupo de sirvientes. El viaje fue largo y las infantas cumplieron con lo que se esperaba de ellas. Paz nos lo cuenta en su diario:

El viaje fue cansado porque había que levantarse a saludar a las autoridades en las estaciones. En Burgos, a las cuatro de la mañana, había tropas y mucha gente en la estación. Lo mismo en Vitoria.

En Escoriaza se instalaron en una casa que se comunicaba con el balneario. Iban a ser días de descanso y tranquilidad. Muchas tardes las dedicaban a leer a su autor favorito, Lamartine. Paz también componía algunos versos. Les gustaba observar desde la ventana que daba al jardín el ir y venir de las gentes.

La presencia de las infantas no pasaba desapercibida, y los naturales del pueblo querían darles muestras de su afecto. El martes, 25 de julio de 1879, Paz escribe:

El domingo pasado vimos bailar el zorzico con el tamboril y el pito. Las muchachas y los muchachos, con sus boinas rojas o azules, hacían un cuadro muy bonito. Habían venido a propósito a bailarlo debajo de nuestras ventanas...

Desde este día, la infanta Paz no vuelve a escribir en su diario hasta el 8 de agosto. Trece días sin hacer ninguna anotación. Podría deberse a muchas razones, aunque esas jornadas, que Paz nunca olvidará, fueron las más dolorosas de su vida. Ella misma nos lo cuenta:

Un golpe terrible ha detenido todas mis esperanzas. Mi hermana Pilar, mi predilecta, el ideal de mi vida, nos ha abandonado el 5 de agosto en Escoriaza. El vacío que me deja no se llenará nunca. No estuvo enferma más que treinta y seis horas. No nos habíamos separado nunca. Dormíamos en el mismo cuarto. Últimamente me había chocado que estaba cada vez más pálida, en vez de reponerse en Escoriaza. Quería escribírselo a

Alfonso, pero como a ella le gustaba leer mis cartas, no se lo podía decir. Dos días antes de su muerte le habían organizado los habitantes del pueblo una fiesta, con carreras de burros, novillada y, por fin, un bailecito al aire libre. Estaba muy bonita con su vestido blanco y su boina encarnada. Por la noche se sintió un poco cansada. Al día siguiente se quedó en la cama y escuchaba muy contenta la música militar que tocaba debajo de su balcón. Cuando nos fuimos a comer nos pidió la novela de Lamartine Graziella, y se puso a leer. De repente, oímos llamar angustiada a la marquesa de Santa Cruz. Acudimos. Temblando, llamé a Pilar. Me miraba con sus grandes ojos azules, sonriendo, con los dientes apretados. ¡No me conocía! Murió el 5 de agosto, a las siete y media de la mañana, después de recibir la extremaunción. Isabel y Alfonso, que habían salido un día antes de La Granja, llegaron tarde. Alfonso me abrazó sin pronunciar una palabra. Mi pobre madre recibió la noticia de la muerte al irse a poner en camino. Pilar era la predilecta de todos... ¡Dios me dé fuerzas para seguir viviendo! No haré nunca más castillos en el aire... Cuando oí que se la querían llevar enseguida a El Escorial, miré a Alfonso con tal desesperación que mandó la dejasen un día más en casa.

Realmente conmueve el dolor plasmado en este texto. Es probable que Paz sintiera cierto alivio al ponerle palabras a su pena. Expresar las emociones es una forma de liberarse de la opresión que producen. Ha sido muy frecuente enjuiciar el hábito de tener un diario como una actividad propia de espíritus románticos que viven en un mundo de fantasía, donde los sentimientos rigen el mundo. Sin embargo, con el paso del tiempo, se ha demostrado que escribir un diario mejora la salud física y mental. Existen teorías que aseguran que esta práctica hace crecer la autoestima y disminuye la ansiedad. Incluso se afirma que potencia la creatividad.

Muchos escritores han utilizado la escritura para salvarse a sí mismos de su propio sufrimiento ante la muerte de un ser querido.

Para la infanta Paz llevar un diario tal vez fuera una simple costumbre, aunque sin darse cuenta se estaba ayudando. Tardaría mucho tiempo en convencerse de que su hermana, con quien compartía todo, ya no volvería a estar a su lado.

Cuando la infanta Pilar murió en Escoriaza, aquejada de una meningitis tuberculosa, tenía dieciocho años, uno más que Paz.

Después de los funerales en El Escorial se fueron a La Granja. El regreso a Madrid, al Palacio Real, fue muy duro para Paz; la ausencia de Pilar se hacía mucho más evidente en aquellos lugares en los que habían estado juntas y le resultaba imposible evitar el punzante dolor que se despierta con fuerza al comprobar esa ausencia a la que creía estar acostumbrada. Paz no quiso enfrentarse a la pena que suponía dormir en la misma habitación que compartía con su hermana y dispusieron otra para ella.

Pero la vida debe seguir y la infanta lo sabe muy bien. Su hermano, que aún llora la pérdida de María de las Mercedes -sentimiento que no le ha impedido mantener relaciones con una cantante-, tiene que volver a casarse. Sus consejeros y también su madre le hablan de una archiduquesa austriaca como nueva esposa.

El encuentro entre la que podría convertirse en reina de España, María Cristina de Habsburgo-Lorena, y el rey se produjo en Arcachon, en el sur de Francia, en el verano de 1879.

Cuenta la historia que doña María Cristina había colocado sobre el piano un retrato de la reina recientemente fallecida, María de las Mercedes, y que al observar cómo el rey lo miraba le dijo: «Señor, mi mayor deseo sería asemejarme a ella, pero no me atrevo a asegurar que pueda nunca

Aquel era un gesto bastante revelador del carácter y personalidad de la archiduquesa.



-Debéis animaros, señora, parece que todo ha salido bien. Dentro de poco tendremos boda.

-Qué más quisiera, pero no puedo, ni un solo momento dejo de pensar en Pilar. Me imagino sus comentarios, la alegría y los preparativos que haría ante esta nueva boda. Trato de saber cómo reaccionaría. A veces creo que la voy a encontrar en cualquier momento. Pepilla, qué injusta es la vida. Ella pudo haber sido feliz y se fue. Cuando vi la corona que la emperatriz Eugenia envió a la tumba de Pilar, una corona de la tumba de su hijo, no pude por menos de sentir rabia, ¿por qué habían tenido que morir dos jóvenes que estaban llamados a formar un matrimonio feliz? ¿Por qué, Dios mío, decidiste llevártelos? -dice Paz entre sollozos.

-Tranquilizaos, doña Paz. Ella ahora está en el cielo velando por todos nosotros. Los ángeles vuelan pronto junto a Dios, y doña Pilar lo era -aseguró Pepa Angulo, mientras tomaba las manos de la infanta.

-Ya lo sé, Pepilla, y pido perdón a Dios por mis pensamientos, pero quería que Pilar siguiera a mi lado. Tenía toda la vida por delante. No, no es justo que muriera tan joven.

Habían pasado dos meses del fallecimiento de la infanta y Pepa Angulo observaba con pena cómo doña Paz seguía triste y encerrada en su habitación. Todas las tardes acudía a su lado, y después de intentar -sin conseguirlo- que saliera a dar un paseo, se quedaba un rato con ella para tratar de animarla.

-Creo que la archiduquesa es muy inteligente. Y muy agradable -comentó Pepa para intentar distraer a Paz.

-Eso dicen. Amable sí que es -afirmó Paz-. Me ha escrito una carta acompañándome en el dolor por la pérdida de Pilar. Pero lo mejor es que parece que el rey puede llegar a ser feliz con ella.

Alfonso XII se había decidido y pidió la mano de la archiduquesa Cristina de Habsburgo-Lorena, que era hija de los archiduques de Austria, Carlos Fernando e Isabel, primos segundos del emperador Francisco José.

-¿Sabéis, doña Paz, que muchos en Madrid creen que la archiduquesa deja el convento para casarse? -preguntó sonriente Pepa.

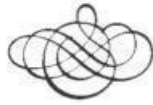
-Eso me han dicho. Y me parece normal. Si te dicen que hasta ahora ocupaba el cargo de abadesa del Capítulo de Nobles Damas Canoneras de Praga, lo lógico es que pienses que es monja, aunque la realidad sea muy distinta, porque esa institución nada tiene que ver con la vida monástica.

-¿Es verdad que su finalidad es acoger a los jóvenes pertenecientes a la nobleza sin medios económicos? -quiso saber Pepa.

-Sí, eso es exactamente. Y parece ser que el cargo de dirección siempre fue ocupado por una archiduquesa, de ahí la presencia de María Cristina, nombrada por su primo el emperador Francisco José, que quiso ayudarla de cara al futuro, ya que ella no estaba dispuesta a aceptar cualquier matrimonio.

-Me ha dicho doña Eulalia que vendrá vuestra madre a la boda.

-Es lo único que me produce consuelo -dijo la infanta Paz con una chispa de dulzura en sus ojos-. Poder abrazar a la reina después de dos años. ¡Dios mío, cuántas cosas han pasado!



Unos diez días estuvo doña Isabel en España. Los suficientes para que sus hijas se sintieran felices y orgullosas ante el cariño demostrado por los madrileños a su madre, que, emocionada, correspondía a los gestos de afecto.

Después de los festejos del nuevo enlace regio, la vida cotidiana vuelve a palacio. Doña Paz es joven y los pocos años favorecen la ilusión y las ganas de vivir. Asimismo, posee vida interior; no solo escribe, y adora la música, también se dedica a la pintura, destacando en la acuarela. Sus cuadros estarán presentes en varias exposiciones. A pesar de que sus poemas pueden ser considerados infantiles o demasiado almibarados, sus acuarelas, por el contrario, presentan un nivel muy aceptable. Unas de las más conocidas por haber sido reproducidas varias veces en prensa son la titulada Mi único modelo y otra del puerto de Comillas, localidad cántabra a la que la infanta se sentirá muy unida debido a su amistad con Antonio López, primer marqués de Comillas, personaje que fascina a Paz y al que se refiere frecuentemente en su diario y también en las cartas que escribe a su madre.

Antonio López era uno de los mayores potentados de la España de la segunda mitad del siglo xix. Fundador de las compañías Trasatlántica, Banco Hispano-Colonial y la General de Tabacos de Filipinas, fue una de las personas que creyó en el futuro de la minería asturiana, y compró acciones en el coto minero de Aller.

La amistad se había afianzado durante un verano en el que el rey decidió aceptar la invitación de Antonio López de pasar el mes de agosto en Comillas.

La infanta acompaña a su hermano en esas vacaciones y muy pronto se siente cautivada por la personalidad de aquel hombre, hijo de una pescadera, que había emigrado a Cuba por falta de recursos y que ahora era uno de los financieros más importantes de España. Pero con quien Paz se encuentra en total sintonía es con el hijo pequeño, Claudio, y sobre todo con su mujer, María, que, como ella, era aficionada a pintar. Juntas salen con sus cajas de acuarelas a intentar plasmar la belleza de los paisajes. En una de esas excursiones pintará la acuarela anteriormente mencionada.

A pesar de que se verá obligada a alejarse de España, Paz nunca perderá la relación con esta familia, que andando los años le demostrará el afecto que siguen sintiendo por ella.

La infanta se sentiría feliz si pudiera conocer lo que sucedería muchos años después. A su amigo Claudio, el hijo de Antonio López, se le abriría proceso de beatificación, sin que la causa haya sido resuelta hasta ahora. Claudio, siguiendo el proyecto de su padre, financió y apoyó la propuesta del jesuita Tomás Gómez Carral de crear en Comillas un «seminario para pobres», que más tarde se convertiría en la Universidad Pontificia de Comillas.



A finales del verano de 1880 una pequeña personita ha llegado a palacio. El rey ya tiene descendencia. No ha sido el ansiado varón, pero sí una preciosa niña a la que le han puesto el nombre de María de las Mercedes.

La boda del rey Alfonso XII con su segunda mujer, María Cristina de Habsburgo-Lorena, se había celebrado en la basílica de Atocha a los tres meses y siete días del encuentro en Arcachon.

El banquete nupcial tuvo lugar en el Palacio Real, pero no en la Sala de Columnas, donde antes se instalaba el comedor. Allí había estado expuesto el cadáver de María de las Mercedes, y Alfonso XII no quiso que aquella dependencia volviera a ser escenario de celebraciones festivas.

El rey decidió inaugurar para la ocasión un nuevo comedor de gala. El mismo que hoy se sigue utilizando. Era espléndido y lucía en toda su magnificencia, lo mismo que la impresionante escalera vestida para la ocasión y admirada por los invitados, que, entusiasmados, miraban hacia arriba, a la bóveda, para contemplar las hermosas pinturas de Giaquinto que les daban la bienvenida. A muchos de ellos les costaba apartar sus ojos de aquel cielo lleno de colorido y alegorías.

Los festejos con motivo del enlace real se desarrollaron a lo largo de varios días. El pueblo participó de las celebraciones y acogió con cariño a su nueva soberana, pero María Cristina se

daba cuenta de que en el corazón de los madrileños seguía muy vivo el recuerdo de la reina María de las Mercedes.

Habrían de pasar algunos años para que los españoles valorasen en su justa medida la inteligencia, la discreción y la fuerza de su nueva reina, una mujer que les parece demasiado seria y estirada, pero que acaba de dar a luz a un heredero, aunque sea una niña.

La infanta Paz acoge con amor e ilusión a su primera sobrina. Ella ya ha cumplido los dieciocho años. Le molesta que se hagan especulaciones en la corte sobre posibles candidatos a su mano. No tiene ninguna necesidad de casarse; al lado de sus hermanos se siente muy bien. El rey también parece estar contento con esta situación, pues no le habla en absoluto de posibles pretendientes. Lo que no se imagina es que un mes después conocerá a alguien que puede hacerla cambiar de opinión.

Si al rey don Alfonso XII no le preocupa el tema matrimonial de sus hermanas, a doña Isabel sí. La reina está deseando casar a sus hijas. Aquel verano de 1880 recibirá en París la visita de su cuñada, la infanta Amalia, hermana de su marido Francisco de Asís, que llega acompañada de sus hijos: Luis Fernando, Alfonso e Isabel. Amalia estaba casada con el príncipe Adalberto de Baviera.

A las dos cuñadas les mueven intereses coincidentes; Amalia desea casar a sus hijos con españolas porque ella lo es y considera que son las mejores esposas del mundo. Doña Isabel quiere un buen matrimonio para Paz, y lo cierto es que su sobrino mayor, Luis Fernando, le parece el candidato ideal. La reina decide entonces enviar a Madrid al marqués de Guadalcázar para que hable a su hijo de la posibilidad de concertar un encuentro entre Paz y Luis Fernando. El rey invitará a sus primos a visitar Madrid.

Madrid, otoño de 1880



on Alfonso, que ya conocía a Luis Fernando y a su hermano Alfonso, pues había estado con ellos en el palacio de Nymphenburg antes de asistir a las clases en el Theresianum de Viena, les fue a recibir a la estación y se ocupó personalmente de que su estancia en España fuera interesante.

La infanta Paz nos da su impresión sobre el encuentro con el que podría ser su futuro marido:

Los primos bávaros llegaron, y como yo sabía que Luis Fernando venía para verme, lo he tratado fríamente. De seguro que no me ha encontrado amable; sentía miedo de darle esperanzas. El otro día dimos un paseo a caballo y, al llegar a mi cuarto, me eché a llorar, porque mi situación es cada vez más difícil. Le ha dicho a mi hermano que está enamorado de mí, y me temo que sea verdad. Alfonso le ha contestado que él no se opondría a nuestra unión, pero que yo era una persona muy difícil y que no cree que tendría una contestación muy favorable si me preguntase ahora. Se van a marchar pronto. Siento mucho ser tan cruel con la única persona que probablemente querrá casarse conmigo... Alfonso, que desea mi felicidad, decía que difícilmente encontraría un hombre mejor que mi primo. Se alegraría mucho de esa boda, pero me deja en completa libertad. Yo le dije que no puedo decidirme a atarme para toda la vida. Alfonso le dijo a Luis Fernando que le avisaría cuando notase el menor cambio en mí...

Resulta evidente que a Paz no le entusiasmó su primo, pero a él sí le gustó ella. Y, a pesar de la no aceptación de la infanta, apoyado por su madre, Luis Fernando persistirá en su empeño de casarse.

La reina Isabel tampoco perderá oportunidad de recordarle a su hija lo bien que haría decidiéndose por su primo. Pero Paz se toma tiempo para pensarlo, porque no lo tiene claro.

Van pasando los meses y Paz no puede por menos de sorprenderse al recibir un telegrama de Luis Fernando de Baviera que la felicita por su cumpleaños. «Me ha conmovido -dirá-, porque cualquier otro en su lugar estaría enfadado conmigo».

Esa será la postura del príncipe de Baviera durante dos años: no perder la oportunidad de demostrar a la infanta que sigue pensando en ella.

El verano de 1882 será decisivo para Paz y en ello tendrá mucho que ver su madre, doña

Isabel, que pasa las vacaciones de agosto con ella y Eulalia en Comillas. La reina insistirá en que no debe hacer esperar más tiempo a su primo y que debe decidirse. No se sabe qué argumentos puede haber utilizado doña Isabel para influir en el ánimo de su hija. Gratamente sorprendida por el comportamiento de Luis Fernando que persistía en demostrar la autenticidad de sus sentimientos -en estos años no había pretendido a nadie-, Paz escribía en su diario: «Cuando me di cuenta de que mi primo no me había olvidado todavía, comprendí que era distinto de los otros príncipes y que era tiempo de recompensar su constancia».

Tanto su madre como su hermano se felicitaron por la decisión tomada por Paz. Los dos estaban convencidos de que el príncipe de Baviera sería un excelente marido.

Luis Fernando tenía tres años más que Paz. Había nacido de forma casual en el Palacio Real de Madrid, el 22 de octubre de 1859.

Cuando Luis Fernando lee las cartas de su tía Isabel II y de su primo el rey don Alfonso XII, se siente feliz y contesta inmediatamente al rey:

No olvidaré nunca tu cariño. Estoy más feliz de lo que puedo decir... El mismo día que recibí tus noticias llegó una carta de mi rey, Luis II, quien se alegraba de mi boda, pero que debía esperar a que se cumpliesen algunas formalidades por el ministerio. Yo no tenía la menor idea de eso. Espero que, lo más tarde, podré ponerme en camino dentro de ocho días y espero con impaciencia. Dile a Paz cuánto lo deseo.

Madrid, 1883



n el mes de enero de 1883, acompañado del conde Zech, el doctor Schroeder y el capellán señor Ruez, llegó el príncipe Luis Fernando de Baviera a Madrid.

-Os aseguro, doña Paz, que el príncipe está mucho más guapo que cuando le vimos hace unos años.

La dama Pepa Angulo ayudaba en su arreglo a Paz, que dentro de unos minutos tendría el primer encuentro con el hombre que al cabo de unos meses se convertiría en su marido. La persona a la que ella estaba dispuesta a permanecer unida para siempre. Porque la infanta creía que el vínculo del matrimonio debería mantenerse pese a las dificultades que pudieran presentarse.

-Estoy nerviosa, Pepilla. ¿Crees que le gustaré?

-Claro, señora. Este vestido azul os sienta muy bien y el abrigo y sombrerito que os regaló la reina le van de maravilla. Todo hace juego con vuestros claros ojos.

-Cómo me gustaría que Pilar estuviera ahora conmigo. No sabes cómo la sigo echando de menos.

-Me lo imagino, señora, pero ella querría que estuvierais contenta y que disfrutaseis de estos momentos de felicidad.

Paz solo tiene dos años más que su hermana pequeña, la infanta Eulalia, a la que siempre querrá muchísimo, pero no tiene la misma afinidad y complicidad con ella que con Pilar. Eulalia es muy distinta. Paz y Pilar se parecían mucho; eran personas entrañables, bondadosas, compasivas y deseosas de agradar y ayudar a los demás. Tímidas y modestas.

-Pepilla, ¿te parece acertado que haya elegido la Casa de Campo como el escenario de nuestro primer paseo cuando estamos a punto de prometernos?

-Cualquier lugar en el que os sintáis cómoda es bueno. Y al príncipe le encantará pasear con vos por un paraje tan hermoso.

La Casa de Campo seguía siendo propiedad de la Corona. Fue Felipe II quien en 1562 mandó adquirir la finca que pertenecía a la familia Vargas. Desde aquel momento se convirtió en Real Sitio destinado a la caza y a lugar de recreo para la familia real.

Desde entonces, según el monarca y de acuerdo con sus aficiones, se fueron introduciendo algunos cambios. Por ejemplo, Alfonso XII había mandado crear una pista o lago de patinaje, en el que, junto con sus hermanas, patinaba en las frías mañanas. Paz siempre comentaría que ella había podido hacerlo gracias a su estancia en Suiza.

Con el establecimiento de la Segunda República la Casa de Campo fue incautada como un bien más de la Corona y cedida al ayuntamiento de Madrid.

En aquel invierno de 1883 el recinto de la Casa de Campo, que también era coto de caza, no se encontraba en su mejor momento, porque aún no se había recuperado del gravísimo incendio sufrido hacía cuatro años, consecuencia de la pertinaz sequía que padecía España, conocida como «la seca de cuatro años». En el incendio murió un jornalero y quedaron arrasados más de mil árboles. El comportamiento de todo el personal de la Casa de Campo había sido admirable y el rey quiso premiarles entregando a cada uno diez pesetas.

A la infanta Paz le gustaba la naturaleza y como tímida que era se sentía más segura al verse liberada de la mirada de los curiosos.

Nunca olvidaría la infanta aquel paraje, porque, paseando por su recinto, ella y Luis Fernando de Baviera se prometieron y juraron amor eterno. En su diario escribía:

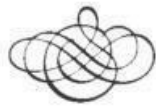
Estábamos tan emocionados los dos que no sé lo que nos dijimos; solo me acuerdo que le pedí me trajese de cuando en cuando a España y que desde el momento en que me convirtiera en su esposa me sentiría unida a él por un lazo sagrado que solo podría romper la muerte, y juré dedicar mi vida a hacer su felicidad.

Sus deseos de casarse por amor se convierten en realidad. Luis Fernando le había demostrado que deseaba unir su vida a la de ella por encima de todo. Paz ha querido compensar su constancia y comprueba emocionada cómo cada minuto que transcurre se siente más feliz al lado del hombre con el que pasará toda su vida. Son muchas las aficiones que comparten: la lectura, la música... Luis Fernando toca el violín como un profesional, y además de seguir la carrera militar, estudia medicina en la Universidad de Múnich, algo bastante inusual entre los miembros destacados de la realeza, aunque en la familia Wittelsbach ya se había dado esta circunstancia: un tío segundo de Luis Fernando, el duque Carlos Teodoro de Baviera, era un destacado oculista.

A Paz le entusiasma que su futuro marido estudie en la universidad. Luis Fernando estaba decidido a especializarse en bacteriología, pero será ella quien le anime a prepararse en medicina general. «De esa forma -le decía-, podrás atender enfermos y hacer mucho bien a la gente».

A la infanta le gusta reflejar sus sentimientos. El amor que ha despertado en ella su futuro marido cobra vida en este poema:

*Al hablarme de amor por primera vez
no lo quise escuchar;
temí no fuese tu pasión sincera,
y te dejé marchar.
Mas viendo firme, al expirar los años,
tu amante voluntad,
comprendí que si el mundo ofrece engaños,
tu amor era verdad.
Mientras gozaba alegre, tú, ni un día,
me llegaste a olvidar;
pensaste que el cariño triunfaría
y al fin llegó a triunfar.
Tuyo es mi corazón: el cielo santo
nos bendijera ya.
¡Solo la muerte, con su negro manto,
de ti me apartará!*



La decisión está tomada. El compromiso se hace oficial. El rey lo comunica a las Cortes: su hermana, la infanta doña Paz de Borbón, se casará con el príncipe Luis Fernando de Baviera. El enlace se celebrará el 2 de abril de 1883 en la capilla del Palacio Real de Madrid. Los reyes serán los padrinos.

-Dicen que la Angulo se va con ella a Baviera.

-No me sorprende. Ya estuvo con la familia en el exilio y quiere a la infanta como si fuera su propia hija.

-Pero no sabe una palabra de alemán.

-Cállate que se acerca -dijo muy bajo una de las doncellas que colocaban unas flores en los jarrones y bandejas que adornarían el comedor. El barullo era grande, pues se estaban instalando las tribunas para los invitados, pero ellas se encontraban en una habitación aneja a la galería.

-Son preciosas estas flores, y qué arte tienes, Pilar, para colocarlas. La verdad es que nadie

es capaz de igualarte -dijo Pepa Angulo a una de las camareras-. ¿Habéis visto pasar al intendente?

-No, señora, y hace más de una hora que estamos aquí.

-Si le veis, decidle, por favor, que necesito hablar con él -les pidió Pepa mientras se alejaba.

-Dicen que todo se pega; vaya porte que tiene esta mujer, parece una marquesa. Y mira que es guapa -dijo Pilar.

-Y canta maravillosamente -exclamó la otra-. He oído que hubo un tiempo en que actuó en los escenarios con una prima que es música.

-¿Por qué se habrá dedicado en cuerpo y alma a la familia real?

-No sé, puede que le paguen mucho.

-No creo. Tiene que ser por afición o por deseos de figurar -opinó Pilar.

-Pensándolo bien, a lo mejor lo hace por cariño, porque esta gente puede haberse convertido en su verdadera familia. Ella no tiene hijos ni marido. ¿Por qué se iba a marchar a Alemania si no es por cariño a la infanta?

-Tienes razón, y el desconocer el idioma no es importante. Con aprender cuatro expresiones tendrá suficiente. Piensa que su única misión será atender a doña Paz. Si te soy sincera, siento mucho que se vaya la infanta, es tan buena y cariñosa con todos... -dijo Pilar.

-Yo también. ¿Te has enterado de la decisión de doña Paz para beneficiar a los comerciantes e industriales españoles?

-Sí, y me parece un gesto admirable. Me han dicho que ha salido en los periódicos, pero como no sé leer... -dijo con pena Pilar.

-Yo tampoco. Comentan que su madre, doña Isabel, también se comportó así: prefirió las puntillas y bordados de Cataluña a los de Bélgica, que tanta fama tienen.

La infanta Paz había decidido que todo el gasto extraordinario que generase su enlace tendría que revertir en beneficio de los españoles, y de esta forma, casi todas las provincias se afanaron en mostrar sus excelencias. Según publicaba la prensa:

De Sevilla le habían enviado riquísimas telas, procedentes del magnífico establecimiento de los señores Camino, y guantes incomparables de la fábrica Gely. De Valencia llegaron espléndidos terciopelos y Barcelona respondió con delicados encajes.

Esta información aparecía en La Época y estaba firmada por Patrocinio de Biedma, quien

matizaba:

El velo nupcial y los adornos del blanco traje de desposada, aunque de Bruselas (point D'Alencon), son comprados en Madrid. La ropa blanca, que debe ser magnífica, ha sido encargada a las señoritas de Bianchi (cuyo magnífico establecimiento sostiene de trescientas a cuatrocientas obreras).

Calzado, sombrillas, cuanto constituye, en fin, el trousseau de la augusta novia será español, como lo es su noble corazón.

Gestos como este -muy propios de la infanta-, así como su buena disposición para las artes, preocupación por la cultura y el bienestar de los demás contribuyeron a que Paz fuera querida y valorada por la mayoría de españoles. No era tan popular como lo llegaría a ser su hermana mayor, Isabel -conocida como la Chata-, pero solo a ella se le dedicó una publicación especial el día de su boda en la que colaboraron prestigiosas firmas de entonces.

El duque de Rivas escribía:

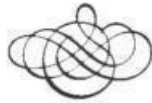
*Al expresar, altísima señora,
la viva admiración que por vos siento,
no temo que mi libre pensamiento
se tilde de lisonja engañadora.
¿Quién de ese hermoso corazón ignora
la piedad y patriótico ardimiento? ...
Del arte sois aspiración y aliento,
y dulce madre del que sufre y llora.
Cual fresco y puro manantial que el ave
busca en la sombra de floresta amiga,
paz y amor difundís... Mas ¿quién no sabe
que sois el ángel que el dolor mitiga?
Cuando no hay infeliz que no os alabe,
ni humano corazón que no os bendiga.*

José Zorrilla, el marqués de Molins, José Navarrete, Campoamor, Jacinto Verdaguer y Manuel del Palacio fueron, entre otros, quienes dedicaron sus poemas a la infanta, y, aunque no encaje mucho con su perfil, también Cánovas -en aquel tiempo en la oposición; presidente del Gobierno era el asturiano José Posada Herrera- quiso dejar constancia de su admiración por Paz:

*Hoy, señora, ni es tamaña
en armas nuestra potencia,
ni dar de amistad podemos
a Alemania iguales muestras;
pero ya le dimos mucho
con daros a vos, princesa,*

*Paz en el nombre, y de paz
perdurable y dulce prenda.
Y ya sabéis que digo lo que siento,
pues bien que a la lealtad no hiciese agravios,
tampoco oyó jamás regio aposento,
salir adulaciones de mis labios.*

También en la publicación aparecen testimonios de personas anónimas que dan las gracias a la infanta por ser como es y por no olvidarse de las necesidades y preocupaciones del pueblo llano.



-No estoy muy segura de que haya sido un acierto permitir la entrada libre a la gente para que presencie la boda -comentó Pepa, que ayudaba a la infanta a acostarse.

-Sin embargo, yo quiero que participen de alguna forma de mi alegría -dijo Paz-. Me gusta sentir su cariño.

-¿Sabe vuestra alteza cuántos periodistas cubrirán los distintos actos estos días?

-Creo que cincuenta. Por cierto, Pepilla, ¿se ha arreglado el problema de los de La Ilustración?

-Sí, podrán asistir como los demás.

-Me alegro -dijo la infanta con una sonrisa.

Unos días antes, desde La Ilustración Española y Americana protestaban por no haber sido invitados, argumentando que, a pesar de ser una de las publicaciones de mayor tirada y de satisfacer al Estado grandísimas sumas por concepto de franqueos, no figuraban en la lista del timbre y solo fueron invitados los cincuenta periódicos que figuran en ella. Al final, consiguieron una entrada para que su dibujante tomase apuntes. Y, curiosamente, sería esta publicación una de

las que mejor información ofrecería de la boda de doña Paz.

-Pepilla, dentro de cinco días nos iremos para Múnich. ¿Estás segura de que quieres acompañarnos?

-Claro, señora. Siempre estaré allí donde me necesitéis.

-No sabes cómo te lo agradezco, porque sé lo que supone para ti alejarte de España. Pero jamás te pediría semejante sacrificio. Y te aseguro que entendería muy bien que no quisieras venir.

-Señora, de sobra conocéis que no deseo más que servirlos. Así que no insistáis.

-Gracias, Pepilla. Puedes irte ya a descansar. Ya estoy mucho más tranquila.

Pepa Angulo cerró la puerta de la habitación de la infanta Paz. «Seguro -se dijo- que el agua de azahar ha hecho su efecto». Era normal que estuviera nerviosa. Dentro de unas horas, a la mañana siguiente, contraería matrimonio. Estaba enamorada de Luis Fernando y deseaba permanecer a su lado para siempre, pero la aterraba tener que separarse de la familia y vivir en un país del que desconocía todo. Además, a muchas novias, aunque enamoradas y felices, les preocupa lo desconocido de su nueva existencia. ¿ Es la persona de la que se han enamorado tal y como la concibe?

Pepa la había animado y le aseguró que todo saldría perfecto. No lo dijo para alentarla, sino porque así lo pensaba de verdad. No creía firmemente en la influencia de la luna en el carácter de las personas, aunque sí dejaba sentir su fuerza en las mareas y en otros aspectos de la naturaleza, también podría hacerlo en la personalidad de los seres humanos. De todas formas, aquella coincidencia tenía que significar algo bueno. Pepa se detuvo y miró al cielo por la ventana entreabierta de la galería...

«Mañana hará un buen día», se dijo al contemplar las muchas estrellas que iluminaban el firmamento. La luna en su cuarto menguante brillaba con intensidad; era como si en el pequeño aro lunar que pugnaba por seguir siendo visible se concentrase toda la luz de cuando estaba en plenitud. Pepa, con una amplia sonrisa, la miró emocionada.

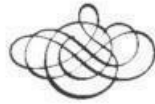
Desde niña tenía la costumbre de anotar la fase de la luna cuando se producía algún acontecimiento importante. Por eso, Pepa era la única que se había percatado de la curiosa y alentadora concomitancia.

No se eligió la fecha de la boda teniendo en cuenta la fase de la luna, pensó Pepa, y sin embargo, al día siguiente, 2 de abril, fijado para la celebración, faltarían tres días para que se iniciase la luna nueva. Y esto era lo sorprendente; la luna presentaba idéntica cara que cuando nació la infanta doña Paz y la misma que el día que llegó al mundo Luis Fernando.

Los dos nacieron en cuarto menguante, tres días antes de que se iniciara la luna nueva, y se casaban con la luna en exacta posición. Para Pepa aquella circunstancia era un buen presagio

que hablaba del entendimiento y sintonía en la que a partir de entonces se moverían aquellas dos personas.

Antes de separarse de la ventana, Pepa posó sus ojos en las estatuas del llamado Patio del Príncipe... ¡Qué hermoso era aquel lugar! Sí que iba a echar de menos su vida en Madrid, pero nada de ceder a la melancolía. Pepa sabía muy bien que su misión en Múnich consistía en conseguir suavizar la añoranza que la infanta sentiría al encontrarse lejos de España. La fiel servidora abandonó la galería con paso decidido.



Aún no había amanecido y ya se encontraban a la puerta del Palacio Real numerosos grupos de personas ansiosas de ocupar los mejores sitios en la capilla y en las galerías para presenciar la ceremonia y ver a los novios e invitados.

A las ocho de la mañana se abrieron las puertas. A los pocos minutos no quedaba ni un solo sitio de los destinados al público.

A partir de las nueve y media empezaron a llegar los invitados, que poco a poco iban ocupando sus lugares.

En las tribunas a los lados de la capilla estaban los ministros de la Corona, damas de su majestad la reina, doña María Cristina, comisiones del Senado y del Congreso, cuerpo diplomático, caballeros del Toisón, comisiones de la Diputación Provincial y ayuntamiento. Por el Tribunal Supremo habían acudido don Antonio López Quiroga y don Fulgencio Gutiérrez. Los señores marqueses de Santiago, don Fernando de la Vega Isla, conde de Valencia de Don Juan y marqués de Acapulco, en representación de las asambleas de las órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica.

Desde el interior de palacio, la gente allí reunida no se enteró del repique de campanas que a las once de la mañana comenzaron a sonar. Ni una sola iglesia de Madrid dejó de mostrar su alegría por el matrimonio de la infanta doña Paz.

Sobre las once y media la regia comitiva salía de las habitaciones del rey para dirigirse a la capilla. En el trayecto hubieron de extremar su cuidado los alabarderos para impedir que la gente agolpada en la galería traspasase la barrera de seguridad. Las muestras de cariño eran incesantes.

La comitiva del novio, el príncipe Luis Fernando de Baviera, la componían grandes de España, títulos de Castilla y mayordomos de semana. La presidía el rey, a cuya derecha iba el novio.

En el segundo cortejo se veía a la novia entre la reina María Cristina, a la derecha, y su madre doña Isabel, a la izquierda. Eran seguidas de las señoras damas de la corte y de servicio,

los capellanes de honor y los representantes de las cuatro órdenes militares.

La gente, entusiasmada, admiraba la belleza de los trajes y la suntuosidad del momento.

El rey don Alfonso vestía uniforme de capitán general con la banda de la Orden de San Huberto de Baviera. El príncipe Luis Fernando, el uniforme de teniente de coraceros de Baviera y el collar del Toisón de Oro y la Cruz de Santiago -condecoraciones entregadas por el rey hacía unos días.

La reina doña Cristina lucía precioso traje de raso blanco, profusamente bordado de oro y perlas y adornado con encajes; en el centro del pecho, un broche de gran tamaño, formado por brillantes; bandas de María Luisa y Cruz Estrellada de Austria. La reina doña Isabel, traje de raso grana y magnífico aderezo de estrellas de brillantes. La infanta doña Isabel, vestido de faya color blanco crema, con manto bordado de seda, aderezo de diamantes y esmeraldas. La infanta doña Eulalia, traje de otomana celeste, adornado de «no me olvides». La novia, muy guapa, llevaba un rico traje nupcial, formando la falda una gran pieza de raso de un blanco purísimo, que, plegada ligeramente del lado izquierdo formaba una elegante cola, adornada con flores de azahar y encajes; del lado derecho, tres volantes de rico encaje, sujetos por un gran ramo de azahar, dejaban ver la parte inferior de la falda, compuesta por una preciosa tira de agremanes de grueso hilo de plata terminada por un fleco de mucho gusto. En el cuerpo, de brocado blanco y plata con dibujo de rosas, se decantaban los hermosos brillantes, regalo de su esposo; el manto era también de brocado, de tres metros de largo y con ancho borde, artísticamente adornado con encajes y ramos de azahar. Una corona de brillantes prendía en la cabeza el rico velo de punto de Alencon. Doña Paz llevaba al pecho la banda azul y blanca de la Orden de Damas de la Reina Teresa de Baviera, y en la mano un gran bouquet de flores de azahar, guarnecido de fino encaje.

Blanco, morado, rosa, verde y celeste fueron los colores predominantes en los lujosos trajes de las distinguidas invitadas, que utilizaron como aderezo, en su mayoría, brillantes, turquesas, esmeraldas y perlas.

A la puerta de la capilla les espera el patriarca de las Indias, que presidirá la ceremonia.

La hermosa capilla, obra de Ventura Rodríguez, considerada -desde el punto de vista arquitectónico- como uno de los lugares más interesantes de todo el palacio, lucía en todo se esplendor. Los maravillosos frescos de Giaquinto parecían cobrar vida bajo las notas de Mozart y Haydn, que se complementaban de forma prodigiosa.

En primer lugar, el secretario de la Procapellanía mayor de palacio dio cuenta de la bula de su santidad por la que se dispensaba a los contrayentes del parentesco de consanguinidad que existía entre ellos.

Una vez que los novios estuvieron arrodillados ante el celebrante, uno de los capellanes de honor leyó con voz solemne el documento en el que el papa León XIII enviaba a los contrayentes la bendición apostólica y hacía votos por su felicidad. Acto seguido, la novia se levantó y fue a besar la mano de su madre, la reina doña Isabel, que emocionada la abrazó. Después, se procedió al ritual del sacramento del matrimonio.

Un motete a voces solas del maestro Eslava emocionó a más de uno. Terminada la misa se cantó un solemne tedeum.

-Señora, si sigue empujando perderé el equilibrio -dijo uno de los periodistas que estaban mezclados con el público.

-jú has podido ver algo? -preguntó otro.

-Casi nada. No sé qué crónica vamos a escribir. Ya te dije que teníamos que haber madrugado.

-Hubiese sido lo mismo. ¿Tienes los datos de la dote que le ha concedido el rey?

-Sí. Y no está nada mal: la Corona le pasará una asignación anual de ciento cincuenta mil pesetas.

-Y sobre todo -añadió el otro periodista-, lo interesante es que doña Paz seguirá conservando sus derechos sucesorios, para ella y sus descendientes, a la Corona.

-La infanta mantiene todas sus prerrogativas, aunque al príncipe no le otorgan el título de infante.

-Es normal que así sea, porque Luis Fernando es príncipe de una casa reinante.

-¿Habrá venido Tenorio? -preguntó bajando la voz.

-No tengo ni idea. Sé que estos días estaba en Madrid.

No ha quedado constancia para la historia de la presencia de Miguel Tenorio en el Palacio Real, aunque si se tiene en cuenta lo que sucederá a los pocos meses, es fácil pensar que sí se habrá entrevistado con la infanta ante la inmediatez de su boda.

A Tenorio se le pierde la pista desde su estancia en París, después de la revolución, en la que visita a doña Isabel y a sus hijas, hasta los años posteriores a la restauración en que lo encontramos en Madrid desempeñando el cargo de diputado del partido conservador. En 1881 deja su cargo y no se sabe a qué se dedica.

-Pues estoy casi seguro de que Miguel Tenorio estará por aquí, aunque no le hayamos visto.

-¿No eres amigo de los de La Época?

-Sí.

-Pues diles que nos cuenten cosas. Ellos están bien situados. Ya les devolveremos el favor.

-Lo intentaré.

-¿ Cubres también la información de la cena?

-Y la de mañana, y la de pasado. Tengo que seguir a sus altezas reales hasta que salgan para Alemania.

El día del enlace, después de la ceremonia, la familia real celebró un almuerzo en la intimidad. Por la noche hubo una cena de gala a la que asistieron entre ciento veinte y ciento cincuenta personas.

La prensa dio perfecta información de los distintos acontecimientos desarrollados aquellos días. En La Vanguardia se podía leer:

En obsequio a sus altezas los príncipes de Baviera dispúsose anoche por el excelentísimo ayuntamiento una función de gala en el teatro Real. Conforme estaba anunciado, se representó la preciosa comedia de Moreto El desdén con el desdén, que fue interpretada a la perfección por la Mendoza Tenorio, Muñoz, Valero y Casas. En la sala no se observó otra novedad que la falta de aplausos, porque así lo exigía la etiqueta, y la de formar en el escenario una guardia de alabarderos. Los palcos y platea estaban ocupados por la crême de la aristocracia madrileña, ocupando el palco de gala la familia real.

Madrid se volcó con la boda de la infanta. Todos los edificios públicos aparecieron profusamente iluminados durante tres días en homenaje a doña Paz, que respondió con un baile de gala al que asistieron más de tres mil personas. Otras muchas llenaban los alrededores de palacio para observar, aunque fuera de lejos, la fiesta, como uno de los periodistas de La Ilustración Española y Americana, que escribió:

Desde primeras horas, los curiosos se apiñaban en las inmediaciones de palacio para ver entrar a los invitados al baile de gala. La noche estaba hermosa felizmente. Los coches no dejaban de arrojar por sus portezuelas damas envueltas en riquísimos abrigos y calzadas con lindos zapatitos de raso; caballeros vestidos de etiqueta; militares de todas armas y graduaciones o personajes envueltos en extraños y lujosos uniformes nacionales o extranjeros.

Diecisiete balcones iluminados alegraban la fachada severa que da a la plaza de la Armería, y a la claridad de esta contribuían los innumerables farolillos de tres filas de carruajes, que parecían en orden de parada. Los cocheros entablan de pescante a pescante diálogos naturalistas, y los lacayos, agrupados en la puerta principal, retozaban alegremente, no obstante la severidad que da al cuerpo humano el largo levitón con que los visten y las pieles con que resguardan sus pescuezos; los agentes de la autoridad velaban por el orden; la guardia relevaba con periódica regularidad sus centinelas, y los convidados que no tenían coche procuraban deslizarse por los sitios más oscuros para no desmerecer en el concepto de la turba lacayil.

La magnitud de los salones y el espesor de aquellos muros de piedra no permitían llegar hasta los que estábamos en la plaza la música ni los rumores de la fiesta. Contemplado desde fuera nos parecía un baile silencioso, en que las parejas parecían danzar sin orquesta y de puntillas. La situación era fantástica y extraña, porque el baile sin música solo se usa en el reino

de las sombras.

La noche avanzaba y las filas de carruajes no disminuían. Los convidados no querían salir y los curiosos deducíamos que el baile debía ser muy bueno. Cuando empezó la dispersión, hubo un murmullo de placer entre los lacayos; procuramos ver en cuanto nos permitían los abrigos la expresión de las caras femeninas; ninguna parecía soñolienta, pero casi todas soñadoras; unas iban preocupadas; alguna, al sentir en su rostro el aire de la noche, manifestaba el disgusto que se experimenta al despertar de un sueño grato; otras sonreían como si aún sonase en sus oídos la música de la galantería; hasta los brillantes que centelleaban en su pecho imitaban también sonrisas de placer.

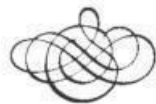
Esta crónica, leída en voz alta en muchos cafés, se complementaba con la del día siguiente, también de La Ilustración, en la que se hablaba de lo sucedido en el interior del palacio durante el baile:

Allí, en los magníficos salones que iluminaron con rayos de espléndido colorido los pinceles de Maella, López, Tiépolo, Goya y otros ilustres maestros, y que han sido decorados con primor artístico, riqueza y buen gusto, estaba reunida la distinguida sociedad madrileña que concurre a las grandes recepciones de la corte; el cuerpo diplomático, los grandes de España, dignatarios del Estado, representantes de la alta banca, de las letras, las ciencias y las artes; y completando aquella reunión deslumbradora, aristocráticas y elegantísimas damas.

Los acordes majestuosos de la «Marcha Real» anunciaron a los reunidos, a las diez de la noche, la presentación de sus majestades y altezas reales.

El primer vals de honor fue bailado, en el Salón de los Espejos, en la forma siguiente: el rey con la marquesa de Martorell; la reina Cristina con Luis Fernando; Paz con el embajador de Alemania; Eulalia con el hermano del novio, el príncipe Alfonso. A continuación, se bailó un rigodón en el que el rey formó pareja con Paz, la reina repitió pareja, la infanta Isabel con el duque de Medina Sidonia y Eulalia con el embajador de Austria. La fiesta se prolongó hasta pasadas las dos de la madrugada.

Pepa Angulo guardó cuidadosamente todos los periódicos y volvió a mirar las informaciones gráficas de La Ilustración, firmadas por Comba, que eran francamente buenas. Se dio cuenta de que todas sus pertenencias cabían en un baúl. Lo cierto era que no necesitaba más. Había firmado su baja como jefa del guardarropa de las infantas y con su pensión se arreglaría muy bien. También era muy posible que la infanta tuviera algún detalle con ella. A Pepa le gustaría ser un poco más joven para poder prestar sus servicios de forma más eficaz, aunque todavía se defendía bien. Tenía entonces cuarenta y ocho años.



Doña Paz sentía tal angustia que deseaba con todas sus fuerzas que el tren arrancase ya. Las últimas horas en palacio habían sido muy emotivas. Las personas que acudieron a cumplimentarlos antes de que se fueran llenaban varios salones. Ella se fue despidiendo de todos, uno por uno. En el trayecto a la estación, las muestras de cariño se sucedieron interrumpidamente: «Buen viaje; ¡Dios la bendiga! Vuelva pronto, no nos olvide», le gritaban.

La Ilustración Española y Americana reflejaba así la despedida a los príncipes de Baviera:

El público madrileño, tan gastado, tan ajeno al entusiasmo, siente una emoción. La familia real se dirige a la estación férrea para despedir a los recién casados. La multitud, de ordinario tan pasiva, vitorea a los príncipes y las señoras agitan sus pañuelos. El príncipe saluda, la princesa se conmueve y deja como recuerdo al pueblo de Madrid algunas lágrimas.

La ya princesa de Baviera escribía en su diario:

El vagón del tren estaba lleno de ramos de flores. Allí recibí los abrazos de mi madre y hermanos, y el tren empezó a ponerse lentamente en movimiento; cuando ya se perdían de vista los pañuelos y sombreros que se agitaban, oí gritar cerca del tren: «Adiós, señora». Era el general Contreras, que había salido al campo para que yo tuviera la satisfacción de oír una voz amiga cuando creía que las había dejado todas atrás. En las estaciones del trayecto salía el pueblo a saludarnos y en Irún había una compañía con bandera para hacernos los honores y para que yo viera en el último momento el estandarte de mi patria.

Los recién casados se dirigían a París, donde pasarían tres días. Su objetivo principal era visitar al rey don Francisco de Asís, que no había acudido a los esponsales. Fue con jornadas plenas de actos sociales: recepciones, almuerzos, bailes y visita al palacio del Elíseo para entrevistarse con el presidente de la república. A pesar de la intensa agenda oficial, doña Paz encontró tiempo para visitar el Sagrado Corazón, su antiguo colegio.

De París a Augsburgo. Al día siguiente, Múnich. Doña Paz se puso un vestido azul y blanco (los colores de Baviera). Ella nos cuenta cómo fue su primer encuentro con el que desde entonces sería su país:

En Múnich nos esperaba una victoria tirada por cuatro caballos blancos, y un escuadrón del segundo regimiento de coraceros, para servirnos de escolta. La ciudad estaba llena de banderas españolas y bávaras, y todos sus habitantes en los balcones y calles gritando vivas; al llegar a la tribuna del ayuntamiento, paró el coche; unas cuantas niñas, vestidas de blanco con cinturones azules, me ofrecieron un ramo, y el alcalde pronunció un

discurso. Luis le contestó algunas palabras y, por fin, llegamos a casa. Allí nos esperaba toda la familia, una cantidad de señoras muy esbeltas, que todas me llamaban prima y me hablaban de tú; entre ellas vi una señora chiquita y gorda, que no podía negar la raza de Borbón. Comprendí que era la hermana de mi padre, la madre de mi marido, y me fui a ella como quien ve un oasis en el desierto.

El primer despertar en Nymphenburg fue muy hermoso. La bandera del primer regimiento de Infantería tocaba debajo de nuestras ventanas una melodía de Schubert, cuyas palabras me iba diciendo Luis: Du bist die Ruh, der Friede mein (Tú eres mi calma, la paz mía).

Muy pronto doña Paz no necesitará traductor. Hablará y escribirá correctamente el alemán. Cada momento que pasa está más convencida de lo acertada que fue su elección; Luis Fernando, como ella, prefiere la tranquilidad del hogar que las recepciones y fiestas oficiales, a las que asisten con resignación porque ambos son conscientes de cuál es su deber. Solo existe un acto social que la infanta espera con verdadero interés: que el rey de Baviera, Luis II, se decida a recibirla. Le había escrito una carta al tener conocimiento de su compromiso con Luis Fernando en la que le manifestaba su alegría al poder contar entre los miembros de su familia con «una princesa de la excelsa casa de Borbón, por la que tengo una verdadera veneración y cariño». También, a los pocos días de llegar a Nymphenburg, recibió una nueva misiva del monarca dándole la bienvenida, pero la infanta aún no había sido invitada a palacio para que se conocieran.

Muchas veces le había preguntado a su marido por la personalidad de su primo. Luis Fernando le hizo todo tipo de comentarios, pero nunca consiguió que le hablara de las muchas excentricidades de las que, decían, era protagonista el rey.

En el ámbito de su nueva familia se comentaba que el rey -normalmente alejado de la corte- retrasaba en esta ocasión su regreso por la enorme pena que le había producido la muerte de Wagner, acaecida hacía escasos meses, el 13 de febrero, en la ciudad de Venecia.

Lo cierto era que Luis II, al enterarse de la desaparición de su amigo, ordenó que lo dejaran solo y prohibió tocar los pianos de sus castillos. Era tal su dolor que no reunió fuerzas suficientes para poder asistir al entierro.

Hacía unos cuantos años que el monarca se había dejado subyugar por el arte wagneriano. Se sentía tan compenetrado con el compositor y valoraba tanto su música que decidió pagar todas las deudas de Wagner, con el fin de liberarlo de preocupaciones para que pudiera componer en total libertad. Le regaló una villa en la isla de las Rosas donde él vivía, en el castillo de Berg, a orillas del lago Starnberg. Y así, alejados de la sociedad, envueltos en las nieblas de aquellos misteriosos y románticos paisajes, soñaban con construir un mundo totalmente distinto.

Esta relación no fue bien vista en la corte y se lo hicieron saber al rey, que no se inmutó ante las críticas. Pero cuando miembros de su propia familia le exigieron por el bien de todos que alejase a Wagner de su lado, a Luis II no le quedó más remedio que aceptar.

Contaban que el día de la marcha de Wagner de la corte, el propio rey le acompañó hasta la misma frontera. Se despidió del compositor con lágrimas en los ojos asegurándole que sería suyo hasta la muerte.

-Es normal que el rey esté afectado por la muerte de Wagner -dijo el príncipe de Baviera-. Se identificaba con su música, encontraba en su arte la respuesta a muchas de sus preguntas.

Paz no quiso decirle que a ella la música del compositor adorado por Luis II no le apasionaba; al contrario, sus óperas le parecían un poco aburridas: «No cabe duda de que Wagner era un genio y ha escrito cosas hermosísimas; pero de tal magnitud que es bueno que el teatro esté a oscuras para los que no quieren confesar haber dado alguna cabezada». Años más tarde volvería a escribir sobre el compositor alemán: «A Wagner hay que oírlo en alemán y si es posible en Alemania. Son tan melancólicos o serios todos estos personajes de Wagner y tienen unas salidas tan intempestivas que a lo mejor se queda uno con la boca abierta. Hay que vivir muchos años en Alemania para entenderlos bien; a mí, a pesar de la buena voluntad que pongo en todo lo que hago, me ha costado mucho trabajo». Pero en aquel momento a su marido le dijo:

-Sin embargo, no entiendo que Luis II, siendo gran amigo de Wagner e identificándose con su música, como me dices, no asistiera al estreno de Parsifal.

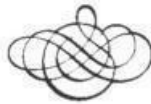
-Mi querido primo cada día estaba más aislado de todo. Su unión con Wagner era la misma de siempre. Es verdad que no fue al estreno, pero le envió como regalo dos cisnes negros.

-¿Los dos negros? -preguntó extrañada Paz.

-Sí. Pienso que los utilizó como símbolo. Cisnes negros, distintos a todos los demás, que se distinguen de la mayoría, como les sucedía a ellos.

-¿Cuándo crees que nos recibirá?

-En cuanto regrese a la corte. Estoy seguro, querida Paz, de que te llevarás bien con él, pues eres romántica y muy sensible. A Luis le sucederá lo mismo contigo.



El 5 de mayo, Luis II llegó a Múnich, y ese mismo día, en su residencia oficial, ofreció una comida de gala en honor de los príncipes de Baviera.

Como le había dicho su marido, la infanta Paz quedó gratamente impresionada por el rey. Lo primero que le hizo sentirse cómoda fue que se dirigiera a ella en un correctísimo francés permitiendo así una conversación fluida -Paz todavía no dominaba el alemán- en la que hablaron de Víctor Hugo. Sorprendió a Paz el conocimiento que el rey demostraba sobre la obra del autor francés. Como buen anfitrión, Luis II dio pie para que la infanta española pudiera hablar de su país. Al decirle que estaba deseando conocer España y que le atraía mucho más que Italia, Paz no

pudo disimular su orgullo como española.

Le pareció un hombre guapo, alto, con ojos soñadores. Su marido había acertado: Luis II causó una impresión buenísima en la infanta. Al rey le sucedió lo mismo con ella, así se lo hizo saber por la baronesa de Reichlin, dama bávara que la acompañaba.

El rey siempre había tenido una buena relación con Luis Fernando y sin duda albergaba temores sobre la influencia que su esposa podría ejercer en él, pero después de aquella comida, extremó sus favores interesándose por el futuro del nuevo matrimonio y a los seis días los convidó a ellos solos a cenar en su jardín de invierno. Paz reflejó así aquella visita inolvidable:

Luis de frac y yo escotada. A la hora marcada llegamos a palacio y, al salir del coche, vi al rey que venía a nuestro encuentro. Me besó la mano y me dio el brazo para subir la escalera. Es una de esas escaleras de piedra que hay en los palacios y que, aunque no son bonitas, respiran algo de imponente grandeza. Un hombre con una antorcha iba delante de nosotros y se paró a la entrada de las habitaciones del rey. Entramos en un salón de terciopelo encarnado; en el centro había un dosel bordado de oro y forrado de armiño, bajo el cual se hallaba un sillón Luis XIV y una mesa con un tapete, también bordado de oro. Sobre la chimenea, una estatua de mármol, representando a Safo; además, varios objetos de arte, tibores chinos, vasos de alabastro, etc. Pasamos por un despacho digno de Versalles. Sobre las puertas hay bajorrelieves de mármol con retratos de reyes en medallones. Todo en estilo rococó, hasta el tintero y las plumas. Delante de la ventana, en medio de una profusión de flores, está el busto de Wagner. La alcoba es también Luis XIV; los bordados de las cortinas de la cama son magníficos. Todo muy regio. Pasando por otro cuarto, no menos suntuoso que los demás, llegamos a una puerta cubierta con una cortina; el rey se adelantó sonriente y la levantó. ¡Me quedé extática! Un inmenso jardín, iluminado a la veneciana, con palmeras y lagos, fuentes y chozas, palacios. Solo el que dijo: «Allí la altiva palmera / y el encendido granado, / junto a la frondosa higuera, / cubren el valle y collado; / allí el robusto nogal, / allí el nópalo amarillo, / junto al sombrío moral, / crecen al pie del castillo; / y olmos tengo en mi alameda, / que hasta el cielo se levantan, / y en redes de plata y seda / tengo pájaros que cantan...». Solo Zorilla podría describirlo. El rey me dijo: «Anda», y yo seguí, fascinada, como Dante a Virgilio. Un guacamayo, columpiándose en un aro de oro, me dio las buenas noches, así como un pavo real que pasó majestuosamente junto a mí. Crucé un puente rústico sobre un lago, iluminado por la luna, y entre los castaños apareció una ciudad indostaní: «O Paradiso dal seu degli onde uscito!». Soñaba cuando una banda militar empezó a tocar una música que hizo palpar mi corazón. Era la «Marcha de Infantes», tocada lenta y majestuosamente. Comprendí la realidad, y volviéndome por vez primera al rey, le dije: «¡Esto es el colmo!»; «Más tarde oirás más música española», me contestó. Llegamos a una tienda de campaña, de raso azul y cubierta de rosas; dentro había un sillón soportado por dos elefantes y una piel de león en el suelo. Me dijo que continuara mi paseo y seguí por una vereda al borde del lago. La luna se reflejaba en el agua, iluminando las plantas tropicales y flores acuáticas que crecían allí, y atada a un árbol había una barca como las que usaban los trovadores. Junto al agua se levantaba una choza india, de cuyo techo colgaban abanicos y armas de aquel país. Me iba yo parando maquinalmente, cuando el rey me dijo

otra vez: «Anda». Seguí y entré... ¡en la Alhambra! Era un cuartito pequeño; una fuente en el centro, rodeada de plantas, daba el encanto y poesía de España a aquel sitio; dos preciosos divanes estaban colocados junto a las paredes. La cena estaba preparada en un pabellón redondo, bajo un arco árabe.

El rey me hizo sentar en el centro, tocó ligeramente una campanilla y, como por encanto, apareció un lacayo, saludando hasta el suelo. Traía los platos, pero no se presentaba más que cuando el rey lo llamaba. La decoración no podía ser más soberbia, desde donde yo estaba sentada. Por el arco árabe se veían profusiones de plantas de todas clases, iluminadas por luces de colores, mientras coros invisibles cantaban como los espíritus del bosque y de la noche. «¡Dios mío, esto es un sueño!», exclamé. «Verás mi castillo de Chiemsee», me dijo el rey. No, no soñaba; el hombre que me hablaba era el rey de Baviera, ante quien todos tiemblan, y me estaba ofreciendo enseñarme el más hermoso de sus castillos, que nadie ha visto aún. Necesitaba apoyarme en la tierra, y empecé a hablar. La música tocó una habanera; hablamos de Cuba, y desde entonces España fue el tema de nuestra conversación. Cuando acabamos la cena, me pidió permiso para fumar y nos llevó a una gruta de estalactitas; una cascada se precipitaba con un murmullo encantador y un rayo de luna penetraba por una grieta del techo. Después de un rato, volvimos otra vez a la choza junto al lago para oír mejor la música. De allí fuimos a una galería, bajo lámparas de colores. Su majestad me hizo recitar algunas de mis poesías en español, para oír la melodía de las palabras, aunque no entendía la lengua. Se las tradujo al francés, y me dijo que le encantaba el fondo de melancolía que fluía en ellas. Se levantó y me trajo un inmenso ramo de rosas. Dijo que se marchaba aquella misma noche o más bien mañana, pero que nos quería acompañar hasta Nymphenburg. Despedimos nuestro coche y mandó enganchar el suyo.

«Ya viene la aurora», dijo el rey cuando abandonamos aquel paraíso, y, en efecto, las primeras tintas de la mañana empezaban a iluminar el cielo. Un coche á la grand d'Aumont esperaba al pie de la escalera. Yo me adelanté para sentarme a la izquierda, pero el rey insistió en que tomase el primer puesto. Salimos como un rayo. Un palafrenero con un faro iba delante del coche. Su majestad no se quiso poner el sombrero, a pesar de que estaba resfriado. Era de día cuando llegamos a Nymphenburg. El rey me acompañó hasta mi cuarto y, cuando le iba a dar las gracias por su amabilidad, él me paró, dándomelas por la visita; me besó las manos y se fue a las montañas.

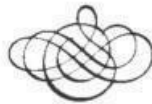
Resulta comprensible que Paz se quedara entusiasmada con las maravillosas excentricidades de aquel rey a quien muchos tildaban de loco y que a ella le pareció cuerdo y maravilloso, porque, impresionada como estaba, no se paraba a analizar otros aspectos de la vida de Luis II que acabarían por convertirlo en un misántropo.



Los primeros meses de la vida de la infanta Paz en Baviera discurren tranquilos. Añora su país y piensa que una forma de paliar esa especie de añoranza es volver a ver parte del arte que se hace en España y darlo a conocer.

Todos los años se celebraba en Múnich una importante exposición en el Glaspalast, en la que se colgaba la obra de los autores más destacados del país, y cada tres años se permitía también la presencia de artistas extranjeros. Precisamente el verano de 1883 se daba esta circunstancia. La infanta pensó que sería estupendo que el primer año que ella estaba allí, España participara en la muestra. Comenzó las gestiones a través de su hermano Alfonso XII para que el Senado español autorizase el envío del cuadro de Pradilla La toma de Granada. Pero el tema se complicó al negarse los senadores al traslado. El entonces presidente del Senado, general Martínez Campos, sí que ría atender la petición de doña Paz, aunque nada podía hacer ante la férrea postura de los senadores. Al final, sería el propio Pradilla quien resolviese el tema. El autor de La toma de Granada accedió gustoso a que el cuadro viajara a Múnich, asegurando a los senadores que si se estropeaba les pintaría otro.

Desde entonces, la infanta Paz sería una entusiasta colaboradora de las exposiciones del Glaspalast.



Al son de las hojas secas que crujen bajo mis pies en los paseos por el parque en las tardes llenas de melancólica paz de otoño, recapitulo sobre todo lo que he visto...

El contacto con actividades y personajes tan diferentes con los que tiene la oportunidad de participar y conocer en su nuevo país enriquecerán su personalidad, pero sin cambiar un ápice su forma de ser.

La infanta se va adaptando a su nueva realidad, pero sigue añorando España. Cuando mira las seis jacas que tiran de su coche -regalo del pueblo española las que ella ha bautizado con los nombres de Gadiana, Guadalquivir, Ebro, Tajo, Duero y Manzanares, se emociona. Desde el día que llegaron a su poder mandó enjaezarlas según la costumbre española, con madroños, y así, de esa forma, a veces, cuando ella misma guía el coche en los pequeños desplazamientos, si solo las mira a ellas, se hace a la idea de que sigue en España.

Paz nunca había visto a Pepa tan enérgica como aquella mañana, al intentar convencerla de que no debía conducir el coche.

-Señora, en vuestro estado es una temeridad. Todos los cuidados son pocos.

-Me encuentro perfectamente. Solo estoy embarazada de dos meses.

-Da lo mismo. A partir de ahora debéis extremar las precauciones.

-No exageres, Pepilla. Me puedes acompañar y así te quedas más tranquila.

La presencia de Pepa era como el cordón umbilical que la hacía sentirse unida a España. Cuando, por las tardes, en estos primeros días otoñales, se sentaba con ella para hacerle compañía, Paz se imaginaba por momentos que continuaban en Madrid o mejor en La Granja de San Ildefonso, ya que los hermosos tilos que arropan el palacio de Nymphenburg también se podían contemplar allí. Otras veces, como la misma Paz escribe, «cuando me entraba la nostalgia, me sentaba a su lado con mi labor y le decía: "Pepilla, léeme El Quijote", y las dos empezábamos a cabalgar por La Mancha y no nos hacían efecto los chaparrones de fuera».

-Si ese es vuestro deseo, os acompaño encantada -dijo Pepa, sonriendo tranquila.

-Claro que quiero, y además a Tenorio le encantará ver que no me dejas sola.

Miguel Tenorio vivía en Múnich desde finales de junio. A los dos meses de haberse casado Paz, el Gobierno de España le nombró embajador y ministro plenipotenciario, restituyéndole la categoría perdida en la revolución de 1868.

-Te he comentado -siguió diciendo la infanta que estoy pensando en proponerle, dentro de un tiempo, si es que sigue viviendo en Múnich, que se venga a una de las alas del palacio que están deshabitadas. ¿No te parece que es lo menos que puedo hacer por alguien que fue secretario de la reina?

-Me parece una idea estupenda. Creo que se alegrará muchísimo -aseguró Pepa.

-Cuando se lo conté a mi marido, inmediatamente me dio su aprobación. Él piensa que nos vendrá bien contar con su presencia -matizó la infanta-. Es persona buena e inteligente.

-Sí, señora -manifestó muy seria Pepa-, creo que nunca la reina tuvo servidor más entregado y fiel que don Miguel Tenorio.

Nunca conoceremos las verdaderas razones que movieron a la infanta Paz a pensar en invitar a Miguel Tenorio a que viviera en el palacio de Nymphenburg, donde ellos residían, pero es fácil deducir que el cariño no estaba ausente en esa decisión. Cuando se lo propuso a Tenorio - que por entonces estaba solo en el mundo, puesto que su hijo había muerto-, aceptó la invitación, agradecido y feliz. Ni en sus sueños más esperanzadores había contemplado jamás la posibilidad de pasar el resto de sus días al lado de la infanta a la que adoraba.

En diciembre de 1883, Luis Fernando de Baviera ha terminado la licenciatura. Aún no ha abierto consulta y Paz le pide que la acompañe a España; quiere que su hijo nazca en Madrid.

Después de las fiestas navideñas, el 7 de enero de 1884, los príncipes de Baviera salen para España.

El doctor Camisón, que es quien se ocupa de la salud del rey Alfonso XII y su familia, asiste a la infanta Paz en el parto, que no es sencillo. Luis Fernando no se separa ni un momento del lado de su mujer. Lo mismo hace doña Isabel, que ha querido acompañar a su hija en este

trance.

El 10 de mayo nace un robusto niño a quien le ponen por nombre Fernando María. La infanta debe permanecer en cama aquejada de fiebre muy alta. Su estado preocupa, porque pasan los días y no mejora.

Los madrileños se vuelcan con la infanta. Todos los días decenas de personas pasan por palacio para interesarse por el estado de salud de doña Paz. Este interés popular hace que se habilite una saleta, aneja a las habitaciones que en palacio ocupaban los príncipes de Baviera, donde diariamente se exponen al público los partes facultativos para que todos quienes vienen a preguntar por la infanta sepan cómo evoluciona la enfermedad.

El interés y el cariño que en aquella ocasión me demostró el pueblo de Madrid son de los que conmueven el alma y no se olvidan. Si la Virgen de la Paloma me contase todo lo que oyó en aquellos días, qué cosas tan bonitas me diría; hasta descalzas fueron algunas mujeres a su ermita para rogar por mí. Y cuando Dios escuchó sus oraciones y me puse buena y llegó la hora de volverme, mi hermano Alfonso, cuyo corazón latía con el mismo calor que el de su pueblo, me preguntó: «¿Qué hacemos para que puedas despedirte de tantas gentes?»; «Abre las puertas -le contesté-, y que vengan hasta mí los que han venido todos los días a preguntar por mi salud». Dicho y hecho: las puertas se abrieron de par en par. ¡Qué emociones aquellas! «¡Dios la bendiga! ¡Qué alegría de verla otra vez buena! ». Y yo solo podía contestar: «Gracias».

La infanta Paz siempre sabrá conectar con el corazón de la gente. Ella es una persona de gran bondad, que desea hacer el bien y que se preocupa por cuantos la rodean, y esos sentimientos los conocían bien los madrileños: «Es muy sabroso sembrar alegrías. Me alegro cuando las gentes vienen a buscarme y logro servirles, y lo que siento es no poder atenderlas a todas».

Se siente tan feliz con aquel diminuto ser entre sus brazos... No le hubiese importado que fuese niña, claro que no tiene las preocupaciones de su hermano. Paz se sonríe al recordar lo que Alfonso le dijo al ver que el recién nacido era niño:

-Dámelo para mí, Paz.

-Ni aunque hicieras de él un rey, te lo entregaría -le había contestado ella, sonriendo.

Paz jamás pensó que se pudiera querer a los hijos de aquella forma. Se alegra de haber llegado a Nymphenburg en verano, aunque el ama de cría, que parece adaptarse a todo, no se siente muy cómoda con el calor, porque de vez en cuando exclama: «Ave María, aquí hace más calor que en mi pueblo, y pensar que me habían dicho que este era un país frío». La infanta no le dice nada, ya tendrá oportunidad de comprobar que no la han engañado.

Los días discurren tranquilos y no exentos de cierta monotonía. La infanta lee, pinta, borda, toca el arpa... Su marido se dedica a la medicina profesionalmente.

Paz, en carta escrita a su madre, comenta: «Hoy ha operado Luis a una mujer. El médico le ha alabado. Si sigue así, será un buen cirujano...».



El hijo de los príncipes de Baviera, Fernando María, Nando, como cariñosamente lo llaman, cumplirá un año dentro de poco. Es un niño hermoso que se cría muy bien. Todos están entusiasmados con él, y Pepa de forma especial. Siempre que el tiempo se lo permite, sale a pasear con el pequeño. Ahora piensa hacerlo con mayor frecuencia porque la primavera se acerca. Está contenta de haber venido a vivir con la infanta. Es feliz a su lado, pudiendo servirla, y Pepa sabe que su presencia es beneficiosa para doña Paz. Además, se alegra de verla tan enamorada de su marido y a él de ella. Pepa presentía que serían una pareja en armonía, pero era hermoso comprobarlo. Los primeros días pensó en una posible coincidencia o que tal vez se había equivocado, pero no, Luis Fernando cada mañana colocaba una rosa en la mesa del desayuno para la infanta, como prueba de su amor por ella.

Lo cierto -pensaba Pepa- era que los dos habían tenido suerte. Ella conocía muy bien a doña Paz, aunque a Luis Fernando lo estaba descubriendo ahora y casi se atrevía a asegurar que era muy buena persona. Hay que ver con qué paciencia trataba a todos. Suerte tendrían sus pacientes de contar con un médico como él.

Aquella noche los príncipes habían ido al teatro. No salían con mucha frecuencia, a los dos les gustaba el ambiente familiar. Pepa no se acostaría hasta que llegasen. Pasaría por la habitación del niño para ver si dormía y luego esperaría leyendo en uno de los salones.

Unos fuertes aldabonazos en la puerta la sobresaltaron. ¿Quién podría ser a aquellas horas?

Sintió que el visitante franqueaba la puerta y que debía ser alguien importante por la forma en que se comportaban los criados. Miró por la entreabierta puerta y vio pasar a un hombre alto -calculó que mediría más de uno noventa-, bastante grueso. Iba cubierto de pieles y se comportaba como si aquella fuera su propia casa. Caminaba por el pasillo sin mirar a ninguno de los criados que respetuosamente se inclinaban a su paso. ¿Sería el rey Luis II? Le parecía imposible que se presentase cuando los príncipes no estaban.

Pepa observó que el criado que le precedía caminaba hacia la habitación del niño. Abrió la puerta y el hombre de las pieles entró. No entendía nada. Al cabo de unos minutos, al mismo tiempo que sonaban los sollozos del pequeño, el misterioso visitante abandonó el cuarto dirigiéndose con prisa hacia la salida.

Al escuchar el llanto del niño, la nodriza, que no se había enterado de nada, llegó corriendo. Ella hizo lo mismo...

-No se alarmen, señoras, era nuestro rey, que quería conocer al principito -dijo el criado en alemán.

La nodriza y Pepa se miraron, ninguna de las dos entendía alemán, pero sí dedujeron que el personaje que acababa de irse era Luis II.

-No me extraña que las pobres se hayan asustado -dijo la infanta; luego le preguntó a su marido:- ¿No crees que el comportamiento del rey es un poco extraño? ¿Acaso no quería vernos a nosotros?

-Es posible. Lo cierto es que cada día se aísla más de todo. Esta misma noche le escribiré.

Al día siguiente, Luis II contestaba a Luis Fernando:

Ha constituido un acto de bondad por tu parte el que me hayas escrito aún esta noche. Como no os encontré en casa, quise ver al niño. Me alegro infinito que esté sano y fuerte; es en verdad un chico magnífico. Dios le bendiga y lo haga muy bueno, de lo que no me cabe la menor duda...

Días más tarde, Luis II organizaría una comida para toda la familia a la que asistieron la infanta y su marido. La situación en la corte de Baviera comenzaba a ser extrema; el comportamiento del rey preocupaba a todos, muchos diplomáticos no le conocían porque él se iba de Múnich para evitar audiencias. La mayor parte del año ni los ministros sabían en cuál de sus increíbles castillos se encontraba; solo permanecía en la corte dos meses.

El marido de Paz era su primo preferido y el encargado de sus finanzas. Empezaban entonces los problemas económicos del rey de Baviera, que pide a Luis Fernando que le consiga dinero para poder terminar los fastuosos e increíbles palacios que se han convertido en el único objetivo de su vida.

-Yo creo, Luis, que será inútil que pidas dinero. Nadie te atenderá.

-Lo sé, querida, pero pienso que debo hacerlo.

-¿No te sientes agobiado con tanta presión?

El rey le escribía sin cesar urgiendo una pronta respuesta. Luis Fernando, con la paciencia que siempre le caracterizó, trataba de llevar un poco de paz al espíritu atormentado de aquel hombre singular.

-Luis, ¿crees que está loco como su hermano Otón?

-La locura de Otón es manifiesta, Luis II es distinto, pero su comportamiento es inaceptable para un rey.

A la infanta le preocupaba el comportamiento del monarca. Luis II podía ser una persona

maravillosa y le daba mucha pena no poder ayudarle.

La generosidad de Paz y su buen corazón le hacían sentir como suyas las penas ajenas. El vivir en Múnich no era inconveniente para que estuviera al tanto de todo lo que sucedía en España. El comienzo del año había sido terrorífico para Andalucía: terremotos e inundaciones arrancaron vidas en muchos de sus pueblos y ciudades. Ella había querido colaborar enviando su ayuda personal para paliar las desgracias. Las provincias más afectadas fueron Granada y Málaga, adonde el rey acudió. Alfonso XII, con aquella visita, intentaba llevar consuelo a los que sufrían, y desde el mismo escenario de la tragedia escribía a su hermana Paz, el 20 de enero de 1885:

Queridísima Paz:

Desde una barraca en que hemos pasado noches de estar el termómetro bajo cero y algo molido el cuerpo, de andar quince días por estas sierras en que no existen caminos, a pie y a caballo, te pongo estas líneas para felicitarte por tus días con toda mi alma, para darte las gracias por el donativo que nos habéis enviado para estas desgraciadas provincias y principalmente por la carta que me has enviado a Granada y que colma toda mi ambición. Tú me conoces, tú tienes de mí mejor idea que merezco y yo por ti siento devoción, así es que, mientras tú estés en el mundo, aunque mi escepticismo me haga dudar de todo, aunque llegase yo a ser capaz de faltar a mi deber, he de procurar no apartarme jamás del camino derecho, solo porque no pierdas el infundado concepto que de mí tienes. Habrás visto por los periódicos que no he parado, que casi siempre me ha nevado y me ha hecho un tiempo infernal, y con eso hemos hecho jornadas de doce horas a caballo en plena sierra, a veces sin ver una casa y luego para descansar como aquí una barraca. Este país es muy desgraciado. En la provincia de Granada los pueblos destruidos están materialmente en montón de escombros y en medio de un verdadero desierto. Ni a Arenas, ni a Murchas, ni a Albuñuelas, ni a Zafarraga, ni por esta provincia a Periana o Canillas ha llegado jamás una sola carreta y en la senda apenas coge el caballo; imposible, pues, trasladar ni un amputado, ni un fracturado, ni un herido grave. Han estado, pues, los primeros días casi a la intemperie, y después hacinados unos contra otros en barracas sin aire y que solas daban la gangrena a las heridas. Mi primer cuidado ha sido, pues, hacer barracones y darles ventilación, sobre todo a los que tenían supuración, y proporcionar primero colchones y luego camas, pues estaban en paja, en el suelo húmedo. Supongo que Luis aprueba esto. Enseguida se ha asegurado la cuestión de alimentación y se abrirán carreteras para darles trabajo y a la vez redimir ese estado semisalvaje de las provincias estas. Después, lo más urgente será la reconstrucción de los pueblos, y con los fondos de la suscripción, me ocuparé de ello en el acto; pues si no emigraran todos, y hacinados en el barro como están, no es posible vivir mucho tiempo. Sin embargo, de todo esto no podré remediar más que el daño de los terremotos y es el menor de los que pesan sobre esta parte de la provincia de Málaga. Toda esta parte está cubierta de montañas enormes, y todas ellas están cultivadas. Hasta el último mogote no se ven más que viñedos, todos distribuidos en pequeñas propiedades de dos a tres hectáreas, con una casita blanca en medio y un lagar para secar la uva y hacer la pasa. Esto era riquísimo, y hace seis años empezó la filoxera y ya no hay

una cepa que no esté seca. Llamas a la puerta y en ninguna casita hay ya nadie. El propietario a quien tan poco terreno daba buena vida se ha arruinado. Otro cultivo no es posible, porque dos hectáreas de trigo no dan para vivir a nadie, y sí, con la pasa, daban buena renta. Todos van emigrando y no tienen pan. Solo la vega esta, de Vélez Málaga, en cuya playita de la Torre tenemos nuestro campamento, tenía, cuando el censo de 1877, veintitrés mil almas; hoy ya no llegan a dieciocho mil las que hay. En los bajos, donde hay regadío, han acudido a sembrar la caña de azúcar, y son tan desgraciados, que en las cuatro últimas cosechas se han helado las cañas; pues bajo cero es sabido que no aguantan, y del 1860 acá, solo en seis años ha habido heladas, y para eso, estos cuatro últimos años seguidos. Los Larios y los ricos lo aguantan, los pobres han desistido de sembrarla más. En fin, la ruina.

No te apenes, que ya sacaremos esto adelante, pero te confieso que me aflige. Los más díscolos se van al campo a imitar a Melgares, que es el bandido que temen en esta comarca, hasta el punto que, teniendo cinco condenas de muerte no hace mucho, dormía en el mismo pueblo que yo y nadie lo delató.

Sirva esta de felicitación de Año Nuevo, para ti, Luis y el rorro, y a los tres, así como a Alfonso y demás, desea salud y alegría en 1885, y que para España no haya más desastres; tu apasionado hermano,

Alfonso

A Paz le emocionó esta carta de su hermano. Se sentía tan orgullosa de él... Alfonso era un buen rey, se identificaba con su pueblo. Le gustaba que se refiriesen a él como el Pacificador. Ella era partidaria de la paz -pruebas dará de ello a lo largo de su vida-. Su hermano también dio muestras aquel mismo año de su habilidad para evitar un conflicto.

Cuando, en agosto de 1885, el Gobierno alemán comunicó al español que Alemania había puesto a las islas Carolinas -de soberanía española- bajo su protectorado, con el pretexto de que no existía presencia española en las mismas, Alfonso XII no lo dudó y solicitó la mediación del papa León XIII, que también fue aceptada por Bismarck. Al final, el conflicto se solucionó reconociendo la soberanía española de las islas, que ostentaban desde el siglo xvi, cuando las Carolinas fueron conquistadas por el español Toribio Alonso de Salazar.

El rey y el Gobierno se encontraban satisfechos de la labor realizada ante los graves problemas a los que hu bieron de enfrentarse. Era un año complicado, aunque lo peor aún estaba por llegar. Mientras tanto, las penas van dando paso a nuevas alegrías y esperanzas. La reina María Cristina está de nuevo embarazada -ya tienen dos niñas: las infantas María de las Mercedes y María Teresa-; Alfonso espera ilusionado el ansiado varón. También Paz cree que se ha quedado embarazada. Y se lo cuenta solo a su madre:

Querida mamá mía:

Aunque todavía no lo puedo asegurar, quiero que seas la primera en saber mi

secreto. Luis no me ha permitido aún ni que se lo diga a mi suegra; dice que no se debe trompetear. Tengo esperanzas de estar otra vez embarazada. Luis está asustadísimo y me dice que todavía no se puede asegurar, pero el mes me ha faltado dos veces y tengo momentos de creerme en alta mar un día de tempestad. ¡Estoy encantada!

Creo que todo esto no me impedirá ir a España y volver aquí para el parto, porque a mí no me cansan nada los viajes y para que un chico sea tan hermoso como Fernando tengo que dejar de ver algún tiempo a los primos de aquí y respirar mi aire.

No solo estas dos noticias alegran su existencia. La infanta Eulalia ha decidido casarse con su primo Antonio de Orleáns, hijo de los duques de Montpensier, cumpliendo el deseo de su hermano el rey.

Alfonso XII, como otras muchas personas, era sensible al encanto del duque, que había sido su suegro y que seguía queriendo anudar lazos con el poder.

La infanta Paz tenía proyectado viajar en el otoño a España con su marido. Lo hará, pero no será el desplazamiento con el que soñaba. Ella nos lo cuenta:

Un día de noviembre, era el 25, fue mi marido de caza con unos amigos. Yo me fui a reunir con ellos para el almuerzo en una venta. Era la primera vez que comía en una venta y me divertía muchísimo. Después del almuerzo, me volví a casa. Allí encontré un telegrama y lo abrí, sin ver que iba dirigido a mi marido. Aún siento el frío en el corazón y veo las palabras: «Alfonso, peor. Estamos todos en El Pardo. Eulalia».

Cuando mi marido llegó a casa, le enseñé el telegrama y le supliqué: «¡Vámonos esta noche!». Entonces llegó el momento más cruel de mi vida. No podíamos ponernos en camino sin permiso del rey de Baviera; estaba en las montañas, y no se le telegrafiaba nunca. Luis lo hizo, sin embargo; pero aquella noche no nos pudimos poner en camino.

El permiso de Luis II llegó al día siguiente y también telegramas de príncipes y mandatarios europeos que lloraban la pérdida del rey de España.

A Paz solo le quedaba el consuelo de poder ver a su hermano, aunque fuera muerto. El médico no aconsejaba el viaje, debido a su estado y porque desde que había conocido la noticia tenía fiebre. Luis Fernando no quería imponer su criterio, por ello le preguntó:

-¿Quieres todavía ir?

El día 26 por la noche salieron para Madrid. Antes pasarían a ver a don Francisco de Asís, que no reunió fuerzas para desplazarse al entierro de su hijo.

Paz deseaba abrazar a su hermano y precisaba compartir su inmenso dolor con las personas a las que les sucedía lo mismo. Era una forma de mantener vivo el recuerdo de Alfonso. En las largas horas pasadas en el tren, la infanta, con la cabeza apoyada en el hombro de su

marido, evoca los momentos vividos con su hermano. Por su mente van pasando recuerdos inolvidables: Alfonso con el uniforme a su regreso de Sandhurst; Alfonso exhibiendo sus dotes en patinaje; Alfonso la noche que las llevó al teatro; su cara cuando dijo: «Pase lo que pase, me voy para España, madre». ¡Dios mío, solo le faltaban tres días para cumplir veintiocho años! Tenía toda la vida por delante. Se esperaba tanto de él... Ensimismada en sus pensamientos y rota por el dolor, Paz no presta atención al telegrama que le entregan a su marido en la estación de Burdeos.

-Es de Crista -le dijo Luis-, nos aconseja detenernos en San Sebastián, porque en este mismo tren viajan sus hermanos los archiduques Federico y Eugenio, que serán recibidos oficialmente.

La situación había cambiado; la reina regente era María Cristina y sus hermanos tenían prioridad sobre la hermana del rey muerto.

Paz y su marido acordaron seguir viaje, con la decisión de no interrumpir el recibimiento oficial que se tributase a los archiduques.

Al pasar la frontera y en las siguientes estaciones, comprobaron emocionados cómo todos preguntaban por doña Paz, por si quería mandarles algo, porque para los españoles la infanta seguía siendo la misma. En Madrid esperaba una compañía con bandera para los archiduques. Paz y su marido se quedaron en el coche esperando que se fueran, pero las tropas no abandonaban la estación. La misma Paz, lo cuenta:

El capitán general declaró que mientras yo estuviera en la estación se quedaría allí.

Me apeé del tren, al toque de la «Marcha de Infantes»; el capitán general montó al lado de mi coche hasta que me dejó en palacio. Durante las penas se aprecian aún más las delicadezas. Era don Manuel Pavía. Mientras los archiduques subían por la escalera principal, él subió con nosotros por la del Príncipe. Con qué dolor me abracé a Cristina, a mi madre, a mis hermanas...

Cuando la infanta llegó, el rey don Alfonso XII ya estaba en El Escorial.

Hacía tiempo que el médico del rey, el doctor Camisón, conocía la gravedad de la enfermedad de su egregio paciente. La tuberculosis de Alfonso XII cada día se volvía más agresiva.

Con la llegada del otoño el estado de salud del monarca se agravó. Consultados varios doctores, todos coincidieron en que lo más recomendable era el reposo. Y ningún lugar mejor que el palacio de El Pardo, donde el aire siempre es más puro.

Y allí murió, el 25 de noviembre de 1885, uno de los reyes españoles más queridos por su pueblo. La temprana muerte de Alfonso XII abrió enormes expectativas sobre el papel que a partir de entonces debería representar la reina viuda, convertida en regente del reino hasta la ma

yoría de edad de su primera hija o la del hijo que esperaba, si era varón.



-Pepilla, ¿han traído el correo?

-Voy a mirar. No he sentido el coche.

-Me gusta mucho cómo te está quedando la chaquetita para el rorro, es preciosa.

-Sí, pero estoy tardando más de la cuenta. Se me cansan los ojos enseguida.

-Tendría que llevarte al oftalmólogo a que te vea.

-De momento no, señora. Esperaremos un tiempo. Estoy segura de que con un poco de descanso desaparecen las molestias.

Paz miró a Pepa con cariño y pensó que posiblemente se le estuvieran formando cataratas. Debería insistir para que la vieran.

No habían transcurrido cinco minutos cuando Pepa ya estaba de vuelta con un montón de cartas. Seguro que la mayoría es para Luis del rey -pensó Paz mientras las tomaba en sus manos-, pero allí estaba la que esperaba:

-Mira, Pepilla, carta de la reina; tal vez nos diga ya la fecha en que llega.

-No sabéis, doña Paz, cómo me alegro de que su majestad pueda venir para acompañaros en el parto.

-Yo también. Soy tan feliz cuando estoy con ella... Veamos qué me dice.

Queridísima hija Paz de mi vida:

Ya sabrás que la boda de Eulalia tuvo lugar el día 6 por la mañana. La ceremonia fue parecida a la de tu boda. Yo tenía sentimientos diversos; me alegraba, naturalmente, por Eulalia; pero el pensamiento de que Alfonso no estaba allí era terrible... Eulalia se hallaba emocionada y pálida, apenas respuesta de su angina. Ahora están en Aranjuez. Ha alquilado una casa en la Castellana, y quiere hacerte una visita en junio. El lunes próximo se va tu padre con los Montpensier a Sanlúcar. Yo me iré pronto a París, y pienso estar en Múnich a principios de mayo.

Le escribía desde Madrid, donde había asistido a la boda de su hija, la infanta Eulalia. Isabel II siempre estuvo muy unida a sus hijas, pero de forma muy especial a Paz, que fue su preferida y con la que mantenía contacto permanente.

-La reina vendrá a primeros de mayo. Es la mejor época del año para estar aquí, en Nymphenburg -comentó la infanta.

-Perdón, señora, ¿todas esas cartas son para el señor?

-Sí, Pepilla. Y todas sobre el mismo tema. No debería comentarlo, pero como eres casi de la familia me desahogo contigo. El pobre Luis ya no sabe a quién recurrir en demanda de dinero para que el rey pueda finalizar las obras de sus maravillosos castillos. Creo que no hay solución.

-Señora, el otro día, sin querer, escuché a la baronesa de Reichin que hablaba de los rumores que se escuchan en la corte sobre la inhabilitación del rey.

-No puede ser que lleguen a esos extremos, aunque es difícil seguir en esta situación.

-Pues decían que nombrarían regente al tío del rey, el príncipe Leopoldo.

Paz guardó silencio, pero pensó que si aquel comentario se convertía en realidad, era muy posible que ellos se vieran afectados, y no precisamente para bien.

El 17 de mayo nació en Madrid su sobrino, el hijo póstumo de su amadísimo hermano Alfonso. Un niño que llegaba al mundo con la categoría de rey.

A Paz le satisfizo que le pusieran el nombre de Alfonso, aunque su cuñada, la reina regente María Cristina, quería llamarlo Fernando, pero el pueblo y la corte que tanto amaban a su padre manifestaron su deseo de que llevara el mismo nombre que su progenitor.

A los pocos días, el 3 de junio, Paz dio a luz a su segundo hijo, un precioso varón al que llamaron Adalberto.

Cuando aún estaba convaleciente, su marido le comunicó, con dolor, que Luis II había sido incapacitado y que querían ponerle bajo tutela en Linderhof.

-¿Cuál ha sido la reacción del rey? -quiso saber Paz.

-No acepta órdenes de nadie y se ha encerrado con su médico en Berg.

-¡Dios mío! ¿Qué va a pasar? ¿La regencia está en manos del príncipe Leopoldo?

-Sí. Hace un momento he enviado una carta al rey -dijo Luis Fernando, con pena.

-Luis, ¿crees que podrás influir en él? Me consta que siempre te quiso mucho.

-No creo que haga caso a nadie. Piensa que en estos últimos tiempos cada día estaba más aislado de todos. Acuérdate cuando vino a ver al niño. Eligió precisamente el momento en el que no estábamos.

Toda la familia de Luis II, incluido su querido primo, Luis Fernando de Baviera, estaban

convencidos de que la personalidad del rey sufría un grave trastorno fruto de una enfermedad mental que le imposibilitaba para seguir al frente del Gobierno. Lo cierto era que la situación no podía prolongarse más. El rey bávaro vivía aislado de todo y de todos. Su mundo era otro, un mundo de ensueño, hermoso, dominado por la soledad que solo unos pocos podían compartir...

-Luis, ¿no podría hacer algo por él la emperatriz Elisabeth? Ella es una de las pocas personas que ha penetrado en su soledad.

-Son muy amigos, aparte de primos, pero no creo que pueda hacer nada -aseguró Luis Fernando con pena.

-Además -siguió diciendo la infanta-, la princesa Gisela está casada con un hijo del ahora regente, el príncipe Leopoldo, y ella es hija de la emperatriz Elisabeth. Entre todos tendrían que intentar ayudar al rey.

-No importa que sea hija de Elisabeth. Tú, Paz, eres muy amiga de Gisela y me imagino que conocerás que fue criada por su abuela y que su relación con la madre no ha existido.

-No tenía ni idea. Sí conocía que la emperatriz se comporta de forma no convencional, pero siempre pensé que antes no era así. Creía que su comportamiento podría ser una consecuencia de la edad. ¿años tiene ahora Elisabeth? ¿Cincuenta?

-Más o menos.

-Por cierto, Tito -así llamaba Paz a su marido-, nunca hemos hablado de la relación del rey con la princesa Sofía, hermana de la emperatriz. Estuvieron a punto de casarse, ¿verdad?

-Yo era muy joven y casi no me acuerdo. Lo único que sé es que fue el rey quien anuló el compromiso.

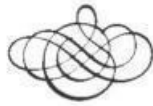
Es posible que Luis Fernando no estuviera enterado de verdad de lo sucedido o que prefiriera no entrar en aquel tema en el que todo apuntaba a que Luis II se había alejado de la princesa Sofía por haber descubierto su homosexualidad al enamorarse de Richard Wagner. Lo cierto era que el entonces príncipe Luis enviaba enormes ramos de flores y escribía a todas horas a Sofía, pero la presencia de Wagner le animó a sumergirse en un mundo de fantasía e ilusión. Contaban que tan influenciado estaba el rey por el arte wagneriano, que la princesa Sofía era vista por él como Elsa, el personaje de la ópera Lohengrin.

Poco se podía hacer por aquel rey, que se había convertido en un auténtico problema.

Luis Fernando conocía muy bien a su primo y sabía que todo era inútil. A los tres días, el 13 de junio, el rey Luis II de Baviera aparecía ahogado en el lago Starnberg. Junto a su cadáver se encontraba el de su médico, el doctor Gudden.

La versión oficial fue la del suicidio. Aunque en algunos sectores se contempló la posibilidad del asesinato.

Paz lloró por el rey amigo, que fue enterrado el día 19 de junio en la iglesia de San Miguel de Múnich, donde descansan los miembros de la familia Wittelsbach. Las exequias de Luis II constituyeron una auténtica manifestación de duelo. Representantes de las monarquías europeas se dieron cita para despedir al monarca bávaro.



El perfume de los tilos se colaba por las ventanas. Y la infanta Paz evoca momentos de su vida, porque, como ella escribe:

No hay nada que tan vivamente recuerde los días pasados como el aroma de una flor. Yo, cuando cierro los ojos y aspiro la fragancia de los tilos, revivo mi niñez. Tilos eran los magníficos árboles del hermoso jardín del que fue convento del Sagrado Corazón en París, donde pasé muchos años de esa felicidad pura y sin sombra, que solo se goza en los días de la niñez, sobre todo cuando se siente, como a mí me sucedía en aquel convento, que las maestras, las madres, como se las llama tan acertadamente en España, no tienen más ambición que el bien de sus niñas. Con el perfume de los tilos empezaban los planes para las vacaciones y hacíamos fantásticos castillos en el aire para el porvenir. ¡Qué distinta es la vida de lo que se soñó de niña! Y sin embargo, hay que dejar a la juventud levantar castillos en el aire.

El perfume de los tilos me recuerda también La Granja. Revivo los paseos matinales en los jardines, después de haber oído misa en la colegiata, el ratito de charla en el corro donde se reúne la colonia veraniega y las excursiones a caballo en los «Blases» al pinar para almorzar todos los excursionistas sentados en el suelo a orillas del Valsaín.

Aquí, delante de mi ventana, tengo yo también un tilo enorme cargado de flores. Los recuerdos que en mi espíritu evoca su fragancia son todos dulces y no puedo ponerme triste de que pasen los años...

La tarde era suave y prometedora, como suelen ser en Nymphenburg las de bien entrada la primavera, en las que por fin la naturaleza podía despertarse del largo sueño invernal. Igual que ella, Paz parece renacer al alejarse las frías temperaturas. Menos veintidós grados es lo que marca el termómetro muchas de las noches invernales en Nymphenburg. Paz se pasa las tardes al lado de la chimenea mientras el exterior del palacio aparece cubierto de un blanco manto que permanece inalterable durante muchos días. En esas tardes, Paz escribe:

Estamos en pleno invierno; las estatuas de mármol del parque están tapadas con paredes de madera; las fuentes y la cascada no corren como en verano, y los copos de nieve caen melancólicamente sobre la tierra. Yo, por mi gusto, me quedaría dentro de las paredes, como las estatuas; pero, cuando se tienen hijos, ellos se encargan de hacernos revivir.

A Paz no le gusta el frío, pero se ha habituado a su nueva vida. Ya son unos cuantos los inviernos pasados en Múnich.

-Franz, ¿hace mucho tiempo que disfruta de los inviernos en Roma? -quiso saber la infanta Paz.

-Unos cuantos años. Lo cierto es que no solo lo hago por evitar el excesivo frío en Múnich, siempre peligroso cuando se tienen mis años, sino por el placer de vivir en esa hermosa ciudad y en el palacio Borghese.

-¿Es el que llaman 11 Cembalo? -preguntó Paz.

-El mismo. ¿Lo conocéis?

-He estado solo una vez en él y lo único que recuerdo es el patio, porque es imposible olvidarlo.

-Qué razón tenéis. Yo creo que es uno de los más espectaculares del mundo. Más de noventa columnas bellamente decoradas lo enmarcan -dijo Franz von Lenbach.

El pintor, Franz von Lenbach, uno de los artistas más representativos en aquellos años del romanticismo alemán, gozaba de gran aceptación en la corte. Íntimo amigo de Bismarck, había realizado una importante obra. En aquellos momentos estaba dando forma a lo que sería el retrato de la princesa Ludwig Ferdinand von Bayern, Paz de Borbón -era preceptivo que las princesas consortes llevasen el nombre y apellido de su marido-. Lenbach ya la había pintado en otras ocasiones. Se conocían desde hacía tiempo, cuando el pintor era presidente de la Sociedad Artística de Múnich y Paz colaboraba con las exposiciones que se celebraban anualmente en Glaspalast.

-Creo que dos sesiones más serán suficientes -dijo Lenbach.

La infanta se relajó, aliviada, al pensar que pronto terminaría con aquella tarea. No le gustaba que la observaran con tanto detenimiento. No le había quedado más remedio que posar, pero de buena gana lo hubiese obviado.

-Hace tiempo que deseaba preguntarle por la impresión que le produjo mi país -dijo, mirando a Lenbach con afecto.

-No he podido conocerlo a fondo. Pero os puedo asegurar que me ha apasionado el Museo del Prado; Velázquez es grande, muy grande.

-¿Y que le pareció la Alhambra?

-Un sueño. Eso es, un sueño maravilloso acunado por el murmullo del agua y envuelto en el aroma de las rosas.

Lenbach había tenido la suerte de conocer al conde Schach, importante mecenas que no

escatimó esfuerzos para ayudarlo. Juntos viajaron a España y Egipto, demostrando cómo la cultura oriental constituyó siempre un atractivo para los pintores románticos por considerarla representativa de un exotismo misterioso. Y así, la corriente romántica plasma paisajes, ruinas históricas, nebulosas ensoñaciones... Pero también será en este tiempo cuando el retrato alcance una importante proyección. El retrato es entonces la modalidad preferida por los nobles y burgueses para decorar sus palacios y casas. En estos retratos se le daba mucha importancia al atuendo y muchos verán en ellos el estudio psicológico del retratado.

En este sentido, Lenbach, al que llamaban Príncipe de los Pintores, se dedicó a retratar a las clases altas, convirtiéndose en el artista más admirado de la aristocracia alemana.

-Por cierto, Franz, ¿cómo van las obras de su nueva residencia?

-A punto de finalizar. Espero que me honréis con vuestra presencia en la fiesta que organizaré para la inauguración.

-Por supuesto. Asistiré encantada.

Posiblemente debido a sus estancias en Roma, Franz von Lenbach había mandado construir en Múnich una mansión de estilo renacentista en la que iba a desarrollar una amplia actividad social. Aún hoy sigue existiendo este edificio convertido en museo. Es el conocido como Lenbachhaus, en el que cuelgan obras de este pintor y de otros artistas del siglo xix.

-Pronto podré, si lo deseáis, pintar a la princesita. Es muy hermosa -comentó Lenbach, mirando a la niña, que en brazos de Pepa acababa de entrar en la habitación.

-Perdón -exclamó Pepa-, creía que se encontraba sola la señora.

-No importa -la tranquilizó la infanta, tomando a su hija en brazos-. ¿Habéis dado un paseo?

-Sí --contesto Pepa-, hemos regresado antes porque ha bajado mucho la temperatura.

-Ya me voy, doña Paz. Nos vemos la próxima semana -dijo Lenbach.

-De acuerdo, muchas gracias. Me han dicho que el último cuadro que ha hecho de Bismark es fantástico.

-Gracias. El vuestro, princesa, también será bueno. Espero que os guste.

Pepa permanecía en la habitación sin moverse, quieta como una estatua en un intento de que su presencia pasase totalmente desapercibida.

Cuando Lenbach cerró la puerta tras de sí, Pepa, a pesar de saber que no debía mostrar ninguna curiosidad, no pudo contenerse y dijo:

-Doña Paz, ¿me dejáis verlo?

-Claro, Pepilla.

Paz, sonriente, con su niña abrazada, era la imagen de la felicidad. Aquella pequeña, nacida en 1891, había llegado a colmar todas sus aspiraciones. Le habían puesto el nombre de Pilar. Lo cierto era que resultaba extraño que una princesa bávara se llamara así, pero la infanta había querido homenajear a su hermana fallecida. Se lo dijo a su marido. Luis Fernando le preguntó:

-¿Es para ti una alegría especial llamarla así?

-Sí, porque me parece que con este nombre revivo a mi hermana.

-Pues entonces que así sea.

Tanto ella como Eulalia se habían prometido que si algún día tenían una hija la llamarían como su hermana. Los preciosos ojos azules de su niña la miran con amor. Aún es pequeña, pero Paz tiene la impresión de que lo entiende todo.

-Señora, me parece que el cuadro va a ser precioso. ¿No os gusta mucho? -le preguntó Pepa.

-La verdad es que no quiero verlo hasta que no esté finalizado.

-Pero ¿y si algo no os gusta? ¿No deseáis cambiarlo?

-Pues la verdad es que no. Franz Lenbach es muy bueno y lo dejo todo a su criterio.

Pepa creía conocer a la infanta como a una hija, aunque siempre conseguía sorprenderla. Por ejemplo, ella nunca habría pensado que doña Paz se dedicara a trabajar en el pequeño hospital de los Caballeros de San Jorge. Desde hacía unos años ya venía colaborando en la Asociación de Mujeres Católicas, en las que llegaría a desempeñar un importante papel, pero su presencia en aquel pequeño sanatorio decía mucho de ella. Al contrario que otras altas damas de la corte, Paz intentaba ser útil, sembrar el bien allí donde se encontrara.

Llevaba varios años sin viajar a España. En más de una ocasión había suspendido el viaje, unas veces por el miedo al contagio de viruela negra y otras por la complicada situación que se vivía en su país ante el inmediato futuro hacia el que caminaban los intereses españoles en Cuba, en Filipinas...

Tanto su hermana Isabel como su cuñada Crista, la reina regente, le escriben tratando de quitar importancia a lo que está a punto de suceder. El 25 de mayo de 1898, la infanta Isabel envía a Paz una carta:

Comprendo todas tus preocupaciones por la guerra, pero debes estar orgullosa de cómo se portan todos aquí, desde la reina hasta el último. En general, no es posible hacer más milagros. Supongo que te habrá encantado lo que ha hecho Cervera, burlándose de los

americanos; pero ahora lo que hace falta es ver cómo salimos del combate, si no se llega a evitar.

El almirante Pascual Cervera no estaba de acuerdo con el plan del Gobierno. Ya en 1896 había escrito que en el caso de un conflicto con Norteamérica, el primer error sería fraccionar nuestra escuadra dada su debilidad, y el segundo enviarla a las Antillas. Era pesimista respecto a la contienda ultramarina y consideraba necesario dar Cuba por perdida, pues nada podía hacerse para conservarla por la fuerza. Así, expuso reiterada y respetuosamente su opinión en cartas, informes y telegramas. Todo lo contrario sucedía con la prensa y los políticos, que aseguraban una victoria militar frente a Estados Unidos.

A pesar de que Cervera y sus comandantes consideraban que nada se podía hacer, obedecieron las órdenes y salieron para Cuba. Antes de zarpar, Cervera escribe a su hermano: «Vamos a un sacrificio tan estéril como inútil; y si en él muero, como parece seguro, cuida de mi mujer y de mis hijos».

Es casi seguro que, en la carta de la infanta Isabel a Paz, cuando alude a Cervera -«Supongo que te habrá encantado lo que ha hecho Cervera, burlándose de los americanos»-, se esté refiriendo al hundimiento del vapor Merrimac, cargado de carbón y pólvora, que los americanos querían hacer explotar para encerrar a la escuadra del almirante español que se encontraba atracada en el puerto de Santiago, pero los españoles consiguieron hundir el barco americano sin que detonaran los explosivos y la entrada al puerto de Santiago permaneció libre.

El puerto de Santiago, lugar elegido por Cervera para atracar su flota, era seguro. Al enemigo le iba a resultar difícil entrar, aunque también era cierto que a ellos les iba a costar muchísimo salir si los americanos decidían establecer un bloqueo. La postura del almirante Cervera -convencido de la imposibilidad de mantener un enfrentamiento con los estadounidenses ante la superioridad de estos- es la de obedecer y contabilizar el menor número de víctimas posible.

El 25 de mayo, el mismo día que la infanta Isabel escribe la carta, Cervera envía este telegrama al ministro de Marina:

Estamos bloqueados. Califiqué de desastrosa la venida para los intereses de la patria. Los hechos empiezan a dar me la razón. Con la desproporción de fuerzas, es imposible ninguna acción eficaz. Tenemos víveres para un mes.

«... Lo que hace falta es ver cómo salimos del combate, si no se llega a evitar», decía la infanta Isabel. ¿Existía alguna posibilidad de evitarlo? ¿Hubiesen admitido los españoles la entrega de la isla sin luchar por ella? ¿Actuaron de forma cobarde los políticos responsables de enviar a la escuadra española a una muerte segura?

El 2 de julio, el almirante Cervera recibe órdenes de abandonar el puerto de Santiago. Convencido de que aquello constituía un verdadero suicidio, escribió al ministro de Marina:

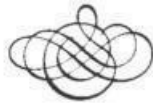
Con la conciencia tranquila voy al sacrificio, sin explicarme ese voto unánime de los generales de Marina que significa la desaprobación y censura de mis opiniones, lo cual implica la necesidad de que cualquiera de ellos me hubiera relevado.

Al día siguiente, Cervera obedece la orden y sale del puerto de Santiago. Lo hace de día. Los barcos salen de uno en uno. Tienen que navegar uno detrás de otro por la estrechez del canal. Lo hacen pegados a la costa para salvar el mayor número de vidas posible.

Sucede lo previsto por Cervera. Según los datos oficiales, el resultado final de la batalla y que claramente nos habla de lo desigual de las fuerzas contendientes, fue de trescientos setenta y un españoles muertos, ciento cincuenta y un heridos y mil seiscientos setenta prisioneros, frente a un estadounidense muerto y dos heridos.

Se habían perdido Cuba y Filipinas. Pocos meses después, las posesiones españolas del Pacífico fueron compradas por Alemania. La reina regente María Cristina escribe a Paz:

¿Cómo habríamos podido conservar las Carolinas sin las Filipinas y sin flota? En cualquier momento nos las habrían quitado o habría tenido lugar un levantamiento que nos obligase a mandar tropas. Todo esto es muy triste, y tú sentirás compasión de mí. Hoy me espera algo muy duro: la recepción del embajador de los Estados Unidos. No hay más remedio, pensando en la patria y en mi hijo.



-No sabe, Tenorio, cómo me alegro de que haya venido a merendar conmigo. Estamos tan cerca y nos vemos tan poco...

-Siempre estáis ocupada. Por cierto, ¿cómo va el hospital?

-Con muchas dificultades. Ya sabe que la institución pertenece a la Orden de Caballeros de San Jorge, que no tiene medios, y he pensado en escribir al papa León XIII para que autorice el traspaso de su administración a la Venerable Orden Tercera, que posee mayores recursos.

-Me parece una idea estupenda.

Paz no solo se limitaba a labores de representación, sino que trabajaba como enfermera, y su marido también prestaba allí sus servicios atendiendo de forma gratuita a los desvalidos. Muchas veces, Paz y Luis Fernando abonaban de su bolsillo la medicación que necesitaban los pacientes.

-No sabéis, querida Paz, cómo admiro vuestro comportamiento. Siempre preocupándoos por los demás -dijo Tenorio con cariño.

Miguel Tenorio, que había aceptado la invitación de la infanta para vivir en una de las alas de Nymphenburg, había acudido aquella tarde a verla porque sabía lo mal que lo estaba pasando con las noticias que llegaban de España.

-Tenorio, le agradezco tanto que haya venido... Qué pena la pérdida de Cuba, ¿verdad?

-Sí, pero poco podía hacerse ahora. Tenían que haberse tomado otras medidas con anterioridad.

-¿Qué le parece la actuación del almirante Cervera? ¿No cree que con su comportamiento salvó muchas vidas?

-Parece evidente. Y una de ellas la suya. ¿Pero adoptó la actitud correcta? -se preguntó Tenorio, contestándose él mismo-: Pienso que sí, en cuanto a obedecer la orden, aunque tal vez pudo idear una forma más eficaz de llevarla a efecto.

-Pero, Tenorio, ¿de que serviría?

-Probablemente de muy poco, y es posible que tengáis razón en que morirían más personas si la postura del almirante fuera más combativa, pero no daríamos esa imagen de entrega y sumisión -dijo Tenorio pensativo.

-Pues yo sigo pensando que el comportamiento de Cervera ha sido ejemplar. Se sacrificó por la disciplina y obedeció, aun cuando estaba en contra de lo que le mandaban -comentó convencida Paz.

-Qué maravilla que aún queden uvas pasas de Málaga. De haberlo sabido, me hubiese acercado antes. Con lo que me gustan -dijo Tenorio, riendo.

-Son las últimas -afirmó la infanta-, y las he guardado para usted. Pero dígame, ¿cree que someterán al almirante Cervera a un consejo de guerra?

-En cuanto vuelva a España -aseguró convencido Tenorio.

-¿Lo condenarán?

Las diferentes posturas manifestadas por la infanta Paz y Miguel Tenorio eran comunes en la mayoría de las conversaciones que sobre este tema se desarrollaban en España. Para unos, el comportamiento de Cervera y sus hombres merecería el calificativo de ejemplar, y para otros, era una cobardía sin precedentes.

Tenorio no se equivocaba. Cuando el almirante Cervera llegó a España, después de estar prisionero en Estados Unidos, se le formó un consejo de guerra. La causa fue sobreseída, entre otras razones, por la presión internacional. En el New York Herald, por ejemplo, escribían:

La figura más heroica de esta guerra, en lo que respecta a los españoles, es, sin duda, el

almirante Cervera. Es un buen marino, valiente y caballeroso. En esta nación no hay para él más que respeto y compasión. Fue ofrecido en sacrificio, y con su derrota ha conquistado a su patria más honra que todos los políticos y generales que formaban parte del gabinete español.

Tenorio, que he escrito una poesía ante la pérdida de Cuba?

-Dejadme verla. Mejor leédmela -añadió Tenorio-, mis ojos están ya tan cansados.

Paz se levantó y tomó de la mesa de despacho unos papeles que comenzó a leer mientras se acercaba...

Miguel Tenorio la miraba con tal expresión de cariño que cualquiera que lo hubiera observado no se habría quedado indiferente. A él también le gustaba la poesía y escribía versos... Escuchó con deleite el poema que iba recitando doña Paz.

*Y al volver hacia España, triunfante,
con un mundo Colón,
estampó para siempre el almirante
plus ultra en su blasón.
La historia no se borra con el oro,
la nuestra guardará
sus hermosos recuerdos; un tesoro
que nadie robará.*

-Muy bien -asintió Tenorio-. Me parece interesante que hayáis elegido el lema plus ultra, «más allá». El lema que Carlos 1 eligió para España y que después del viaje de Colón adquirió connotaciones especiales.

-Me alegro de que le guste. No hemos hablado nada de usted, querido Tenorio. ¿Qué sabe de su nuera?

Hacía muy poco tiempo que Miguelito, el hijo de Tenorio, había fallecido sin tener descendencia. Paz sabía lo solo que estaba el antiguo secretario de su madre y por ello trataba de hacerle la vida más llevadera.

-Es muy cariñosa y me escribe interesándose por mí, pero yo sé que pronto se casará y empezará una nueva vida para ella en la que yo ya no pintaré nada -dijo Tenorio con cierta tristeza.

-Ya sabe, Tenorio, que nosotros le queremos como a uno más de la familia y siempre que lo desee puede visitarnos.

Miguel Tenorio hacía esfuerzos por no llorar. Los años eran una calamidad. Él ya había

cumplido los ochenta y a esa edad se controla todo bastante mal y en especial la emoción. No pudo evitar recordar las palabras de la reina doña Isabel cuando nació la infanta Paz: «Es distinta. De verdad que al llegar al mundo yo tuve la sensación placentera que produce el escuchar una música sublime...».

Aquella niña estaba sentada a su lado. Aquella niña era la princesa de Baviera, la maravillosa mujer que se había ocupado de él para que su vejez fuera menos dura. Miguel Tenorio la habría abrazado con todas sus fuerzas, pero disimuló mirando una de las fotografías en la que aparecía la infanta Eulalia con sus dos hijos.

-¿Cómo está doña Eulalia? Hace mucho que no coincido con ella. ¿Sigue con dificultades en su matrimonio?

-Está bien, pero creo que ha decidido divorciarse.

-¿No se puede hacer algo para evitarlo? -preguntó Tenorio apesadumbrado.

Aquel mismo año, doña Eulalia se separaría de su marido, Antonio de Orleáns, y se dedicaría a viajar por las cortes europeas, fijando su residencia al lado de su madre, en París.

A pesar de no aprobar la decisión de su hermana, Paz la respetó y siempre se mantuvo a su lado, demostrándole todo lo que el cariño puede hacer por la felicidad de quienes nos rodean.

-Qué más quisiera que evitarle esa situación. Mamá ya lo ha intentado y no existe forma de disuadirla.

-Lo que sí parece haberse solucionado es el malestar que produjo el matrimonio de la infanta María de las Mercedes con el hermano del duque de Calabria -dijo Tenorio.

Lo cierto era que cierta indignación se había adueñado de todos al conocer que la infanta María de las Mercedes, la primogénita de Alfonso XII, princesa de Asturias hasta que su hermano, el futuro Alfonso XIII, tuviera descendencia, se iba a casar con Carlos de Borbón-Dos Sicilias.

El rechazo de los españoles a ese matrimonio tenía su origen en la procedencia del novio, que era hijo de carlistas.

-Afortunadamente, el problema carlista ya no existe y al final han aceptado el matrimonio -contestó Paz, luego añadió:- Estos días he recibido carta de mamá y me dice que está animada a asistir a la proclamación de la mayoría de edad de nuestro querido Alfonso.

-¿Se encuentra bien doña Isabel? -quiso saber Tenorio.

-Con bastantes achaques, cansada, pero ya sabe cómo es ella de animosa.

No era difícil conocer a doña Isabel. No existían dobleces en la personalidad de la ex reina de España, pero si alguien la conocía a la perfección ese era él, Miguel Tenorio, su secretario

durante más de cuatro años.

-Tenorio, la semana que viene actúa Sarasate en Múnich y ya sabe que es visita obligada a Nymphenburg, donde nos deleita con su arte. Nunca le estaré lo suficientemente agradecida por sus deferencias.

La infanta Paz solía rodearse de personajes del mundo de las artes, con los que organizaba veladas muy interesantes. Los salones del palacio de Nymphenburg fueron frecuentados por intelectuales alemanes y españoles que visitaban Múnich.

Uno de estos artistas era Pablo Sarasate, que se había convertido en un auténtico amigo.

Años más tarde, a la muerte del violinista, en 1908, Paz escribiría sobre él:

¡Noviembre! Todos los años, al arrancar la hoja del calendario y leer este nombre, pensaba: «Pronto vendrá Sarasate». Una vez al año podía el público de Múnich oírle y admirarle. Era un público especial el público de Sarasate; el mayor contingente lo formaban los estudiantes y las muchachitas del conservatorio, que se apiñaban en los sitios baratos, donde se estaba toda la noche de pie, y ese día gritaban y aplaudían como españoles y le pedían siempre que tocara más. Y él tocaba para ellos con gusto, con ese corazón de niño que trataba de disimular con su ceño. Cuando el público elegante se levantaba y salía a buscar los abrigos, aún quedábamos largo tiempo revueltos, al pie del estrado, los estudiantes y yo; y Sarasate seguía tocando para nosotros habaneras, jotas, peteneras, hasta que de repente se hacía calle entre los estudiantes y venía a darme un apretón de manos con un ceño como si viniera a regañarme. Un día, sobre todo, puso una cara muy furiosa para disimular su emoción; había leído yo en los periódicos que cumplía justamente cincuenta años y le mandé a la sala de conciertos una corona de laurel de plata con unas palabras; no sé bien lo que escribí; que le quería dar las gracias en nombre de España por el honor que durante tantos años hacía a la patria o algo por el estilo; lo que sí me acuerdo es de la cara con que vino a decirme: «Nunca olvidaré lo que ha hecho y lo que ha dicho». La primera vez que le di las gracias por venir a tocar a mi casa me contestó: «No me dé nunca las gracias por nada, porque todo lo que soy y valgo se lo debo a su madre». Desde entonces quedó convenido entre nosotros que siempre que fuera posible vendría a Nymphenburg.

¡Este año ya no resonarán por aquí las tonadas de la tierra; ya no viene Sarasate! Fiel a su manera de sentir, ha dejado gruesas sumas para premiar y ayudar a los pobres estudiantes, y, como la última vibración de su jota, aquel arco que lanzó al mundo lo más profundo de su alma, lo ha dejado a la Virgen del Pilar.

La infanta Paz también mantiene muy buenas relaciones con Tomás Bretón; con el pintor Zuloaga; con el futuro premio Nobel, Paul von Heyse; con Richard Strauss, que compuso para ella el poema sinfónico Don Quijote de la Mancha. Strauss viajó a España, y gracias a la influencia de doña Paz tuvo la mejor de las acogidas.

-Me han dicho que Hermann Leví no está muy bien -comentó Tenorio, que conocía la amistad de la infanta con el director de orquesta.

-Eso creo. No quiero pensar en la gran pérdida que se produciría en el mundo de la música con su desaparición. Mejor seamos optimistas -concluyó Paz.

Hermann Leví era otro de los artistas cercanos a la infanta Paz. El director y compositor alemán de origen judío estaba considerado como uno de los máximos especialistas en el arte wagneriano. Hacía unos años que la infanta se había preocupado de que la estancia en España de Leví fuera inolvidable y, leyendo la carta que este le escribió, parece que así fue:

Durante los días intranquilos y de excitación en Madrid no me ha sido posible concentrar mis pensamientos. Perdí la voluntad y me he dejado arrastrar por las olas. He vivido una vida de ensueños, de la cual despierto poco a poco. Pero, una vez que mi viaje por los campos andaluces y la primera mañana de encantadora primavera prematura han devuelto la paz a mi corazón, considero como primer deber mío expresar a su alteza real el agradecimiento por todo lo que ha hecho por mí y cuanto ha sido para mí durante este tiempo. Apenas emprendí los primeros pasos sobre tierra española, me sentí envuelto en el manto protector que me prestara un hada cariñosa y estaba convencido de que me saldría todo bien, que ningún acontecimiento ni potencia enemiga sería capaz de evitar el efecto y la bendición que su alteza real me había dado para el camino. Y así tampoco me sentía extraño ni aislado al ponerme al frente de la orquesta; sabía que hablaba con hombres paisanos y amigos suyos y, desde luego, tuve el sentimiento de seguridad y alegría que me elevaba sobre mí mismo y elevaba mi capacidad artística hasta lo indecible, de suerte que fue fácil para mí llevar a los míos a la victoria... No, alteza real, no ha exagerado usted al hablar del país maravilloso; toda palabra hablada se queda aquí muy atrás ante la realidad. Y sobre todo ahora, cuando he contemplado con mis propios ojos y mi corazón el país y sus habitantes, es cuando soy capaz de comprender mejor el ser de su alteza real, y espero que no hallará exagerado si le digo que jamás me he sentido tan cerca de su alteza real como aquí, aunque me separa el espacio de millares de millas, y hasta me parece que oía sin cesar su voz y apreciaba su presencia...

Respecto a los detalles de nuestros conciertos y de la extremada gracia de su majestad, de la amabilidad de la infanta, su hermana, como en general de la manera en que nos han aceptado y tratado los amigos de vuestra alteza, le habrá informado ya el amigo Solbrig. Personalmente contaré a vuestra alteza real acerca de algunas conversaciones con mis colegas Bretón, Marqués y Monasterio.

-Yo creo -dijo Tenorio- que es uno de los mejores directores de ópera.

-Sin duda. Pero es que además es una persona maravillosa -afirmó Paz.

-Hace unos días -dijo Tenorio- me encontré con Franz Lenbach y le acompañé a su estudio donde me enseñó el retrato que ha hecho de doña Isabel.

-¿Le ha gustado? -preguntó la infanta.

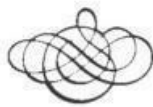
-No es el mejor que le han hecho, pero no está mal.

-A mamá tampoco le ha entusiasmado y ha quedado con Lenbach en que en su próxima visita acudirá a su estudio con las joyas y vestido adecuados para que pueda hacerle ese gran retrato con el que él desea agradarla.

-Seguro que lo consigue. La verdad es que conozco poco a Lenbach, pero me parece muy amable -comentó Tenorio-, incluso me ha invitado a una de sus reuniones.

-Tiene que animarse a asistir, Tenorio -pidió la infanta-. Acuden unas personas muy interesantes. Figúrese, en la última reunión, había un grupo de payasos que tocaban diversos instrumentos. ¡Buenísimos! Grandes artistas que hacen las cosas más extrañas. Tocaron obras enteras con varias campanas...

Tenorio sonreía escuchándola... Tenían tantas cosas en común...



El 17 de mayo de 1902, al cumplir los dieciséis años, Alfonso XIII juró la Constitución. El solemne acto se celebró en el Salón de Sesiones del palacio de las Cortes de Madrid.

Según el conde de Romanones, la ceremonia «constituyó el espectáculo más esplendoroso. En ninguna corte de Europa, ni en la de Viena, se hubiera podido ofrecer otro semejante».

Aquel día estaban presentes en Madrid representantes de más de treinta países, aparte del cuerpo diplomático acreditado en España, diputados y senadores, órdenes militares, así como los miembros del Gobierno, presidido por Sagasta.

Se notaba la ausencia de Isabel II, abuela de Alfonso XIII. Tampoco la infanta Paz se encontraba en Madrid. La razón de esta ausencia fue el reciente fallecimiento del rey don Francisco de Asís, que murió en su palacete de Épinay a mediados de abril. La infanta y su marido no llegaron a tiempo de verlo con vida, pero el destino querría que allí conociera Paz a don Gonzalo Sanz, que colaboraría con ella en la consecución de uno de sus proyectos más interesantes.

Gonzalo Sanz era un joven sacerdote de Salamanca que acababa de terminar sus estudios en París. Paz le comentó cuánto le gustaría poder organizar en Múnich un colegio para niños españoles que no dispusiesen de medios para estudiar. Ella llevaba casi veinte años viviendo en Nymphenburg y se había percatado de la calidad de la educación alemana, y pensó que los españoles con aquella formación podían convertirse en auténticos genios. Sería muy interesante que allí se formasen educadores para difundir esa enseñanza en España.

El sacerdote se prestó a colaborar desde el primer momento. Estudiaría alemán y viajaría a España para seleccionar los futuros alumnos.

Así llegarían a Múnich los primeros muchachos. Eran tres niños de siete y ocho años cuyas familias carecían de recursos económicos. La infanta los acogió en su casa.

Las dificultades serían grandes y de fondo, porque no encontraban jóvenes que quisieran ampliar sus estudios en Alemania. Aunque, poco a poco, irán apareciendo algunos. El Gobierno español les concedió una subvención y les ayudó en los trámites para conseguir un edificio.

El Spanisch Pdagogium -como lo llamaban en Múnich- fue inaugurado el 27 de agosto de 1913. «Ese fue uno de los más hermosos días de mi vida. En esta casa deseo formar una escuela de maestros españoles conforme al modelo alemán», escribía la infanta. El colegio lo había instalado en un edificio de dos plantas con jardín. Las luminosas y amplias aulas estaban provistas de mobiliario y de equipo adecuado para la formación que se pretendía impartir.

El Pedagogium estaba compuesto por profesores españoles y alemanes. La enseñanza era bilingüe. Era un centro de enseñanza especial donde un grupo de estudiantes españoles completaría su formación de acuerdo con los métodos didácticos alemanes. Paz se encargaba de la comida, cocinaba para ellos. Los cuidaba como una madre.

Los alumnos fueron llegando de distintas provincias españolas hasta un total de treinta y ocho muchachos.

Algunos políticos alemanes se interesaron por la acción que estaba llevando a efecto la princesa Ludwig Ferdinand von Bayern, Paz de Borbón, entre ellos Kurt Eisner, quien siempre mostraría su admiración por la labor desarrollada en el Pedagogium. Más tarde, Eisner sería presidente de la república bávara y demostraría el respeto que sentía por la infanta española.

La labor de Paz como promotora y fundadora de esta institución la hizo acreedora de una condecoración del Gobierno español.

Querida Paz:

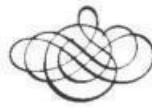
Son las doce y cuarto de la noche, pero no me quiero acostar sin escribirte y decirte la satisfacción que tengo de que el rey te haya concedido la Gran Cruz de Alfonso XII, porque yo sé todo lo que esto significa: que premia y hace resaltar el mérito de una infanta que trabaja para la patria en el extranjero, y me gusta mucho que esto sea un entusiasmo del país en general y de las personas que se ocupan de científicos y literarios y reconocen el fruto que dará en el porvenir el Pedagogium. Recibirás muchas condecoraciones, pero pocas como esta lleguen tan al fondo del corazón, ya que conozco lo que significa para ti la orden que lleva el nombre de nuestro hermano el rey, cuya memoria, estoy segura, estimarán aún más las futuras generaciones. También estoy satisfecha porque eres la primera mujer que la recibe.

Con esta carta, la infanta Isabel comunicaba a su hermana Paz la concesión de la Gran

Cruz -que en la actualidad es la de la Orden de Alfonso X el Sabio-. El rey se la había otorgado a propuesta del Consejo de Ministros para premiar el trabajo ejemplar y desinteresado que a favor de las artes y las ciencias desarrollaba doña Paz.

La infanta española era una persona comprometida con la sociedad en la que le tocó vivir. Sin renunciar a su papel privilegiado en la corte, se comportó de una forma solidaria. Amante como era de las artes, quiso que los demás se aprovecharan del efecto benéfico que siempre aporta una esmerada formación.

Doña Paz solía decir: «Cuando pienso en tantas mujeres que nadando en confort no saben que hacer para matar el tiempo, compruebo que la felicidad no depende de lo que nos rodea, sino de lo que llevamos dentro».



Pasado mañana es Nuestra Señora de la Paz, tus días, y quiero que recibas estas líneas de felicitación de tu madre, que tan infinito te quiere y te bendice. Que los celebres muchísimos años en la compañía del buenísimo de Luis y de vuestros tres hijos y que yo tenga aún la dicha de pasarlos en vuestra compañía, recibiendo vuestras caricias. Sé que estáis ahí, en Madrid, pero deseo tener noticias directas tuyas y de todos vosotros. Veo que Luis se luce en sus operaciones, de lo que me alegro mucho, así como de lo popular que es. Estoy contando los días que faltan para veros...

Si doña Paz hubiera sospechado que aquella sería la última Navidad de su madre en este mundo, habría renunciado a pasarla en España y se habría quedado con ella en París. Pero nada hacía temer por la salud de doña Isabel.

Estaba emocionada ante la perspectiva de enseñar a sus hijos el país que adoraba. Fernando María y Adalberto ya habían estado en España, pero eran pequeños. Ahora tienen diecinueve y diecisiete años. Pilar, que ya ha cumplido los doce, no lo conoce.

Viven en el Palacio Real. Son unas Navidades distintas en las que Paz se vuelca para que sus hijos descubran los lugares que ella recuerda con cariño. Cuánto daría Paz por que su hermana desaparecida, Pilar, pudiera estar con ella como cuando eran niñas. Le gustaría contarle tantas cosas... ¡Ay, si pudiera ver a sus sobrinos! Son todos estupendos y lo cierto es que se llevan muy bien.

-¿Nando se ha enamorado de María Teresa?

-Sí, mamá. Antes de salir de Madrid se sentó con su padre y conmigo a desayunar y nos dijo que estaba enamorado y que quería casarse.

-Pero ¿se lo dijo a María Teresa?

A su regreso de España y de paso para Nymphenburg, los príncipes de Baviera con sus hijos se detuvieron en París con la finalidad de visitar a doña Isabel. Lo primero que Paz le comentó a su madre fue la noticia de que su hijo mayor, Fernando María, se había enamorado de su prima María Teresa, hija de Alfonso XII.

ha reaccionado Crista? -preguntó doña Isabel.

-Muy bien. Son primos en primera línea, pero no importa; también Luis Fernando y yo los somos -aclaró Paz.

-Sí, y ese fue mi caso -dijo doña Isabel con cierta melancolía-, aunque no obtuve el mismo resultado que tú.

Paz no era ajena a los comentarios que la vida privada de su madre suscitaba, aunque jamás había hablado con ella de esos temas ni con sus hermanas. ¿Quién era ella para juzgar el comportamiento de nadie, aunque fuera su madre?

La infanta Paz siempre fue respetuosa con los demás. Ella, que era profundamente creyente y muy religiosa, fue la única que acogió con los brazos abiertos a su sobrino Luis -hijo de su hermana Eulalia-, a quien todos le hacían el vacío, incluida su propia madre, que además había pedido a la familia que rechazaran a su hijo. El pecado de Luis era ser homosexual. Paz lo llevó a vivir a su casa de Nymphenburg y fue para él como una madre. Ella siempre decía: «No hay nada malo en el amor, venga de donde venga».

Eulalia, separada de su marido y primo, Antonio de Orleáns Borbón, por problemas de juego e infidelidad, había tenido con él tres hijos: los infantes Alfonso y Luis Fernando (Luisito) y una niña que falleció al poco de nacer.

Es curioso que la infanta Eulalia, que fue considerada como la transgresora, la moderna, la progresista de la familia real, rechace a su hijo por su condición sexual y sea su hermana, la para algunos profundamente católica, conservadora y anclada en el pasado, la que entienda a su sobrino y se vuelque con él.

-Paz, ¿estás contenta de que Nando se case con la hermana del rey? -preguntó doña Isabel, tomando las manos de su hija, sentada a su lado.

-Sí, porque se le ve muy enamorado, pero lo voy a echar tanto de menos... Me gustaría que mis hijos vivieran siempre cerca de mí.

-Todo tiene su compensación -dijo riendo doña Isabel-, así viajarás más a España, que es lo que deseas. Por cierto, además tienes a Pepa Angulo en Madrid para que te tenga al tanto de lo que pasa.

-Ay, Pepilla, me dio muchos recuerdos para ti.

-¿Cómo está? -preguntó la reina.

-Mayor, pero la encontré bien.

-Seguro que estos días que has estado en Madrid no te habrá dejado ni un solo momento. Desde el día que naciste, querida Paz, te convertiste en su preferida y se desvivía por ti.

-Yo también la quiero mucho, madre. Aún recuerdo el día que decidió volver a Madrid.

-Fue a la muerte de su prima, la profesora de música, ¿verdad?

-Sí, y como su otra prima quedaba sola en el mundo y yo ya no la necesitaba, Pepilla me dijo que quería regresar a Madrid para cuidar de ella. Recuerdo que le pedí a Eulalia, que estaba con nosotros pasando una temporada en Nymphenburg, que la convidara a volver con ella a España. Cuando vi alejarse el tren, me pareció que se arrancaba una página del libro de mi vida.

Aquel día, Pepa Angulo disimuló con gran esfuerzo su emoción. De estar sola habría llorado sin ningún tipo de prejuicio, pero no debía dar un espectáculo. Por otra parte, la infanta Eulalia estaba a su lado y la educación era muy importante. También pensaba que a fuerza de disimular conseguiría mayor fortaleza. Regresaba a Madrid porque consideraba que ese era su deber. Su propia familia la necesitaba, aunque ella quería más a la infanta Paz que a nadie en el mundo.

Pepa se dio cuenta de que los años la habían convertido en una sentimental; se emocionaba por todo. Sabía que doña Paz nunca se opondría a sus deseos de marcharse, pero le habría alegrado tanto que intentara disuadirla...

-¿Y dónde vive ahora Pepa? -preguntó doña Isabel.

-En un pequeño cuarto en la calle Bailén.

-¿Sus ojos siguen bien?

-Con gafas, pero ve estupendamente.

Hacía unos años que Paz se había encargado de que a su fiel doncella la operasen de cataratas. Para evitarle un mal trago, la infanta consiguió que uno de los mejores oculistas de Múnich la operase en casa. Paz conocía la aversión que muchas personas tenían a ser hospitalizadas y quiso ser amable con la persona que había estado tantos años a su lado.

-¿Le contasteis a Pepa los proyectos de boda de Fernando? -preguntó la reina.

-Claro, fue el mismo Fernando quien se lo dijo. A mis hijos les pasa como a mí -dijo Paz-, quieren mucho a Pepilla. Se han criado a su lado.

-Paz -llamó su madre-, no te he preguntado por mi nieto, el rey. ¿Qué se dice de su matrimonio?

-Alfonso es un encanto. No sabes cómo han disfrutado sus primos con él. En cuanto a su

matrimonio, me ha comentado Crista que el Gobierno piensa organizarle para el año que viene una visita a varias cortes europeas.

-Puede que yo ya no viva lo suficiente para ver el matrimonio de tu hijo Fernando ni tampoco el del rey de España.

-¡Pero, madre!

-Solo Dios y la Virgen Santísima saben cuándo voy a morir y espero que sea dentro de muchos años -dijo doña Isabel, sonriendo-. No debes preocuparte. Además, estoy muy bien.

Lo cierto era que la salud de la reina en el exilio no preocupaba. Eran bastante frecuentes sus afecciones pulmonares. Por ello, cuando a los tres meses de mantener esta conversación, doña Isabel se ve aquejada de un fuerte catarro, nadie pensó en complicaciones. Sin embargo, estas se presentaron. La infanta Eulalia, que después del divorcio vive en París con su madre, escribe a Paz:

Mamá está gravemente enferma. Hace seis días contrajo la gripe, que parece ser infecciosa. Hubo que darle digitalina, pues el corazón falla. Se encuentra algo mejor, pero continúa la fiebre...

Al día siguiente y a través de un telegrama, doña Paz se enteró del agravamiento del estado de salud de su madre. Inmediatamente, acompañada de su marido, salieron para París.

Cuando llegaron al palacio de Castilla, encontraron a doña Isabel muy debilitada. Paz se dio cuenta inmediatamente de que se acercaba el final de su madre.

El día 9 de abril de 1904, la reina quiso levantarse muy temprano. Pidió que la arreglaran y se sentó en una de las butacas de su dormitorio. Mandó llamar a Paz y a su marido.

Les sorprendió encontrarla levantada, y aunque su agotamiento era extremo, les habló con total lucidez. De repente, le dijo a Luis Fernando: «Cógeme las manos, creo que voy a desmayarme».

Isabel II murió en los brazos del marido de Paz, su médico preferido, el yerno al que más quería. Tenía setenta y cuatro años. Había vivido más de treinta en el exilio.

Los corresponsales en Francia de la prensa española dieron cuenta del fallecimiento de la reina y comentaron la reacción de los españoles residentes en la capital francesa. Reacción que las tres hijas de doña Isabel presenciaron in situ y que a Paz emocionó de forma especial. En la enorme cola que desde primera hora de la mañana se formó a las puertas del palacio de Castilla, integrada por miles de personas que acudían a despedirse de la soberana, estaban representadas todas las clases sociales. Y así, junto a miembros de la aristocracia, de la política, del Gobierno de la república francesa, aparecían también los obreros, las doncellas, gentes muy humildes que conocían bien la generosidad de doña Isabel.

Durante todo el recorrido desde el palacio de Castilla hasta la estación D'Orsay, el féretro de doña Isabel, cubierto con la bandera española, fue flanqueado por dos filas de soldados y delegaciones del Gobierno. Detrás iban el príncipe Luis Fernando de Baviera y el infante Carlos de Borbón, esposo de la infanta María de las Mercedes, hermana del rey. El Gobierno español decidió que fuera él quien acudiera en representación del nieto de doña Isabel, Alfonso XIII, a hacerse cargo del cadáver de la reina para acompañarlo a su definitiva morada en El Escorial.

A la entrada de la estación D'Orsay se había levantado un catafalco, donde fue colocado el féretro para ser despedido con honores de soberano. A la derecha, se situaron los representantes del presidente de la república, el mariscal del Ejército, señor Delcassé, y otros dignatarios. A la izquierda, el príncipe de Baviera, el infante Carlos de Borbón, el embajador español y el cuerpo diplomático.

Doña Isabel regresaba definitivamente a España, a su tierra, aquella a la que tanto amaba y de la que no hubiera querido separarse nunca. En el texto que deja para su nieto queda reflejada la constancia de ese amor:

Encargo a mi muy querido nieto el rey don Alfonso XIII que tenga por la nación española el gran cariño que siempre le profesó su abuela, y que haga toda clase de esfuerzos para demostrar la fe y alcanzar la gloria y grandeza del país; que rinda siempre culto a la justicia y que haga saber a España, después de mi fallecimiento, que muero amándola, y que si Dios me admite en su divina presencia, intercederé siempre por su prosperidad.

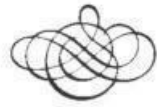
Con la desaparición de doña Isabel se rompían los lazos que hasta entonces habían mantenido unidas a las infantas con París. Sin duda, las vivencias y los recuerdos del exilio permanecerían en sus memorias, pero ya nada las vinculaba con la capital francesa.

Había llegado el momento de conocer las últimas voluntades de doña Isabel. Es curioso, mientras que la infanta Paz no habla de la herencia de su madre, es doña Eulalia quien en sus Memorias nos dice:

Su testamento es un ejemplo de sus desordenadas bondades y de su poco sentido administrativo. No dejó al morir otra propiedad que el palacio de Castilla, comprado en 1868, y con el producto de su venta, además de pagar copiosas mandas y largos sufragios, debían liquidarse luengas deudas, varios espléndidos donativos y regalos que hacía a sus amigos y a sus servidores más antiguos. Entre otros, dejó un donativo de trescientos mil francos para el duque de Castroterreño, que había sido por muchos años jefe de su casa, y otros de cuantía menor para su secretario, el señor Altman; para la duquesa de Alba; para su dama de honor, la duquesa de Almodóvar del Valle, y para sus sirvientes más fieles. Además de todo esto, una cláusula testamentaria mejoraba a mi hermana Paz en el reparto de la inexistente herencia, de la que nada percibimos sus hijas. ¡Menguada herencia la que dejó esta gran reina de España!

Es probable que esa cláusula testamentaria a la que alude la infanta Eulalia se refiera a

determinados objetos y recuerdos personales que la soberana sabía muy bien para quién tendrían significado. Por ejemplo, Paz, en un momento dado, escribe que ella guarda como un tesoro la pitillera, casi milagrosa, que el papa Pío IX había regalado a su madre cuando en 1873 visitaron por primera vez el Vaticano. Paz jamás olvidaría la deferencia con que las trató el pontífice, dándoles a sus hermanas y a ella la primera comunión en su capilla privada.



La infanta Paz miraba con complacencia a su hija. Pilar era una muchacha excelente, estudiosa, sensible y buena. «Ha heredado mis aficiones», se dijo, observándola desde la ventana. La joven se encontraba en el jardín pintando. Había cumplido los quince años y todo hacía pensar que podría convertirse en una excelente pintora. También le gustaba escribir y quería estudiar enfermería para poder ser útil a los demás. Como su padre, acudiría a la universidad de Múnich.

-Querida Paz, con cuánto amor miras a nuestra hija -dijo Luis Fernando, que acababa de entrar en la habitación.

-Tenemos que dar tantas gracias a Dios... Nuestros hijos son estupendos.

-Es verdad. Debemos sentirnos orgullosos de ellos.

-Tito, ya sé que Pilar es muy joven todavía y nadie sabe que pasará en un futuro, pero tienes que prometerme que nunca la forzaremos a casarse.

-Sabes que nunca lo haría, pero ¿a qué viene eso ahora?

-Se me ha ocurrido de repente y sentí la necesidad de comentártelo.

-Pues quédate tranquila. Nunca le pediremos que haga nada en contra de su voluntad.

Paz no había sido del todo sincera con su marido. Prefirió acallar una incipiente sospecha que bien podría deberse a su imaginación y por ello tenía que ser prudente, aunque lo cierto era que los ojos de su hija Pilar adquirirían un brillo especial cuando miraban a su primo Alfonso. Solo hacía unos días que el rey de España había estado con ellos en Nymphenburg, y Pilar le había hecho de cicerone llevándole a visitar algunos de los castillos de la zona. La corriente de simpatía entre ellos era auténtica, pero tal vez no fuese más que eso. De todas formas, ella conocía bien a su hija.

-Querida, te voy a dar una alegría. Dentro de unos meses, Nando pasará unos días con nosotros -comentó Luis Fernando.

Su hijo mayor, Fernando María, Nando, después de su compromiso con la infanta María Teresa, vivía en España, donde le habían nombrado infante y capitán de caballería del regimiento

de Pavía. El matrimonio se había retrasado por la inesperada muerte de la hermana de la novia, la infanta María de las Mercedes.

-¿ Cómo te has enterado de que viene Nando? -dijo Paz, volviéndose hacia donde se encontraba su marido.

-Hemos recibido carta de Crista...

-Déjame ver...

Tus noticias acerca del viaje de Alfonso a Alemania me proporcionan gran alegría, sobre todo que haya sido bien recibido y haya agradado en todas partes. Pronto podré abrazar de nuevo a mi hijo y tú al tuyo...

Paz levantó la vista y mirando a Luis Fernando dijo:

-Me sorprende que no nos diga nada sobre la princesa elegida, la que se convertirá en futura reina de España.

-No se habrá decidido Alfonso.

-Sí que lo ha hecho. Él me lo confesó, su esposa será Victoria Eugenia, Ena, la nieta pequeña de la reina Victoria de Inglaterra. La conoció esta primavera en un baile celebrado en el palacio de Buckingham.

En los primeros meses de 1905, el rey Alfonso XIII había iniciado un especial recorrido por las cortes europeas. El monarca, a punto de cumplir los diecinueve años, debía elegir esposa y, como bien apuntaba la infanta Paz, la elegida era la princesa inglesa.



1906 fue un año de bodas reales. En enero se casaron la infanta María Teresa y Fernando María de Baviera. Paz nos muestra su orgullo como madre en los momentos previos a la ceremonia:

Aquel día temieron mis amigos que me faltase el valor; otros, al verme pasar sonriente con manto y diadema por las galerías de palacio, pensaron seguramente: «Esa mujer no tiene corazón», pero no todos se habrían fijado en una pareja, un húsar de Pavía con chaquetilla y una mujer pequeña, que cubría su cabeza con un manto a usanza de otros tiempos, que pocas horas antes cruzaban silenciosos, pero alegres, con esas alegrías que sienten y guardan las almas, el patio solitario del alcázar. Por su porte y maneras, de seguro que se veía que eran madre e hijo. Éramos mi hijo y yo, que subimos al oratorio, donde

comulgamos juntos y rezamos arrodillados junto a una estatua de Santa Teresa. Después... y antes de vestir nuestras galas y colocarnos en los puestos que nos marcaba la etiqueta, nos dirigimos a su cuarto, y retirando del brasero la chocolatera, mi hijo me miró y me dijo: «Madre, quédate, hay bastante para los dos», y me quedé, ¡ya lo creo! Y nos desayunamos con la misma alegría que aquella pareja feliz que tan primorosamente describe el P. Coloma en Pequeñeces, tomando horchata en la plaza de Oriente, me parecía estar oyendo: «Ajonde V., madre», que es, por cierto, en mi sentir, uno de los tonos más bonitos que tiene aquel pincel andaluz para describir «esa felicidad a dos cuartos»; ¿cómo me había de pesar después de esto mi diadema ni mi manto bordado de plata?

La boda de la infanta María Teresa y Fernando María de Baviera se celebró en la capilla del Palacio Real. Después de la ceremonia, los recién casados salieron a uno de los balcones para saludar a los madrileños. No fue este el único gesto popular del nuevo matrimonio. Paz lo cuenta:

Por la tarde se fueron los dos juntos a la Paloma, y al verlos las gentes ir a dar gracias a su Virgen, los bendecían y abrazaban, en tanto que yo, sentada con mi marido en el Campo del Moro, alegre y feliz, al oír los clamores del pueblo, que hasta allí llegaban, dirigía mis miradas hacia el muro de la Virgen de la Almudena...

Paz y su marido disfrutaron, como siempre lo hacían, de su estancia en Madrid. Ciudad a la que volverían a los cuatro meses, porque, en mayo, se celebró la boda del rey Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battenberg. Paz y su marido acudieron en representación del príncipe Leopoldo, regente de Baviera. Paz regaló a la novia una corona de oro con diseños de leones y castillos que había pertenecido a su madre, la reina Isabel II.

Este mismo año, en diciembre, nacerá el primer nieto de Paz, Luis Alfonso.

La primera vez que tuvo al bebé en sus brazos, Paz no pudo evitar acordarse de su madre y entendió entonces muy bien cuando Isabel le decía que el sentimiento hacía los nietos era muy distinto al despertado por los hijos. En realidad, en todo este tiempo, pleno de acontecimientos familiares, notaba más la ausencia de su madre. Y qué razón tenía al decirle que sus visitas a España, con la boda de su hijo, serían más frecuentes.

En enero de 1907, antes de regresar a Baviera, su sobrino el rey quiso ofrecerles una cena de gala. En el diario ABC lo publicaron así:

En el comedor de gala de palacio, y en honor de los príncipes de Baviera, se celebró anoche en el regio alcázar el anunciado banquete.

Asistieron al mismo sus majestades don Alfonso, doña Victoria y doña María Cristina; los infantes don Carlos, don Fernando, doña Isabel y doña Paz; los príncipes don Luis Fernando, doña Pilar y don Adalberto de Baviera; el príncipe Raniero de Borbón, el ministro de Estado, la embajada de Alemania, el marqués del Salar, la servidumbre de los príncipes de Baviera, los

condes de Aguilar de Inestrillas, el de Llobregat, los duques de Sotomayor, los marqueses de Viana, los duques de San Carlos, el general Pacheco, los duques de la Conquista, la condesa viuda de Toreno, el obispo de Sión, el marqués de Borja, los condes de Bilbao y los duques del Infantado.

Por enfermedad se excusó de asistir madame Radowitz, esposa del embajador de Alemania.

El banquete se sirvió con arreglo a la siguiente lista:

Sopa real. Bocadillos fritos Périgueux. Ternera estofada a la parisiense. Jamón de Westfalia a la Chivry. Langosta al aspic. Ponche a la romana. Coliflor salsa holandesa. Pollos del Mans asados. Ensalada de arroz y trufas. Crema de vainilla y chocolate. Piña helada.

Vinos: Jerez 1847. Chateau Latour. Bourgogne Romarée. Rhin Johannesberger. Champagne. Moscatel.

La música de alabarderos interpretó este programa:

La Dolores (pasacalle), Bretón; A d'aldea, Montes; La verbena de la Paloma, Bretón; Rubia y morena (valeses), Waldteufel, y Las campanadas (coro), Chapí.

Terminado el banquete, los invitados pasaron a la cámara de Gasparini, donde se celebró un concierto, en el que tomó parte la Darclée.

Todos festejaron la presencia de la afamada cantante, que a su voz maravillosa sumaba sus dotes de actriz y notable belleza.

Hacía solo siete años que, en el teatro Costanzi de Roma, Hariclea Darclée, la famosísima soprano rumana, había dado vida al personaje de Floria, protagonista de la ópera Tosca, de Puccini.

Era una forma de celebrar la alegría que les embargaba. Los miembros de la familia real se sentían felices con la unión del hijo de los príncipes de Baviera y la hermana del rey, que habían visto bendecida su unión con el nacimiento de un hijo.

Paz cada día estaba más contenta de la elección de Nando. María Teresa era una joven muy amable, cariñosa y sencilla, algo que Paz valoraba mucho. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que la sencillez formaba parte de su personalidad, pero cuando supo que su nuera se había presentado en casa de Pepilla para que conociera al pequeño Luis Alfonso, se afianzó en su primera impresión.

Pepa Angulo no podía creer que la infanta María Teresa se hubiera desplazado a su humilde casa para llevarle al niño. Aquella visita constituyó para la fiel sirvienta una de las mayores satisfacciones de su vida. Era un gesto hermoso y lleno de cariño. La infanta casi no la conocía, pero seguro -pensó Pepa- que la envía su marido, que ha crecido a mi lado.

Los últimos años de la vida de Pepa Angulo discurren tranquilos. Vive muy cerca del Palacio Real, pero allí ya casi no la conocen. Los retratos de la familia real a la que ella se entregó por entero le hacen compañía en las largas horas de soledad. No se arrepiente de haber permanecido siempre a su lado y no puede evitar una sonrisa al recordar lo que a veces le decía la reina doña Isabel:

-Pepa, con esa voz tan maravillosa que tienes deberías haberte dedicado al canto, seguro que vivirías mejor y ganarías bastante más que sirviéndonos a nosotros.

Pepa Angulo murió en 1908, el mismo año que Paz cumplía los veinticinco años de matrimonio y que celebró arropada por el cariño de todos los suyos.

Ella no tenía interés especial en la conmemoración del aniversario, pero le encantó poder hacerlo. Lo cuenta así:

En Alemania, donde todo se mide, se pesa y analiza, y además existe el divorcio, hay la costumbre de festejar las bodas de plata con gran solemnidad. Yo me he alegrado mucho de esa costumbre, principalmente, lo confieso, por tener el pretexto de que vinieran mis hijos y mi nieto, y luego porque, como Luis y yo podemos volver sin miedo la vista hacia atrás...

Se organizaron distintos actos para festejar la efeméride. Tanto Paz como Luis decidieron no aceptar regalos, sugiriendo que quien quisiera podría entregar el dinero que pensase emplear en la compra del obsequio a un fondo que ellos mismos habían abierto, con sus aportaciones, en el ayuntamiento. El fondo estaba destinado a los pobres que necesitasen hacer una operación. De esa forma, dispondrían de los medios para hacer frente a los gastos de hospital.

Paz escribe satisfecha que la respuesta a su iniciativa fue generosa y que «las listas del ayuntamiento se han llenado de nombres sencillos, al lado de los de los príncipes y señores. Los nombres de mis hijos y nieto están también inscritos en la lista del pueblo, que pasará a la posteridad».

Aquellos días, Paz recordó de forma especial a su hermano, no porque entre las celebraciones se representase la misma ópera que habían escuchado ella y Alfonso a los pocos meses de casada, cuando este había pasado por Múnich, sino porque aquella premonición o profecía que le había hecho -«Con un hombre como Luis tienes que ser feliz»- se había cumplido. Le gustaría tanto poder decirle que no se había engañado... Llevaba veinticinco años al lado de Luis Fernando y era feliz. Cada día se sentía más unida a él. Su marido era, para ella, un ser maravilloso. ¿Que otras mujeres se habían fijado en él? ¿Había tenido relación con ellas? ¿Le había sido infiel su marido en alguna ocasión? No quiere plantearse este tipo de interrogantes. Jamás se le ocurriría, si no fuera porque su hermana Eulalia suele repetirle que Luis Fernando no es tan distinto a los demás hombres y que ella no debe ser tan buena y sumisa con él.

Paz mentiría si dijera que su hermana no le hizo daño con aquellos comentarios, de los que no tenía pruebas. Ella, después de reflexionar sobre el asunto, decidió olvidarlo. Nada en el

comportamiento de su marido podía hacerla sospechar de infidelidad. No haría caso a los comentarios ni se dedicaría a buscar pruebas. La unión con su marido era para siempre. Así se lo había asegurado el día que accedió casarse con él: «Desde aquel día en que le dije que sería su esposa me sentí unida a él por un lazo sagrado que solo puede romper la muerte, y juré dedicar mi vida a hacer su felicidad».

Y lo cierto es que nada había cambiado; Luis Fernando seguía siendo el mismo. Era el padre de sus hijos. Le admiraba como persona y como profesional de la medicina. Nunca la había defraudado y no concebía la vida sin él. El amor, con el paso del tiempo, se había ido transformando en un cariño profundo.

La verdad es que los príncipes de Baviera fueron un matrimonio modélico. Puede que Luis Fernando haya tenido aventuras extramatrimoniales, pero su mujer nunca hizo caso a tales comentarios y, a pesar de los años transcurridos desde su boda, seguían comportándose como una pareja a la que le resulta difícil estar separada, aunque solo sea por unos días. De ello nos ha quedado constancia en estas cartas que Paz escribe a su marido desde Madrid. Luis Fernando se ha quedado en Nymphenburg. Ella ha acudido al bautizo de una nieta:

Cuesta de la Vega, 8 de octubre

Querido Tito:

Pienso mucho en ti y siento que no vayas siempre conmigo. Lo principal es que María Teresa está muy bien y nuestra nieta es una hermosura... Luego te escribiré largo; ahora voy a hacer las visitas a la familia. He visto a todos aquí y defendido al pobre Luisito. Eulalia ha teleografiado a toda la familia que no reciban a Luisito.

Te abrazo,

Paz

10 de octubre

Titín:

¡Estoy muy triste! Tú eras el hombre que más bien podías haber hecho en este país, y por pereza no has querido. ¡Este pueblo está desamparado y es tan bueno!... Hoy bautizamos a Mercedes de Baviera... Todos preguntan por ti y sienten que no hayas venido. Yo lo siento más que todos.

Te abraza

Paz

12 de octubre

Querido Tito:

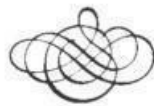
Gracias por tu carta. Sí, estoy contenta aquí, pero lo estaría más si hubieras venido tú... Del pobre Luisito en Castillejo no he vuelto a saber nada, iré a hacerle una visita antes de marcharme. La crueldad de Eulalia no tiene nombre...

Te abrazo de todo corazón,

Paz

Era la primera vez que se separaban, y Paz no oculta la nostalgia que siente al no tener cerca a su marido. Cada dos días le escribe. Y ella, que es tan bondadosa, no puede dejar de ser crítica con su propia hermana. Luisito es el infante Luis Fernando, hijo de Eulalia, quien, al darse cuenta de que su hijo es homosexual, acomete una campaña personal contra él, para que toda la familia y todas sus amistades le hagan el vacío.

Paz intentará que su hermana cambie de actitud, pero todo resultará inútil. Ella será la única que se ocupe y mantenga una muy buena relación con su sobrino. Pero no conseguirá que los desprecios y la inestabilidad vivida en su niñez dejen de aflorar en la juventud y madurez de aquel incomprendido muchacho al que en Madrid llamaban «el rey de los maricas»



Hacía dos días que habían llegado a Nymphenburg después de un viaje desde Múnich a Madrid que ella, su marido y su hija había tenido la osadía de emprender en coche. Le sorprendía que Tenorio no hubiese pasado a saludarles. Estaba segura de que no le había ocurrido nada, pues había dejado a dos de los criados encargados de estar pendientes de él por si necesitaba algo o se ponía enfermo. Su salud era buena, pero ya había cumplido los noventa. Se sonrió al imaginar la cara que pondría Tenorio al ver el regalo que le había traído de España.

No habían estado mucho tiempo fuera, pero tenía tantas cosas que comentarle...

Paz nos cuenta en su diario cómo decidieron animarse a semejante aventura:

Todo llega al que sabe esperar. Cuando Luis y yo nos casamos, la etiqueta cruel insistió en que no podíamos ir más que rodeados de servidores, y me sometí diciendo: «Tal vez un día, cuando seamos viejos...», y ese día ha llegado: con la magnífica invención de los automóviles, propuse un día a Luis el ir con nuestra hija en automóvil a España. Al pronto le pareció la idea algo atrevida; pero después preguntó: «¿Te daría mucho gusto?»; «Muchísimo», le contesté, y nos pusimos en camino.

-Pero qué alegría -exclamó Tenorio al ver a la infanta Paz-. No sabía que habíais llegado. La verdad es que no sé en qué día vivo.

Paz sintió una enorme ternura al verle. Era un ancianito maravilloso. Estaba sentado muy cerca de la ventana leyendo.

-No se levante, por favor -le pidió Paz, acercándose para saludarle.

-Ante una dama, jamás un caballero debe permanecer sentado, aunque sea un anciano como yo.

-Pero Tenorio, ¿por qué no ha pedido que le enciendan la chimenea? Se puede resfriar -le recriminó con cariño.

-No os preocupéis. Esta manta me abriga y el solecito detrás del cristal también es agradable. Al caer la tarde ya la encienden. Pero si tenéis frío ahora mismo llamamos a la criada.

-No, no, estoy bien. Lo decía por usted, que seguro que lleva unas cuantas horas aquí sentado.

-La verdad es que sí, no puedo hacer otra cosa. Menos mal que Dios me ha conservado la vista y, aunque mis ojos estén cansados, puedo seguir leyendo. Pero contadme de vuestro viaje.

-Ha sido una auténtica aventura. Nos ha pasado de todo. ¿Sabe, Tenorio? Voy a publicar mis impresiones en el diario ABC de Madrid.

-Seguro que ya las habéis escrito.

-Sí, y si quiere se las leo y así me corrige algunas expresiones, pero antes tenga. -Paz le acercó un paquete no muy grande, que Tenorio tomó en sus manos.

-¡Pasas de Málaga! -exclamó con cara de felicidad-. Mi querida Paz, qué detallista sois al acordaros de las cosas que me gustan.

De buena gana se hubiera abrazado a ella, pero Miguel Tenorio, como siempre había hecho, mantuvo la distancia que le correspondía. Daba gracias a Dios de que ya estuvieran de vuelta. Había pasado miedo al contemplar la posibilidad de que le sucediera lo inevitable y Paz estuviera lejos. Era tan importante para él sentirla cerca... De no haber sido por ella, por su cálida presencia, por su cariño, ya se habría muerto. Por ella, y también por su marido y sus hijos, que lo trataban como a un miembro más de la familia.

-Así que el viaje resultó una aventura estupenda. ¿Muchas averías? -preguntó Tenorio, que aún no se explicaba cómo se habían atrevido a semejante experiencia.

-Nada más pasar la ciudad de Augsburgo tuvimos el primer percance: nos estalló un neumático -dijo Paz, riendo-, pero pronto lo arreglamos ante el asombro de los aldeanos que rodeaban el coche.

-¿En ningún momento pensasteis en la posibilidad de regresar y suspender el viaje? -quiso saber Tenorio.

-Nunca. De verdad que ha merecido la pena. Viajar en automóvil es mucho más interesante; se puede uno pa rar y desplazar al lugar que le apetezca. La libertad para elegir dónde dormir o comer hace que el viaje sea mucho más placentero y personal. Nosotros pasamos la primera noche en plena Selva Negra, en un hotelito muy confortable de Freudenstadt, en el reino de Württemberg. A la mañana siguiente bajamos las escarpadas montañas del Jura, y atravesamos la Alsacia; almorzamos en Estrasburgo y llegamos por la noche a Nancy. ¡Qué ciudad tan bonita! Se ve la antigua residencia de los reyes de Francia. Lo que es ahora el ayuntamiento, era el palacio real... Hasta los faroles de la plaza son de estilo purísimo Luis XV y las rejas de las puertas, maravillas de arte.

-¿Habéis pasado por París? -le preguntó Tenorio, interrumpiendo su relato.

-No me apetecía, pero mi hermana Isabel se encontraba allí y no tuvimos más remedio que quedarnos un día. Visitamos museos, que siempre hacen bien al espíritu, y pasamos por lo que fue el convento del Sagrado Corazón, donde asistimos a clase cuando vivimos en París. Entramos en el patio, desierto y abandonado; ¡se me heló el alma! -dijo con pena Paz.

Miguel Tenorio la miraba con amor. Le iba a preguntar si habían pasado por lo que en vida de doña Isabel fue el palacio de Castilla, pero pensó que mejor era no remover sentimientos.

La infanta se había quedado silenciosa... De repente, como si hubiese adivinado lo que pensaba Tenorio, le dijo:

-Por la calle Kébler, donde vivíamos, ¿se acuerda, Tenorio?, no he podido pasar. El dolor por la ausencia de mamá se me hacía insoportable. La verdad es que estaba deseando irme de París.

-Claro que me acuerdo y os entiendo muy bien, querida Paz. Os entiendo tan bien que yo tampoco podría.

La emocionada voz de Tenorio hizo que la infanta Paz de forma instintiva tomara entre las suyas las manos de aquel anciano adorable. Cuántas cosas le gustaría preguntarle, aunque nunca lo haría.

-Poco antes de abandonar París nos enteramos de la revolución portuguesa -comentó Paz-. La verdad es que siento como mía la pena de la reina Amelia. Perder a su marido y a su hijo hace tan poco... Y ahora el reino.

La familia real portuguesa había sido víctima de un atentado en la plaza del Comercio de Lisboa, en el que murieron el rey, Carlos 1, y el príncipe heredero. La reina resultó ilesa y su otro hijo, el infante don Manuel, herido leve.

Al poco tiempo, este joven fue proclamado rey de Portugal con el nombre de Manuel II.

La juventud y la lógica inexperiencia del infante hicieron que la reina Amelia asumiera el papel de asesora. Su actuación equivocada contribuyó a incrementar la incipiente inestabilidad política que ya se vivía en Portugal, que inexorablemente llevó a la proclamación de la Primera República.

-Tenorio, ¿cree que llegará un momento en el que desaparezcan las monarquías?

-Dios no lo quiera. Yo soy un convencido monárquico. Aunque puede que la época esplendorosa de esta institución pertenezca a la historia.

-¿Se sabrá alguna vez quiénes fueron los asesinos del rey de Portugal? -quiso saber Paz.

-Nunca se conocerá la verdad -aseguró Tenorio-. De hecho, los autores materiales murieron en su lucha por no ser atrapados por la policía. Y no creo que ahora, en plena república, se ocupen de ese tema que tanto les ha favorecido. Pero, Paz, sigamos hablando del viaje. Estoy casi seguro de saber cuáles fueron los lugares que han llamado vuestra atención de forma especial.

-¿Por qué? -preguntó Paz con evidente curiosidad.

-Por las novelas que habéis leído. Visitar los escenarios donde se ha desarrollado la ficción o la realidad de los libros que conocemos reviste una emoción especial.

-Es verdad -aseguró Paz-. Según íbamos acercándonos a la Gascuña, se despertaban en mí los recuerdos de D'Artagnan y Los tres mosqueteros. Nos detuvimos delante de un antiguo palacio señorial y yo ilusionada dije a mi marido y a mi hija: esta podía ser la casa de Athos. Le confieso, Tenorio, que reviví las maravillosas aventuras soñadas por Dumas.

-Paz, me dais un poco de envidia -dijo sonriendo Tenorio.

-Los viajes en automóvil son así. Después de almorzar en Mont-de-Marsan, vimos en el mapa el nombre de Bergerac y convencí a Luis de irnos a dormir al país del famoso Cyrano.

-Pero sabéis -apuntó Tenorio- que el verdadero Cyrano vivió en París y que fue un importante escritor del seiscientos francés.

-Sí, aunque me quedo con el de la ficción. Además, querido Tenorio, me dio suerte desviarnos a Bergerac porque tuve oportunidad de ampliar mis conocimientos histórico-literarios. Se lo cuento. Llegamos muy entrada la noche, paramos a la puerta de una posada llamada Gran Hotel. No había más alumbrado que las velas de sebo, que daban a cada uno en la mano para entrar en su cuarto. Nos reímos mucho, comimos muy bien y dormimos mejor. Por la mañana, mi marido salió a comprar unas postales para que yo escribiera a nuestro hijo Adalberto, admirador de Cyrano de Bergerac. Como siempre, Luis da más de lo que se le pide, y nos trajo un periódico titulado La Vie Heureuse. No pude leerlo porque salíamos de inmediato, pero lo llevaba conmigo para hojearlo en cualquier momento. La oportunidad se presentó con un nuevo reventón de neumático, y mientras lo cambiaban, sentada en la cuneta de la carretera, me dispuse

a leerlo. Y allí, mejor que en un salón de conferencias, aprendí que en tiempo del emperador Carlomagno había una princesa, Dhnoda, mujer del duque de Aquitania, conde de Barcelona, que escribió un libro. En ese libro puso la pobre Dhnoda, que era muy desgraciada, toda su alma; lo había escrito para sus hijos, que se los habían quitado para educarlos en la corte, donde vivía su marido, que la había abandonado. «No te faltarán doctores -decía a su hijo mayor-, pero no tendrás el corazón ardiente de tu madre».

-La historia está llena de injusticias y la mujer de forma especial las ha sufrido en propia carne -comentó Tenorio, añadiendo-: Es una pena que a esa princesa, Dhnoda se llama, ¿verdad?, es una pena que no le hayan permitido, aunque fuera de forma anónima, poder ver a sus hijos.

La infanta Paz quería ocultar la emoción que las palabras de Tenorio le habían producido y haciendo un esfuerzo continuó:

-Organicé el viaje de tal forma -dijo- que pudiéramos hacer noche en la frontera. Quería ver España al despertar. Dormimos en Hendaya. A la mañana siguiente era domingo, y fuimos a misa. Después bajamos a la playa. ¡Cuántos años que no había yo visto el mar! Mi hija no lo había visto nunca. Pasamos un rato delicioso. ¡Y allá enfrente estaba España! Contemplarla en silencio antes de pasar el Bidasoa era un placer especial.

La infanta Paz, lo mismo que le sucedía a Isabel II y le ocurriría a Alfonso XIII, era una auténtica enamorada de España. La querían no solo por ser su tierra, su patria, sino porque de verdad les apasionaba.

-¿ Es tan hermoso como dicen el lugar elegido por la reina Cristina para su residencia de verano? -preguntó Tenorio, que hacía mucho que faltaba de España.

-Lo es. Después de visitar el palacio de Miramar, entendí la decisión de la reina. El sitio es ideal. Ya sabe usted, Tenorio, lo hermosa que es la ciudad de San Sebastián.

-¿Pudo vuestro marido visitar los restos prehistóricos?

-Más de una hora caminando en busca de las famosas cuevas de Aitzbitarte que se encuentran en Landarbaso. Nos guiaba el marqués de San Felices, que conocía el lugar. Fue una auténtica odisea que me hizo recordar el drama de Guimerá Tierra Baja.

-¿En qué sentido? -se interesó Tenorio, para precisar con cierto sarcasmo-: ¿Padecisteis bajo los efectos de algún tipo de caciquismo o era la exaltación de la naturaleza la que provocó esas evocaciones?

Miguel Tenorio, que conocía el drama de Ángel Guimerá, también había tenido la oportunidad de verlo en escena convertido en la ópera de Eugène d'Albert.

-No sea usted malo -dijo Paz, haciendo un mohín-. El camino era malísimo y lo cierto es que si no hubiera sido por la belleza del paisaje no habría soportado el cansancio. Pilar me decía: «Madre, aunque no encontremos las antigüedades que busca papá, siempre tendremos las flores

que crecen en el camino». Ay, Tenorio, al escucharla, pedí a Dios que ella siguiera siempre viendo en la vida las flores del camino.

-Como lo hacéis vos, querida Paz. No solo las veis, sino que contribuís a que otros las vean. ¿Merecían la pena las cuevas?

-Pilar y yo no entramos. Luis quedó entusiasmado de las vistosísimas estalactitas y estalagmitas. Estuvo solo en una de las cinco cuevas. Nosotras nos conformamos con la visita al Museo Provincial, al que amabilísimamente nos acompañó su director, el señor Soraluze. Allí pudimos deleitarnos con las antigüedades prehistóricas encontradas en las cuevas que tanto le gustan a mi marido.

-¿Cómo está Soraluze? ¿Sigue tan animoso?

-No tenía idea de que se conocían -exclamó Paz, sorprendida.

-Es probable que él no se acuerde de mí. Le vi aquí, en Múnich, en un acto en el que precisamente venía a hablar de esas excavaciones de Landarbaso, que aseguró eran los primeros yacimientos del Paleolítico en Vascongadas.

-Sin duda, el señor Soraluze es un arqueólogo enamorado de su profesión y gran divulgador. Por cierto, Tenorio, ¿ha hecho alguna visita a los chicos del Pedagogium?

-No he tenido fuerzas. Pero ha venido una tarde don Gonzalo a tomar café y me ha dicho que todo funciona muy bien.

-Eso creo -asintió Paz satisfecha-. Esta tarde iré a verlos. He estado en Salamanca, con las familias de algunos de los muchachos, que me han dado chorizos, nueces y castañas para ellos.

Los niños cada día estaban más integrados. Muchos ya se expresaban en alemán y el colegio seguía adelante con firmeza. Pero algunos sustos sí que le dieron aquellos chiquillos. Un día, tres de ellos se escaparon. Cuando Paz lo supo, pidió a las autoridades que diesen orden de buscarlos por todo el país.

Cada hora que pasaba sin que dieran con ellos crecía la inquietud de la infanta. No quería pensar que pudiera haberles ocurrido un accidente. Suplicaba en sus plegarias a Dios que estuvieran bien. Fueron unas jornadas horribles.

Al cuarto día los localizaron en el puerto de Hamburgo en un barco mercante que estaba a punto de salir para América.

Los pequeños explicaron que se escondieron en el barco porque querían llegar a América para conocer a los indios. Aseguraron que pensaban volver al colegio, pero acompañados de unos cuantos indios, porque querían darle una alegría a la infanta, de la que llevaban una foto en el hatillo.

Paz no pudo menos que reír al conocer el móvil de los muchachos y les prometió viajar

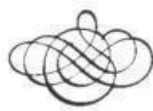
con ellos cuando fueran un poco mayores. Desde entonces no había tenido problemas, salvo alguna que otra preocupación por enfermedades de los niños.

-Creo, Tenorio, que dejamos para mañana la lectura de los textos que he escrito para el ABC y puedo seguir contándole lo bien que lo pasamos en Madrid.

-Creí que tomaríamos café -dijo Tenorio con cierta pena.

Paz lo miró con cariño. Tendría que visitarlo con más frecuencia. Se notaba el paso del tiempo.

-Mañana lo tomamos. Adiós, Tenorio.



-Perdón, alteza, ¿habíais pedido el AB C ?

-Sí, gracias -dijo a la vez que lo tomaba en sus manos.

-María Teresa, ¿qué esperas encontrar hoy en el periódico que lo vas a leer tan pronto?

-Ay, Nando, ¿no recuerdas que tu madre nos dijo que iba a escribir sobre el viaje de regreso a Nymphenburg?

La infanta María Teresa y su esposo Fernando María de Baviera desayunaban en su casa de Madrid, en la Cuesta de la Vega. Siempre que podían lo hacían juntos, aunque fuera a una hora temprana, como este día, en que Fernando tenía que salir de viaje. Formaban un matrimonio muy bien avenido. Tenían dos niños y una niña. María Teresa volvía a estar embarazada.

-Es verdad, se me había olvidado -dijo Fernando María-, aunque no entiendo esa urgencia por leerlo.

-Simplemente tengo ganas de ver lo que cuenta tu madre. Siempre me han admirado las personas que saben plasmar en el papel sus sentimientos y vivencias, y no cabe duda de que tu madre lo hace muy bien. Mira, Nando -dijo, mostrándole la página del periódico.

Desde que salimos de Madrid, decidimos, para ganar tiempo, almorzar por el camino, al aire libre, donde encontrásemos un sitio apropiado. Esta vez, por estallar un neumático (el único que hemos roto en España), aprovechamos la ocasión para poner la mesa sobre unas rocas en un sitio precioso, no lejos de Ágreda. Mi hija y yo nos alegramos de que pasara un río al pie de los riscos, porque si no, en vez de almorzar, nos lleva mi marido a unas cuevas que estaba viendo del otro lado.

María Teresa dejó un momento el periódico.

-Nando, qué gracia me hace tu madre, no pierde oportunidad de meterse con la afición que tu padre tiene por los restos prehistóricos. Me gustaría tener la misma complicidad y cariño que ellos se profesan cuando lleguemos a su edad -dijo, mirando a su marido con amor.

Fernando se levantó para darle un beso.

-Nosotros seremos un modelo de matrimonio -le aseguró-. Tú sabes, mi amor, que nuestro cariño es eterno. Cuando seamos viejecitos, seguiremos amándonos como el primer día.

Qué lejos estaban los jóvenes enamorados de sospechar que en menos de un año uno de ellos habría desaparecido.

-Déjame seguir leyendo -dijo María Teresa.

Aunque era muy tarde cuando llegamos a Zaragoza, el señor arzobispo me proporcionó en seguida la alegría de ver lo que estaba esperando hace casi veinte años: a mi hija acercando sus labios a la imagen de la Virgen.

A la luz de los cirios que ardían sobre el altar, parecía como si la Madre y el Niño pusieran la mano sobre su cabeza rubia y me la bendijeran.

Habíamos llegado al término de nuestro viaje, y aunque estábamos muy bien alojados en el Hotel Europa y nos hubiese gustado quedarnos más tiempo en una ciudad tan hermosa como Zaragoza, teníamos que volvernos a casa, y no me quedaba tiempo ni aun para visitar la Escuela Normal, de la que es directora doña Eustaquia Caballero, y que tanto me hubiera interesado, porque deseaba ver las reformas introducidas después de su excursión científica a Alemania y de aquellas tan importantes conversaciones que tuvimos en Múnich sobre la cuestión de la enseñanza. Dimos solo un vistazo a la Aljafería y salimos para Pamplona (...). Al alejarnos de Pamplona para pasar la frontera, resonaron de repente a lo lejos las trompetas tocando la «Marcha Real»: las tropas que estaban de maniobras habían visto el automóvil, y España me enviaba ese último saludo desde los Pirineos. Una salve cantada en el monasterio de Roncesvalles completó la poesía de la despedida. ¡Qué hermoso es aquello! La maza de Roldán, que se conserva allí, nos recordaba otra página de nuestra historia, que revivíamos al cruzar aquellos espléndidos despeñaderos.

Parecía que el sol se quedaba en España y que el cielo no estaba ya tan claro después de pasar la frontera.

Yo no había vuelto a Pau desde el año 1868, y aunque era muy pequeñita entonces, recordé las tristezas que pasamos al entrar otra vez en el histórico castillo donde nació Enrique IV.

Faltaba todavía mucho camino que hacer hasta llegar a Baviera, y tuvimos que detenernos en Toulou se, Lyon, Ginebra y Zúrich. En Ginebra pasamos la noche en el mismo Hotel de la Paix donde vivimos el año 1870 con mi madre, cuando el sitio de París no nos permitía

quedarnos allí. Por tristes que sean, hay mucha dulzura en todos los recuerdos que se relacionan con mi madre.

-Nando, ¿te habló tu madre de los años de exilio? Tuvieron que pasarlo muy mal -dijo María Teresa.

-Alguna vez me contó algo, pero nunca incidió en las dificultades, todo lo contrario. Sus recuerdos de las vivencias con sus hermanos son entrañables.

-¿Qué te contaba de mi padre? He podido disfrutar tan poco de él... Tú has tenido más suerte, Nando.

-Mi madre adoraba a tu padre. El rey Alfonso XII era el mejor del mundo. Creo que no hay un solo día en el que no lo recuerde. Estaban muy compenetrados.

-¿Sabes, Nando? A veces tengo miedo de que me suceda algo... Papá murió muy joven y mi pobre hermana María de las Mercedes, ¡Dios mío! Sigo sin poder creer que ella no está.

La infanta María de las Mercedes había muerto en 1904 de sobrepeso. Tenía veinticuatro años.

-No te angusties, por favor -le pidió Fernando, mientras la abrazaba-. No te va a pasar nada.

-Después de que nazca el bebé, nos iremos a Baviera. Sé que te apetece muchísimo volver a tu tierra y estar con los tuyos y quiero darte ese gusto -le prometió María Teresa.

-Querida, no olvides que nací en Madrid, en el mismo palacio que tú.

-Me encanta esa coincidencia, idéntica a la de tus padres -dijo sonriendo María Teresa, y luego añadió- Haremos ese viaje. A mí también me apetece muchísimo. Los días que pasamos allí fueron maravillosos. Tu madre es una anfitriona excelente. Tengo unos recuerdos gratísimos de nuestras estancias en Nymphenburg.

Para satisfacción de Paz, que ilusionada los acogía en su palacio, Fernando y María Teresa habían hecho varios viajes hasta entonces para estar con la familia en Múnich. Paz quería a la infanta María Teresa como a una hija y además veía en ella la viva imagen de su hermano Alfonso.

En su primer viaje le comunicaron que iba a ser abuela, y Paz se emocionó al pensar en lo que ello suponía y quiso que María Teresa no olvidara nunca aquellos días de verano que iba a disfrutar en Baviera, e hizo todo lo posible para que así fuera. Juntas asistieron a representaciones operísticas y recitales musicales. Juntas visitaron museos y establecimientos benéficos, y juntas presenciaron maniobras militares en las que participaba Adalberto, el segundo hijo de la infanta Paz.

María Teresa, al principio, se sorprendió, pero luego seguía el juego de su suegra, que, cuando en las visitas a lugares turísticos escuchaba hablar en español, se acercaba al grupo. La misma Paz nos lo cuenta:

Como Múnich está situado en el centro de Europa, muchas personas que salen a veranear al extranjero encuentran medio de venir a respirar aire a la capital de Baviera. Los habitantes del país se van todos, durante las vacaciones de los colegios y universidades, a las montañas, y es un público cosmopolita el que se reúne en verano en el jardín Prinz Regen Theater. Se oye hablar en todas las lenguas, entre las cuales no ha faltado nunca el español. Excuso decir que María Teresa y yo nos hemos agregado siempre al grupo donde oíamos los tonos de nuestra tierra; y solo al cabo de algún tiempo nos acordábamos de preguntar a nuestros compatriotas sus nombres y procedencias. Hemos pasado muy buenos ratos.

También en aquel primer viaje, María Teresa pudo participar en la fiesta que su suegra todos los 25 de julio, festividad de Santiago, celebraba en Nymphenburg para la colonia española residente en Múnich.

Españoles de distinto extracto social e ideológico acudían al palacio de Nymphenburg, cuyas puertas permanecían abiertas para todos.

Siempre que llegaban sus hijos, Paz los acogía feliz, aunque la visita que nunca podría olvidar fue cuando llegaron con su primer nieto, Luis Alfonso, y este la llamó abuela.

¡Abuela! Quiere para mí decir tanto esa palabra, que no voy a encontrar frases para expresar los recuerdos y emociones que en mi alma evoca. Es como una hermosa puesta de sol en una tarde de verano llena de paz infinita. Mi nietecito, esa criaturita, que yo veía en lejanos sueños, está ahora aquí, a mi lado, bajo mi techo, mirándome alegre, juguetón, sonriente, con sus ojos azules, y al fijarme en ellos, reviven en mi espíritu los recuerdos y ensueños de otros tiempos.

María Teresa, quien observaba la felicidad que su hijo despertaba en la abuela, quiso de alguna forma aliviar la nostalgia que Paz sentiría cuando se fueran y dejó parte de los juguetes del niño, pidiéndole a su suegra que mantuviera el cuarto siempre abierto porque en cualquier momento podrían volver.

-Querida María Teresa, claro que haremos el viaje, pero lo programaremos para bien entrada la próxima primavera. Los días son mucho más largos, el tiempo más benigno y el bebé tendrá varios meses y podremos llevarlo con nosotros.

-O en el verano -dijo María Teresa-. Así evitamos el calor de Madrid y disfrutamos de la fiesta que organiza tu madre por Santiago.

-Por cierto, querida, ¿se ha recuperado tu madre de la triste noticia?

-Creo que nunca se recuperará del todo, pero ya sabes cómo es mamá; nadie sabrá lo que piensa. Yo la conozco muy bien y sé lo que para ella significa el príncipe de Asturias...

-Tiene que resultar muy duro vivir siempre con ese miedo.

Se estaban refiriendo a la enfermedad que precisamente el marido de Paz, Luis Fernando, había detectado en el hijo mayor de Alfonso XIII. En una de sus estancias en Madrid, exactamente en junio de 1910, el marido de Paz estaba presente cuando el príncipe de Asturias, Alfonso, que acababa de cumplir tres años, se dio un fuerte golpe contra la puerta del comedor. Luis Fernando, al examinarlo, detectó un profundo derrame interno, lo que le llevó a pensar inmediatamente en la hemofilia, una enfermedad de la que se sabía muy poco, pero que Luis Fernando conocía por haber tenido acceso a los estudios médicos que se habían realizado por lo sucedido en Rusia, donde, en 1907, el heredero al trono, un niño de dos años, a causa de una hemorragia, hubo de guardar cama sin que los médicos supieran cómo hacer frente a semejante situación. La zarina, desesperada, recurriría a todo tipo de ayuda, dando lugar a la aparición de un controvertido personaje, el monje Gregorio Efimovich Rasputín, que alcanzaría entonces un desmesurado protagonismo en la corte, donde se llegó a considerar que aquel siniestro individuo podría curar al zarevich de su dolencia.

Por otro lado, el hecho de que la madre del príncipe de Asturias fuera Victoria Eugenia, nieta, como la zarina, de la reina Victoria de Inglaterra, avalaba esta posibilidad.

La soberana inglesa fue consciente de que era portadora de la hemofilia al ver cómo uno de sus hijos fallecía por una hemorragia cerebral. Y dos de sus hijas, Alicia y Beatriz, muy pronto vieron cómo su temor se convertía en realidad: las dos llevaban en sus genes esa enfermedad, que solo transmiten las mujeres y padecen los hombres. Ellas fueron quienes introdujeron esta tara hereditaria en la familia real rusa y en la familia real española a través de sus respectivas hijas: Alejandra y Victoria Eugenia.

-Es duro sobre todo -dijo María Teresa- para mi cuñada, la reina Victoria Eugenia. Sabes lo mucho que la quiero y es terrible para ella el pensar que puede seguir transmitiéndoles la enfermedad a todos sus hijos.

En aquellos momentos solo el heredero era hemofílico. La historia ha dado cuenta de lo sucedido con posteridad, y dos de los hijos de Alfonso XIII y Victoria Eugenia padecieron la enfermedad: el príncipe de Asturias, Alfonso -al que hemos aludido-, y su hermano, el infante Gonzalo. Los dos murieron en sendos accidentes de tráfico que, debido a la enfermedad que padecían, resultaron mortales.

-Querida, cuántas gracias tenemos que dar a Dios de que nuestros hijos se críen de forma saludable.

-Yo lo hago y pido por el que llegará al mundo dentro de unos meses -dijo sonriendo María Teresa, luego preguntó a su marido-: ¿Qué prefieres, niño o niña?

-Lo importante es que nazca bien y que esté sano. Pero si de verdad pudiera elegir, me

inclinaría por una niña. Así tendríamos dos parejitas...



Madrid, 24 de diciembre 1912

Triste Navidad la de este año. ¡Cuán bella es la vida cuando poseemos la felicidad y cuán amarga y difícil cuando la desgracia se ceba en una familia contenta como la mía! Precisamente los más hermosos recuerdos nos muestran el gran vacío que ha dejado la pobre María Teresa en esta casa. No sé por qué digo la «pobre», pues de seguro que es feliz en el cielo. Los pobres somos nosotros, mis hijos y yo. Ya están acostados los cuatro, después de haber rezado, como todas las noches, por su madre. Estaban tan contentos esta tarde, que no podían imaginarse lo que me costaba ocultar mis propios sentimientos ante ellos. Aunque no sean capaces de comprender mi desgracia, de todos modos han de notar que les falta su madre...

Mientras escribo esta, oigo en la calle el ruido de zambombas y rabeles. Millares de familias gozarán de la dicha serena. ¡Que Dios se la conserve muchos años! Nadie es capaz de apreciarla hasta que no le fue arrebatada. ¡Cuántos pobres contemplan envidiosos a las clases ricas, sin pensar que la muerte no hace diferencias y que los dolores son para todos iguales! Han pasado tres meses. Ayer estuve, naturalmente, en El Escorial. Con frecuencia se me figura que fue ayer, y otras veces, por el contrario, que ha pasado un siglo...

A Paz le costaba dominar la emoción. ¿Hubiese aliviado la pena de su hijo pasando con él y los niños las fiestas navideñas? No dejaba de pensar en ellos ni un solo momento, pero lo que le rompía el alma era el dolor de su cuñada, Crista, que había visto cómo sus dos hijas desaparecían. Una a los veinticuatro años y la otra a punto de cumplir los treinta.

Paz se alegraba de haber estado en Madrid cuando ocurrió la desgracia. Fue un consuelo que su marido y su hija Pilar se encontraran con ella cuando María Teresa dio a luz a su cuarto hijo, una niña a quien pusieron por nombre Pilar. Era el 15 de septiembre.

Es una niña fuerte y la madre se encuentra bien. Nada hace presagiar que puedan surgir complicaciones. Sin embargo, a los ocho días, una embolia termina con la vida de la infanta María Teresa de Borbón.

De nuevo la tragedia se cernía sobre la reina María Cristina de Habsburgo, que solo encontrará consuelo en sus nietos.

Paz, su marido y su hija se quedaron en Madrid hasta noviembre, pero no podían alargar más su estancia. Te nían todo planeado para regresar en tren el día 13 y hubieron de retrasar

veinticuatro horas la salida porque Paz no se iba tranquila. Aquella misma tarde se celebraba el entierro de José Canalejas, presidente del Gobierno, que había sido asesinado el día anterior en la Puerta del Sol, mientras miraba el escaparate de la librería San Martín, a manos del anarquista Manuel Pardiñas Serrano, quien antes de ser detenido se suicidó con su propia pistola.

Canalejas sería sepultado en el panteón de hombres ilustres de la basílica de Atocha y se temía que durante el cortejo pudiera registrarse algún incidente. Paz tenía miedo por su sobrino Alfonso XIII y por su hijo, ya que Fernando María, como teniente coronel, debía cabalgar al lado del carruaje del rey.

Afortunadamente no sucedió nada y Paz pudo regresar tranquila a Nymphenburg, aunque con la pena de dejar a su hijo y nietos en Madrid.

Después de leer la carta, Paz siente tantos deseos de volver a abrazarlos...

Luis Fernando observa a su mujer, que aprieta contra su pecho la carta llegada de Madrid. Tiene la mirada perdida en las zigzagueantes llamas de la chimenea...

-Paz, querida, si quieres podemos organizar que te vayas a Madrid en los próximos meses
-le dice con cariño.

-Qué bueno eres, Tito, me iría ahora mismo, pero vosotros también me necesitáis y este es mi lugar. Nando es joven y lo superará.

Año de 1914



Nadie pensaba, a comienzos de 1914, que aquella fecha permanecería para siempre en la historia y que parte de Europa cambiaría su identidad político-administrativa. Baviera sufriría a fondo esta transformación, pero a comienzos de año nada hacía presagiar la crisis.

En la primavera, Paz de Borbón decidió viajar a Madrid para estar con sus nietos. En este tiempo sus visitas a España fueron mucho más frecuentes. La vida seguía su curso y su hijo Fernando María había decidido contraer matrimonio de nuevo. Paz aceptó la decisión, aunque le costaba entender la elección de su hijo. María Luisa de Silva y Fernández de Henestrosa no era en absoluto el prototipo de mujer que a ella le gustaría como esposa de su hijo. Encargada de la educación de sus nietos, Fernando debía conocerla bien. Seguro que era una persona excelente, pero tan poco agradecida..., y además tenía catorce años más que él.

Quien apoyó de forma incondicional el segundo matrimonio del infante Fernando María fue su primo y cuñado, el rey.

Alfonso XIII concedió a María Luisa de Silva el título de duquesa de Talavera de la Reina, grande de España, con tratamiento de alteza, al ser nombrada infanta de gracia de España.

No todos en la corte aceptaron de forma unánime el gesto del monarca; en concreto su madre, la reina María Cristina, no vio con buenos ojos que quien era una de sus damas fuese elevada a infanta de España.

Pero la relación entre los primos era extraordinaria. Hasta el extremo de que el infante Fernando María dejará dispuesto que cuando muera -lo que sucede en 1958- no sea enterrado en El Escorial mientras el cuerpo de Alfonso XIII -fallecido en el exilio en Roma- no regrese a España.

La boda quedó fijada para septiembre, el infante no quería casarse antes de los dos años del fallecimiento de su esposa María Teresa. El enlace se celebraría en Fuenterrabía, pero no asistirían ni sus padres ni sus hermanos, no porque rechazasen aquella unión, sino por la complicadísima situación que se vivía en aquellos momentos, aunque en abril nadie sospechaba nada.

Paz quiso que su hijo la acompañara a la finca que había heredado de su abuela, la reina María Cristina de Borbón, en Luján, cerca de Cuenca. Estaba feliz de haber recibido aquella propiedad que nadie quería, pero que su marido adoraba y ella también. A la infanta le gustaba

mezclarse con la gente del pueblo y allí tenía la oportunidad de hacerlo. Era muy importante para Paz tener un lugar propio donde poder quedarse en España y pensó en construir una casa. En una de las cartas a su marido le hace este comentario:

Hoy hemos ido a encontrarnos en la casa de campo con los nietos y Crista; esta me preguntó si al hacer una casa en Luján tenía intención de venir a vivir a España y le contesté que pensaba pasar temporadas contigo allí. Es bueno que vean que tenemos algo nuestro y no necesitamos favores...

Paz, quien había venido a España con su hija Pilar, sigue escribiendo puntualmente a su marido, que se quedó en Nymphenburg:

22 de abril de 1914

Querido Tito:

Anoche fui al teatro a ver *Alceste*, de Benito Pérez Galdós. Aquí los teatros empiezan a las diez de la noche y acaban a la una y media. La pieza, muy bien puesta en escena por María Guerrero y su marido Mendoza, es algo pesada, como todas las cosas de la mitología, pero revela mucha instrucción y tiene trazos de literatura magníficos. El rey hizo subir al palco a los Mendozas con el viejo Galdós, que es uno de los republicanos más gordos y estuvimos todos de conversación muy interesante...

Te abrazo con toda mi alma,

Paz

24 de abril de 1914

Querido Tito:

Hace por fin un tiempo espléndido y estamos todos de buen humor con eso... Pobre Benigno, espero que ya se le pasen los diviesos. El que me preocupa es Tenorio, que dicen anda mal; podías hacerle una visita y decirme qué efecto te hace.

Te abrazo con toda mi alma,

Paz

28 de abril de 1914

Querido Tito:

Qué bueno eres de escribir tanto y contarme cómo va la consulta y el Pedagogium. ¿Qué tiene Loreto? Si es algo del hígado, se comprende su tristeza. Yo voy recibiendo bastantes donativos para ellos...

Te abrazo de corazón,

Paz

Antes de regresar a Alemania, Paz quiso que su hija conociera el norte de España y, acompañadas del marqués de la Vega de Anzo, salieron hacia Asturias, pero antes visitaron Alba de Tormes, para comprobar cómo iban las obras de la basílica que estaban construyendo y poder rezar ante la tumba de Santa Teresa. Paz de Borbón contribuía de forma muy activa desde las páginas de la prensa para conseguir fondos que permitiesen terminar el templo en honor a la santa.

En Asturias vivieron en Grado, en el palacio de Castañedo, residencia del marqués de la Vega de Anzo, don Martín González del Valle. Desde allí visitaron las ciudades más importantes de la provincia y acudieron a postrarse ante la venerada imagen de la Virgen de Covadonga.



Los primeros días de junio regresaron a Nymphenburg y allí se encontraban cuando conocieron, al igual que el resto de Europa, la noticia del 28 de junio. Aquella mañana, sobre las once, el heredero de Austria, Francisco Fernando, y su mujer, Sofía Chotkowa, fueron asesinados en Sarajevo. El asesino, un joven estudiante nacionalista serbio llamado Gavrilo Princip, era miembro del grupo serbio «Joven Bosnia».

-Vosotros conocíais a los archiduques, ¿verdad?

-Sí, hijo. La primera vez que estuvimos con el archiduque Francisco Fernando fue en Madrid en la boda de tu primo, el rey de España -confirmó Paz.

-Parece que el trono de Austria estuviera maldito. Primero, el príncipe heredero Rodolfo, y ahora, su primo -dijo Adalberto.

El segundo hijo de Paz y Luis Fernando, Adalberto, acababa de terminar los tres años de mando en la academia militar. Disfrutaba de unos días de descanso en Nymphenburg, antes de incorporarse al Estado Mayor.

-Mamá, tú también conocías al príncipe Rodolfo, ¿verdad?

-Sí. Claro que le conocí. Estuvo en Madrid cuando yo era muy joven. Él aún estaba soltero y recuerdo que muchos especulaban sobre su visita, creyendo que venía en busca de novia. Casi no pudimos hablar con él. Lo único que le interesaba era la caza.

Tras el suicidio de Rodolfo, el único hijo varón de Francisco José y Elisabeth, en Mayerling, desaparece el heredero directo del emperador. Al prohibir las leyes a las mujeres heredar la Corona del imperio, el primer lugar en la línea sucesoria le habría correspondido al archiduque Carlos Luis, hermano de Francisco José, fallecido hacía algunos años, por lo que su hijo, el archiduque asesinado, habría heredado la Corona imperial.

-¿Es verdad que el archiduque era un personaje poco «convencional»? -quiso saber Adalberto.

-Si te refieres a su comportamiento personal, creo que sí -le contestó su padre-. Todos se oponían a su matrimonio con la condesa Sofía, pero él persistió en su empeño. Al final, después de que el papa León XIII y el zar Nicolás intercedieran ante el emperador Francisco José para convencerle de que su negativa podría desestabilizar la monarquía austro-húngara, este consintió en que se celebrara la boda.

-Sí -añadió Paz-, pero a condición de que el matrimonio fuera morganático y que sus descendientes no tuvieran derecho a heredar el trono. La condesa Sofía no compartía el rango de su esposo. En los actos oficiales permanecía por detrás de las archiduquesas.

-Madre, ¿hubieses aceptado una situación semejante?

Paz se quedó pensativa unos momentos y mirando a su hijo directamente a los ojos dijo:

-Sí. Me dolería el rígido protocolo, pero lo soportaría por estar al lado del hombre al que amo, que me ama y que sufre más que yo por la situación. Piensa, querido Adalberto, que quien más expuso y quien más arriesgó en esta relación fue el archiduque. Si yo fuera Sofía, me sentiría orgullosa de su comportamiento.

-He escuchado comentarios -apuntó Luis Fernando- de que la condesa Sofía era conocedora de que para ser pareja de un miembro de la dinastía Habsburgo tenías que pertenecer a una de las dinastías reinantes en Europa, y que ella utilizó todos sus encantos para conquistar al archiduque.

-Padre -exclamó Adalberto-, si se enamoró de él, creo que hizo lo correcto.

Paz guardó silencio, pero pensaba en lo distintos que eran sus hijos. A pesar de que Adalberto había nacido en Baviera, manifestaba en su comportamiento un «calor» impropio de los nacidos y educados allí. A ella le encantaban estos rasgos de la personalidad de su segundo hijo.

Adalberto de Baviera Borbón siempre fue considerado el bohemio de la familia. Él será quien un día sorprenda a su madre con un precioso libro sobre su vida.

-Adalberto, ¿suspendes tus vacaciones? -preguntó Paz.

-No creo que sea necesario. Las posturas alarmistas no tienen ninguna utilidad, y como yo nada puedo hacer por solucionar el tema y necesito urgentemente descansar y disfrutar del mar y

el sol, mañana mismo salgo para Italia.

-¿ Estás seguro de que es eso lo que debes hacer? -dijo su padre-. Tú tienes que saber mejor que yo los difíciles y graves que son estos momentos. Porque, Adalberto, el asesinato del archiduque no es más que la manifestación de algo latente desde hace tiempo.

-Padre, yo no soy un entendido, pero es indudable que los nacionalismos cobran cada día mayor fuerza y después de las guerras de los Balcanes, en el fondo, nada se ha solucionado. Serbia está decidida a conseguir la unificación política de los yugoslavos al precio que sea, y el Imperio austrohúngaro no puede consentirlo. Pero llevamos mucho tiempo con estos problemas y espero que se solucionen como en otras ocasiones.

Hacía varios años que la situación en los Balcanes era un auténtico polvorín. Se acusaba al Imperio austrohúngaro de practicar una política agresiva. En 1908 se había anexionado Bosnia-Herzegovina y quedaba patente su intención de aislar a Serbia para poder tener una salida al mar.

En medio de estas coordenadas, en 1912, Grecia, Serbia, Bulgaria y Montenegro declaran la guerra al Imperio otomano. Es la primera de las dos guerras balcánicas. El imperio es derrotado. El ejército turco pide la paz y se firma el Tratado de Londres.

Unos meses después de la firma, y disconformes con los acuerdos a los que se había llegado, se origina la segunda guerra de los Balcanes. En esta ocasión es Bulgaria quien ataca a sus antiguos aliados, que, lógicamente, se unen contra ella, y es vencida en agosto de 1913.

-Adalberto, entonces crees que no pasará nada, ¿verdad? -preguntó Luis Fernando.

-No tengo ni idea, padre, de cómo se resolverá el problema. De momento, prefiero no preocuparme. Si he de hacerlo, tiempo tendré -dijo con una sonrisa, y añadió-: Y ahora, si no tenéis inconveniente, me voy a preparar mis cosas.

Paz lo siguió con la mirada y cuando se hubo marchado le dijo a su marido:

-Tito, no te preocupes. Déjalo que disfrute. Es buen chico y Dios quiera que no pase nada grave. Por cierto, ¿has estado con Tenorio?

-Sí. Se encuentra mejor, pero puede darnos un susto en cualquier momento. Piensa que ya tiene noventa y seis años.

-Esta tarde le visitaré -aseguró Paz.

Ninguno de ellos se daba cuenta exacta del momento decisivo que estaban viviendo. Europa iba a sufrir una gran transformación. Los movimientos nacionalistas conseguirían hacerse fuertes y lograrían modificar la fisonomía europea con la creación de nuevos estados.



En los primeros días del mes de junio, el Imperio austrohúngaro, apoyado por el alemán, manifestó su deseo de investigar el crimen del archiduque en Serbia, por considerar que el asesino, Gavrilo Princip, pertenecía a la organización Mano Negra, que actuaba bajo intereses nacionalistas y sospechaban que estaba vinculada a los servicios secretos serbios.

Serbia, respaldada por Rusia, no consintió en que policías austriacos se desplazaran a trabajar en su territorio.

La infanta Paz paseaba, como muchas mañanas, por los hermosos jardines de Nymphenburg. No quería pensar en que pudiese declararse un enfrentamiento armado. Exis tían mil razonamientos a los que acudir antes de declarar una guerra. Temía por los seres que perderían la vida si esto sucedía y temía por su hijo. «¡Dios mío! -se dijo-, si no se encuentra una solución, Adalberto será movilizad». Sonrió al pensar que su hijo seguía en Rímini y probablemente sin enterarse de nada, porque les había asegurado que ni un solo día compraría el periódico, y decidió seguir su consejo cuando les decía: «No conduce a nada pasarlo mal antes de tiempo». Paz se fue paseando hasta el ala del palacio que ocupaba Miguel Tenorio.

-Buenos días, Tenorio, sha pasado buena noche?

-No me acuerdo, así que habrá sido buena -contestó con cierta desgana.

-El señor ha dormido más de ocho horas -dijo la joven sirvienta que las últimas semanas no se separaba de Tenorio. Paz había decidido que una de las personas de su casa estuviera siempre pendiente de él.

-Qué sabrá ella, ¿acaso me vigila dentro de mi cuarto? -comentó enfurruñado Tenorio.

-No se enfade, Tenorio, seguro que lo dice porque al entrar a despertarle esta mañana le encontró dormido, y como en toda la noche no la llamó, ha llegado a la conclusión de que se pasó todo el tiempo durmiendo.

-Bobadas.

-¿Sabe, Tenorio? Se está volviendo usted un poco cascarrabias -le dijo Paz con cariño.

-Lo que soy es un viejo insoportable y de verdad que lo siento. Lo siento sobre todo por vuestra alteza, que es tan buena conmigo...

Paz sintió que la emoción pugnaba por manifestarse y con dificultad le rogó:

-Por favor, Tenorio, llámeme Paz, ¿no cree que ya podemos tutearnos? -Y sin poder contenerse le dio un abrazo.

A Tenorio le habría gustado desaparecer en aquellos momentos. Temía la muerte, pero aquel abrazo le daba fuerzas para enfrentarse a lo desconocido. Pensó en rodearla con sus débiles brazos de viejo, pero, aunque era una sombra de lo que fue, prefirió no ceder a la ternura y con voz serena dijo:

-Seguro que estáis al tanto de lo que sucede porque no me ponéis al corriente. Yo ya no leo la prensa. ¿Habrá guerra? Aunque, en realidad, no sé para qué quiero saberlo. Ya todo me da lo mismo.

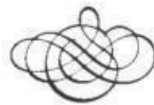
Paz entendía muy bien la postura de Tenorio. Tenía que ser durísimo ver que el final se acerca. La vida pende de un hilo y en cualquier momento puede romperse, pero cuando se alcanza una edad avanzada la certeza de que se quiebre es inmediata.

-Por favor, Tenorio, no sea usted pesimista. Claro que le importa. Y yo quiero pensar que no llegará a producirse la guerra, pero hablemos de otras cosas. ¿Le ha contado Pilar que ya ha terminado sus estudios de enfermera?

-Sí, y está muy contenta. Me dijo que deseaba ponerse a trabajar.

-Es muy buena -comentó orgullosa Paz.

-Tiene a quien parecerse -dijo sonriendo Tenorio.



Aguantó con gran esfuerzo. Llevaba días mentalizándose de que debía enfrentarse a la marcha de su hijo como a la de una separación temporal, como si se tratase de un viaje cualquiera, pero Adalberto se iba a la guerra. Solo ahora que lo ha visto partir puede llorar con tranquilidad.

Paz conocía los efectos y las consecuencias de las guerras y no quiere pensar que su hijo pueda correr la misma suerte que aquellos heridos que recuerda haber visto de niña en su viaje a Suiza.

No entiende la sinrazón de la guerra... Ella ama la paz, y si en su mano estuviera, se emplearía a fondo para conseguirla. ¿Qué sentido tenía terminar con tantas vidas?... Las penurias y el desconsuelo de infinidad de familias rotas... Pero los dirigentes políticos no encontraron otra solución y ante la negativa de Serbia a permitir la investigación del asesinato del archiduque, Austria-Hungría le declaró la guerra. Inmediatamente, Rusia moviliza sus fuerzas. Alemania no puede quedarse impasible ante la maniobra rusa y le declara la guerra. Francia, en virtud de su alianza franco-rusa, se moviliza, Alemania no duda y le declara la guerra a Francia.

A los pocos días de iniciarse el conflicto, Alemania invade Bélgica, lo que provocará la reacción del Reino Unido, que declarará la guerra a Alemania. Baviera asumirá como suyos,

desde los inicios del conflicto, los intereses de Alemania.

Nadie imagina la magnitud del conflicto iniciado, en el que participarán treinta y dos países; veintiocho en el bando de los aliados, contra los otros cuatro: Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía.

Aunque rechaza los enfrentamientos bélicos, la infanta Paz está del lado de su país de adopción. No se encontrará en la disyuntiva de tener que elegir, porque España no entrará en conflicto.

La prensa española publicaba el real decreto por el que el Gobierno de Alfonso XIII, ante el inicio de la Primera Guerra Mundial, se creía en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho Público Internacional.

Los españoles sabían que quien había tomado la decisión era el Gobierno presidido por Eduardo Dato y en su mayoría aprobaron esta postura. En realidad, España era ajena a los problemas de los nacionalismos balcánicos y tampoco tenía intereses que defender en la zona central europea. Por otra parte, la situación por la que atravesaba España -déficit presupuestario y escasa industrialización- no aconsejaba este tipo de desafíos. Tampoco los países en guerra tenían interés especial en la participación de España, aunque quien más se alegraba de su neutralidad era Alemania.

España permaneció al margen, pero los sentimientos de los españoles no eran unánimes: unos se manifestaban partidarios de los aliados y otros se confesaban germanófilos. El ejemplo más claro lo encontramos en el propio Palacio Real, donde el rey Alfonso XIII se alegraba con las victorias alemanas, como le sucedía a su madre, mientras que la reina Victoria Eugenia lo hacía con las de los aliados. Resultaba inevitable, miembros de sus respectivas familias luchaban entre sí.



En los primeros meses de conflicto en Baviera la vida discurre tranquila. El marido de Paz se presenta como médico general del Ejército bávaro para el servicio de sanidad y es destinado al hospital militar de Múnich, donde le nombran cirujano-jefe. Su hija, la princesa Pilar, acude como voluntaria a la Cruz Roja.

Paz alterna sus ocupaciones en el Pedagogium, que sigue funcionando, con las de enfermera al lado de su marido en el hospital.

Muy pronto las consecuencias de la guerra serán evidentes en toda Europa. A Múnich llegan heridos de diversas nacionalidades, como sucede en otras ciudades. Paz se dedica entonces exclusivamente a su trabajo como enfermera. En alguno de sus escritos dejó constancia

de momentos que la impresionaron:

Tengo presente una noche terrible en que llegó un convoy de heridos al hospital de mi marido. Venían revueltos alemanes y franceses. Después de haber hecho la cura a un revisor de tren, le tocó la vez a un aldeano de la montaña, cuando desde una camilla que estaba en el suelo cerca de mí, oigo en francés un grito desgarrador, que tantas veces ha resonado en todas las lenguas en los campos de batalla: ¡Maman!

Las palpitaciones de mi corazón me ahogaban, pero pensando que tal vez aquellos ojos que estaban fijos en mí creían ver en mi figura pequeña y latina la imagen que tanto ansiaba tener a su lado, le dije en su lengua las palabras de consuelo que hubiera querido dijese otra madre a mi hijo si se encontrase en el mismo caso. ¡Cuántas veces pienso en las madres que no volverán a ver nunca a sus hijos!

Paz, como madre, era especialmente sensible a este tema. Además, su hijo Adalberto estaba en el frente.

En medio de esta tragedia una noticia le infunde ánimo: su sobrino, el rey de España, mantiene su neutralidad ante el enfrentamiento bélico, pero no su indiferencia. Alfonso XIII ha decidido personalmente crear una Oficina Pro Cautivos en el mismo Palacio Real para interesarse por los desaparecidos y las condiciones en que viven los prisioneros de guerra.

Fue su hija Pilar quien, emocionada, le habló de la iniciativa de su primo.

-¿Qué más te han dicho?

-Nada, solo saben de su existencia porque colabora con la Cruz Roja Internacional -dijo Pilar, quien, orgullosa, añadió-: Aunque Alfonso puede llegar mucho más lejos en sus gestiones. Él puede dirigirse a cualquier soberano de Europa de tú a tú. Es maravilloso lo que está haciendo.

Todo se había iniciado de una forma casual. Un día, Alfonso XIII recibe una carta de Francia. Le escribe una mujer, una humilde lavandera que desconoce el paradero de su marido, desaparecido en la batalla de Charleroi, y le pide que por favor la ayude a encontrarlo. Quiere saber si está vivo o muerto. El rey se interesa por ella y después de varias gestiones consigue localizarlo en un campo de prisioneros de Alemania. Estaba vivo.

La prensa francesa, al conocer lo sucedido, lo publica con grandes titulares. La reacción no se hace esperar. Un auténtico aluvión de cartas, con peticiones similares, llega al Palacio Real de Madrid. Alfonso XIII decide entonces crear una oficina de ayuda humanitaria en la que van a trabajar cuarenta personas.

La labor realizada fue verdaderamente importante. Más de setenta mil civiles y veintiún mil soldados fueron repatriados. Se interesaron por ciento treinta y seis mil prisioneros, y realizaron más de cuatro mil visitas de inspección a campos de prisioneros.

La acción humanitaria de la Oficina Pro Cautivos -que funcionaba al margen del Gobierno; era decisión personal del rey y estaba sufragada por el patrimonio personal del monarca- proporcionó ayuda a ciento veintidós mil prisioneros franceses y belgas, siete mil novecientos cincuenta ingleses, seis mil trescientos cincuenta italianos, cuatrocientos portugueses, trescientos cincuenta americanos y doscientos cincuenta rusos.

Estos datos serían conocidos al final de la guerra, pero en los momentos en que Paz se entera de la esperanzadora noticia, la dura realidad se impone...

Pasan los días, las semanas, los meses... En 1915 la situación cada vez es más complicada; escasean los alimentos, ya que no existe mano de obra ni importaciones. Todo está paralizado. Dos nuevos países se han incorporado a la guerra: Italia, del lado de los aliados, y Bulgaria con los imperios centrales.

En este tiempo una nueva pena aflige el corazón de Paz: su querido Miguel Tenorio ha sufrido una apoplejía. Lo cuida como una hija. Ella misma le da la comida...



El año de 1916, en medio de aquella locura que azotaba Europa -cada día mueren miles de hombres en los campos de batalla-, Miguel Tenorio deja de existir. Tenía noventa y ocho años. En su testamento, expedido por el consulado de España en Múnich el 3 de mayo de 1900, dice: «Instituyo por única y universal heredera de todos mis bienes a su alteza real la señora infanta doña María de la Paz, hija de sus majestades los reyes don Francisco de Asís y doña Isabel II, esposa de su alteza real el señor príncipe Luis Fernando de Baviera».

A los tres meses, Paz aceptó -en el consulado de España en Múnich- la herencia, integrada casi en su totalidad por objetos personales: relojes, gemelos, prendedores de corbata con brillantes, un rosario, unos monóculos de oro, dos condecoraciones y un lápiz de oro que Paz conocía muy bien...

Recuerda tantos momentos vividos con Tenorio. Guarda el lápiz con sus objetos más preciados. Ella se lo había regalado en la primera Navidad de Tenorio en Nymphenburg. Paz se mira, hace una semana que lleva el mismo traje, y no puede evitar pensar en lo que le diría Tenorio, claro que ahora están en guerra. Cuando ella dedicaba el dinero, del que no andaba muy sobrada, a ayudar a los más necesitados en vez de comprarse un nuevo vestido, Tenorio siempre se daba cuenta. La última vez había sido en la fiesta en la que llevaba el mismo traje que había lucido en varias celebraciones anteriores. Al ver cómo la miraba Tenorio, Paz se anticipó para decirle:

-Esta vez han sido las inundaciones de Burgos.

Paz había enviado su fondo privado de cuatro mil francos para paliar los efectos de las

inundaciones.

Cuánto le va a echar de menos. En los últimos meses ya no podían mantener aquellas conversaciones con las que tanto disfrutaban, pero Paz seguía comunicándose con Tenorio a través de la mirada. Se conocían tan bien. Solo una vez hablaron de la muerte. Como la mayoría de los ancianos, Tenorio huía del tema, tal vez por no recordar algo que indefectiblemente se acercaba, pero una tarde le había comentado que quería quedarse en Múnich. Deseaba seguir muy cerca de ella.

Paz se siente tranquila. Ha hecho por el anciano todo lo que estaba en su mano. Su marido y sus hijos lo han querido mucho. Recuerda con satisfacción lo que su hija Pilar comentaba a unos amigos: «Tenorio tuvo siempre un lugar especial dentro de la familia». Esa era la realidad, y siempre será recordado con amor, aunque ella siga añorando al viejecito adorable y listo con el que poder hablar de sus preocupaciones. Si lo tuviera a su lado, le hablaría de Sophie van Leer, una muchacha judía holandesa a la que conocía desde hacía unos meses y de la que se ha hecho muy amiga. Sophie había sido operada por su marido de forma gratuita y quiso saludar a la infanta para darle las gracias. Muy pronto, a pesar de sus distintas formas de pensar políticamente, congeniaron, tal vez porque compartían los mismos deseos de desechar de la faz de la tierra las guerras.

-Existen situaciones que no deben alargarse más en el tiempo, ya que pertenecen a épocas pasadas. Me estoy refiriendo, bien lo sabéis, a los gobiernos absolutistas. Los pueblos aspiran a hacer oír su voz. Os pido perdón -siguió diciendo Sophie-, porque formáis parte de una de esas dinastías.

-No, por favor, puedes decirme todo lo que pienses; aunque no comparta todos tus puntos de vista, me gusta conocerlos. Un muy amigo mío que se murió hace poco me decía que el esplendor de las monarquías pertenecía al pasado. Y puede que en los nuevos tiempos estas formas de gobierno deban evolucionar. Pero no creo que los imperios actuales gobiernen de espaldas al pueblo. Considero que sí les preocupa el bienestar de sus súbditos -aseguró Paz.

-Esa misma palabra, «súbditos», me chirría. Todos somos ciudadanos -aseguró Sophie.

Sophie van Leer creía en los ideales comunistas -partido en el que llegaría a militar- y mostraba sin ningún recato sus convicciones. Paz pensó que en algunos aspectos tenía razón. Por ello manifestó:

-En España la monarquía se rige por una Constitución. Mi madre, Isabel II, fue la primera monarca constitucional de toda la historia española -dijo Paz con orgullo.

-Sin embargo, la realidad centroeuropea es muy distinta y el cambio se hace necesario. Ya veréis cómo muchos países exigirán decidir su propio futuro -añadió Sophie.

-¿Crees que están preparados? ¿No se esconderán otro tipo de intereses detrás de esa ansiada independencia? ¿Merece la pena una guerra para conseguirlo? -preguntó Paz.

-Puede que unos sí estén preparados y otros tal vez no, aunque tienen derecho. En cuanto a la guerra, no existe nada que la justifique, pero pensemos en todas las que se han desarrollado a lo largo de la historia... Es posible que si mandáramos las mujeres, el mundo fuese distinto. ¿Quién está consiguiendo en estos momentos que la vida continúe más que las mujeres? Y somos nosotras las que debemos esforzarnos en conseguir la paz.

Lo cierto era que las mujeres adquirieron entonces una nueva dimensión en la sociedad, un cometido que en tiempos de bonanza no les está permitido, pero que durante la guerra se hizo indispensable tanto en la industria como en la agricultura, las oficinas o la educación.

Sophie era idealista, con esa fe propia de los espíritus jóvenes, y pretendía que Paz escribiera al emperador de Alemania, Guillermo II, pidiéndole que hiciera llegar la paz, que pusiera fin a la sangrienta guerra que estaban padeciendo. De nada sirvió que Paz intentara convencerla de la inutilidad de tal petición; al final, escribiría al emperador para que su amiga se quedara tranquila.

La respuesta de Guillermo II no se hizo esperar y a los pocos días contestó a Paz. En la carta, el emperador le pedía que transmitiera a su amiga Sophie las gracias por sus nobles deseos y que él deseaba más que nadie terminar la guerra. Paz regaló a su amiga la carta para que la guardara como recuerdo.

Ninguna de las dos podía imaginar en aquellos momentos el papel decisivo que la misiva jugaría en la vida de Sophie.

En sus paseos por los jardines de Nymphenburg, Paz habla a Sophie de sus preocupaciones por el futuro del Pedagogium y le muestra orgullosa el precioso pergamino que un grupo de alumnos del colegio -Domingo Sánchez, Francisco Oliva, Pedro López de Ayala, Miguel Aparicio, Florentino Tarragó y Jesús Valiente- confeccionaron para ella el día de su santo.

Detalles como este infunden fuerza a su ánimo, que a veces amenaza con quebrarse ante la trágica situación, que cada día empeora un poco más.

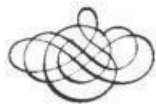
En toda Europa, a las privaciones y sufrimientos impuestos por la guerra, se une ahora la dura realidad del hambre. La gente ya no tiene que comer y las enfermedades se ceban en una población desnutrida. Paz contempla con desesperación cómo las abundantes existencias con las que contaba en Nymphenburg se han acabado. Ya no tiene nada que ofrecer a los necesitados.

Será su hermana, la infanta Eulalia, quien deje constancia para la historia a través de sus Memorias con lo que se encontró al llegar a Múnich recién finalizada la guerra:

Pasé a Suiza para, de allí, tomar el camino de Múnich a reunirme con Paz y sus hijos, de quienes había permanecido aislada cuatro años. La impresión que me hizo Alemania fue terrible. El fantasma del hambre asomaba por todas partes... En el castillo real de Nymphenburg se habían sufrido las mismas privaciones que en la más modesta casa de Múnich, y mi llegada con varios baúles conteniendo arroz, manteca, jamón, cereales,

harina y conservas, ropas y zapatos fue como un don celestial para los que ya habían perdido toda la capacidad de resistencia física. De un hombre robusto, sonrosado, grueso, que era mi cuñado Luis Fernando de Baviera, encontré un hombre delgado, pálido, casi esquelético. Llevaba tres años sin comer grasa de ninguna clase, y su espléndido vestuario había desaparecido en socorro de los que nada tenían.

Tanto Paz como su marido comparten todo cuanto tienen con quienes lo necesitan. Lo pasan mal, muy mal. Aunque Paz teme sobre todo que después de la guerra, que algún día finalizará, aunque nadie sabe cuándo -llevan casi cuatro años, cuatro años en los que cada día da gracias a Dios por que su hijo Adalberto siga vivo-, todo cambie y ya nada vuelva a ser lo mismo.



La presencia de Estados Unidos en la guerra, en abril de 1917, que se posiciona al lado de los aliados, acelera el final de aquel conflicto conocido como la Primera Guerra Mundial. Era la confrontación bélica más sangrienta de la historia hasta aquel momento. Una guerra en la que lucharon más de sesenta y cinco millones de hombres y que arrojó un balance terrorífico: ocho millones de muertos y seis de inválidos.

El armisticio se alcanza en 1918. En él, los aliados, ganadores de la guerra, imponen sus duras condiciones a los derrotados.

Se firmaron varios tratados de paz entre los vencedores y cada uno de los vencidos -menos Rusia, que había abandonado la contienda en 1917 por su propia revolución-. Fueron acuerdos por separado. Juntos integran lo que se conoce como la Paz de París. Después, el mapa de Europa quedó totalmente distinto. Los cuatro grandes imperios habían desaparecido. El otomano daba paso a Turquía. El austrohúngaro se disolvió en los Estados de Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia, como países independientes. El de Rusia se transformó en la Rusia comunista, más tarde la URSS. Y el alemán fue reemplazado por la República de Weimar. Era el ocaso del poder absoluto monárquico en Europa.

La monarquía bávara ha caído, al igual que las otras. Los Wittelsbach, que durante setecientos años habían dirigido los destinos de Baviera, pasaban al anonimato.

Sus recuerdos no son nítidos -era una niña-, pero Paz revive la salida al exilio con su madre. No es esta una situación nueva para ella, aunque a diferencia de España, en Baviera permiten que los Wittelsbach sigan viviendo en el país.

Paz no sabe si esto es mejor o peor. El exilio, la separación forzosa de lo que hasta entonces ha sido el escenario de la vida, es doloroso y traumático. Quedarse es, en principio, mejor, pero ¿cómo seguir frecuentando los mismos lugares, los actos sociales, el trabajo y ver que te tratan de forma diferente, lo mismo que si fueras otra persona? ¿Se pueden obviar ciertos

hábitos realizando el mismo trabajo y en el mismo lugar donde lo has hecho hasta ahora?

En Baviera se proclama la república. Kurt Eisner es nombrado presidente e inmediatamente da órdenes para que nadie moleste a la infanta doña Paz ni a su familia, porque, según sus propias palabras, «es una persona respetable y muy útil para la nueva sociedad que queremos construir».

Debemos recordar que este líder socialista era uno de los mayores admiradores de la labor de la princesa con los niños, aspecto este que permite a Paz mirar con esperanza la continuación del Pedagogium. Sin embargo, y a pesar de que el propio Eisner había declarado que la república respetaría y protegería el derecho de la propiedad, será Paz quien proponga a su marido dejar el palacio de Nymphenburg, ya que está segura de que terminarán echándolos, no Eisner, pero sí otros miembros del Gobierno.

Luis Fernando, con mucha pena -en Nymphenburg había discurrido casi toda su existencia-, aceptó de buen grado la propuesta de su mujer y se fueron con sus dos hijos a vivir a un piso en la plaza Odeón de Múnich.

Paz no tiene ni idea de lo que sucederá a partir de ahora, pero su ánimo es fuerte; Adalberto ha vuelto de la guerra. Está bien y vive con ellos. Pilar se ha recuperado de la grave neumonía que hizo temer por su vida. Juntos se enfrentarán a lo que sea.



En la ciudad la vida es distinta, sobre todo en estos tiempos. Paz y su familia añoran la tranquilidad de Nymphenburg. En Múnich, a cualquier hora del día, había gente por las calles, unas veces manifestándose, otras gritando. La presencia de borrachos es bastante frecuente, era como si la población hubiera enloquecido. Tan pronto aparecían contentos como desesperados ante el nuevo sistema político.

Aquella mañana, Paz estaba intranquila; temía que su marido pudiera tener algún altercado en su camino hacia el hospital. Acudía a despedirse porque el nuevo Gobierno no precisaba de sus servicios y Luis Fernando se había empeñado en lucir su uniforme. Adalberto también había tratado de disuadirlo, pero se había negado argumentando que él no tenía ningún miedo a los rojos. Le gustaba la valentía de su marido; ella seguro que habría hecho lo mismo, pero estaba preocupada por él. Habían pasado más de dos horas y ya tendría que estar de vuelta. De pronto sintió su voz que la llamaba y salió corriendo al pasillo.

-Gracias a Dios que has vuelto. Pero ¿quién te ha abierto la puerta? Has olvidado la llave y estoy sola. ¿Cómo ha ido todo?

-Tranquilízate, mujer. Adalberto me ha abierto. Tu hijo se ha empeñado en acompañarme. Seguro que tú se lo habrás pedido. Debéis de considerarme un viejo inútil. No ha pasado nada,

solo nos hemos cruzado con unos cuantos alborotadores.

-Tito, no digas tonterías. ¿Tú un viejo inútil con lo mucho que vales? ¿Sabes qué ocurre? Que si te sucediera algo malo, me moriría -dijo Paz, dándole un beso.

-Ven, sentémonos -pidió Luis Fernando-. Antes de hablarte de la pena que me ha producido separarme de los enfermos en el hospital, quiero darte una noticia que sé que te alegrará. Nuestro hijo Adalberto ha decidido dejar el Ejército y matricularse en la universidad con Pilar, para estudiar historia del arte los dos.

-Me parece maravilloso, pero antes tendrá que obtener la autorización, no vayan a considerarlo desertor.

-Es increíble, siempre estás pendiente, piensas en todo, querida.

No fue fácil que Adalberto consiguiera el documento del Ministerio de la Guerra, pero al final se hizo con él. Los dos hermanos acudieron entonces a la universidad para formalizar la matrícula. Adalberto no tuvo problemas, pero a Pilar le pusieron muchos inconvenientes, pues no reunía los requisitos exigidos para el acceso universitario. Y cuando creían que nada se podía hacer, una llamada del presidente de la república, Eisner, lo había solucionado.

El afecto y admiración que este personaje sentía por la infanta española eran auténticos. Ella se habría comportado de igual forma con él.

Paz se relacionaba con todo tipo de gente. Un día llamó a la puerta de su casa de Múnich un amigo socialista que parecía muy nervioso y excitado.

-Pase usted -le rogó Paz.

-No, muchas gracias, solo he venido para avisarla; tienen que salir inmediatamente de la ciudad porque vendrán a matarles a todos.

-Tranquilícese -dijo Paz-. ¿Y quienes son los que vendrán?

-Los revolucionarios, señora. Hágame caso y márchense ya -casi gritó mientras corría escaleras abajo.

Paz cerró la puerta y se encontró con la mirada interrogante de su hija, que había escuchado la conversación y que con un hilo de voz le preguntó:

-Mamá, ¿ qué hacemos?

-Nada, hija mía. Irnos a comer.

-¿Y si es verdad?

-No importa. Los disgustos es mejor afrontarlos después de haber comido. Si no vienen a

matarnos, no pasa nada, y si vienen, al menos habremos almorzado. Vamos, Pilar, después de comer nos peinaremos y arreglaremos, y esta noche nos acostamos vestidas. Si vienen a fusilarnos, que nos encuentren por lo menos arregladas y peinadas, hay que saber morir con dignidad.

Esa noche se acostaron vestidos y perfectamente arreglados todos los miembros de la familia. Nadie vino a buscarlos.

Era la forma de reaccionar de una gran mujer, buena e inteligente. Paz ve cómo lo que había sido su mundo desaparece y no protesta, no se desespera, no huye de la realidad. Se mantiene serena, intenta y consigue que la familia permanezca unida. Ella les proporciona calma y sosiego. Les infunde esperanza.

Pero la situación se complica cada día más. En febrero de 1920, Kurt Eisner muere asesinado a manos del joven conde Anton von Arco, un nacionalista alemán.

Paz lamenta la desaparición de aquel político con el que solo compartía el amor por la cultura y un acusado sentido de la amistad.

El Gobierno, en manos de los Consejos, decretó tres jornadas de luto en la ciudad de Múnich por la muerte del presidente Eisner.

Los días siguientes fueron de una calma forzada. Se producían saqueos, algunas detenciones. Estando sola en casa, Paz recibió la visita de cuatro guardias rojos que le pidieron la llave de la despensa. Paz, muy serena, les respondió que la tenía el cocinero y que este no se encontraba en casa.

-Toda mujer de su casa tiene la llave de su despensa -replicaron amenazadores.

-Debería tenerla -les respondió-, pero no es así.

Su tranquilidad les dejó atónitos. Cuando les invitó a que esperasen la vuelta del cocinero, cesaron en sus pretensiones y abandonaron la casa. Paz vio, con alegría, cómo se alejaban con su camión.

La república capitaneada por Eisner representaba una cierta garantía, pero ahora el Gobierno estaba en manos del llamado Consejo Central... y ya no queda espacio para aquel proyecto que tanto preocupa a Paz: el Pedagogium se ve obligado a cerrar sus puertas.

Años más tarde, Paz explicará en la revista Deutsche Illustrierte Rundschau las razones que la obligaron a clausurar el colegio:

Estoy convencida de que la realización de muchas utopías futuras está en manos de los maestros y pedagogos. Mi admiración por el sistema educativo alemán es conocida. Yo quise aportar mi colaboración formando pedagogos españoles en Alemania. El comienzo estaba hecho, pero vino la guerra, y entre una de las muchas cosas que se desmoronaron

como consecuencia de esa guerra estaba mi Pedagogium español. No se veía con buenos ojos a niños extranjeros sentados en los bancos de clases alemanas, y para no causar más disgustos, tuve que hacer marchar a los españoles de vuelta a España.

Pero hoy, el sano juicio me hace ver que solo la cultura alemana que se trasplante a otros países del mundo confirmará y fortalecerá el honor de Alemania.

Paz nunca se olvidó de los alumnos. Y tuvo la satisfacción, años después, de encontrarse en España con algunos de ellos, convertidos en hombres de bien y ocupando cargos importantes, y se sintió feliz. El esfuerzo había merecido la pena.

Pero cuando hubo de afrontar el cierre del Pedagogium a punto estuvo de derrumbarse. Aquella era una de sus realidades más queridas, a la que le había dedicado muchas horas, pero resultaba imposible seguir... En la desesperanza que la aflige, Paz piensa en España. Le parece algo lejano, inalcanzable; sin embargo, es su tierra. Allí está parte de su familia, su hijo mayor y sus tres nietos, porque la cuarta, la preciosa niña a quien llamaron Pilar, murió sin haber cumplido los seis años: «Era un ángel, mamá, que desde el primer día echó en falta a su madre... y al final se ha ido con ella». Paz recuerda estas palabras con las que su hijo pretendía consolarse ante la pérdida de la pequeña; se iba al lado de María Teresa. Lamentó no poder acompañar a Nando en aquellos momentos, pero se da cuenta de que era tanto el dolor que entonces la rodeaba en el hospital, repleto de heridos de guerra, eran tantas las necesidades que atender, que la muerte de su nieta no fue llorada como lo sería en otro momento.

En todos estos años de guerra casi no han mantenido contacto con su hijo. Sabe que se han recuperado. Su hermana Eulalia le ha asegurado que están bien. Eulalia es una viajera incansable. Su llegada a Nymphenburg fue como la visita de los Reyes Magos. Se alegró mucho de pasar unos días con ella. Eulalia la había animado a reanudar su costumbre de escribir, abandonada en todos estos años. Como si el recuerdo de las palabras de su hermana hubiese pulsado algún resorte oculto, Paz se levanta en busca de papel y se pone a escribir:

Paz.

¡Cuántos años hace que esperamos esa bendita palabra! No hay que profanarla echándose a la cara los unos a los otros quién tuvo la culpa de todos los horrores pasados. Las lágrimas y la sangre vertidas en todos los países lavan muchas faltas. Mostremos al fin buena voluntad y estrechemos todas nuestras manos. Hay tantos daños que reparar, tantas lágrimas que enjugar, con qué gusto nos pondremos a la obra.

Para nosotras, las madres que tenemos de nuevo a nuestros hijos sanos en casa después de los peligros que han corrido, es muy fácil; para las que perdieron a los suyos, es muy difícil. Respetemos las heridas que sangran todavía. Tal vez un día, si vivo algunos años todavía, contaré detalles tiernos, rasgos hermosos de heroísmo, cosas sublimes que he presenciado y compartido en estos años de emociones.

Me había propuesto no hablar del pasado, pero muchas tardes, como antes, me siento en

un banco del parque de Nymphenburg oyendo el canto de los pájaros. ¿Cómo antes? No enteramente. En ese palacio donde vivimos treinta y seis años, donde nacieron nuestros hijos, viven ahora otras personas. Y además ya no vienen, como en otros tiempos, los chicos españoles del Pedagogium a buscarme. La atmósfera guerrera no era buena para ellos y tuvimos que separarnos por su bien, pero los echo mucho de menos. Pensando en ellos me detengo en la calle para seguir con la vista los juegos de otros niños y oír su charla. El otro día hablaban unos de sus colecciones de sellos y decían: «En el catálogo hay unos de España muy viejos que tienen la cabeza de una mujer, una reina». Yo tuve tentaciones de contarles que esa mujer era mi madre, pero temí que se asustarían creyendo o que era una loca o una aparición que venía del otro mundo, y seguí mi camino.

Ya no hay tiempo para formar bandos ni partidos ni armar discusiones que no conducen a nada, los niños tienen hambre y hay que darles de comer, tienen frío y hay que vestirlos, lloran y hay que dormirlos. Calló por fin el cañón, los últimos prisioneros volvieron a sus hogares.

El otro día nos reunimos en un hotel de Múnich mujeres de todos los partidos para tratar de organizar ayuda práctica. Una mujer muy simpática de la mayoría socialista (Mehrheitssozialisten) dijo que antes que a los niños que están en los asilos hay que socorrer a los que están en el arroyo, y añadió con la voz vibrante de emoción cosas muy bonitas sobre los niños. Mi hija habló después de ella, haciendo proposiciones prácticas. Nos separamos como buenas amigas, y con qué agradecimiento le estreché la mano. A tiros no se entenderán nunca las gentes.

A pesar de que habíamos dicho al principio de la reunión que estábamos allí sin representar a partido alguno, únicamente con la finalidad de ayudar a socorrer la miseria, nos enteramos de que una mujer del partido socialista independiente no había podido asistir porque su partido se lo había prohibido. ¡La única de todas nosotras que estaba atada de pies y manos era la independiente! Yo sentí gran compasión, y más tristeza todavía por tales cadenas.

-Mamá, qué alegría, ¡has vuelto a escribir!

Adalberto se acercó para darle un beso.

-Qué pronto regresas.

-Es que no hemos tenido clase. Hay huelga de nuevo en la universidad. Si vieras, mamá, está todo lleno de banderas rojas.

- ¿Tu hermana ha venido contigo?

-Sí. Ha ido a su cuarto. ¿Escribes algo para publicar?

-Se lo mandaré al ABC. Debo reanudar mis contactos con España.

-¿De qué hablas?

-Son unas reflexiones sobre la paz y la situación que estamos viviendo. Hago especial hincapié en la importancia que tiene cuidar a los niños.

-¿Sigues echándolos de menos?

-Sí. Los niños son muy importantes y a veces nos dan tantas lecciones... Escucha, Adalberto, terminaré mi escrito con algo que me sucedió hace unos días: un día entré en casa con lágrimas en los ojos y dije a tu padre: «He visto algo precioso, la solución de la cuestión social si todos sintieran así». Un niño de unos ocho años estaba sentado sobre el borde de su ventana en un piso bajo de una casa pobre, tambaleando con alegría sus pantorrillas al aire mientras mordía con fruición un pedazo de pan negro cubierto de mermelada artificial. En la calle había otro niño más pequeño y más pobre, al parecer, que seguía con una mirada hambrienta cada mordisco. De repente, el mayor vio esa mirada y con una sonrisa tierna alargó su bracito con el pedazo de pan hacia el otro niño diciendo: «Muerde tú también». Ni discursos ni leyes serían necesarios si todos los hombres sintieran así. Corazón es lo que necesitan los pueblos para ser felices.

-Qué bonito, mamá -exclamó Adalberto.

Ay, hijo mío, pensando en estas cosas siento una paz inefable en el alma -dijo Paz, mirando a su hijo con amor.

-Mamá, he decidido casarme con la condesa Augusta Seefried.

-Cariño -dijo a la vez que lo abrazaba-, no sabes cuánto me alegro. ¿Se lo has dicho a papá?

-No, ahora en cuanto llegue. Por cierto, mamá, ¿no te parece que ha mejorado mucho?

El príncipe Luis Fernando había decidido abrir consulta y ejercer la medicina de forma privada. Era una forma de sentirse útil y poder seguir ayudando a los demás.

-Sí, hijo mío. Ha vuelto a ser el de siempre. Resulta tan beneficioso permanecer activo... Ahora la que tiene que buscar una ocupación soy yo, aunque será después de organizar tu boda. ¿Cuándo y dónde pensáis celebrarla? Augusta vive en Viena y en los tiempos que corren no creo que sean fáciles los desplazamientos -dijo Paz un tanto preocupada.

La condesa Augusta Seefried era pariente de Adalberto en segundo grado, bisnieta del príncipe Leopoldo de Baviera, regente de Baviera, y de los últimos emperadores de Austria, Francisco José y Elisabeth.

-Bien sabes -siguió diciendo Paz a su hijo- que los títulos han desaparecido y que por lo tanto nosotros ahora carecemos de identidad. ¿Cómo conseguiremos los pasaportes para viajar a Viena?

-Creo que exageras, mamá. Sé que no podemos esperar nada bueno de este terror comunista que nos acecha, pero no llegarán a esos extremos.

-Dios te oiga.



El 7 de abril de 1919 se proclamó la República de los Consejos en Baviera y se decretó día de fiesta nacional.

-Mamá, te he traído el panfleto en el que se reflejan las directrices del nuevo Gobierno.

-No me apetece leerlas, Adalberto. ¿Todavía se puede empeorar más? -preguntó preocupada Paz.

-Creo que sí, pero poco más -aseguró Adalberto-. Ha sido disuelto el Parlamento por considerarlo rescoldo de la época burguesa capitalista. La prensa será socializada y se creará un tribunal revolucionario que actuará sin piedad.

-No sigas, por favor.

-Y lo terrible, mamá, es que nadie hace nada -se lamentó Adalberto.

-Más guerras no -suplicó Paz.

-Mamá, Pilar y yo nos vamos a Berchtesgaden para encontrarnos con Augusta y su madre. Prométeme que te reunirás pronto con nosotros.

Afortunadamente, unos días antes de la revolución habían acudido a solicitar los pasaportes y, aunque con muchos inconvenientes, porque la policía dijo desconocer sus apellidos, habían tenido que inventarse una nueva identidad para poder viajar. Utilizaron el nombre de Badenburg. Así, la infanta Paz en sus viajes se llamaría María Badenburg.

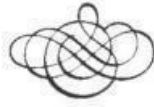
-Jú crees que sería hoy la policía tan amable como cuando te facilitó los pasaportes? -preguntó Paz.

-No. Es muy probable que ahora no obtuviéramos permiso -contestó Adalberto, y añadió:- ¿Por qué no te vienes con nosotros? Me da miedo que no seas capaz de convencer a papá y tengas que viajar sola.

-Tú no te preocupes, que todo saldrá bien.

A pesar de estar las ventanas cerradas, se escuchaba el griterío de la calle, oleadas de gente se movían sin cesar. Paz sabía que su marido no abandonaría la ciudad en aquellos momentos.

Ella tampoco se lo iba a pedir. Lo único que pretendía era quedarse unos días más para seguir a su lado por si algo sucedía o para comprobar que las cosas se calmaban un poco y de esa forma poder viajar algo más tranquila.



-¿Estás segura de querer irte? -preguntó Luis Fernando.

Siempre procuraban desayunar juntos. Llevaban treinta y seis años casados y seguían disfrutando de aquel momento solo para ellos. Ante de contestar, Paz miró sonriente a su marido.

-Preferiría quedarme contigo, pero Adalberto me necesita. Quiere que pase unos días con su prometida para organizar la boda, ya sabes que desea casarse este verano. Volveremos dentro de unos días.

-No temas por mí, Paz. Estaré bien, bueno, lo bien que se puede estar en el caos de esta ciudad, sin orden. Entiendes que no te acompañe, ¿verdad? No debemos dejar sola la casa. Sabes que esta mañana uno de mis pacientes me dio este papel en el que me aseguró que habían copiado parte del saludo que Lenin enviaba a los dirigentes de nuestra república.

-¿Lenin? Déjame ver -pidió Paz interesada-. Fíjate lo que dice -y leyó en voz alta:

Salud a la República Soviética de Baviera:

Os rogamos encarecidamente que nos informéis más a menudo y más en concreto de cuáles son las medidas que habéis tomado para luchar contra los verdugos burgueses; si habéis creado soviets de obreros y de moradores en los barrios de la ciudad; si habéis armado a los obreros y desarmado a la burguesía; si habéis utilizado inmediatamente los almacenes de ropa y demás artículos para asistir inmediata y ampliamente a los obreros, y sobre todo a los jornaleros y pequeños campesinos; si habéis expropiado las fábricas y los bienes de los capitalistas de Múnich, así como las explotaciones agrícolas capitalistas de los alrededores; si habéis abolido las hipotecas y los tributos de los pequeños campesinos; si habéis duplicado o triplicado el salario de los jornaleros y peones; si habéis confiscado todo el papel y todas las imprentas para publicar panfletos y periódicos de masas; si habéis instituido la jornada de trabajo de seis horas; si habéis echado a la burguesía en Múnich para instalar inmediatamente a los obreros en los buenos apartamentos; si os habéis apoderado de los bancos; si habéis tomado rehenes de la burguesía; si habéis establecido una ración alimenticia mayor para los obreros que para los burgueses.

La aplicación urgentísima y lo más amplia posible de estas medidas y otras parecidas, apoyándose en la iniciativa de los soviets de obreros, de jornaleros y de pequeños campesinos, reforzará vuestra posición. Es indispensable golpear a la burguesía con un impuesto ex traordinario, y mejorar en la práctica, inmediatamente y cueste lo que

cueste, la situación de los obreros, jornaleros y pequeños campesinos; mis mejores votos y deseos de éxito.

Lenin

-¡Ay, Tito! Me dan miedo las personas tan radicales. ¿Harán todo lo que dicen? ¿Qué mundo nos espera? En cualquier momento pueden venir y ponernos en la calle y dar nuestra casa a otros -comentó Paz asustada.

-Claro que pueden hacerlo, pero lo dudo. Ya verás como se produce alguna reacción. Estoy seguro, y no me preguntes la razón, de que esta república, que no es más que una mala copia de la rusa, fracasará. No te inquietes y viaja tranquila, ya ves que en estos cuatro días no se han producido altercados. Además, podemos comunicarnos por teléfono -dijo Luis Fernando con intención de tranquilizarla, y añadió:- Pediré al barón Redwitz que te acompañe a la estación. Él se quedará conmigo, como siempre, así que nada debes temer, querida.



A pesar de que la familia de su marido tenía allí una residencia real de caza, Paz nunca había estado en Berchtesgaden, que era un pequeño pueblo situado en la cara norte de los Alpes. Su hijo y su futura nuera lo habían elegido por su tranquilidad y porque quedaba a mitad de camino entre Múnich y Viena.

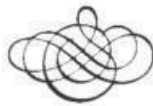
Paz se acomodó en el asiento y comprobó que el tren iba casi vacío. Lo que no se imaginaba en aquellos momentos era que aquel era el último que salía, porque ante los disturbios que se esperaban, las autoridades habían decidido suspender el tráfico ferroviario.

Tenía unas cuantas horas por delante. Estaba contenta de que Adalberto hubiera tomado la decisión de casarse. No conocía mucho a Augusta, pero la imagen que conservaba de ella era muy buena. Desconocía dónde querían celebrar el enlace, pero ni Viena ni Múnich eran lugares recomendables entonces. Hizo ademán de tomar uno de los libros que llevaba para el viaje, pero no le apetecía leer, se sentía invadida por una especie de laxitud que le impedía mover ni un solo músculo. Era una sensación nueva y placentera. Solo le apetecía seguir deleitándose con el hermoso paisaje, no pensar en nada, ni en nadie...

Un ligero traqueteo del tren la despertó. Miró por la ventana; estaban circulando por una especie de desfiladero con un paisaje grandioso. Era en verdad hermoso. Su marido le había dicho que le entusiasmaría, y estaba en lo cierto. Inmediatamente pensó en su hija Pilar, seguro -se dijo- que ya se ha hecho con los materiales necesarios y está pintando alguno de estos paisajes.

Qué lejos estaba Paz y cualquiera de los habitantes de Berchtesgaden de imaginar que

aquel lugar, cuatro años más tarde, se haría famoso en el mundo entero por haber fijado allí su residencia uno de los mayores asesinos de la historia. Desde el día que Adolf Hitler descubrió esta localidad, sus montañas se convirtieron en el lugar ideal para escapar del bullicio de las grandes ciudades. Allí mandó construir su famoso Nido del Águila.



-Tranquilízate, mamá, en cuanto se restablezca la comunicación telefónica hablaremos con papá. Ya verás como no le ha sucedido nada malo.

-Quisiera tener la misma seguridad que vosotros, pero no puedo. No hay prensa, estamos al margen de todo. ¡Dios mío! -se lamentaba Paz-, tenía que haberme quedado a su lado.

En el hotel Panorama, donde se hospedaban, nadie sabía con exactitud lo que sucedía en Múnich. Ni en el hotel ni en la pequeña localidad alpina donde habían disfrutado de unos días tranquilos, profundizando en su mutuo conocimiento, se podían enterar de la actualidad. De vez en cuando se escuchaban afirmaciones que resultaban difíciles de creer...

-Adalberto -llamó su madre-, ¿crees que será cierto que hayan ejecutado a esas ocho personas por considerarlas espías de la derecha?

-No sé, madre. Sabes que muchas veces se exageran las cosas, aunque de esa gente se puede esperar todo.

-Si eso es así, si han asesinado a ocho personas, será para acallar algún conflicto -dijo Pilar.

-Decían esta mañana -apuntó Adalberto- que, ante la pérdida de credibilidad de los Consejos, fueron los propios comunistas los que se alzaron contra la república en un intento de salvarla.

-¿Pero nunca va a reaccionar la derecha? -preguntó la prometida de Adalberto.

Lo cierto era que muchos de los rumores que les habían llegado eran ciertos. Y en plena crisis de la república, los comunistas habían conseguido hacerse con el Gobierno. Los obreros fueron armados y disuelta la tropa republicana de defensa de Múnich. Todos los automóviles y bicicletas fueron embargados.

La reacción de la derecha no se hizo esperar; un contingente de treinta mil hombres, con la llamada Guardia Blanca del Capitalismo, entró en Múnich, donde se desarrolló una lucha encarnizada. Al final, los comunistas fueron derrotados. La contrarrevolución, dirigida por el primer ministro de la SPD (Partido Social Demócrata de Alemania), Hoffmann, había triunfado.

Paz y sus hijos no pudieron establecer contacto con Múnich hasta los primeros días de

mayo. Luis Fernando consiguió tranquilizarlos por teléfono y asegurarles que todo estaba bien. Habían vivido momentos críticos. Les confesó que, ante la amenaza del Gobierno radical de los comunistas de fusilar a todos los príncipes, nobles y oficiales, él había querido abandonar Múnich para reunirse con ellos, pero le resultó imposible porque muchos de los enfrentamientos se libraban en la misma plaza de Odeón.

-Hoy mismo -les dijo- han terminado los centenares de ejecuciones con las que se saldan los enfrentamientos.

-¿Tú cómo estás, Tito? -preguntó Paz.

-Bien, bien. Con ganas de veros.

-¿De verdad estás bien? -insistió.

-Sí. Por cierto, te voy a dar una alegría -dijo Luis Fernando-. Tu amiga Sophie ha salvado la vida gracias a la carta del emperador que le habías dado como recuerdo.

-¿Cómo? Explícate, por favor.

-Sabes que ella es comunista y tomó parte activa en el conflicto. Fue hecha prisionera y condenada a muerte. Unas horas antes de su ejecución alguien registró en sus pertenencias y se encontró con la carta de Guillermo II en la que te pide le digas a ella que nada desearía más que la paz... Las autoridades, al pensar que podría ser amiga o conocida del emperador, decidieron indultarla.

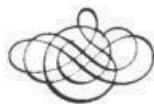
-Cuánto me alegro. ¿Cómo te has enterado?

-Ella misma me lo contó. Venía a verte. Te dejó una carta. Pero, querida Paz, ya seguiremos hablando.

-Mañana mismo salimos para ahí. ¿ Se nota mucho en la ciudad el cambio de Gobierno? - quiso saber Paz.

-Sí, yo creo que lo notaréis nada más llegar.

Múnich se había convertido en la capital contrarrevolucionaria y antirrepublicana. La ciudad conservadora que permitirá las actividades de algunos nacionalistas exaltados.



Sin duda, Augusta y Adalberto habían acertado al elegir Salzburgo como escenario de su boda. La ceremonia, oficiada por el arzobispo Rieder en su capilla, fue íntima y sencilla. Solo asistió un reducido grupo de invitados dentro de la familia. Todos lamentaban que Fernando

María, el hermano mayor del novio, no hubiera podido desplazarse desde Madrid.

Los novios se fueron a pasar unas semanas a la isla de Herren, en las inmediaciones del lago de Chiem, una de las zonas más hermosas de Baviera, en la que ya se había fijado el rey Luis II para levantar uno de sus castillos más soñados, aquel que pretendía ser una copia exacta del de Versalles.

La situación no permite hacer grandes dispendios. La asignación oficial que tenían los príncipes de Baviera ha desaparecido y Paz hace equilibrios para afrontar los gastos excesivos generados por su vida anterior; no quiere dejar en la calle a algunas de las personas que hasta ahora les han servido. ¡Cómo comprende a su madre! Cuánto debía de sufrir al verse obligada a hacer frente a la falta de dinero.

Paz ayudará a sus hijos en todo momento, por ello habilitará una de las habitaciones de la casa en la plaza Odeón para Augusta y Adalberto. De esta forma, su hijo podrá seguir estudiando.

Paz sabe que su familia la necesita más que nunca y ella está dispuesta a no fallarles. Ni a ellos ni a sus ideales. Siempre fue enemiga de las guerras, pero ahora se ha convertido en una pacifista militante. Ha escuchado a Marc Sangnier, y sus palabras la han movido a trabajar por la paz. Este decía:

Los amigos de la paz han de estar vigilantes, si desean que la última guerra siga siendo realmente la última, ya que a pesar de todos los congresos y conferencias, permanece tensa la situación en Europa y en el mundo entero. No tenemos una guerra declarada, pero tampoco tenemos una paz auténtica, y en todas partes surgen focos de tensión que pueden servir de mecha para el próximo incendio.

Paz no se conformará con asistir a congresos. Sus colaboraciones en prensa son frecuentes, no solo en España; también es normal leer sus opiniones en los diarios alemanes.

Gracias a las memorias de Konstanze Hallgarten, publicadas en 1954, se conoce que Paz militó en el movimiento que aquella dirigía: la Liga Mundial por la Paz de las Madres y Educadoras.

Manteníamos reuniones en el piso de una de las compañeras. Un día del año 1919 vinieron a decirme que en la puerta esperaba una princesa bávara, acompañada de otra señora, y preguntaban si era posible participar en la reunión. Yo les contesté que no tenía ningún inconveniente, pero que no podíamos hacer distinciones de ningún tipo ni tampoco considerar título ni protocolo. La princesa me respondió que tampoco ella deseaba distinción alguna y que se sentaría donde le indicásemos.

Desde entonces fuimos buenas amigas y colaboramos en todas nuestras actividades pacifistas.

Hoy, años después de la catástrofe europea, cuando paso revista a las personas que me hubiera gustado volver a ver en Alemania -las cuales son muy pocas-, pienso en la bondadosa cara de aquella princesa bávara, de pura sangre española, que en mis recuerdos permanece como una de las pocas y auténticas mujeres pacifistas que he conocido en mi vida.

Paz no tenía en cuenta la ideas políticas de alguna de las militantes de estos movimientos -probablemente muy distintas a las suyas-, solo le interesaba sumarse en la defensa de las causas que consideraba justas, y para ella la unión de todas las madres del mundo para instruirse y poder educar a sus hijos en el espíritu de renuncia a la violencia y de la justicia social era algo primordial, y este era el objetivo de la Liga Mundial por la Paz de las Madres y Educadoras, que Paz asumía como propio.



Apenas puedo expresar con palabras mis sentimientos. Si me vieseis caminar en puntillas o me oyeseis hablar muy suavemente cuando aparto las cortinas de esta cuna, comprenderíais lo que soy incapaz de manifestar. Esta cuna, histórica para nuestra familia, se la regaló mi madre a mi suegra cuando nació mi marido en el palacio de Madrid. La ocuparon, sucesivamente, mis hijos y más tarde los de mi hijo Fernando cuando vino a nuestra casa. Ahora está echado en ella un niño encantador, el primero de mi hijo Adalberto. El pequeñuelo duerme profundamente sobre la blanda almohada, cuya cenefa bordada despierta en mí el recuerdo de los conventos españoles, donde las monjas llevaron a cabo cada puntada, acompañada de sus rezos y sus bendiciones. El niño se llama Constantino Leopoldo; Constantino en recuerdo de la cruz que contempló en el cielo el gran Constantino. Desde el principio debe aprender que solo es posible lograr el vencimiento con ese signo...

Paz, en este texto, desea hacer partícipes a todos de su alegría como abuela, y aunque asegura no mimar al recién nacido -«En Alemania comienza la disciplina en la cuna»-, no escatimará ni un minuto para dedicárselo a su nuevo nieto. ¿Y los otros? Ella solía decir: «Pienso en los otros nietos que están en España, y el que está aquí recibe los abrazos que son para todos... Cuando llora, le canto muy bajito los cantares de mi tierra, lo que se me ocurre, "Guernicaco" o "El guitarrito"». Luis Alfonso, su nieto mayor, cumplirá este año los catorce.

-¡Dios mío! Tito, ¿sabes cuánto tiempo hace que no vemos a nuestros nietos?

-Yo más que tú, querida. En el último viaje no te acompañé -le recordó su marido.

-Pues yo -afirmó Paz-, hace seis años. No sabes qué ganas tengo de verlos.

-Si quieres, nos vamos en el otoño, aunque Nando no esté en Madrid.

Su hijo les había escrito para avisarles de que el rey Alfonso XIII lo enviaba en representación suya a Chile, al estrecho de Magallanes, con motivo del centenario de su descubrimiento. Tenía previsto visitar varios países y calculaba que estaría fuera de Madrid unos cuantos meses.

-Estoy deseando verlos cuanto antes, pero prefiero que esperemos para que Nando se encuentre en España. Me daría mucha pena no poder abrazarle -aseguró Paz.

-¿Alguna vez pensaste que Adalberto obtendría el doctorado en historia? Ha salido a ti, querida -le dijo sonriendo su marido.

-No me digas, Tito, que te disgusta que nuestro hijo haya dejado el Ejército y el mundo de la política.

-No exactamente, pero la verdad es que esperaba otra cosa de él. Claro que en los tiempos que corren, mejor que intente vivir al margen de la política.

Paz recordó en aquellos momentos la reacción de Tenorio cuando le enseñó unas cuartillas que había escrito para publicar en La Basílica Teresiana en las que aludía a la política:

El mes pasado os prometí una lista de las cosas buenas que pudiéramos hacer. Ante todo, no perder el tiempo con discusiones políticas. Cuando yo era joven, tomaba esas cosas a risa y solía decir: «En España no se puede hacer la digestión sin una buena dosis de discusión política al final de cada comida»; pero ahora, como mujer de un médico, os aseguro muy en serio que las discusiones políticas son nocivas a la digestión, y como vieja y ya de alguna experiencia os digo que en esas discusiones se pierden horas preciosas que pudieran emplearse en cosas más útiles. Además sin querer ofender a nadie, se me figura que no siempre se habla con conocimiento de causa de los asuntos que se discuten. Ponga cada uno la mano en el corazón y dígame si ha estudiado a fondo la mayoría de las cosas que critica.

A pesar de la risa, Tenorio le había dicho que estaba de acuerdo, pero que nunca se conseguiría que los españoles no siguieran enfrascándose en disputas sobre política que verdaderamente no conducían a nada y dedicaran el tiempo que se pierde discutiendo a formarse más, a introducirse en el mundo de la cultura.

-No olvidéis, señora, que los españoles somos un tanto peculiares -le comentó Tenorio.

Para ilustrar el comentario de Tenorio, Paz aludió a algo que le había contado su hermano, el rey Alfonso XII. Era una estampa en la que se representaba a España, Francia e Inglaterra en forma de tres cucañas; el inglés subía fácilmente a la suya porque le empujaban todos sus compatriotas; los franceses, cruzados de brazos, miraban con entusiasmo cómo subía el suyo; pero los españoles, al que quería intentarlo, le tiraban de los pies.

Tenorio y ella habían reído con aquella caricatura, sin duda exagerada, pero no exenta de

cierta realidad.

Paz se alegró de que la evocación de estos recuerdos expandiera un poco su espíritu y le dijo a su marido:

-Tito, me alegro de que Adalberto se haya inclinado por la historia. Acabamos de salir de una gran guerra con millones de muertos y todo porque la política, los políticos han fracasado. Tenían que haber evitado la confrontación con todos los medios a su alcance. Y no lo han hecho. Pero hablemos de otras cosas, no perdamos el tiempo elucubrando sobre lo que pudo haber sido y no fue. Por cierto, si no tienes inconveniente me gustaría asistir al Congreso Mundial por la Paz y Justicia Social que se celebrará en París.

-Querida, puedes viajar tranquila, aunque ¿no crees que tu militancia en estas asociaciones es una forma de hacer política?

-No. Nuestro objetivo es que los políticos sepan lo que la sociedad quiere de verdad. Recordarles que la paz es el bien más valioso.

-¿Le has enviado a Nando tu escrito como homenaje a las mujeres venezolanas y chilenas?

-No. Lo haré mañana.

El infante Fernando, en aquel viaje por América en representación del rey, dio a conocer el texto que su madre había escrito para la ocasión. La escritora Teresa de la Parra fue la encargada en Venezuela de dar contestación a las palabras de la infanta Paz.

1921. España, de nuevo



Estoy sentada bajo una encina en el jardín. No es un sueño. El suelo que pisan mis pies es tierra española, me lo demuestran el cielo azul y el sol radiante. Un viaje a España no significa para mí el capricho de un turista; es algo más serio. Raíces muy profundas me unen a esta tierra... Yo habría viajado desde Alemania hasta aquí solo por gozar un día de este aire y de esta luz. Ayer di un paseo con mi marido. Era una mañana encantadora. Mi marido comenzó algunos trabajos de excavaciones, en busca de antigüedades, pues el terreno cubre colonias del tiempo de los romanos y otros siglos más antiguos. Un poco más allá pintaba mi hija Pilar y Adalberto leía, sentados sobre una pequeña colina. Mi joven nuera vigilaba los pasos de su hijito. Toda la atmósfera respiraba dicha y paz. Se oían las esquilas de las mulas que araban y el canto de los labradores.

Después de los días en Madrid, rebosantes de emoción al reencontrarse con los suyos, Paz quiso que se fue ran a la casita que poseían en Luján, a la que le habían puesto el nombre de Villa Paz, cerca de Cuenca.

En el campo, en contacto con la naturaleza, tanto Paz como Luis Fernando son felices.

Habían llegado a Madrid en los primeros días de octubre, a tiempo para asistir a la boda de la hija de la duquesa de Parcent con el príncipe Max Egon von Hohenlohe Langenburg en la iglesia de la Encarnación.

Paz, nada más llegar a España, notó el cambio efectuado en su país. La neutralidad en la guerra les había favorecido indudablemente.

-Sobre todo han crecido las industrias textiles catalanas, la siderurgia y la minería. Nos hemos convertido en los proveedores de algunos países.

-Isabel -dijo Paz-, me imagino, por lo que me estás diciendo, que las ganancias obtenidas en España durante estos años tienen que haber cancelado la deuda externa.

-No solamente eso, sino que el Banco de España ha acumulado importantes ganancias.

Las dos hermanas se habían quedado solas y podían charlar con toda sinceridad. Isabel solía afirmar que Paz era «oro molido». Paz siempre había estado dispuesta a no manifestar su discrepancia con algunas reacciones autoritarias de su hermana. Todo lo contrario le sucedía a Eulalia, que por su carácter chocaba continuamente con su hermana mayor.

-¿Qué sabes de Eulalia? -preguntó Isabel.

-Creo que ha hecho las paces con el rey. Alfonso le ha dicho que puede volver a España cuando quiera -respondió Paz.

-Eso ya lo sé. Alfonso me contó que se habían encontrado este verano en Deauville y que no se le ocurrió mejor forma de solucionar la embarazosa situación que invitarla a volver cuando quisiera. ¿Pero te ha dicho ella algo sobre si piensa visitarnos? -preguntó Isabel.

-Desconozco lo que hará. No me ha dicho nada, aunque sería bueno que viniera -dijo Paz.

-No estoy yo tan segura -matizó Isabel-. Paz, a nuestra hermana pequeña le gusta demasiado llamar la atención.

La publicación de un libro de la infanta Eulalia, en París, *Au fil de la vie*, provocó una reacción inmediata en su sobrino Alfonso XIII. El rey prohibió la difusión del libro y se publicó una Real Orden vetando la entrada de Eulalia de Borbón en España.

Existían determinados aspectos en el libro de la infanta que no podían sentar bien en una sociedad conservadora como la española, y el malestar se agravaba al estar escrito por una infanta, por una tía del rey.

Eulalia hablaba de la emancipación femenina. Abogaba por la autonomía económica de la mujer, imprescindible para dejar de ser una propiedad más de los hombres. No escapa a su análisis el tema del divorcio, mostrándose partidaria del mismo. Ella estaba padeciendo el problema. Vivía separada de su marido, pero no podía divorciarse.

-Ahora que estamos solas -apuntó Paz-, puedo ser sincera contigo y decirte que, sin estar de acuerdo con todo lo expuesto en el libro de Eulalia, creo que el rey se excedió al prohibirle la entrada.

-Ni hablar. Ha hecho lo que tenía que hacer -dijo Isabel con fuerza-. Eulalia no acepta las normas, solo quiere hacer lo que le apetece.

Paz no replicó. Se había dado cuenta de que su hermana mayor tenía mucho que ver en aquella decisión del rey y, además, jamás Isabel criticaría nada que este hiciese. Eran muchos los que apuntaban que la infanta había sido bastante responsable de la educación de Alfonso XIII.

-Por cierto, Isabel, ¿qué sabes de nuestro sobrino Luisito? -se interesó Paz.

-No le llares Luisito. Me molesta que se refieran a él en diminutivo, es como si quisieran recordar su condición -exclamó la infanta Isabel-. Nada sé de él y no tengo ningún interés por enterarme.

-Eres demasiado dura con él. Es nuestro sobrino. Tenía doce años cuando sus padres se separaron y su vida sufrió un cambio radical. Cambio que aún no ha asimilado.

-Paz, tu bondad te impide ver las cosas como son. Luis es un frívolo que debería cuidar un poco su imagen, aunque solo fuera por respeto a nosotros. Con su madre ya tenemos bastante - dijo enfadada Isabel.

Lo cierto era que el segundo hijo de la infanta Eulalia, Luis, al que esta había pedido que hicieran el vacío, llevaba una vida al borde del escándalo. De hecho, tres años más tarde de que sus tías mantuvieran esta conversación fue expulsado de Francia por ser sospechoso de traficar con drogas. La respuesta de su primo el rey Alfonso XIII no se hizo esperar, anulando los privilegios de Luis como infante de España y retirándole el título que la reina regente le había concedido.

-Pero es un miembro más de la familia y no debemos desentendernos de él -insistió Paz.

-Hablemos de otras cosas. ¿Cómo ha sido tu reencuentro con Comillas? Sé que has querido dormir allí.

-Tú sabes que en esa localidad he vivido días inolvidables de mi juventud, unas veces con mamá y otras con nuestro hermano Alfonso. Fue hermoso para mí volver a despertar en Comillas, como entonces. Sí, Isabel, me emociona comprobar -siguió diciendo Paz- cómo después de casi medio siglo, tras pasar por catástrofes históricas, en Comillas no ha cambiado nada en el sentido espiritual... Voy a misa en la misma capilla en la que estuve con mamá y con Alfonso. En los lugares en que has sido feliz notas más la ausencia de los seres queridos, pero tengo la sensación de que los recupero de nuevo; se hace tan claro el recuerdo...

-Eres tan romántica, Paz -dijo Isabel, suspirando-. Te juro que a veces me cuesta seguirte en tus razonamientos.

-Sí, es posible. Pero esto lo vas a entender; nuestra visita a Comillas fue maravillosa, porque, además, nos acercamos a Santillana del Mar y Tito, por fin, pudo visitar las cuevas prehistóricas por las que suspira desde hace tiempo.

-¿Le gustaron? -quiso saber la infanta Isabel.

-Le entusiasmaron las pinturas primitivas. Asegura que estas han abierto nuevos horizontes a la investigación del arte y la vida de aquellos tiempos.

-Me ha dicho Crista que piensas viajar a Roma para asistir al Congreso Eucarístico - comentó Isabel.

-Sí. Mi hija Pilar irá conmigo.

-Me gustaría acompañarte -dijo Isabel-, pero ya no estoy para viajes.

Paz miró a su hermana con cariño. Lo cierto era que su aspecto había cambiado. Seguro que Isabel pensaría lo mismo al verla a ella. Cuando se alcanza determinada edad, se acusa mucho más el paso del tiempo. Y siete años son muchos para que no dejen huella.

La infanta Isabel ya había cumplido los setenta, pero eran sus achaques reumáticos los que limitaban bastante su actividad.

-Por cierto, Paz, ¿no habéis pensado en el matrimonio de Pilar? -quiso saber Isabel.

-No. Luis Fernando y yo hemos decidido dejarla hacer lo que quiera.

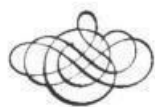
-¿Pero cuántos años tiene? -insistió Isabel.

-Treinta.

-¿No crees que estaría mejor casada?

-Es posible, pero depende de ella.

Paz quería mucho a su hermana, aunque jamás compartiría con ella sus sospechas sobre los sentimientos de su hija, que respetaba.



El 21 de mayo fue la fecha que el papa fijara para nuestra audiencia. Crucé de nuevo las salas por donde fui cuando niña y, más tarde, ya madre. En el Vaticano no se ha efectuado ningún cambio. En el mismo lugar que ocupara Pío IX se erguía Pío XI. Nos arrodillamos y le besamos la mano. Nos invitó a tomar asiento y nos dijo que hablásemos el idioma que quisiéramos, incluso español. Hablamos alemán. Él lo hablaba bien. Nos hizo varias preguntas sobre el movimiento científico y literario de Alemania. Se enteró de todo. Me dijo lo satisfecho que estaba del congreso que se celebraba. Le informaba de las sesiones el cardenal Merry del Val. Yo aproveché justamente esa ocasión para expresarle mi alegría de que fuese el cardenal español Merry del Val, cuya familia conocía desde niña, quien presidiera nuestras sesiones.

De un modo mecánico, según costumbre, después de la visita a su santidad el papa, un criado, vestido de terciopelo rojo, nos llevó ante el secretario de Estado, cardenal Gasparri. Este hablaba con tal fluidez español, que preferí servirme de mi lengua materna... «¿No encuentra usted -le pregunté- que, aunque me llamen optimista, el mundo está mejor que antes?»; «No cabe duda», me contestó tan convencido como yo. A continuación, Gasparri nos describió, a grandes rasgos, la situación actual. Como un diagnosticador experto que ausculta a un enfermo, nos dijo que lo peor era el hambre de Rusia. «El papa -nos aseguró- ha enviado tres trenes de alimentos y además dinero a diversas regiones del país». Para Roma no hay predilectos, como afirman algunos con notoria falsedad, sino que auxilia allí donde la necesidad es mayor...

El 24 de mayo transcurrió algo agitado en Roma; no porque el papa recibiera a los congresistas en el patio Belvedere, en el Vaticano, sino porque aquel día era el de la declaración de guerra de Italia y dio lugar a escenas violentas en las calles. Se declaró la huelga. Por primera

vez oímos hablar de «fascistas». Decíase que traerían una transformación en Italia. Por lo pronto no podíamos formarnos idea de lo que se proponían. Por la noche hubo disparos entre fascistas y comunistas. Llegamos demasiado tarde al Vaticano, pero aún con tiempo para contemplar la fiesta religiosa.

La blanca figura del papa, rodeada de cardenales, obispos y miles de peregrinos de todas partes del mundo, se levantaba sobre un tablado. Dijo exactamente las palabras que yo deseaba oír de su boca: «La paz que todos anhelan y que no es capaz de dar el mundo, esa paz solo puede venir de Dios».

Así narra la infanta Paz parte de sus vivencias en la agitada Roma de 1922, al asistir al Congreso Eucarístico celebrado en aquella ciudad. Al regreso del viaje, publicaría un pequeño librito, titulado Roma, en el que recapitula las impresiones recibidas en las tres visitas realizadas a la Ciudad Eterna.

Antes de abandonar Roma, Paz acudió a saludar a la reina madre Margarita, con la que mantenía una excelente relación. No quiso la reina que se fuera Paz sin saludar a su hijo, el rey. Paz comentaría que a Víctor Manuel no le resultaban antipáticos los fascistas. Tal vez la opinión del monarca era sincera o puede que estuviera forzada por la complicada situación que se vivía en aquellos momentos: unos meses más tarde, Víctor Manuel III encargaría a Benito Mussolini formar Gobierno.

Con aquella decisión, el monarca italiano iniciaba el camino hacia lo que sería el ocaso de la dinastía Saboya.

Resulta interesante comprobar el contacto que mantuvo la infanta Paz con los personajes más importantes de su tiempo. No solo del mundo artístico, cultural y político, sino también en el ámbito religioso. El cardenal Gasparri, por ejemplo, al que alude en sus comentarios y con el que mantiene una amplia conversación en español, será uno de los protagonistas del Tratado de Letrán por el que el Gobierno de Italia reconoce la soberanía del Estado Vaticano.

Paz es una persona activa y dispuesta a colaborar con las iniciativas encaminadas a conseguir alguno de los ideales en los que cree. Y así, movida por su espíritu de concordia, asistirá a todos los congresos internacionales por la paz: a los de Friburgo, Londres, Luxemburgo, París... Sin olvidar el apoyo directo a quien lo necesita. En una ocasión, el cónsul de España se pone en contacto con ella. Le cuenta que ha recogido a una niña gitana española a la que explotaban en un circo realizando números peligrosos. En uno de estos ejercicios tuvo un accidente. La niña se había escapado porque sentía pánico de tener que repetir la acrobacia. La habían encontrado unas personas que, al escuchar que se expresaba en español, se la llevaron al cónsul, y este, sin saber qué hacer con ella, llamó a la infanta. Paz se hizo cargo de la muchacha y la crio como a una más de la familia. La niña se llamaba Flora, y con ellos estuvo hasta que conoció a un joven chileno, con el que se casaría años más tarde.

También se ocupó de las prostitutas a las que trataba de rescatar de su esclavitud facilitándoles conocimientos para que pudieran desarrollar otro tipo de actividad que les

permitiera vivir sin vender sus cuerpos.

No era fácil la vida en la Alemania de 1923. La inflación se había disparado. Los dos años anteriores estuvieron marcados por la inseguridad, propiciada por numerosos atentados. Varios políticos fueron asesinados. La tensión política resultaba evidente.

-Me parece sorprendente, Tito, que en estos momentos tan difíciles la gente siga cultivando su vida espiritual. Te agradezco muchísimo que ayer me acompañaras al teatro. Esta mañana he escrito un artículo para publicar en España. Mira -dijo Paz, acercándole un folio.

Luis Fernando tomó el papel en sus manos y leyó:

El 23 de abril de 1616 dejaron este mundo dos poetas inmortales, el uno en España y el otro en Inglaterra: Cervantes y Shakespeare. Como todavía no se había introducido en Inglaterra el calendario gregoriano, no coinciden ambas fechas. Por el contrario, en Madrid y Stratford los calendarios indicaban el 23 de abril cuando cerraron los ojos. No sé si habrán pensado festejar ese día en sus países; lo único que sé es que en esta Alemania empobrecida, humillada y perseguida, podía leerse el 23 de abril el anuncio del teatro de Múnich: La comedia de los errores, por Shakespeare, y El teatro mágico, por Cervantes. Este pueblo es digno de admiración, se inclina ante el genio, hasta en esta época en que ni siquiera se sabe si será posible comprar pan mañana. El teatro estaba repleto. Claro que yo también acudí. ¡No podía faltar tratándose de festejar al gran poeta español!... El teatro mágico está muy bien traducido al alemán, y se ha puesto en escena de modo excelente. En el entreacto de la obra del supremo escritor español y del inglés una dama de la Cruz Roja pasó una bandeja, y cada uno aportó algo para mitigar la miseria actual. Con idéntico entusiasmo fue acogida La comedia de los errores que El teatro mágico de Cervantes. Todo esto lo cuento para honor del pueblo alemán...

-Está muy bien, querida, como todo lo que haces. Quisiera ser tan positivo como tú y quedarme siempre con lo bueno, pero no sé qué va a pasar en nuestro país. Las condiciones del Tratado de Versalles son excesivas y nos llevan a la ruina -dijo con pena Luis Fernando.

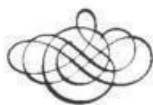
-Hace unos días, Pilar me contó que unos amigos habían asistido a una charla en la Bürgerbrukeller de un partido de derechas que rechaza el tratado y aseguraban estar dispuestos a enfrentarse con el Gobierno. ¡Ay, Tito, me gusta tan poco la violencia! -se lamentó Paz.

La Bürgerbrukeller era de las cervecerías más populares de Múnich en la que se celebraban mítines políticos criticando las acciones del Gobierno.

En noviembre de aquel año, 1923, un personaje no muy conocido entonces, Adolf Hitler, se acercó con unos seiscientos hombres de las SA (camisas pardas) a la Bürgerbrukeller en el momento en que el gobernador de Baviera, Gustav von Kahr, pronunciaba un discurso al que asistían unas tres mil personas. Mientras sus hombres cubrían las entradas de la cervecería, Hitler entró por la puerta principal, disparó al techo y subiéndose a una silla, gritó: «La revolución nacional ha estallado». Se declaró un Gobierno provisional. El gobernador fue detenido. Los

cuarteles de la policía fueron ocupados por seguidores de Hitler. Se hicieron con el Ministerio de Defensa bávaro y se enfrentaron a las fuerzas gubernamentales. Después de varios tiroteos, los insurgentes fueron controlados y Hitler y otros conspiradores, detenidos.

Este golpe no tendría mayores consecuencias históricas si no hubieran concurrido determinadas circunstancias. ¿En qué cambiaría el futuro si a Hitler y el resto de insurgentes detenidos se les hubiese aplicado la justicia sin ningún tipo de clemencia como sucedió? ¿Cuál habría sido su reacción si hubiesen permanecido cinco años en la cárcel, a los que «benignamente» los condenaron, y no solo los nueve meses que cumplieron? ¿Habría sido distinto su comportamiento posterior si hubiesen estado aislados y sin recibir visitas diariamente y durante varias horas en la cárcel?



De todo esto, sucedido en Múnich en noviembre de 1923, se enteró Paz por la prensa. En el mes de septiembre había salido para España. Todos los años acudía puntual a la cita con sus nietos y familiares. En su país de origen se nutría de una vitalidad que la ayudaba a enfrentarse el resto del año a las preocupaciones con cierto optimismo. En esta ocasión, decidieron viajar en barco; de esa forma, evitaban pasar por determinadas zonas de Alemania con presencia de franceses. Paz nos lo cuenta:

Me encuentro con mi marido, mis hijos y mi nieto en el magnífico vapor Cap Polonio, en viaje a España. No nos arrepentimos de haber elegido este camino. Una noche en el tren, desde Múnich a Hamburgo, y luego cuatro días en cómodas cabinas, sin polvo, en el magnífico aire del mar. Se ve lo infinito, se siente ensancharse el corazón y no es posible comprender por qué los hijos de Dios no pueden vivir en paz.

Cuando partimos de Hamburgo me alegré pensando que aquel barco había de transportarme a la costa española. Mi nieto debió notarlo, pues de pronto me preguntó: «¿Te alegras de que estoy contigo?». Lo abracé en vez de responderle... Hemos pasado el mar del Norte, atravesando el canal, y vemos a lo lejos las blancas rocas de la costa inglesa. También pude reconocer la Normandía. Despertó en mí viejos recuerdos de la infancia. En aquella edad de continuas alegrías pasábamos las vacaciones veraniegas con mi madre en la playa normanda. Allí nos encontrábamos al comenzar la guerra de 1870. Ahora se ha cambiado la suerte. Así es la vida. Los pueblos suben y bajan, como se remontan y sumergen las olas ante mis ojos. La misma pregunta de antes. ¿Por qué no pueden vivir en paz los hijos de Dios?

El vapor marcha ya en dirección al sur. El sol calienta cada vez más; el cielo y el mar se tornan más azules. De cuando en cuando me decía el capitán: «Malas noticias de España», y me mostraba algunos radiogramas...

Sin duda, lo que estaba sucediendo en España era en verdad alarmante. El general Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, había dado un golpe de Estado. Paz no podía disimular su inquietud, temía que a su sobrino, Alfonso XIII, le sucediera como a su madre.

-No te preocupes, mamá, la opinión de la mayoría de los españoles está a favor del golpe y parece ser que el rey también lo aprueba. Además, jamás el general Primo de Rivera haría nada en contra del rey.

-De eso estoy convencida, pero no sé...

Adalberto no se expresaba así solo para tratar de tranquilizar a su madre. Él creía que aquella era una buena salida a la crisis por la que atravesaba España, por ello insistió:

-Con el golpe de Estado, Primo de Rivera ha impedido que en el Congreso se analice el informe de lo sucedido en la guerra con Marruecos, en el que se implica directamente al rey como uno de los responsables.

-Pues a mí me parece, Adalberto, que siempre es mejor enfrentarse a la realidad y reconocer los errores. Pienso que el pueblo perdona con más facilidad un error que un engaño.

La guerra con Marruecos era una de las causas principales del malestar político y social en España. El desastre de Annual fue un duro golpe y efectivamente las responsabilidades de la derrota llegaban hasta el rey, que no atravesaba por su mejor momento. La bonanza económica que pareció instalarse en España en los tiempos inmediatos al final de la Primera Guerra Mundial, al incrementarse las exportaciones, no se consolidó. La mayor demanda de productos encareció los precios y las necesarias inversiones no se realizaron. Con lo cual, en 1923, el ambiente era más bien pesimista. De ahí que muchos pensaran que el Gobierno de Primo de Rivera pondría orden en España. Aunque otros, con destacada proyección política, habían pedido al rey que no favoreciese el establecimiento de un sistema autoritario, pero el monarca se decantó por apoyar a los golpistas nombrando presidente del Gobierno al general.

Las opiniones de su hijo tranquilizaron un poco a Paz. Los primeros días en Madrid tuvo oportunidad de escuchar opiniones dispares, aunque la mayoría de la gente parecía contenta con la nueva situación, que a ella seguía sin con vencerla. Una tarde mantuvo una conversación privada con su cuñada, la reina regente María Cristina de Habsburgo, y comprobó que esta compartía sus temores.

-Querida Paz, me he llevado un gran disgusto. Dios quiera que me equivoque, pero creo que Alfonso ha dado el primer paso hacia el exilio.

-Jan grave te parece? -preguntó Paz.

-Sí. Se ha suspendido la Constitución, disuelto los ayuntamientos, las diputaciones, prohibido los partidos políticos... es una locura, Paz, y lo grave es que mi hijo no se da cuenta -dijo con pena la reina-. No sabes las veces que le he repetido que la Constitución es el apoyo más firme y que todos debemos respetarla.

La regente lo sabía muy bien. Desde el día que, acompañada de sus hijas, viuda, embarazada del que sería Alfonso XIII, juró la Constitución en medio de la emoción de los asistentes, supo ejercer su misión con un rigor constitucional que a nadie le pasó desapercibido. Ella sabía muy bien que la Corona tenía un poder moderador y siempre fue escrupulosa con su función arbitral.

-Desgraciadamente -dijo Paz-, pienso como tú. Pero he tenido oportunidad de comprobar ahora, aquí, en Madrid, que la mayoría está de acuerdo con la dictadura.

-Sí, aunque eso no significa que mañana piensen de otra forma. Alfonso jamás debió permitir que suprimieran la Constitución, porque, sin ella, la monarquía caerá con la dictadura -sentenció María Cristina.



A pesar de que Paz se encontraba feliz al lado de sus nietos madrileños, deseaba pasar unos días en su casa de Luján, y en esta ocasión había conseguido que ellos la acompañaran en unas cortas vacaciones. Aquella propiedad les daba una independencia que les venía muy bien y se habían propuesto viajar a España por lo menos una vez al año. Ya hacía un tiempo que habían dejado Nymphenburg y Luis Fernando no terminaba de adaptarse a vivir en la ciudad.

A su regreso a Baviera se encontrarían con la agradable sorpresa de que se les autorizaba a regresar al palacio que había sido su residencia. Paz se alegró por su marido, porque sabía lo que para él significaba.

Sin embargo, resultaba un tanto deprimente encontrarse con la nueva realidad de Nymphenburg. El palacio se había convertido en residencia de unas cuantas familias desconocidas y a las caballerizas y cocheras se les había dado otra utilidad. La vida allí ya no podía ser como antes, pero, como decía Paz, el paisaje, los tilos y el aire eran los mismos. Y decidieron pasar los veranos en aquel lugar que tanto significaba en sus vidas. En Nymphenburg recibió una carta del conde Güell, tercer marqués de Comillas, nieto de Antonio López, a quien ella siempre había admirado.

Juan Antonio Güell le comunicaba que los vecinos de Santillana del Mar ponían a su disposición una casa, completamente amueblada, para que pudiese pasar allí todas las temporadas que deseara. La infanta Paz la aceptó emocionada.

Volví a Santillana del Mar. Mis cabellos se habían plateado, y en vez de mi hermano, iba mi hija sentada a mi lado en el carruaje. En la casa donde recibí el precioso libro me esperaba la hija del marqués, entonces una niña y ahora ya abuelita. Según costumbre española, me acompañó primero a la iglesia. La magnífica colegiata con el crucero seguía sin cambio alguno. ¡Qué son cincuenta años para las piedras que han vivido siglos! El alcalde me entregó la llave de la casa en una almohadilla de terciopelo. Yo misma abrí la

puerta y penetré en el portal. Todos me siguieron, pues querían ser testigos de mi alegría... En todo habían pensado aquellas buenas gentes, hasta en una biblioteca llena de libros y en un balcón lleno de flores...

Paz dejó constancia, como solía hacer, a través de sus impresiones, de los acontecimientos importantes de su vida. Para ella, que amaba España, aquel gesto de los habitantes de Santillana del Mar era algo que nunca podría olvidar. Cuando precisamente su vida no era un camino de rosas, la obsequiaban con una casa para que pudiera disfrutar de unos días de descanso en un lugar maravilloso como aquel, al que tan unida se sentía por los felices días pasados allí en su juventud.

El pueblo de Santillana tampoco olvidaría la jornada en que la infanta se presentó para recibir el regalo. El 12 de octubre de 1927, el diario La Vanguardia lo publicaba así:

La entrada de su alteza real la infanta doña Paz en Santillana del Mar ha revestido todos los caracteres de una solemnidad. El pueblo en masa se congregó desde primeras horas de la tarde de ese día inolvidable a las puertas de la villa, cuya entrada se saludó con profusión de cohetes y bombas de artificio que apagaban con su estruendo los entusiastas vítores populares. El tiempo espléndido, inusitado en la montaña en esta época del año, parecía asociarse al júbilo general, poniendo la alegría de un día de sol como marco del cuadro inolvidable.

Había salido la infanta del palacio de Sobrellano de Comillas, acompañada de la condesa de este título, del conde de Güell y del alcalde, llegando a Santillana a las tres de la tarde. A la entrada de la villa, donde estaba erigido hermoso arco de follaje con letreros alusivos, esperaba todo el pueblo y su ayuntamiento y los niños y niñas de las escuelas públicas, con sendas banderitas y ramos adornados con cintas de los colores nacionales.

El conde de Güell bajó del automóvil cediendo su puesto al alcalde de Santillana, don Juan Arronte Abascal, quien, acompañado del cabildo municipal y del alcalde de Comillas y teniendo a su lado al sabio párroco y cronista de la provincia, don Mateo Escagedo Salmón, cumplimentó a su alteza haciéndole entrega de las llaves de la villa y dirigiéndole expresivas frases de salutación en elocuente discurso, en el que se nombra a su alteza alcaldesa honoraria de Santillana del Mar, y al que correspondió la egregia dama con su habitual donaire.

La infanta, visiblemente emocionada, traspuso el umbral de su palacio. Después de recorrer las distintas estancias, alhajadas con exquisitez reveladora del gusto depurado de las personas que han dirigido la instalación, se retiró su alteza a descansar, despidiendo con frases amables, plenas de emoción, al distinguido acompañamiento, en medio de entusiasmo delirante y vítores ensordecedores del hidalgo pueblo de Santillana del Mar, que, desde hoy, está más de enhorabuena, por contar entre sus vecinos a la popularísima infanta artista y a su egregia familia.

La casa de Santillana que ponían a disposición de Paz era un edificio del siglo xv, propiedad del conde de Güell, que lo donó al pueblo de Santillana para que este, a su vez, se lo regalara a la infanta.

Aquella casa era un lazo más que reforzaba la relación de Paz y su familia con España, algo que ella estaba deseando.

Paz observaba en sus visitas cómo la situación había mejorado un poco en los casi cuatro años que llevaban de dictadura, aunque a ella seguía sin convencerla.

En una de sus estancias en Madrid tuvo la oportunidad de asistir a un almuerzo con el general Miguel Primo de Rivera. Paz ya lo conocía y sabía de su encanto y simpatía. Además, en aquellos momentos, la situación del militar era brillante, parecía que el país funcionaba. Dicen que en el transcurso de aquella comida, en un gesto amable, Primo de Rivera se interesó por las razones que habían llevado a la infanta a dejar de publicar sus «impresiones». Paz, muy sonriente, le contestó: «Porque tengo miedo de usted y de su censura, pues no estoy de acuerdo con todo lo que usted hace».



-Tito, me parece imposible que Crísta haya muerto.

-Sí, es difícil hacerse a la idea, pero para ella, ha sido lo mejor. Si pudiese elegir, me gustaría morir así, de repente, sin molestar, sin grandes sufrimientos -dijo Luis Fernando.

La reina madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena, falleció de repente la noche del 6 de febrero de 1929. Por la tarde había asistido a una representación benéfica en La Zarzuela, a favor de la Cruz Roja. Después de la cena, fue a una sesión de cine en palacio. Nada hacía presagiar el inmediato final. Parecía encontrarse bien. Al retirarse a sus habitaciones, citó a sus damas para las once, porque deseaba recibir personalmente a los reyes de Dinamarca, en visita oficial a España.

Paz y su marido, junto con la infanta Eulalia, que se encontraba con ellos en Múnich, se enteraron de la dolorosa noticia por telegrama: «Tengo el gran dolor de participaros la muerte de mi amada madre. Alfonso, rey».

Eulalia había salido para España con la intención de asistir a los funerales, aunque el mal tiempo impediría que llegara a tiempo.

-Puede que tengas razón, Tito, aunque yo preferiría saber que me muero -manifestó Paz-. Qué bien hemos hecho, en nuestra última estancia en España, al acudir a San Sebastián para verla. Ha sido una gran mujer y una reina consorte y regente excepcional. España ha tenido suerte con ella. Todos nos hemos beneficiado con su existencia. Cuánto sufrimiento, cuánto

dolor hubo de soportar y siempre sin un mal gesto -aclaró Paz.

-Sin duda, fue una gran mujer. Lo mismo que tú, querida -dijo Luis Fernando, convencido.

-Lo dices desde el cariño, Tito, y no sabes cómo te agradezco que pienses así. Es verdad que intento hacerlo bien cada día, aunque la vida no me ha puesto tantos obstáculos como a ella. Te sigo teniendo a mi lado, ella solo pudo disfrutar de su esposo seis años. Mis hijos viven todos, ella hubo de soportar la muerte de sus dos hijas. Mi responsabilidad es la de sacar una familia adelante, ella un país...

Estas opiniones favorables sobre la personalidad de María Cristina de Habsburgo-Lorena no eran fruto del afecto de sus cuñados. Toda España reconocía la gran labor de aquella joven austriaca, que un día llegó a Madrid para casarse con Alfonso XII, y a la que todos consideraron demasiado seria y estirada, pero que con el paso del tiempo se convirtió en una de las personas más queridas por los españoles. Conocida era la expresión de un destacado republicano que decía: «Los españoles solo deben descubrirse al paso del Santísimo bajo palio o ante la reina regente».

-¿Qué sabes de Isabel? -preguntó Luis Fernando.

-Nada, pero me imagino que estará afectadísima. Además, su estado de salud no es muy bueno últimamente -dijo Paz con pena.

-¿Cuántos años tiene tu hermana?

-Creo que este año cumplirá setenta y ocho. Cuatro más que la edad que tenía mamá cuando murió.

-Antes me decías -comentó Luis Fernando- que te gustaría saber cuándo te vas a morir, eso quiere...

-No -le interrumpió Paz-, deseo ser consciente en ese momento del tránsito, pero no saber en qué año, mes o día. Eso prefiero ignorarlo. Lo que sí te puedo asegurar, Tito, es que le pido a Dios que me lleve antes que a ti. Sería muy duro para mí seguir viviendo si tú no estás conmigo -dijo Paz, tomando en sus manos las de su marido.

-No digas tonterías, tú eres la fuerte y la más joven de los dos. No olvides, querida, que tengo tres años más que tú.

-Menudo par de jovencitos -dijo riendo Paz-. Tú cumples este año setenta y yo dentro de muy poquito sesenta y siete. Abrázame, Tito -pidió Paz con lágrimas en los ojos.

Si alguien pudiera verlos se enternecería ante la hermosa imagen que ofrecían. Paz permaneció arrebujada en los brazos de su marido, como si fuera una niña pequeña. De repente, se levantó y abrió la ventana para mirar al cielo.

-Qué pena, Tito, desde aquí no puedo ver la luna para saber en qué fase se encuentra. Qué

tonta soy, se me había olvidado que vivimos en la ciudad y aquí es mucho más difícil observar el cielo -dijo Paz, cerrando la ventana.

-¿Puede saberse para qué quieres ver la luna? -inquirió curioso Luis Fernando.

-He sentido un impulso, que no pude evitar, al recordar algo que hace mucho tiempo me comentó Pepilla. ¿Te acuerdas de ella?

-Claro, ¿cómo no recordarla? Vivió con nosotros más de quince años.

-Pues ella me contó que la fase de la luna era la misma cuando naciste tú que cuando nació yo, y que esa coincidencia volvió a repetirse el día de nuestra boda.

-No tenía ni idea -dijo Luis Fernando, un tanto sorprendido.

-La verdad es que nunca te lo comenté porque no le di importancia. Pepilla aseguraba que esa coincidencia significaba que estábamos hechos el uno para el otro. Ahora, a punto de cumplirse los cuarenta y seis años de nuestro matrimonio y al mantener esta conversación, recordé lo que decía Pepilla, porque, ¿sabes, Tito? Tenía razón. Jamás me he arrepentido de haberme casado contigo, y hoy sigo pensando lo mismo que aquel día en la Casa de Campo, ¿te acuerdas?

-¿Si me acuerdo? Dos años llevaba esperando que te decidieras, y hubiera seguido más tiempo mientras no te comprometieras con otro -aseguró Luis Fernando.

-¿Ha merecido la pena? -preguntó Paz con una dulce sonrisa.

-Por supuesto que sí, querida. Tú eres mi sostén, me das ánimos, me haces mirar con ilusión el futuro. Y además, me siento tan orgulloso de ti. Eres muy buena persona, Paz. Sabes perdonar, te entregas a los demás... Consigues que la vida resulte placentera, aun en los momentos difíciles.

-Gracias, Tito. ¿Te apetece una copita de ese vino tan rico que hemos traído de España?

-Si la tomas conmigo, sí.

-De acuerdo -dijo Paz, levantándose.

Seguían teniendo personas trabajando en casa, pero el número de sirvientes se había reducido. En otra época, Paz hubiese llamado a un criado, pero ahora, a aquellas horas de la noche, no disponían de nadie.

-Es excelente -comentó Luis Fernando.

-Quien primero nos habló de este vino fue Luisito, ¿recuerdas? -comentó Paz.

-Sí, por cierto, ¿es verdad que se casa?

El hijo homosexual de Eulalia, a quien su primo, el rey Alfonso XIII, le había retirado el título de infante de España, seguía teniendo cierto protagonismo en la prensa sensacionalista. Últimamente se hablaba de su matrimonio con una riquísima viuda francesa. De ser verdad, el escándalo estaba servido: la viuda del príncipe Amadeo de Broglie, Marie Constance Charlotte Say, tenía setenta y dos años, Luisito cuarenta y uno.

-No lo sé. Me ha comentado nuestra hija que un sobrino de la princesa Broglie, el duque de Brissac, ha denunciado a Luisito para tratar de suspender el matrimonio, alegando que su tía presentaba trastornos mentales, situación de la que se había aprovechado nuestro sobrino para convencerla y llevarla al altar.

-Tan rica es? -preguntó Luis Fernando.

-Mucho. Entre sus propiedades destaca el castillo de Chaumont. Es una pena la vida de nuestro sobrino, pero nada podemos hacer. Me encantaría que los tribunales impidieran el matrimonio -dijo Paz pensativa-, porque estoy convencida de que no puede acabar bien. La princesa es mayor que su madre. Estoy segura de que a Luisito solo lo mueve el dinero.

Los deseos de Paz no se cumplieron. Los tribunales, después de examinar cuidadosamente el caso, dictaminaron que no existía ningún derecho legal para oponerse al matrimonio.

Marie Say y Luis Fernando de Orleáns se casaron por lo civil en Londres y meses más tarde celebraron la ceremonia religiosa en la Riviera italiana, en la localidad de San Remo.

-¿Cómo son ahora las relaciones con su madre?

-Ya sabes que nunca han sido buenas, aunque estoy casi segura de que Eulalia no rechaza este matrimonio -afirmó Paz pensativa.



La curiosidad, las ganas de saber, de estar al día, constituyen probablemente un seguro de vida. La infanta Paz, con sesenta y siete años, mantiene intacta la ilusión y en su viaje a España no quiere desaprovechar la oportunidad de visitar la Exposición Universal que se celebra en Barcelona.

Le gusta conocer el arte de vanguardia, aunque muchas veces no le satisfaga. Está deseando contemplar el pabellón de Alemania. Le han dicho que es algo totalmente novedoso y que se convertirá en referente para la nueva arquitectura del siglo xx. Era obra del arquitecto alemán Ludwig Mies van der Rohe, quien, según los comentarios, era uno de los artistas más destacados en Alemania.

Ya habían abandonado el recinto ferial y la infanta Paz seguía recordando la imagen del pabellón, que en realidad resultaba sorprendente. Todo en él era distinto.

Aquel pabellón, que fue demolido al terminarse la exposición, se convirtió en la estrella de la misma, ya que muchos años después, en 1980, por iniciativa de Oriol Bohigas se volvió a reconstruir el edificio en su emplazamiento original, siguiendo el diseño de Ludwig Mies van der Rohe y con los mismos materiales utilizados por este. Los pilares, de acero. Las paredes interiores, exentas de la estructura, hechas de majestuosas piezas de mármol. Los grandes cerramientos acristalados.

La construcción, de pequeñas dimensiones, se levanta sobre una especie de templete o podium cubierto de travertino sobre el que, aparte del edificio, hay dos estanques: uno exterior y otro interior en el que se encontraba una sugerente escultura de Georg Kolbe: Der Morgen -La Mañana- (hoy reproducida en bronce). En el escaso mobiliario destacan las sillas, diseñadas por Van der Rohe, llamadas «Barcelona», de un depurado estilo modernista. La cubierta es plana. La edificación, en su sencillez y limpieza de líneas, ofrece un aspecto lujoso y muy difícil de olvidar, sobre todo por su luminosidad.

Paz solo permaneció un mes en España. En octubre se iba a reunir la familia en Nymphenburg para celebrar los setenta años de Luis Fernando.

Atendiendo a los deseos del homenajeado, fue una fiesta sencilla, una excusa de sus seres más allegados para poder estar junto a él y mostrarle todo su cariño.

Paz disfrutaba más que nadie de la familia. Si de ella dependiera, todos sus hijos se quedarían a su lado. Le encantaría vivir siempre rodeada de los nietos.

La presencia de su hijo mayor, Fernando María, al que ve con menos frecuencia, la colma de felicidad. Volver a estar con él en los sitios en los que siempre le asalta el recuerdo doloroso por su ausencia, la hace sentirse la persona más afortunada del mundo.

-Prométeme que os quedaréis unos días más.

-Es difícil, madre. El rey quiere que regrese cuanto antes; la situación en España se complica por momentos.

-Jero no decíais que Primo de Rivera era la solución? He estado hace unos meses allí y no percibí preocupación entre los españoles.

-La dictadura funcionó muy bien durante un tiempo. Pero últimamente se ha complicado todo. Creo que el rey puede estar pensando en prescindir del general Primo de Rivera en cualquier momento.

-En realidad, malos momentos los estamos pasando todos -dijo Paz-. La crisis económica es mundial...

-Sí, madre, pero España se resiente más, nuestra economía no es competitiva. Los capitales se han ido. Además -añadió Fernando María-, la labor de los partidos republicanos es muy eficaz y cada día cuentan con mayor número de apoyos.

Lo cierto era que las agrupaciones de izquierdas habían decidido aunar esfuerzos para conseguir su objetivo. La Alianza Republicana, integrada por la Acción Republicana y el Partido Republicano Radical, y por los monárquicos que rechazaban el apoyo dado por el rey a la dictadura, constituía un buen ejemplo del rechazo que en aquellos momentos sufría la dictadura. Otro factor a tener en cuenta era la postura de destacados intelectuales, que si bien acogieron, aunque con cierta cautela, la presencia de un dictador militar, ahora se mostraban totalmente contrarios a aquel sistema de Gobierno, que influía -y no positivamente- en sus vidas profesionales. En este grupo que empezaba a materializar su protesta figuraban nombres como Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Blasco Ibáñez, Ramón María del Valle-Inclán y Menéndez Pidal.

-Alguien me ha contado -dijo Paz- que es en Cataluña donde existe un mayor desencanto.

-Es verdad. Muchos catalanes esperaban una descentralización que no se ha producido, y de ahí la desilusión -afirmó Fernando María.

-Nando, dejemos la política. Cuéntame cosas de mis nietos -pidió Paz, sonriendo.

-Están estupendos. Luis Alfonso y José Eugenio han terminados sus estudios militares.

-¿Ya? Dios mío.

-Mamá, se te olvida que tienen veintitrés y veinte años. Por cierto, quiero que sepas que José Eugenio sacó el número uno de su promoción.

-¿Le sigue gustando la música? -se interesó Paz.

-Es su gran pasión. Yo creo que lo ha heredado de papá. Dice que su mayor felicidad sería llegar a componer.

-Eso es bueno, Nando. Nadie que sienta la música puede ser mala persona. ¿Qué me dices de Mercedes?

-Es la niña consentida de todos. Está en una edad complicada. Este año cumplirá los dieciocho, pero Luisa se entiende muy bien con ella. He acertado, madre, al casarme de nuevo. Luisa se ha comportado siempre como una verdadera madre con mis hijos.

Paz estaba convencida de ello. La marquesa de Talavera, Luisa de Silva, a quien ella había mirado con ciertas reticencias, había demostrado su inteligencia y se había comportado como una excelente esposa, madre y nuera. No habían tenido hijos. Tal vez por ello su vinculación con los hijos de Nando era plena. Por otra parte, ella los conocía muy bien, era la encargada de su educación antes de que su madre muriera.

-Mamá, el año que viene contamos con vosotros unos días en Madrid, ¿verdad? ¿Cuándo pensáis hacer el viaje, en primavera o en otoño? -quiso saber el infante Fernando.

-Me gustaría irme con vosotros ya -dijo Paz de forma espontánea-, pero me conformaré

con que nos vayamos en primavera.



Las Navidades fueron tranquilas. La presencia de los niños siempre entraña alegría e ilusión en estas fiestas tan dadas a la nostalgia y al recuerdo. Paz tenía con ella a los dos nietos pequeños, los hijos de Adalberto: Constantino y Alejandro, que hacen las delicias de la abuela.

El momento político en Alemania es complicado y las noticias que llegan de España son en verdad alarmantes. En enero de 1930, Alfonso XIII obligó a Primo de Rivera a dimitir, por miedo a que el desprestigio de la dictadura pudiera afectarle, y nombró presidente del Gobierno al general Dámaso Berenguer Fusté, jefe de su Casa Militar. Comenzaba el periodo conocido como la «dictablanda».

Paz lamentó la muerte casi inmediata de Miguel Primo de Rivera. Era un hombre todavía joven. Cuando escucha decir que ha muerto de pena y soledad, en la bulliciosa y hermosa ciudad de París, su corazón se apiada de él.

Su hermana, la infanta Eulalia, que vivía allí, tuvo la oportunidad de verle varias veces en los dos meses escasos que mediaron entre su obligada renuncia a la presidencia del Gobierno de España y la muerte.

Yo le veía frecuentemente en París, en donde llevó una vida desordenada, sin método, vida de hombre sobre el que gravita una tristeza que trata de alejar. Dormía pocas horas, descuidaba su quebrantada salud, sin otro afán que el de ser comprendido y apreciado en el sincero esfuerzo que había hecho. Muchas tardes llegaba hasta lo que llamaba mi «pabellón», en mi retiro de la villa Saint Michel, a tomar el té y entretener los dos nuestra soledad. Jamás en esas horas de amargas confidencias, y mucho menos cuando había testigos, oí de sus labios una palabra de crítica, ni un comentario insidioso, ni una queja en que envolviera al rey.

Cuántas vueltas daba la vida, pensó Paz. Ella, a pesar de ser optimista, está preocupada por el futuro. Qué lejos quedan sus convicciones cuando le aseguraba al cardenal Gasparri: «El mundo está mejor que antes». La verdad era que en aquellos momentos lo creía, pero ahora... Ahora, no solo le inquieta lo que pueda suceder en España. En Baviera está aflorando una especie de intransigencia que la pone muy nerviosa.

Ella siempre había trabajado y colaborado con agrupaciones pacifistas y en la Asociación de Mujeres Católicas, de la que fue presidenta, y nunca nadie criticó de aquella forma su conducta como ahora. Hacía unos días, en un diario alemán, Völkischer Beobachter (El Observador Popular), afín a los nazis, se escribía:

Otra asociación que será exterminada un día: las maquinaciones y el peligro público de la Liga Internacional de Mujeres -judías ricas y princesa bávara encabezan el bolchevismo de salón en el gueto de Bogenhausen.

La así llamada Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, como tantas otras asociaciones de mujerzuelas desocupadas, tienen que ser políticamente prohibidas a nivel internacional; esa sería la única Internacional contra la que no tendríamos nada. Sería una mala señal para las madres alemanas si ese griterío de «No más guerras» proferido por hembras histéricas encontrase aceptación.

Entre las damas de esa sección alemana, se encuentran nada menos que ocho judías, de las cuales ya son conocidas algunas, como Augspurg, Baum, etc., por su desagradable y tumultuosa intervención en el movimiento de emancipación de la mujer.

También es intolerable que, a pesar de colaborar con diputadas marxistas como la llamada Kathinka von Kardorff, se califiquen de apolíticas. El hecho de que encabece sus listas una princesa bávara, la princesa Ludwig Ferdinand von Bayern, además infanta de España, María de la Paz, sería solo un detalle cómico, si no fuera tan lamentable y tragicómico. Estas hembras han desencadenado los más primitivos instintos antimilitaristas, y como se ve, la distancia entre una judía rica y una princesa bávara no merece discusión, así como están a dos pasos Erich Mühsam y Kurt Eisner de Thomas Mann y Heinrich Heine.

Paz no pensaba abandonar su actividad por artículos panfletarios como este, ni le importaba mucho lo que decían, pero le molestaban quienes descalificaban a los demás por defender sus ideas.

En Múnich muy pronto tendrían elecciones. El partido nazi, de reciente creación, había despertado grandes expectativas.



Los meses estivales de aquel año, 1930, no registraron la inactividad propia de los periodos vacacionales. En España, los partidos de izquierda, los republicanos y los catalanistas de izquierdas enviaron representantes de sus respectivas formaciones a la reunión que el 17 de agosto se iba a celebrar en San Sebastián. El encuentro estaba promovido por Niceto Alcalá-Zamora y Miguel Maura. Acudieron a la cita, a título particular, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, Felipe Sánchez Román... Gregorio Marañón no pudo estar presente, pero sí hizo llegar su adhesión.

Allí se pusieron de acuerdo y firmaron el conocido como Pacto de San Sebastián, en el que se comprometían a una acción conjunta para conseguir proclamar la república. Se creó un comité revolucionario, presidido por Alcalá-Zamora.

El comité aprovechó el malestar existente en determinados sectores del Ejército. Sin embargo ahora no se trata de derribar a Primo de Rivera, como se pretendía en la Sanjuanada, sino de proclamar la república.

El pronunciamiento que han programado para el 15 de diciembre se llevará a efecto en jaca.

Tampoco en Múnich ni en toda Alemania el verano de 1930 fue relajado y tranquilo, sino todo lo contrario; los políticos se empleaban a fondo para conseguir el ansiado triunfo en las urnas. El descontento general del electorado iba a ser claramente rentabilizado por uno de los partidos.

El resultado de las elecciones del 14 de septiembre significó el respaldo espectacular de los alemanes al partido nazi de Adolf Hitler, que pasó de ser el noveno al segundo.

En las anteriores elecciones habían obtenido los votos suficientes para ocupar doce escaños; en esta ocasión, lograron ciento siete. A partir de entonces, al partido nazi le resultará mucho más fácil encontrar apoyos económicos que afiancen su posición.

Adiós a España



az piensa en la posibilidad de aplazar su viaje a España, donde la inestabilidad va en aumento. La sublevación registrada en jaca ha fracasado. Los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández, responsables de la insurrección, fueron fusilados.

-Sí, Pilar, ya sé que el Ejército tiene sus leyes y el consejo de guerra fue legal, pero deberían haberlos condenado a cadena perpetua. ¿Te imaginas la conmoción que se habrá originado? -dijo Paz pensativa.

-Sí, pero si hubiese triunfado, la sublevación sería mucho peor.

-¿ Crees que con esto se ha detenido?

-No sé, mamá, pero no deberíamos suspender el viaje. ¿Te ha escrito Nando? -preguntó Pilar.

-No, ni Luisa tampoco. Papá piensa que de momento debemos esperar -dijo Paz.

Paz sospechaba las razones que movían a su hija a no querer suspender el viaje a España, aunque no hizo ningún comentario. Dejaría pasar unos meses. Sin embargo, una noticia llegada a los pocos días desde Madrid hace que Paz recapacite y en los primeros días del mes de marzo sale para España con su hija Pilar.

Cuando llegan al palacete de la calle Quintana donde vive la infanta Isabel, Paz no puede disimular su nerviosismo. A su hermana le había dado una apoplejía. Sabe que ha pasado lo más difícil. Ellas llegaron el día anterior y se quedaron en casa de su hijo Fernando María. No quería ir a ver a su hermana hasta que la informaran de su estado y si ella deseaba verla. Como siempre, su hermana la sorprendió al llamarla por teléfono a casa de Fernando para preguntarle cuándo iría a visitarla. A punto estaban de encontrarse.

Isabel la espera sentada, con la cabeza reclinada. Se abrazaron emocionadas. Paz se da cuenta de que no puede moverse, pero comprueba cómo, a pesar de su situación, no ha perdido el humor.

-Ya ves que no he podido ir a recibirte, ni puedo acompañarte a ningún lado -dijo Isabel, sonriendo.

Paz trataba de disimular la emoción que le producía ver a su hermana en aquel estado y

como para convencerse así misma le dice:

-Dentro de poco podrás salir, ya verás.

-Todo eso es pura comedia, tú no, Paz, tú lo que tienes que hacer es contarme exactamente lo que está pasando en España. Creo que para evitarme preocupaciones no me dicen la verdad.

-Seguro que estás más enterada que yo -dijo Paz con total sinceridad.

Desde el 14 de febrero de 1931 España tenía un nuevo presidente. El rey había pedido al almirante Aznar-Ca bañas que sustituyera a Berenguer, en un intento de calmar los ánimos. Alfonso XIII también había decidido la vuelta a la monarquía parlamentaria y por ello se convocaron elecciones municipales para el 12 de abril. Se elegirían ochenta mil concejales en todos los ayuntamientos de España. Los alcaldes serían designados por los concejales.

-¿Y qué te parece la convocatoria de elecciones? -preguntó Isabel.

-Bien, aunque el error fue abolir la Constitución. Recuerdo tanto la opinión de Crista...

-Je quedarás mucho tiempo en Madrid? -le preguntó Isabel, cambiando de tema.

-Un mes. Pasaré aquí la Semana Santa y el mismo lunes de Pascua regreso a Múnich.

-Qué bien, así podrás hablarme de todos los actos a los que yo no puedo asistir.

Hacía muchos años que Paz no pasaba la Semana Santa en Madrid. Con auténtica devoción no exenta de melancolía, participó en los distintos actos y oficios que seguían celebrándose en palacio, como cuando era niña.

Todos los días iba a ver a su hermana, y la mantenía informada de cuanto sucedía. Isabel insistió en que Paz acudiera, en su nombre, a las capillas públicas propias de Semana Santa. Le pidió incluso que luciera sus trajes y alhajas. Luego Paz debería darle cuenta detallada de lo que había visto.

Paz alude a ello en sus reflexiones:

No quedaba contenta cuando yo no sabía decirle qué uniforme y qué condecoraciones llevaba el rey; pero, por lo demás, se divertía con mis observaciones. El domingo de Pascua me dijo que había cumplido con la Iglesia. Yo recordé que había comulgado muchas veces durante mi estancia en Madrid, y me explicó que una vez era San José, otra el Viernes de Dolores, pero esta el cumplimiento pascual. Siempre en ella el cumplimiento del deber, la obediencia del deber, la obediencia a la autoridad.

Paz dedicó todo el tiempo a su hermana, pero no quería regresar a Múnich sin haber pasado por su casa de Luján. Presentía que aquella podía ser su última visita a España y deseaba volver a ver los lugares en los que se había sentido feliz y que tanto significaban para ella.

Como el apasionado fotógrafo que quiere inmortalizar con su cámara la belleza de un paisaje, Paz intenta grabar en su retina las imágenes de aquel lugar. Se recrea en la vieja encina, en la loma donde le gustaba leer a Adalberto, en el color del cielo... Paz desea que sus temores sean infundados por lo que ello significaba y también para poder volver muchas más veces a Luján.

Llegó el momento de despedirse, y las dos hermanas sabían, aunque intentaran disimularlo, que era el adiós definitivo, que no volverían a verse. Ambas hacen esfuerzos para controlar el dolor que las embarga. Intentan provocar una sonrisa que frene las lágrimas que pugnan por salir. A duras penas lo logran y cada una piensa que ha conseguido suavizar el dolor de la otra...

Sin embargo, Paz, una vez sola en el coche, llora en silencio... Isabel, nada más despedirse de su hermana, ha pedido que en la silla de ruedas la lleven al balcón; desea ver cómo se aleja el carruaje en el que se iba Paz... Sabe que es la última vez.

El sonido del teléfono la sobresaltó y miró a su hijo Adalberto, que había contestado, interrogándole con los ojos. No decía nada, solo escuchaba, pero Paz sabía que no eran buenas noticias.

-Muchas gracias por avisarnos. Buenos días -dijo Adalberto.

Paz, sin que su hijo dijera nada, exclamó:

-No hubiera pensado que fuese tan rápido.

Pilar entró en aquel momento en la habitación y al ver la expresión de su madre, preguntó:

-¿Qué ha pasado, Adalberto? ¿Quién llamaba?

-Era el cónsul de España en Múnich. En España ha sido proclamada la república.

-¿Y el rey? -se interesó nerviosa Pilar.

-Ha abandonado España.

Paz lo escuchaba como en sueños, su único pensamiento es para su hermana, para Nando, para sus nietos... ¿Qué harían ellos?

-¿Eso qué significa, que han perdido las elecciones? -dijo Pilar-. Y si es así, ¿qué importa? No se votaba monarquía o república. Eran municipales.

-No tengo ni idea de los resultados. Pronto nos enteraremos. El cónsul se limitó a darme la noticia y comentó que el rey se había quedado solo. De todas formas, Pilar, si las elecciones las ganaron los republicanos, aunque sean municipales, es un mensaje clarísimo de lo que quieren los españoles.

Las elecciones las habían ganado los monárquicos, que obtuvieron veintidós mil ciento cincuenta concejales contra los cinco mil ochocientos setenta y cinco de los republicanos. Pero si se tiene en cuenta que ni en una sola capital de provincia consiguieron mayor número de votos los monárquicos, la derrota resultaba evidente. En Madrid y Barcelona, por ejemplo, los concejales republicanos triplicaban a los monárquicos. De nada servía la mayoría obtenida en las zonas rurales. En los centros urbanos decisivos e influyentes la derrota había sido clarísima.

¿Que Alfonso XIII podría haberse quedado? Por supuesto que sí, pero la monarquía estaba herida de muerte. Además, nadie le apoyaba. El general Sanjurjo, director general de la Guardia Civil, deja muy claro que no contendría un levantamiento contra la monarquía. El teniente general Berenguer, ministro de la Guerra, reconoce que la batalla ha sido ganada por los revolucionarios, y el director general de Seguridad, Emilio Mola, aconseja al ministro de la Gobernación ponerse de acuerdo con Alcalá-Zamora para que no sobrevenga una revolución sangrienta.

Los tres personajes citados eran cruciales en el sostenimiento de la monarquía. Ninguno se mostró dispuesto a ello. Y Alfonso XIII se fue al exilio.

Paz no se sorprende cuando conoce la decisión tomada por su hermana. Isabel, al enterarse de lo sucedido y de que el rey había abandonado España, pidió que inmediatamente organizaran su traslado a Francia. Las autoridades republicanas -conociendo su estado de salud- le hicieron saber que podía quedarse en España, garantizándole total seguridad. Pero Isabel no quiere aceptar favores de la república. Ella no puede vivir en una España que rechaza al rey. Quiere seguir la misma suerte que su sobrino.

-Mamá, ¿quiénes acompañan a la tía Isabel? -preguntó Pilar.

-Tu prima Beatriz, la doncella María Cuevas y la enfermera Ángeles Santos. Nando y Luisa la esperan en Hendaya para organizar el traslado al tren que los llevará a París.

-¿No te parece muy arriesgado para su salud?

-Sí, pero es su voluntad -dijo Paz convencida.

-¿Dónde vivirá en París?

-La llevarán a la residencia Saint Michel, donde vive Eulalia.

La infanta Isabel queda instalada en Saint Michel. Allí la visita su sobrino Alfonso XIII. La reina Victoria Eugenia y alguno de los infantes acuden a verla al día siguiente. A pesar de lo grave de su estado, Isabel es consciente de la separación del matrimonio real. Ella sabía, como otros muchos en la corte, que la relación entre los reyes, desde hacía años, se había resquebrajado.

El 23 de abril de 1931 muere la infanta Isabel, a los setenta y nueve años de edad. Muchos son los que en España solicitan al Gobierno de la república que permita el regreso del cuerpo de

la infanta para enterrarla en el Panteón de Infantes en El Escorial. Alfonso XIII -que se encuentra en esos momentos en Londres- se opone a ello:

Agradezco cordialmente esas muestras de amor de tan leales monárquicos, pero no es este el momento oportuno para rendir ese homenaje a nuestra inolvidable y popularísima infanta, que en paz descanse, por razones atendibles.

La infanta Isabel de Borbón fue enterrada en París en total anonimato.

Resulta curioso comprobar cómo situaciones similares se repiten a lo largo de la historia. Alfonso XIII, como su tía, también morirá en el exilio. Años después de su fallecimiento, el general Franco autoriza que sus restos sean trasladados a El Escorial, pero don Juan de Borbón rechaza el ofrecimiento igual que había hecho su padre con su tía.

Solo con la instauración de la monarquía se solucionarán estos temas pendientes.

En 1991 los restos de la infanta viajan a España. Es enterrada en La Granja de San Ildefonso, en cuyo palacio la vela don Juan de Borbón. Hacía once años, en 1980, que los restos de Alfonso XIII descansaban en El Escorial. Los dos habían regresado a España.

Paz llora la muerte de su hermana. Por su mente pasan escenas de toda una vida. Recuerda a Isabel joven, cuando trataba de controlarla para que su comportamiento fuera ejemplar, y vuelve a llorar por la ausencia de su amada Pilar. Pilar era la que mejor se entendía con Isabel. Qué corta había sido la vida para ella.

-Mamá, ¿quieres que demos un paseo? -le preguntó Pilar.

-¿Hace frío?

-No. Está muy agradable. Se nota la primavera.



La vida sigue su curso. Paz se ha tranquilizado aceptando la nueva situación e intentando quedarse con lo mejor de cada momento. Mantiene asidua correspondencia con su hijo mayor, que vive con su mujer, Luisa, y sus hijos en Ciboure, en el sur de Francia.

Está al corriente de la situación de la familia real, que, como muchos presentían, se quebraría definitivamente. Los reyes decidieron, una vez fuera de España, no volver a vivir juntos.

-¿Le has enviado al rey el manuscrito del libro? -preguntó Paz a su hija.

La princesa Pilar de Baviera, en colaboración con el historiador inglés Desmond

Chapman-Houston, había escrito un libro sobre la personalidad y el reinado de Alfonso XIII. Un libro que sería publicado en inglés y castellano y que querían que saliera a la luz inmediatamente. Pero los acontecimientos de abril habían venido a trastocar sus planes, pues era obligado incluir lo sucedido en Madrid.

-Le he escrito diciéndole que irían a verlo para comentar el texto, por si deseaba añadir algo. Esta misma mañana he recibido carta de Alfonso, mira -dijo Pilar, entregándole a su madre la carta.

Paz leyó:

Querida Pilar:

Muy agradecido a tus cartas, no pude contestar antes porque estaba tratando de organizar la vida un poco. Parece un mal sueño, pero yo tengo la conciencia tranquila de haber cumplido con mi deber y de haber pensado solo en España... pero, en fin, la patria es ante todo y ahora tenemos que trabajar para sacarla adelante. Yo siempre prediqué el máximo sacrificio por un ideal, sacrificando todo por él (...). Dile a tu madre que perdone no la diese el pésame por la muerte de la pobre tía Isabel.

Veré al señor de tu libro. Habrá que cambiar todos los capítulos, cambiando el final y dejando abierto el futuro.

Te abraza y besa muy fuerte tu affmo. primo

Alfonso XIII

-Yo creo que le va a gustar el libro -dijo Paz, que lo había leído, porque ella se había encargado de la traducción al castellano.

-No sé. Alfonso lo está pasando tan mal... -se lamentó Pilar.

A los seis meses, en diciembre de 1931, Alfonso XIII viajó a Alemania para visitar a Paz y a su familia. Eran las primeras Navidades fuera de España y el rey se sentía solo y acudía a pasar unos días con su tía. No era la primera vez que Alfonso XIII iba a Nymphenburg, pero ahora su visita nada tenía que ver con las anteriores. Nada de fiestas, ni recepciones. La presencia del rey de España pasaba totalmente desapercibida en Alemania. Las sociedades habían cambiado y también la situación de las personas. Paz era maestra en comportarse de forma magistral, como lo había hecho en la corte de Luis II de Baviera siendo princesa de Baviera y ahora como una sencilla ama de casa que no se deja amilanar por las dificultades.

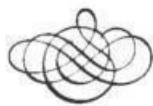
Le da las gracias por el título que le ha concedido a su hijo Fernando María. Nando es ahora duque de Cádiz. Alfonso XIII, en una reunión de caballeros del Toisón de Oro celebrada en Versalles, tuvo a bien concedérselo.

Fernando María de Baviera siempre mantuvo una estrecha relación con el rey. Por ello sorprende, en cierta forma, lo que cuenta sobre él Niceto Alcalá-Zamora en sus memorias.

Fernando de Baviera había servido como jefe de sección a las órdenes de Alcalá-Zamora cuando este dirigía el Ministerio de la Guerra, y dice don Niceto que el infante se despidió de él enviándole un escrito en el que le comentaba que él era más Baviera que Borbón y que esperaba regresar para vivir en España bajo la república.

Paz atiende a su sobrino Alfonso XIII con amor. Lo encuentra triste. No le pregunta por su situación familiar. Piensa que si él desea contarle algo lo hará sin que ella se interese por el tema.

Se acuerda de su madre. También a la reina Isabel II la dejó su marido, Francisco de Asís, nada más pasar la frontera.



-Dios mío, Tito, se casa nuestro nieto José Eugenio.

-Pero ¿cuántos años tiene? -preguntó asombrado Luis Fernando.

-Nació en 1909 y estamos en el 33... veinticuatro años -dijo Paz sonriendo, y luego añadió-: La misma edad que tenías tú, Tito, cuando nos casamos.

-¿ Cómo se llama nuestra futura nieta? La vi dos veces, aunque no recuerdo su nombre.

-Marisol. Marisol de Messía y de Lesseps. Se casan en el mes de julio en Urrugne, cerca de San Juan de Luz.

María de la Asunción (Marisol) de Messía y de Lesseps era hija de Fernando de Messía y Fitz-James Stuart, XII conde de Mora, VI duque de Tamames, III duque de Galisteo, grande de España, y de María Solange de Lesseps y Autard. Marisol había nacido en Londres. Tenía veinte años y ella y José Eugenio se conocían desde niños por haber compartido juegos infantiles, ya que la madre de Marisol era muy amiga de la reina Victoria Eugenia. El día de la boda, el rey Alfonso XIII le concedería el título de condesa de Odiel.

Marisol y José Eugenio se habían enamorado en el exilio, pues los dos vivían con sus familias en localidades muy cercanas en el sur de Francia.

-Hemos tenido suerte con nuestros hijos y ahora con los nietos -dijo convencido Luis Fernando-, imagínate el disgusto de tu sobrino el rey.

El príncipe de Asturias, don Alfonso, el hijo mayor de los reyes, había conocido a una joven cubana, Edelmira Sampedro, hija de un terrateniente cubano, y decidió casarse con ella.

Don Alfonso XIII se oponía al matrimonio de su hijo con una plebeya y le exigió la renuncia a todos sus derechos a la sucesión del trono de España y a su título de príncipe de Asturias. El príncipe no dudó en aceptar la propuesta de su padre, con tal de poder casarse con la mujer que había elegido.

-Comprendo muy bien su disgusto y también que Alfonso no asista a la boda -dijo Paz-, que creo que se celebra el próximo mes de junio.

-Jú qué harías, querida?

-Si mi hijo estuviera llamado a ocupar tan altos destinos como el príncipe de Asturias, lo mismo que Alfonso.

El rey no asistió a la boda de su primogénito, que se celebró en junio de 1933 en Lausana. Victoria Eugenia sí acudió. Edelmira abandonaría a su marido tres años después.

-¿Y a la boda de nuestro nieto vamos a ir? -quiso saber Luis Fernando.

La situación económica de los príncipes de Baviera no pasaba por sus mejores momentos. La cantidad que percibían desde España había sido suspendida con la llegada de la república, y aunque Luis Fernando seguía trabajando, sus ingresos eran mínimos. No olvidemos que en Múnich era conocido como «el médico de los pobres», no solo porque no cobraba a muchos de sus pacientes, sino porque les facilitaba medicinas o dinero para conseguir las.

-Nada me gustaría más que participar en la boda de José Eugenio, aunque es complicado en estos tiempos... De todas formas -puntualizó Paz-, el viaje nos cansaría. La edad se nota. Mira, Tito -dijo, invitándole a acercarse a la ventana-, ese niño -su nieto pequeño Alejandro jugaba en el jardín- es mi mayor alegría en estos momentos. Cuando noto que desfallezco o que los recuerdos oprimen mi corazón, su sola presencia hace que recupere el ánimo y las ganas de trabajar. Alejandro consigue que su pobre abuela mire con ilusión al futuro que Dios nuestro Señor quiera concedernos.

En aquellos instantes, Paz recordó la fiesta organizada con motivo del bautizo de su nieto Alejandro, a la que había convidado a toda la colonia española en Múnich, porque como ella decía:

No hay nada comparable al afecto y la jovialidad del pueblo español. ¡Es una ternura tan conmovedora la que derrochan los españoles con los niños! Y la generosa cordialidad con que engalanan sus gestos y su trato no es sustituible por nada en el mundo. Es un regalo nobilísimo, nacido de su clara alegría, de la que hacen partícipe a todo el mundo y que disipa todas las penas y preocupaciones, recordándonos que este tributo de afirmación a la vida es la única riqueza del ser humano. Es esta riqueza la que yo deseo para mi nuevo nieto, y que nunca olvide su sangre española.

-Querida Paz, a mí también me alegra Sascha -así llamaban cariñosamente al nieto

pequeño-, es muy cariñoso y se nota que tú te has volcado con él. ¡Cómo es eso de la poesía que siempre dices?

-Es algo de lo que estoy convencida: hay que rodear a los niños de poesía y mucho amor, porque es el contraveneno para la prosa inevitable de la vida -dijo Paz, sonriendo, y añadió-: Yo creo que Sascha se parece a ti. Todavía es un niño, pero ¿te has fijado el apego que siente por Nymphenburg? Se le iluminan los ojos cuando sabe que venimos para aquí.

Paz se quedó pensativa unos segundos y como hablando consigo misma se preguntó:

-¡Dios mío! ¿Cómo será el mundo cuando Sascha sea mayor? ¿Te han comentado algo sobre el discurso de Adolf Hitler? -preguntó Paz.

-No. Pero estamos en sus manos -dijo pensativo Luis Fernando.

-El príncipe Rodolfo se ha marchado, ¿verdad?

-Sí. Creo que se ha ido a Grecia. Aquí ya no podía hacer nada.

A comienzos de 1933, en enero, el presidente de la República de Weimar, Hindenburg, había nombrado a Hitler canciller de Alemania.

Hacía tiempo que Hitler y su partido deseaban terminar con las aspiraciones separatistas del Gobierno regional de Baviera, ya que sus líderes estaban contemplando la posibilidad de nombrar al príncipe Rodolfo jefe del Estado regional. El momento se había presentado después del incendio del edificio del Reichstag. Hitler solicitó al presidente Hindenburg la aprobación de un decreto por el que se podía abolir la libertad de prensa, el derecho a la privacidad de las comunicaciones y a la libre expresión. Por este decreto, el Gobierno central podía despojar de sus funciones a los Gobiernos regionales si lo consideraba necesario, y así lo hicieron en su intervención en Baviera, donde se izaron en todos los edificios oficiales las banderas nazis.

En marzo, con Baviera bajo control, fue cuando Hitler pronunció el discurso por el que se interesaba Paz y del que Luis Fernando no sabía o no deseaba comentar nada. Pero quien felicitó a Hitler y aprobó todas sus acciones en Baviera fue el presidente Hindenburg.

-Quiero pensar -dijo Paz- que el presidente de la república sabe lo que hace apoyando a Hitler al nombrarlo canciller.

-Puedes estar segura. Es posible que alguien haya influido en él -hablan del líder conservador, Franz von Papen-, pero, de todas formas, no debemos olvidar que el partido nazi es el más votado en el Reichstag. Y Hindenburg, quien fue reelegido en las presidenciales venciendo a Adolf Hitler, precisa del apoyo de este y de su partido para poder tener un Gobierno fuerte. No tienes más que examinar los resultados de las elecciones de hace unas semanas.

-Sí, ya sé que en las elecciones del pasado día 5, el partido nazi obtuvo el 44 por ciento de los votos. Es indudable que la gente los apoya, aunque, Tito, ¿no te parece que ha influido en la opinión de muchos de los votantes la acusación que se ha hecho a los comunistas de ser los

responsables del incendio del Reichstag?

-Sí, pero si son los culpables, que lo paguen, ¿o acaso lo dudas?

-Yo creo que esa acusación es falsa. ¿Qué interés podían tener los comunistas en quemar el Reichstag? Sin embargo, al partido de Hitler le ha venido bastante bien, ¿no crees?

-Puede ser, aunque ¿no influirán en tus apreciaciones las opiniones de las personas con las que te mezclas en todas esas reuniones a las que asistes? -preguntó Luis Fernando.

-Por supuesto. Sabes que me gusta relacionarme y que es necesario escuchar a todos para formarse una opinión. Además, Tito, me asusta un poco la intolerancia de los nazis -comentó Paz muy seria, añadiendo:- Y no es porque se hayan metido conmigo en el periódico.

-Quién te lo iba a decir, Paz. Tú, que no pierdes la oportunidad para asegurar que no quieres saber nada de política, te conviertes, junto con tus compañeras, en una desestabilizadora.

-¿Yo desestabilizadora? -preguntó Paz, con sonrisa incrédula.

-Claro, predicáis la paz. Y eso para los nazis puede resultar subversivo. Pero dejémoslo, querida, ahora soy yo el que te pide que nos olvidemos de la política. Bajemos a buscar a Sascha y nos lo llevamos a dar un paseo.

Ni Paz ni Luis Fernando podían sospechar que, unos días después de mantener esta conversación, se promulgaría una ley que concentraría todos los poderes del Estado en Hitler.

Inmediatamente fueron suprimidas las asociaciones pacifistas. La Gestapo llevó a cabo un registro en la casa de Paz. La princesa de Baviera era, para los nazis, persona sospechosa y debían controlarla. En las memorias de Konstanze Hallgarten, presidenta de la Liga Mundial por la Paz de las Madres y Educadoras a la que Paz pertenecía, escribe: «Los nazis encontraron en mi casa cartas y documentos que comprometían a la princesa y sé que tuvo enormes y terribles problemas con la Gestapo».

La Gestapo, después de inspeccionar la casa de Paz, prohibió a ella y a toda su familia mantener correspondencia con España. Solo les permitieron hacerlo con el rey en el exilio. Las cartas de Alfonso XIII a Paz y Pilar y las de estas al rey fueron abiertas, leídas y precintadas por la Gestapo.

Se acercaba el final de la República de Weimar. Eran los primeros pasos de la Alemania nazi.

Bodas



as bodas casi siempre son motivo de alegría. Y la verdad era que 1935, que tan necesitado estaba de alguna buena noticia, se manifestaba pródigo en enlaces matrimoniales dentro de la familia real española en el exilio.

Las tres ceremonias se celebraron en Roma, ciudad en la que había fijado su residencia Alfonso XIII. La primera fue la de la infanta Beatriz.

Paz seguía, desde la en otro tiempo pacífica Baviera, las noticias de la familia y se sentía satisfecha. Compartía la postura de su sobrino, que en todo momento se preocupó de que los futuros maridos de sus hijas supieran los peligros que entrañaba la hemofilia de las que Beatriz y María Cristina podían ser portadoras. Beatriz de Borbón y Battenberg contrajo matrimonio con Alessandro Torlonia el 14 de enero de 1935 en la iglesia del Santo Nombre de Jesús.

Dos meses más tarde, en la iglesia de San Ignacio de Loyola, se casaba el infante don Jaime con Emanuela de Dampierre y Rúspoli.

Y a comienzos de octubre era el infante Juan de Borbón quien se casaba con su prima María de las Mercedes Borbón y Orleáns, en la iglesia de Santa María de los Ángeles.

A este enlace sí asistió Paz. Su marido prefirió quedarse en Múnich. Le gustaría que estuviera allí, en Roma, a su lado, pero a Luis Fernando nunca le había gustado viajar y mucho menos ahora. Hace más de cincuenta años que se han casado y Paz siente separarse de él, aunque solo sea por unos días.

El reencuentro con los miembros de la familia asistentes a la boda alegró a Paz, que disfrutaba con cada uno de ellos. Su hijo Fernando María es testigo del novio. También están presentes, en un lugar destacado, sus nietos: Luis Alfonso y José Eugenio.

Paz se emocionó al comprobar que muchos españoles habían viajado a Roma para estar presentes en la boda del infante Juan y María de las Mercedes. Fue una ceremonia hermosa con un marcado carácter españolista. El templo aparecía revestido por banderas españolas.

Con anterioridad ya había sucedido, pero en aquel encuentro familiar volvió a quedar patente la desunión entre los reyes. A ninguna de las tres bodas asistió la reina Victoria Eugenia. Aunque, para comprender su ausencia, se argumentaba el luto por el terrible dolor que siempre supone la muerte de un hijo. Los reyes habían perdido a su hijo pequeño, al que Victoria Eugenia estaba muy unida.

El infante don Gonzalo había muerto a consecuencia de un accidente de tráfico. El automóvil, que conducía su hermana Beatriz, se empotró en una valla por evitar a un ciclista. En principio no parecían graves las consecuencias, pero una hemorragia terminó con la vida del infante. Don Gonzalo era uno de los hijos de los reyes que padecía hemofilia.

En España, Renovación Española, el partido político de corte monárquico, con representación en las Cortes de la república, fue el encargado de recibir a los españoles que querían dejar constancia al rey don Alfonso XIII de su dolor por el fallecimiento de uno de sus hijos, según informaba el diario ABC.

Renovación Española también organizó un funeral por el eterno descanso del infante don Gonzalo en la iglesia de Santa Bárbara.

-Mamá, no me gusta hablar de ello, pero ¿no crees que la reina tenía que haber asistido a las bodas de sus hijos, sobre todo a la de Juan, que goza de todas las bendiciones?

-Tampoco a mí me agradan estos temas, aunque respondiendo a tu pregunta, Pilar, creo que sí. Por muy grande que sea su dolor por la desaparición de Gonzalo, Beatriz, Jaime y Juan también son sus hijos -dijo Paz muy seria.

-Puede que la reina haya querido vengarse del rey porque él tampoco asistió a la boda de su primogénito Alfonso.

-Por favor, Pilar, no hablemos más de ello.

-Está bien, de acuerdo. Pero me da pena del rey, se siente tan solo... -exclamó Pilar-. ¿Te fijaste en su expresión de tristeza cuando creía que nadie le observaba?

Paz de buena gana le hubiera dicho a su hija que el rey había hecho méritos para ello, aunque respondió:

-No está tan solo. Lo que sucede es que resulta duro vivir en el exilio, lejos de España, y quiere que estemos pendientes de él.

En varias ocasiones visitó Alfonso XIII a su tía Paz y a la familia de Baviera. A Pilar le escribe de vez en cuando y por ello sabe de la soledad de su primo.

Roma, 1 de junio de 1935

Querida Pilar:

Hace un siglo que no te he escrito y aprovecho el recuerdo tuyo para hacerlo. Gracias por tus felicitaciones.

Tú estás siempre en mi mente, pues el centinela de caballería que me mandaste está de guardia en mi cuarto. Si quieres pasar una temporadita conmigo aquí, estaré encantado;

además, harías una obra de caridad, pues estoy bastante solo. Veremos si lo arreglamos para el invierno.

Con un fuerte abrazo, sabes que te quiere tu affmo. primo

Alfonso. R.

-Madre, ¿crees que volverá la monarquía a España?

-No lo sé, hija. Dicen que las cosas no van bien. La república no funciona como muchos esperaban y existe una gran inestabilidad. Nunca se sabe con exactitud qué puede pasar. Yo ya no entiendo nada.

-¿Lo dices por Hitler? -preguntó Pilar.

-Sí, confieso que me cuesta comprender que los alemanes, viendo el comportamiento del partido nazi, lo hayan apoyado de esa forma. Aunque debo reconocer -siguió diciendo Paz- que la situación económica de Alemania ha mejorado... Pero se palpa tanta violencia...

Paz pensaba seguramente en aquella noche de junio de 1934 en la que más de ochenta personas dedicadas a la política fueron asesinadas por el partido nazi para eliminar obstáculos que les impidiesen el acceso al poder total. Un suceso que pasaría a la historia como la Noche de los Cuchillos Largos.

Adolf Hitler se había hecho con el poder convirtiéndose en presidente y canciller con el nombre de Reichsführer. Las urnas le respaldaron al conseguir el 88 por ciento de los votos en agosto de 1934.

-El mundo se está volviendo loco, Pilar. Recemos para que no suceda nada grave. Sería horrible tener que volver a vivir otra guerra, tú ya sabes lo que eso significa.

-No pensemos en ello, mamá. ¿Te ha escrito la tía Eulalia? -preguntó Pilar.

-No. Hace semanas que no sé nada de ella. ¿Por qué te interesa? ¿Ha sucedido algo?

-Sí -afirmó Pilar, muy seria-, me han dicho que Luisito ha sido detenido en una redada por la brigada antivicio y expulsado de Francia.

-Qué pena. Nunca podrá llevar una vida normal.

Desde su matrimonio con la rica viuda francesa, Luis Fernando de Orleáns llevaba un nivel de vida que pocas economías podrían resistir. Su mujer se vio obligada a vender el castillo y las propiedades que poseía en Chaumont.

-¡Ay, querida hija! Gracias por ser como eres -dijo Paz emocionada-. No sabes cómo le agradezco a Dios el haberme dado hijos buenos, sin problemas. ¿Qué habría hecho yo con un hijo como Luisito?

-Quererlo, mamá, lo mismo que hiciste con nosotros -dijo Pilar, abrazando a su madre.

Año de 1936

Roma, 9 de enero de 1936

Querida Pilar:

Mil gracias por tu cariñosa carta de felicitación con motivo del Año Nuevo.

No necesito decirte cuántas son las dichas que para ti y los tuyos deseo. Espero que Dios proteja en el 1936 a nuestra pobre España, y te quedo reconocido por tus oraciones para obtener esta protección divina.

Mis hijos te agradecen vivamente tu cariñoso recuerdo y te devuelven sus parabienes.

Beatriz está, en efecto, muy próxima a dar a luz; lleva su embarazo, lo mismo que Emmanuella, muy bien.

Te envía un fuerte abrazo tu primo

Alfonso. R.

P.S. ¿Quieres venir en febrero por quince días y hacer un giro en auto conmigo por Sicilia? Me alegraría mucho y creo lo pasaríamos bien y harías una obra de caridad al acompañar a un pobre desterrado.

A.

Pilar dejó la carta sobre la mesa y se sirvió un poco de agua. Miró a su padre, que leía la prensa. Su madre escribía...

-Paz, querida -dijo su marido-, envía muchos besos míos a Marisol y a José Eugenio.

-Lo haré. Dentro de unos meses, Tito, seremos bisabuelos.

-Este año veremos cómo aumenta la familia -apuntó Pilar-, aparte de Marisol, darán a luz Beatriz, Emmanuella y María de las Mercedes.

-Por cierto, ¿le hace ilusión a Alfonso convertirse en abuelo? -quiso saber Paz.

-No sé. En la carta me dice que llevan bien el embarazo... y sabéis?, me invita a que vaya a pasar quince días con él para hacer un viaje a Sicilia -dijo Pilar.

Luis Fernando miró a Paz, y al ver que no decía nada, optó por hacer lo mismo. Sin haber

hablado nunca de ello, los dos conocían los sentimientos de su hija.

-Paz, ¿conoces a Francisco Franco? -le preguntó su marido.

-Sí. Pero si lo que quieres es que té de mi opinión sobre él, no podría hacerlo, porque solo lo he visto dos o tres veces.

-Pero es persona de confianza del rey, ¿verdad? -preguntó Luis Fernando.

-No estoy lo suficientemente enterada, pero creo que sí.

-Mamá -dijo Pilar-, ¿no recuerdas que Alfonso fue su padrino de boda?

-Sí, es verdad.

Alfonso XIII se relacionó con Francisco Franco en Marruecos. Más tarde le concedió la medalla militar y lo distinguió con el cargo honorífico de Gentilhombre de Cámara. Sin duda, confiaba en él.

-Tito, si lo que te interesa es saber cuál sería la postura del rey en el hipotético caso -Dios no lo quiera- de que se produjesen enfrentamientos en España, pues, estoy segura -afirmó Paz- de que se colocaría del lado de Franco y de la derecha, porque son los únicos que pueden alentar las expectativas de regreso de la monarquía.

-Sí, eso era lo que quería saber, y estoy totalmente de acuerdo contigo -dijo Luis Fernando.

-Papá -llamó Pilar-, ¿por qué no nos deleitas con tu música? ¿Te traigo el violín?

-Qué cosas se te ocurren -exclamó sorprendido Luis Fernando-. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no toco?

-No lo sé, papá, pero sería maravilloso volver a escucharte.

-Paz, díselo tú...

-Qué importa el tiempo -dijo Paz suspirando-. Lo siento, Tito, Pilar tiene razón, sería maravilloso escuchar tu violín.

-Por favor, papá -suplicó Pilar.

-No me lo puedo creer. Está bien -dijo resignado Luis Fernando-, tocaré para vosotras...



Aquel año de 1936 nació el primer biznieto, en este caso biznieta, de Paz. Marisol y José Eugenio tuvieron una preciosa niña a quien pusieron por nombre María Cristina Paz Teresa Alfonsa Eugenia Rita de Todos los Santos.

También la familia real aumentó sensiblemente aquel año. Alfonso XIII se estrenaba como abuelo con tres nietos. De su hija Beatriz, una nieta, Sandra. Un chico, Alfonso, de su hijo Jaime, y otra niña, Pilar, de su hijo Juan.

1936 fue un año de nacimientos en la familia real española. Pero pasaría a la historia por haberse iniciado en él una de las mayores tragedias que pueden asolar a las naciones: una guerra civil.

Paz reza. No puede hacer nada mejor. Reza por los españoles en general y por sus nietos, sobrinos y otros familiares en particular que han viajado a España para participar en la contienda.

-Mamá, papá -dijo Pilar, entrando en la habitación con un periódico en la mano-, no os habéis equivocado, Alfonso apoya el alzamiento en España. Se dice que ha enviado una considerable cantidad de dinero.

-Sí -contestó su padre-, lo sabíamos. Y también que ha influido en Mussolini para conseguir que envíe aviones a España.

Paz escucha en silencio. Piensa en lo hermoso que hubiera sido que su sobrino el rey tratara de evitar aquel enfrentamiento entre españoles. Probablemente no tendría ningún éxito en su gestión, pero lo habría intentado.

-¡Dios mío! -exclamó Paz-. No os dais cuenta de que las guerras no sirven para nada. ¿Quién devuelve a las familias sus seres queridos? ¿Merece la pena perder la vida por imponer unas ideas? Tito, ¿sabes que nuestros nietos pueden morir en esta guerra y nuestros sobrinos también?

El 31 de julio habían salido para España Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII, y José Eugenio de Baviera, nieto de Paz, para incorporarse a la contienda. Ya lo habían hecho su otro nieto, Luis Alfonso de Baviera, el hijo de Eulalia; Alfonso de Orleáns y el hijo de este, llamado Alfonso, como su padre.

Pero no todos podrían participar en la contienda. El general Mola se opuso a contar en sus filas con el hijo del rey Alfonso XIII. Don Juan regresó a Francia el 2 de agosto. Pero seguirá insistiendo pasado un tiempo. Así queda reflejado, por ejemplo, en esta carta dirigida a Francisco Franco cinco meses más tarde:

Excmo. señor general don Francisco Franco

Mi respetado general:

En forma tal vez impremeditada, cuando la guerra en España tenía solo el carácter

de una lucha interna, he intentado tomar parte en ella. Aunque me impulsaban sentimientos bien ajenos a la política, comprendo ella y respeto las razones que entonces movieron a las autoridades militares a impedir mi incorporación a las tropas.

Actualmente, la lucha parece tomar, cada vez más, aspectos de una guerra contra enemigos exteriores, guerra en la que todos los buenos españoles de mi edad habrán podido hallar un puesto de combate. El deseo de hallarlo yo también, y en forma que aleje toda suspicacia, me mueve a someter a la benévola atención de vuestra excelencia mi aspiración.

Según noticias de prensa, se hallará pronto listo para hacerse a la mar el crucero Baleares, en el que podría prestar algún servicio útil, ya que he realizado mis estudios en la Escuela Naval Británica, he navegado dos años y medio en el crucero Enterprise de la cuarta escuadra, he seguido luego un curso especial de artillería en el acorazado Iron Deske, y, por último, antes de abandonar la Marina inglesa, con la graduación de teniente de navío, estuve tres meses en el destructor Winchester.

Yo me incorporaría directamente al buque, me abstendría en absoluto de desembarcar en puerto alguno español, y, desde luego, le empeño mi palabra de que no recibiría ni aun a mis amigos personales.

Yo no sé, mi general, si al escribirle así infrinjo las normas protocolarias con que es normal dirigirse a un jefe de Estado. Le ruego, en todo caso, disculpe el que confíe a su corazón de soldado este anhelo mío de servir a España al lado de mis compañeros.

Con mis votos más fervientes por que Dios le ayude en la noble empresa de salvar a España, le ruego acepte el testimonio de respeto con que se reitera a sus órdenes y muy afectuosamente en sus manos.

Juan de Borbón

7 de diciembre de 1936

La respuesta de Franco no se hace esperar:

El jefe del Estado y general en jefe del Ejército Nacional

A su alteza real don Juan de Borbón

Alteza:

Su carta llena de patriotismo y entusiasmo me llena, como soldado, de satisfacción al contrastar, una vez más, cuán arraigadas están en vuestra alteza las virtudes de la raza y cómo siente vuestra realaleza los problemas de nuestra querida España.

Es verdad que la lucha por nosotros empeñada se sale de los límites de la nación

para entrar en los internacionales, ya que no solo se debate la suerte de España, sino también la de la civilización occidental y de la Iglesia católica, duramente atacadas por el comunismo ruso, con la complicidad y cooperación de determinados Gobiernos extranjeros.

Hubiera sido para mí muy grato el haber podido acceder a vuestro deseo, tan español como legítimo, de combatir en nuestra Marina por la causa de España; pero la singularidad de vuestra persona no permitiría el que pudierais servir bajo el sencillo título de oficial, pues el entusiasmo de unos y las oficiosidades de otros habrían de dificultar tan nobles propósitos, sin contar con que el lugar que ocupa en el orden dinástico y las obligaciones que de él se derivan imponen a todos, y exigen de vuestra parte, sacrificar anhelos tan patrióticos como nobles sentidos al propio interés de la patria.

Por todo ello, no obstante ser tan halagador vuestro deseo y tan valioso para la Marina española el aprovechamiento de vuestra pericia de oficial y vuestro entusiasmo, en momentos en que tantos compañeros han sido sacrificados por la barbarie roja, no me es posible seguir los dictados de mi corazón de soldado aceptando vuestro ofrecimiento.

Muy agradecido en nombre de España y de todos los compañeros de este Ejército y Marina por vuestros fervientes votos y entusiasmo, sabéis que contáis con toda la simpatía y respetuoso afecto de este leal soldado que respetuosamente os saluda.

Francisco Franco

A pesar de esta postura de rechazo que el general Franco mantendrá inamovible, a finales de 1938, el 15 de diciembre, firma una ley que deroga la de noviembre de 1931 en la que las Cortes españolas acusaban de alta traición al rey Alfonso XIII.

Gestos como este contribuirán a que el rey en el exilio siga haciendo suya la causa del general Franco. En carta escrita a su tía Paz así lo reconoce:

Como verás, nuestra cruzada continúa metódica y victoriosa, aunque lenta. No es de extrañar, dadas las enormes dificultades al encontrar todos los puentes volados y tenerse que hacer todo el abastecimiento por camiones, automóviles, y ser la región entre Santander y Asturias tremendamente montañosa.

Esta carta del rey está fechada en Roma, el 4 de noviembre de 1937. Ese mismo día escribe a la princesa Pilar:

Querida Pilar:

Muy agradecido a que contestes a mi felicitación en la forma que lo haces, pues me has dado ocasión de apreciar una vez más la sinceridad de tu cariño, al que sabes que de siempre he correspondido.

Hablas de felicidad; eso, señora, me parece pertenece a la mitología, pero es siempre un paliativo que conforta y consuelan las buenas noticias de la patria, que aunque expatriado se lleva siempre en el corazón.

Mahoma y los árabes, grandes filósofos de la vida, tienen un proverbio de carácter matemático por el cual las alegrías, como las penas, en esta vida, a la larga quedan reducidas a cero; con arreglo a esto, como los sinsabores han sido mayores, justo es esperar llegue el momento de la compensación y, por consiguiente, que me reserve el futuro más alegrías que penas.

Como verás, entre paciencia y buen humor, voy tirando.

Fuerte abrazo y todo el cariño de tu affmo. primo

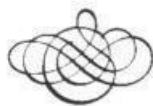
Alfonso. R.

Se equivocaba Alfonso XIII. Su futuro sería muy corto y aún le depararía grandes decepciones.

Al finalizar la Guerra Civil española, Alfonso XIII mandó celebrar un tedeum en acción de gracias por la victoria del general Franco. Pero muy pronto su alegría se disipará.

Cuando el rey ve que pasan los días, las semanas y nadie se pone en contacto con él, le escribe a Franco interesándose por la restauración monárquica. Franco, sin ningún tipo de contemplaciones, le dice «que sus errores pasados impiden su retorno al trono».

Alfonso XIII, dolido, declararía: «Elegí a Franco cuando no era nadie. Él me ha traicionado y engañado a cada paso».



Paz asistía a aquel drama y respiraba con tranquilidad cada vez que tenía noticias de que sus seres más allegados se encontraban bien. Su nieto José Eugenio había resultado herido de gravedad en Teruel, pero no peligraba su vida. No había tenido la misma suerte el nieto de su hermana Eulalia, que falleció en el primer año de la guerra. Alfonso de Orleáns solo tenía veinticuatro años.

Murieron otros Borbones y cientos de miles de españoles.

Paz comprobará, con dolor, cómo el final de la Guerra Civil española no va a significar que su familia deje de jugarse la vida en los campos de batalla. En septiembre de 1939 Alemania invade Polonia exigiendo la devolución de sus territorios. Comenzaba la Segunda Guerra Mundial.

Dentro y fuera de Alemania eran muchos los que sabían que aquel momento llegaría. Se habían percatado de que, desde su llegada al poder, Adolf Hitler solo pensaba en la guerra. Su organización propagandística funcionó como se esperaba: la mayoría de los alemanes le creían cuando aseguraba que su intención era hacerles felices y que la mejor forma para conseguirlo consistía en que dominaran Europa. Ellos pertenecían a una raza ex celsa que únicamente podría dar buenos resultados. El futuro de Europa estaba seguro en sus manos.

La mayoría de los historiadores apuntan que no solo la infanta Paz sino la rama de los Wittelsbach, con la que ella había emparentado, se mostraron contrarios al nazismo, pero indudablemente son alemanes, y tanto su hijo Adalberto como sus nietos, Constantino y Alejandro -Sasha-, acudirán a sus respectivos destinos para participar en la guerra.

De nuevo, Paz ve marchar al combate a sus seres más queridos. De nuevo, la incertidumbre de cada día...

A principios de 1941, los tres regresan a casa al aplicarles la llamada Prinzenerlass -ley creada por Hitler para prohibir a todos los miembros de las antiguas casas reales de Alemania unirse o participar en cualquier operación militar de la Wehrmacht. Adalberto fue destituido del Ejército y su hijo Constantino relevado de las funciones de combate.

Constantino decidió entonces estudiar derecho en la Albert-Ludwigs-Universität de Friburgo. En 1942 se casa con la princesa María Adelgunde de Hohenzollern-Sigmaringen, hija del príncipe Federico de Hohenzollern-Sigmaringen y de la princesa Margarita de Sajonia.

«La boda de Sigmaringen», como se referían en aquel tiempo al enlace de Constantino y María Adelgunde, quedó en la mente de todos como «la mayor fiesta de la sociedad alemana durante la guerra».

Paz tenía entonces ochenta años y no escribió nada sobre esta celebración. Es más, no sabemos si asistió, aunque lo más probable es que estuviera presente en el enlace de su nieto.

Pero, curiosamente, sí ha quedado para la posteridad el relato de esta boda hecho por una de las invitadas: Marie Vassiltchikov. Marie, más conocida como Missie, era una joven rusa que por circunstancias de la vida se encuentra en Alemania cuando se inicia la Segunda Gran Guerra. Trabajó para el Servicio de Radiodifusión del Tercer Reich, y colaboró con el grupo de adversarios del nazismo que más tarde se hallarían implicados en el fallido atentado del conde Von Stauffenberg contra Hitler. Marie escribió un diario desde 1940 a 1945, que años más tarde publicaría su hermano bajo el título de Los diarios de Berlín (1940- 1945). En ellos menciona la boda de Constantino:

Domingo, 30 de agosto. He llamado a Constantino de Baviera y ha enviado a un hombre a la estación para ayudarme con las maletas. Hemos ido andando hasta el castillo, que se alza sobre un peñasco, justo en el centro de la ciudad, donde todos los tejados, todas las tejas y torrecillas son como los castillos de jengibre de los cuentos de hadas. Hemos entrado en un ascensor que hay a los pies del peñasco y hemos subido a una altura de unas

diez plantas. Un ama de llaves me ha llevado hasta mi habitación y me ha traído unos huevos hervidos y un melocotón. Mientras la familia celebraba la misa en la capilla del castillo, me he tomado un baño rápido y me he metido en la cama para dormir un poco. Sin embargo, el órgano sonaba con tal intensidad que no he podido cerrar los ojos, de modo que me he levantado y he mirado la lista de invitados, en la que parece haber millones de Hohenzollerns y Wittelsbachs, la mayoría de edad muy avanzada. (...). Para el banquete, nos hemos acomodado en mesas pequeñas en el denominado Salón de los Antepasados. Yo me he sentado junto a Bob Hohenzollern, que es un soldado de veintiún años, muy rubio, de ojos azules, efusivo y conmovedor, y no se ha separado de mí desde entonces. En nuestra mesa también estaban el hermano de Constantino, Sasha, muy tímido y «correcto», y la viva imagen del emperador Francisco José de Austria cuando era joven (lo cual no debería ser motivo de asombro, dado que es su tataranieto). [La autora se equivoca, era tataranieto de Luis 1 de Baviera].

Lunes, 31 de agosto. Constantino de Baviera me ha despertado a las siete; luego hemos ido a confesarnos y a comulgar. Después de tomar el desayuno a toda prisa, hemos subido corriendo a ponernos los sombreros. Llevábamos vestidos cortos; yo iba con el verde y un sombrero muy bonito. A las diez en punto ha empezado todo (...). Con pausa y solemnidad, con los invitados delante, los novios en medio y la familia más próxima al final, la procesión ha ido saliendo del castillo, ha cruzado todos los patios, ha bajado por la amplia rampa y ha pasado por medio de la ciudad hasta llegar a la iglesia. Parecía que todos los vecinos hubieran salido a la calle para mirar, al igual que una veintena de fotógrafos y cámaras para los noticiarios.

Según relata la autora de estos diarios, la misa duró más de dos horas. Música de Bach, telegrama de Pío XII y una homilía larguísima del obispo oficiante. Después, regreso al castillo en procesión, como habían llegado a la iglesia, pero en orden inverso; primero los familiares, seguidos de los novios y estos de los invitados...

La comida era deliciosa, con un cóctel de cangrejo y volau-vents rellenos de caviar para empezar, y vinos increíbles (...). El padre de la novia ha pronunciado un discurso; le ha contestado con otro el padre de Constantino, el príncipe Adalberto de Baviera (que tiene una voz cautivadora y es de maneras muy sencillas). (...) Después de comer, hemos ido a bañarnos, sin los recién casados, que ya habían salido para pasar una corta luna de miel en el lago WÖrthersee.

El príncipe Constantino terminaría su graduación y empezaría a trabajar en el Tribunal Regional Superior de Karlsruhe. Poco después del fallido intento de asesinar a Hitler, Constantino fue arrestado junto con otros parientes.

Viendo los derroteros que tomaba la guerra, un importante grupo de militares, afines en otro tiempo al Führer, decidieron terminar con su vida. El 20 de julio de 1944, el coronel Von Stauffenberg colocó una bomba en el cuartel general. Todos creyeron que Hitler había muerto y no ocultaron su protagonismo en el atentado, lo que significó su inmediata perdición, pues el

Führer solo estaba herido y ordenó ejecutar a los sublevados e investigar y perseguir a los políticos y otros civiles que tuvieran algo que ver en la trama.

Paz está muy preocupada. Su marido ha tratado de tranquilizarla.

-Tienes que pensar, querida, que la participación de Constantino en el complot no está probada. Además, la situación cada vez se complica más, y los fieles a Hitler deben atender varios frentes. De verdad, creo que no le va a suceder nada irreversible -dijo confiado Luis Fernando.

-Dios lo quiera -dijo, entre suspiros, Paz.



Aquella tarde la temperatura era deliciosa y Paz no se resistió a la tentación de pasear por los jardines de Nymphenburg. Su nieto Sasha la acompaña. Es un joven muy dulce y Paz piensa que no se ha equivocado: su nieto ama aquel lugar tanto como su abuelo. Aunque la vida da tantas vueltas..., sabe Dios lo que a Sasha le deparará el futuro. Se lleva muy bien con su tía Pilar. Quién sabe -piensa Paz-, puede que algún día se hagan compañía mutuamente. Porque ella sabe que Pilar nunca abandonará Nymphenburg. Su hija es fuerte, ha trabajado muy duro en estos años de guerra. Se pasaba los días y muchas noches en el hospital. Solo la había visto desfallecer una vez, el día que supieron que el rey Alfonso XIII había muerto en Roma. Paz siempre sospechó que su hija estaba enamorada de su primo, pero nunca habían hablado de ello. Al ver el estado de Pilar, cuando conoció la noticia, Paz la abrazó con todas sus fuerzas para transmitirle su amor y comprensión.

Paz nunca se enteraría que, años después, su hija escribiría en sus memorias:

En 1941 murió una persona muy querida para mí, y era tal la comunicación que mi madre tenía conmigo aun sin necesidad de hablar, que cuando supimos la noticia, vino a mi cuarto y me dio el abrazo más largo y más cálido que nunca me habían dado. Esto me hizo pensar que fui una tonta en no contarle mi secreto, porque ella lo supo desde el principio.

El rey, don Alfonso XIII, murió en el Gran Hotel de Roma el 28 de febrero de 1941. Los restos del monarca en el exilio, acompañados por sus hijos, don Jaime y don Juan, y por el rey Víctor Manuel de Italia, fueron enterrados en la iglesia española de Santiago y Montserrat en Roma.

Paz piensa en su sobrino. Solo tenía cincuenta y cuatro años. Le parecen pocos, ella ya ha cumplido los ochenta y tres. Reconoce que le habría gustado conocer la reacción del rey a la declaración de Franco hecha a don Juan: «La restauración de la monarquía es nuestra meta final».

¿Volverá la monarquía alguna vez a España? No le preocupa demasiado, claro que cree que es la mejor forma de gobierno. Han sucedido tantos horrores en los últimos tiempos... Paz siente que le falta el aire cuando piensa en que pueda ser realidad todo lo que se asegura de los campos de concentración. Ella, en la medida de sus posibilidades, intentó ayudar. Incluso puso en peligro su propia vida al utilizar toda su influencia para liberar a algunas personas de la barbarie nazi. Muchas de esas personas judíos, homosexuales o disidentes- eran totalmente desconocidas para ella, pero era su sobrino Luisito -que se había convertido en miembro activo de la Resistencia francesa- quien desde París le hacía llegar nombres de amigos que estaban en peligro.

Al final de la guerra, Paz, como otras muchas personas, se sintió aliviada. Pero ella, aunque no hubiera secundado la doctrina de Hitler, pertenece a una familia alemana y los vencedores de aquella espantosa contienda no siempre se portan bien y dicen tener permiso de saqueo. Una mañana, tres soldados americanos asaltaron su casa de Nymphenburg en la que solo se encontraban su marido y ella. Con gran estupor vieron cómo aquellos muchachos los amenazaban con un revólver a la vez que gritaban: «¡Vengan las joyas!». Paz, antes de que Luis Fernando pudiera decir nada, se levantó y les entregó un joyero en el que guardaba alhajas que habían sido de su madre. Los americanos, para probar su autenticidad, rascaron las piedras preciosas contra el cristal de una ventana. Al comprobar el resultado, gritaron enfurecidos: «No dejan huellas; es todo falso». Paz, con voz tranquila, comentó: «Qué curioso, siempre creí que las joyas de mi madre eran auténticas». Los soldados las tiraron despectivamente y abandonaron la casa.

Solo había sido un susto, pero suficiente para no sentirse tranquilo.

-Abuela -dijo su nieto, que la llevaba agarrada del brazo-, me gustaría tanto ir contigo a España... i No te apetece que organicemos un viaje? Seguro que a Pilar le parece una buena idea.

-¿Si me apetece? Más que nada en el mundo. Pero, querido Sasha, no es el momento.

-¿A qué te refieres, abuela? Si la tía Eulalia vive allí.

La infanta Eulalia, al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, se encontraba en París, donde residía desde hacía años. Al ponerse las cosas difíciles, pensó que un lugar tranquilo para vivir podría ser España. Se puso en contacto con el Gobierno español, que se mostró encantado de que decidiera volver. Eulalia había comprado una villa en Irún y allí vivía desde entonces. El general Franco puso a su disposición coche oficial y chófer.

Paz no le dijo a su nieto que su hermana siempre había sido un tanto especial; se limitó a comentarle:

-Su hijo y sus nietos viven allí y van pasando los años. Eulalia necesita compañía. Es lo mejor que podría haber hecho. Mi caso es distinto. Mi vida está aquí, como siempre, al lado de tu abuelo. Y además, yo tengo la suerte de teneros a todos vosotros junto a mí. Aunque también en España vive mi hijo, mis nietos y biznietos. ¿Por qué te digo que no es el momento? Te lo voy a explicar; si fuera necesario, por supuesto que iría e incluso me rebajaría a pedir autorización para

volver a mi tierra. Pero como no lo es y tengo muchos años, prefiero seguir manteniendo vivo el recuerdo de mi amada patria tal y como yo la conocí.

-Qué pena lo del primo Luis Fernando -dijo muy triste Sasha.

-Sí -asintió Paz-. Toda su vida ha sido un despropósito.

El infante Luis Fernando de Orleáns, Luisito, había muerto recientemente, aquejado de una cruel enfermedad. Un cáncer de testículos terminó con su vida después de varios meses de terribles sufrimientos. Su mujer, la princesa Broglie, había muerto hacía dos años, casi arruinada.

-Sí algún día visito París, iré a rezar a su tumba -dijo Sasha, muy pensativo.

Los restos del infante español, al que le habían quitado el tratamiento, fueron enterrados en la iglesia del Corazón de María, en la rue de la Pompe, en París.

-Me parece muy bien. No pierdas nunca esa sensibilidad tan especial que posees, Sasha -dijo Paz, agarrándose del brazo de su nieto.

-Abuela, ¿te han dicho que mañana viene Constantino para pasar con nosotros el fin de semana?

-Sí. No te imaginas las ganas que tengo de darle un abrazo.

Al finalizar la guerra, Constantino, al igual que otros prisioneros implicados en el complot de asesinato a Hitler, fueron puestos en libertad.

-¿Quieres que regresemos ya? -preguntó Sasha.

-Sí. Muy pronto se hará de noche y tu abuelo puede preocuparse.

Una visita sorprendente



Pilar estaba terminando de arreglarse cuando escuchó que llamaban a la puerta. Se apresuró en ir a abrir creyendo que era la amiga que venía a buscarla. Un hombre de mediana edad la saludó con cierta timidez y le dijo que quería ver a la infanta española, a doña Paz.

-Soy su hija Pilar. Pase, por favor.

Al visitante le sorprendió la sencillez de aquella mujer, ya que, si como decía era la hija de doña Paz, se trataba de una princesa. La siguió hasta el piso superior y la escuchó decir, al tiempo que abría una de las puertas del pasillo:

-Mamá, es un español que quiere verte.

-¡Que pase, que pase!

Paz se levantó del sillón y dejando el libro que estaba leyendo sobre la mesa, se dirigió hacia él con una sonrisa, al tiempo que abría los brazos.

-Qué alegría -dijo Paz, abrazándole-, siempre es un placer para mí recibir visita de españoles, siéntese, siéntese y cuénteme.

Aquel gesto impresionó al español, que no sabía muy bien cómo plantear su problema a aquella anciana pequeñita y encantadora, que tan cariñosamente le trataba. Cuando estaba a punto de comenzar, entró la princesa Pilar con dos copas de vino.

-Aún nos queda una botella de vino español de Valdepeñas, y creo que mamá y usted la saborearán con mucho gusto.

-Gracias, hija -dijo Paz, quien con la copa en la mano añadió-: Por España, por la paz, por usted.

-Por usted -contestó el español un tanto emocionado.

-Cuénteme, cuénteme -pidió Paz.

Pedro Carbonell -que así se llamaba el visitante- era un anarquista español, liberado del campo de concentración de Dachau junto con otros compañeros. Había acudido a casa de la princesa de Baviera porque era española y le habían hablado muy bien de ella. Se siente solo, lo

mismo que sus compañeros. No existe en aquellos momentos consulado español en Alemania y alguien le aconsejó que fuera a visitar a la infanta.

La afabilidad de Paz le animó a plantearle el tema por el que había ido a verla.

-Señora, me atrevo a molestarla porque deseo pedirle ayuda para mi hermano.

-¿Qué le pasa a su hermano?

-Está condenado a muerte en España.

La infanta tomó papel y lápiz...

-Mi hermano se llama Augusto Carbonell, tiene veintiséis años y se encuentra en la penitenciaría de Alicante.

-¿Acusado de... ?

-Por cuestiones políticas.

-No es justo matar a un muchacho tan joven por haber intentado defender sus ideas con honradez. Ya es hora de perdonar, de tolerar, de unir... No le puedo garantizar nada -dijo Paz-, pero le prometo intentarlo. Escribiré a Franco y al papa. Haré todo lo que esté en mi mano.

Siguieron charlando durante un buen rato. Carbonell se sinceró con la infanta y le dijo que era anarquista. Después de la Guerra Civil española había colaborado con la Resistencia francesa hasta que la Gestapo lo detuvo y lo llevó al campo de Dachau, del que había salido recientemente, liberado por los americanos. Paz lo miró sonriente y le dijo:

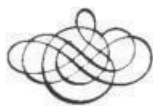
-Gracias por su sinceridad. No le pregunté por sus ideas, aunque, naturalmente, me interesan. Usted, al querer que las supiera, me ha dado una prueba de confianza que yo le agradezco en el alma.

En el momento de despedirse, Carbonell miró al techo, en el que observó unas grandes grietas, y de forma espontánea comentó:

-¿Por qué no lo arreglan?

-Es la huella que nos dejaron las últimas bombas y la verdad es que no tenemos quien se ocupe de ello.

-Lo haré yo -dijo sonriendo Carbonell-. Soy albañil. Yo se lo arreglaré. Vendré con mis compañeros y taparemos esos agujeros.



-Hay que ver, querida Paz, qué buen trabajo han hecho tus amigos españoles -comentó Luis Fernando-, de no ser por ellos esta noche no podríamos disfrutar de esta velada. ¿Recuerdas el frío que penetraba por aquellos agujeros? ¿Has convidado a Carbonell y a sus compañeros a que nos visiten un día en las próximas Navidades?

-Sí, me han prometido venir una tarde. Juntos cantaremos villancicos.

-Tendrías que verlos, papá -dijo Pilar-. Muchas veces vienen aquí. Cocinan platos y entonan canciones españolas para mamá, que se emociona con ellos.

-Sí, alguna vez he estado en esas reuniones.

Los tres se encontraban en el salón en el que Paz había recibido al anarquista. Antes, debido a su estado, no podían utilizarlo en los meses de invierno, pero ahora, gracias al trabajo del grupo de españoles, volvían a disfrutar de él como antaño.

-Pilar -llamó Paz-, ¿ qué sabes de María de las Mercedes? Has recibido carta de Nando, ¿verdad?

-Sí. Me dice que dentro de unos días te escribirá a ti. En cuanto a Mercedes, creen que está embarazada. Y todo muy bien.

La infanta María de las Mercedes, nieta de Paz, se había casado aquel verano de 1946 con el príncipe Irakli Bagration-Mukhransky en la capilla de Ayete en San Sebastián.

-Mamá, sé que no te gusta que el marido de tu nieta, Irakli, haya estado casado con anterioridad, pero seguro que todo sale bien.

-Dios lo quiera. Además, ella está muy enamorada, pero Irakli ya se ha casado dos veces.

-Paz, son otros tiempos. A ti y a mí nos cuesta entenderlo -dijo Luis Fernando, comprensivo.

-Y sobre todo nada podemos hacer, Tito -dijo Paz-. ¿Te ha dicho Adalberto si vendrán en Navidad?

-Sí. Augusta y él piensan llegar sobre el 15. Quien no lo tiene seguro es Constantino. Ya sabes que está intentando conseguir trabajo como periodista.

-Lo conseguirá -dijo Paz convencida-. Es un chico que vale mucho.

-Yo creo -intervino Pilar- que es una profesión que le va y puede hacer grandes cosas.

-Constantino se parece a su padre y a ti, querida -apuntó Luis Fernando-. A los tres os gusta escribir, y lo hacéis muy bien.

-Gracias, Tito, eres tan amable...

-Y tú muy buena. Mira, Pilar, mamá no solo no se enfada, sino que me ha animado a tomar una copita.

-Lo que sucede -contestó Pilar- es que no sabe negarte nada. Pero deberíais ser muy cuidadosos con lo que tomáis.

-Sí, Pilar, ya sé que tenemos muchos años y es necesario extremar los cuidados, aunque no va a pasar nada por una copa de licor -dijo Paz, y luego preguntó-: ¿Ha dejado de nevar?

Pilar se levantó. Abrió una contraventana y miró.

-¡Es maravilloso! Si me fuera de aquí y no volviera a ver este paisaje, nunca me olvidaría de él. Acércate, mamá -pidió Pilar.

-La nieve es hermosa, pero muy incómoda. Ya no nos dejará durante meses. Querida hija, prefiero este paisaje en primavera -se lamentó Paz.

Un inesperado final



13 de diciembre nevaba en Nymphenburg con una dulzura desacostumbrada. Paz se había quedado en la cama un poquito más. Se encontraba un poco cansada. Miró por la ventana; las estatuas de mármol del parque no estaban como antes, tapadas con paredes de madera. Ahora debían soportar las inclemencias del tiempo. Algunas ya aparecían deterioradas. Paz recordó el primer invierno pasado en Nymphenburg y volvió a sentir la necesidad de arroparse, de quedarse en casa, de sentarse al lado de la chimenea y no salir. Decididamente, la nieve no le entusiasmaba.

Mientras caminaba por el pasillo hacia la pequeña habitación donde siempre desayunaba con su marido, pensó que tal vez Luis Fernando se habría marchado. Pero no, allí estaba sentado, esperándola.

-Je encuentras mejor? -le preguntó solícito.

-Sí, en realidad solo me siento un poco cansada -dijo Paz-. ¿No me habías comentado que irías a la consulta?

-Sí, pero lo haré más tarde. Me llevará Pilar en el coche. Quería verte antes de irme -dijo cariñoso.

-Tito, con este tiempo, ¿no sería mejor que te quedaras?

-Tengo dos pacientes que necesitan que los vea. Además, volveré pronto.

Paz no quería insistir. Su marido ya no tenía edad para atender una consulta, pero era su vida y no quería privarlo de aquella ocupación. Sin duda lo mejor era mantenerse activo y mucha gente lo necesitaba, porque Luis Fernando no cobraba nada a la mayoría de los enfermos que acudían a su consulta.

-No sabes, Tito -dijo Paz-, cómo te agradezco que me hayas esperado. Así puedo darte un abrazo.

Los dos sonrieron...



Luis Fernando pensaba en esta conversación, mantenida por la mañana con su mujer. Se encontraba en su despacho con una foto de Paz en sus manos. Era la primera foto que ella le había regalado y en la que figuraba como dedicatoria una de las estrofas del poema que le había escrito después de aceptarlo como prometido. Aquella que decía: «¡Solo la muerte, con su negro manto, / de ti me apartará!».

Seguro que no tiene ninguna importancia, se dijo Luis Fernando, en un intento de tranquilizarse, a la vez que colocaba en la repisa la fotografía de su mujer.

Lo que le había puesto nervioso era que, sin saber por qué, sin que se produjera ningún movimiento, ni golpe, la foto se había caído al suelo.

Cuando al poco tiempo sintió los pasos acelerados de alguien que se acercaba a su despacho, supo que algo le sucedía a Paz.



El 3 de diciembre de 1946, la infanta Paz de Borbón, princesa de Baviera, cuando se dirigía de su habitación -adonde se había retirado a descansar- al comedor, cayó por la escalera.

Aunque estaba consciente cuando la encontraron, nada se pudo hacer por salvarla, falleció a las pocas horas, al amanecer del día 4. Tenía ochenta y cuatro años.

Su desaparición produjo un enorme vacío en todo su entorno. Sus amigos y conocidos reconocían que, a pesar de su avanzada edad, Paz seguía siendo la sabia consejera, la mano amiga siempre dispuesta a ayudar, la incondicional pacifista, la conciliadora...

Sus familiares, más que nadie, notaron el desamparo que les producía su ausencia. Paz era la fuerza, el alma de aquella familia, a la que ella había entregado toda su vida.

La infanta Paz de Borbón fue una mujer singular. Singular en el sentido de que no suele ser frecuente que personas que se mueven en ambientes tan especiales como fueron los de la corte de Baviera o el Imperio austrohúngaro siguieran manteniendo, como decía Marañón: «... intactos sus rasgos de gran ama de casa celtibérica a través de medio siglo de vida exótica y su categoría egregia en el fondo de un hogar que no era distinto de cualquier otro».

La infanta Paz siempre supo combinar de forma admirable la posición que ocupaba con la sencillez y la amabilidad en el trato personal.

La prueba irrefutable que refleja su carácter es lo sucedido el día de su entierro.

Es posible que las cualidades que adornaban la personalidad de Paz no fueran entonces, como tampoco lo son ahora, las más valoradas por el gran público, ni las más cotizadas en los ambientes sociales y políticos. Pero sí las que más estiman las almas de las personas auténticas y sencillas, como el grupo de republicanos españoles que se expuso a ser detenido por la policía alemana al intentar llevar sobre sus hombros el féretro con los restos de aquella princesa, aquella sencilla y cariñosa mujer que los había tratado con amor y respeto.

Múnich, 4 de diciembre de 1946



a luz iba ganando intensidad y la aparente y hermosa tersura de la nieve resplandecía bajo sus efectos.

Los espíritus soñadores bien podrían pensar que los tímidos rayos de sol pugnaban por salir para dar su último adiós a la persona fallecida. Paz de Borbón sonreiría agradecida, a ella le gustaba el sol...

Los republicanos españoles respiraron tranquilos al comprobar que la policía no les impedía que fueran ellos quienes condujeran a la infanta española a su última morada.

Llegaron a la iglesia de San Miguel, bajaron a la cripta y allí depositaron el cadáver de Paz de Borbón.

Entre las flores enviadas por familiares y casas reales figuraba en lugar preferente un ramo de claveles del grupo de anarquistas españoles.

¿Qué fue de los familiares de Paz?

PRÍNCIPE LUIS FERNANDO DE BAVIERA

Madrid, 1859 - Nymphenburg, 1949

Sin duda quien más sintió la ausencia de Paz fue su esposo, que intentó seguir luchando como si ella continuara a su lado, pero ya no era lo mismo.

Al poco de cumplir los noventa años, Luis Fernando sufrió un ataque cardíaco que pareció superar, pero a los pocos días le repitió. El 23 de noviembre de 1949 fue enterrado en la cripta de la iglesia de San Miguel al lado de Paz.

INFANTE FERNANDO MARÍA

Madrid, 1884 - Madrid, 5 de abril de 1958

El hijo mayor de Paz, Fernando María, se nacionalizó español en 1905. Un año después contrajo matrimonio con su prima la infanta María Teresa, hermana del rey Alfonso XIII. Tuvieron cuatro hijos: Luis Alfonso, José Eugenio, María de las Mercedes y Pilar, que falleció de niña.

General de división del Ejército español, el infante Fernando supo permanecer en su lugar durante el régimen del general Franco.

Seguramente no resultaba fácil conservar su fidelidad a la monarquía y la convivencia con unos dirigentes políticos que la rechazaban.

El afecto y fidelidad que siempre había profesado a su cuñado Alfonso XIII supo mantenerlos a la muerte de este, sintiéndolo por su sobrino, el infante don Juan de Borbón.

Fernando María fue presidente del Real Cuerpo de la Nobleza de Madrid. Presidió la Comisión Redactora del Proyecto de Estatuto Nobiliario.

Murió en Madrid en 1958. A él, como infante de España, le correspondía ocupar un lugar en el Panteón de Infantes en El Escorial, pero dispuso en sus últimas voluntades ser enterrado en la cripta de la catedral de la Almudena mientras que el cuerpo de Alfonso XIII -fallecido en el exilio en Roma- no regresara a España.

PRÍNCIPE ADALBERTO DE BAVIERA

Nymphenburg, 1886 - Múnich, 1970

El segundo hijo de la infanta Paz, el príncipe Adalberto, se doctoró en filosofía por la Universidad de Múnich. Fue miembro permanente de la Comisión de la Academia de Baviera. Se casó con la condesa Augusta von Seefried auf Buttenheim y tuvieron dos hijos: Constantino y Alejandro.

En 1952 Konrad Adenauer lo nombra embajador de la República Federal de Alemania en España. Cargo que aceptó con ilusión, pensando de forma especial en la alegría que aquel nombramiento supondría para su madre. Precisamente un día, en la embajada de Alemania en Madrid, se presentó Domingo Sánchez, profesor de la Universidad de Salamanca y director del Instituto Ramiro de Maeztu. La emoción del príncipe Adalberto fue enorme cuando Domingo Sánchez le comentó que él había sido uno de aquellos niños del Pedagogium español que su madre, la infanta Paz, había creado en Alemania.

El príncipe Adalberto de Baviera y Borbón murió en diciembre de 1970. Tenía la misma edad que su madre, ochenta y cuatro años. Sus restos descansan en el cementerio de la abadía de Andechs en Baviera.

PRINCESA PILAR DE BAVIERA

Nymphenburg, 1891 - Nymphenburg, 1987

La princesa María del Pilar de Baviera y Borbón, hija de la infanta Paz, licenciada en historia del arte, pintura y artes gráficas, perteneció a la Asociación de Pintores y al Sindicato de los Viejos Pintores de Múnich. Sus cuadros se pueden ver en la Galería del Estado Bávaro, en Múnich, en la Lenbach Haus, en la Galería Municipal y en muchas colecciones privadas.

Pilar no se casó nunca. Fue una gran deportista e incansable viajera, autora de varios libros. Murió en el mismo lugar en que había nacido, Nymphenburg, en enero de 1987. Tenía noventa y seis años. Sus restos reposan en la cripta de la iglesia de San Miguel, muy cerca de sus padres.

INFANTE Luis ALFONSO DE BAVIERA Y BORBON

Madrid, 1906 - Madrid, 1983

El primer nieto de Paz -hijo de Fernando María y la infanta María Teresa- era por su aspecto un Baviera: alto y rubio.

General del Ejército, el infante Luis Alfonso fue gobernador militar en Barcelona después de la Guerra Civil.

Permaneció soltero toda su vida y asistió en el palacio de la Zarzuela al acto de nombramiento del príncipe Juan Carlos como príncipe de España, sucesor de Franco.

Murió en Madrid en 1983. Está enterrado en el Panteón de Infantes de El Escorial.

INFANTE JOSÉ EUGENIO DE BAVIERA Y BORBON

Madrid, 1909 - Mentón, Francia, 1966

Todo lo contrario que su hermano Luis Alfonso, José Eugenio se parecía a su madre, la infanta María Teresa. Quienes le conocieron aseguran que era el vivo retrato de su abuelo Alfonso XII.

Lo mismo que su padre y su hermano, José Eugenio supo mantener su fidelidad a la monarquía y una excelente relación con el general Franco, que también sentía profunda admiración por él. Cuenta la historia que después del Manifiesto de Lausana, Franco descartó a don Juan como futuro rey y propuso al general Varela que presentase a los monárquicos tres soluciones para que eligiesen. La primera era traer a España al hijo de don Juan de Borbón, Juan Carlos, educarlo en España y nombrarle sucesor. Si esta propuesta no era aceptada, cabía la posibilidad de hacer lo mismo, pero con el hijo del infante don Jaime. Y si ninguna de ellas prosperaba, la Corona se podría restaurar en el infante José Eugenio de Baviera. Se aseguraba entonces que, para atraer a José Eugenio, Franco encargó al general Roldán que ofreciera un puesto de consejero en la Compañía Arrendataria de Tabacos al infante. Roldán cumplió el encargo, pero la respuesta de José Eugenio, al conocer las intenciones del general Franco, no satisfizo a este. Parece ser que el nieto de Paz de Borbón dijo: «Me encantaría desempeñar ese cargo, pero no podría aceptarlo sin consentimiento de su majestad».

Siempre estuvo cerca de don Juan de Borbón en los momentos difíciles; por ejemplo, cuando falleció el hijo pequeño de don Juan, José Eugenio figuraba en la comitiva que llevó el cadáver al cementerio portugués de Cascais.

Se casó con Marisol de Messía y de Lesseps. Tuvieron cuatro hijos. María Cristina, Fernando, María Teresa y Luis Alfonso.

Reconocido melómano, el infante José Eugenio padeció toda su vida las secuelas de las heridas sufridas en el frente de Teruel. Murió joven, a los cincuenta y siete años. Está enterrado, por los mismos motivos que su padre, en la cripta de La Almudena.

INFANTA MARÍA DE LAS MERCEDES

Madrid, 1911 - Madrid, 1953

María de las Mercedes fue la única nieta de la infanta Paz que llegó a la edad adulta. Era la tercera hija de la infanta María Teresa y del infante Fernando María.

La infanta era una enamorada de las artes, especialmente de la poesía, y fue autora de muchos poemas y fue recogidos en un libro.

Se casó en el mes de agosto de 1946 en la capilla de Ayete, en San Sebastián, con el príncipe Irakli BragationMukhransky.

Era el tercer matrimonio para Irakli y se dice que se encargó de hacer terriblemente desgraciada a su tercera esposa.

María de las Mercedes murió en 1953. Sus restos reposan en el Panteón de Infantes de El Escorial.

PRÍNCIPE CONSTANTINO DE BAVIERA Y SEEFRIED

Múnich, 1920 - Hechingen, Baden-Württemberg, 1969

Era el hijo mayor del príncipe Adalberto y la condesa Augusta von Seefried auf Buttenheim.

Trabajó como periodista en las revistas Revue Neu, Süddeutsche Zeitung y Bunte.

Escritor, autor de varios libros, entre los que destacan una biografía del papa Pío XII y un libro histórico, Macht Ohne Herrlichkeit.

Se dedicó también a la política, fue miembro de la Unión Cristiana-Socialista y resultó elegido para el Par lamento del Estado de Baviera en 1962 y en 1965 ante el Bundestag.

Casado con la princesa María Adelgunde de Hohenzollern-Sigmaringen, tuvo dos hijos: Leopoldo y Adalberto. El matrimonio terminó en divorcio, y él volvió a casarse con la condesa Helena von Khevenhüller-Metsch. De esta unión nació una hija, Isabel.

El 30 de julio de 1969 murió en un accidente aéreo cerca de Hechingen, Baden-Württemberg.

Sus restos descansan en el cementerio de la abadía de Andechs.

PRÍNCIPE ALEJANDRO DE BAVIERA Y BORBON

Nymphenburg, 1923 - Nymphenburg, 2001

El príncipe Alejandro, Sascha, era el nieto pequeño y el preferido de Paz, quien siempre se mantuvo muy unida a él. El nieto que, como ella sospechaba, nunca se fue de Nymphenburg.

Él y su tía, la princesa Pilar, vinieron muchas veces a España para ver a su familia.

Un día, en la década de los noventa -ya había muerto Pilar-, llamaron a la puerta del palacio de Nymphenburg. Alejandro se encontró con una señora que le dijo: «Perdone que le

moleste, seguro que usted no me conocerá». Alejandro la miró e inmediatamente respondió: «Aunque con más años, creo que tú eres nuestra Flora».

Así era. Aquella niña española, acogida por Paz en su casa como una más, estaba de paso por Múnich y, como aseguró a Alejandro, no podía dejar de visitar el lugar en el que había sido tan feliz.

El príncipe Alejandro permaneció soltero toda su vida. Murió en 2001 y está enterrado en la cripta real de la iglesia de San Miguel con sus abuelos.

INFANTA EULALIA DE BORBON

Madrid, 1864 - Irún, 1958

La infanta Eulalia abandonó Francia, donde había residido los últimos quince años de su vida, para volver a España, que le parecía un lugar mucho más tranquilo en aquellos momentos, en plena guerra mundial.

Se instaló en una villa en Irún, en la que discurriría su vida a partir de entonces. No asistió al entierro de su hermana Paz.

En marzo de 1958 fallecía la última de las hijas de Isabel II. La infanta Eulalia había cumplido los noventa y cuatro años. Está enterrada en el Panteón de Infantes de El Escorial.

Agradecimientos

Muchas gracias a Juan José Alonso, Mar Mairal y Reyes Utrera, del Archivo del Palacio Real.

A Carlos Dorado e Inmaculada Zaragoza, de la Hemeroteca Municipal.

A Josefina Barbas, amiga y lectora incondicional.

A Berenice Galaz, magnífica asesora literaria.

A Ricardo Mateos por su apoyo fotográfico.

Y a Ymelda Navajo por su cariño y amistad.